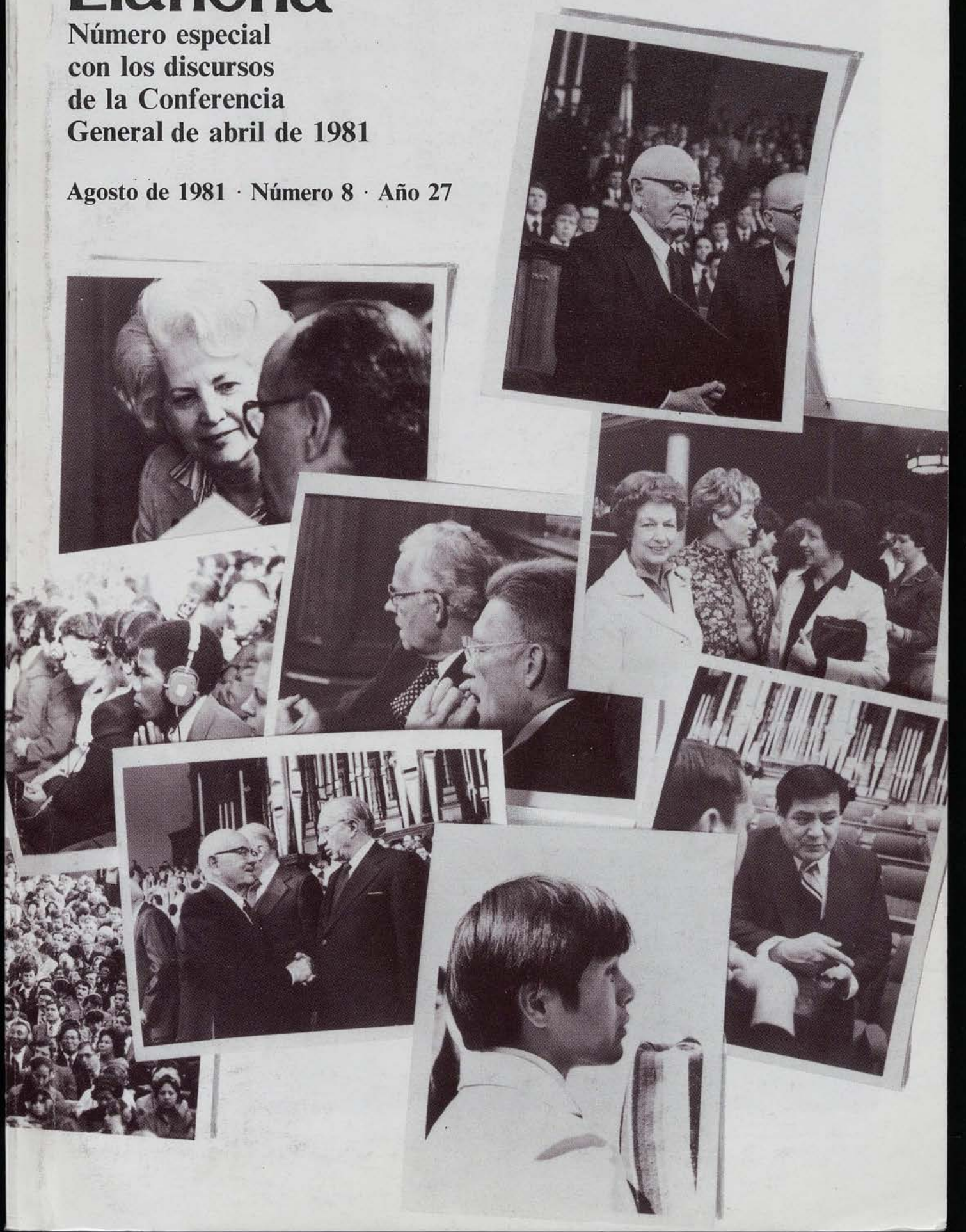
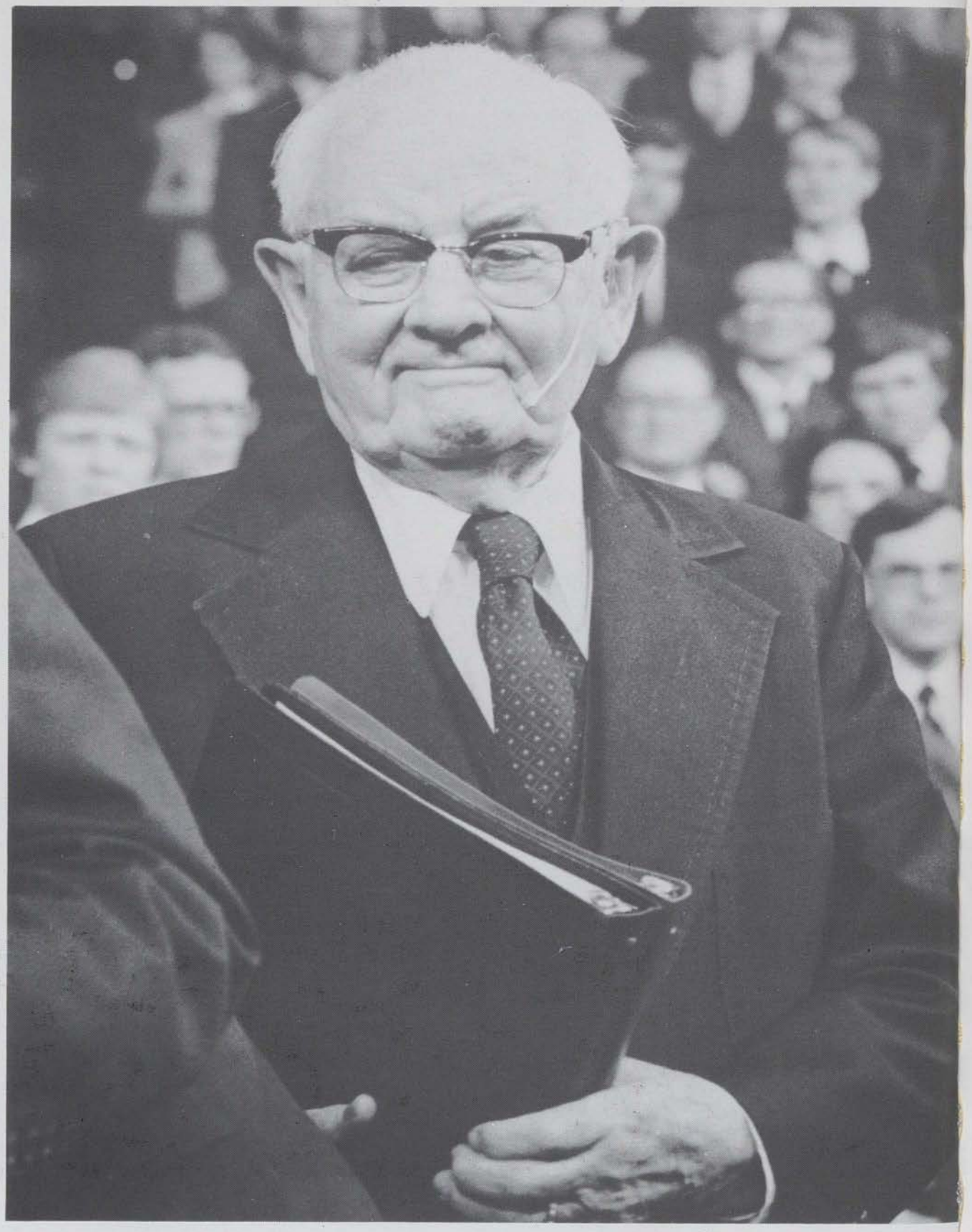
Liahona

Número especial con los discursos de la Conferencia General de abril de 1981

Agosto de 1981 · Número 8 · Año 27





Liahona

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Dias

Agosto de 1981
Número 8
Año 27

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust.

Comité Asesor: M. Russell Ballard, Jr., Rex D. Pinegar, Charles Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Revistas Internacionales: Larry Hiller, Editor gerente; Carol Larsen, Ayudante; Heidi Holfeltz, Sección niños.

Editora responsable de Liahona: Raquel R. V. Tokarz. **Para España:** Betty Ventura.

Corresponsales: Misión de Madrid: San Telmo 26, Madrid 16;
Misión de Sevilla, Virgen de Regla 6, 1°, Iz., Sevilla 6;
para la Misión de Barcelona, Betty Ventura, Mariano Cubí 5, 1°, 1ª, Barcelona 6.

Número especial con los discursos de la Conferencia General de abril de 1981 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Oradores de esta Conferencia en orden alfabetico

Abrea, Angel 42
Ashton, Marvin J. 31
Ballard, M. Russell 145
Benson, Ezra Taft 53
Brewerton, Teddy E. 111
Brown, Victor L. 58
Burton, Theodore M. 44
de Jager, Jacob 13
Derrick, Royden G. 107
Dunn, Loren C. 37
Faust, James E. 8
Goaslind, Jack H., Jr. 94
Haight, David B. 64
Hinckley, Gordon B. 26
Howard, F. Burton 116
Hunter, Howard W. 104
Kimball, Spencer W. ... 4, 74, 132, 134
McConkie, Bruce R. 124
Monson, Thomas S. 77
Packer, Boyd K. 17
Paramore, James M. 90
Perry, L. Tom 149
Petersen, Mark E. 99
Peterson, H. Burke 136
Rector, Hartman, Jr. 120
Richards, LeGrand 48
Richards, Franklin D. 84
Romney, Marion G. 22, 70, 154
Smith, Barbara B. 141
Tanner, N. Eldon 82

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 456 pesetas anuales o 38 pesetas cada mes.

© 1981 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°, San Fernando de Henares (Madrid), España.

Printed in the Federal Republic of Germany

PB MA 0620 SP

GM
M205.5
L696SSP
V.27
1981

Número especial con los discursos de la Conferencia General de abril de 1981

Indice

SESION DEL SABADO POR LA MAÑANA

4 **Seis meses de progreso,** *presidente Spencer W. Kimball*
8 **El valor de una persona,** *élder James E. Faust*
13 **Somos llamados a esparcir la luz,** *élder Jacob de Jager*
17 **El valor del matrimonio,** *élder Boyd K. Packer*
22 **El recogimiento de Israel en la tierra de su herencia,** *presidente Marion G. Romney*

SESION DEL SABADO POR LA TARDE

26 **El documento de José Smith III y las llaves del reino,** *élder Gordon B. Hinckley*
31 **Servimos lo que amamos,** *élder Marvin J. Ashton*
37 **"Fe en el Santo de Israel . . .",** *élder Loren C. Dunn*
42 **Testimonio,** *élder Angel Abrea*
44 **Luz y verdad,** *élder Theodore M. Burton*
48 **El llamamiento de los profetas,** *élder LeGrand Richards*

SESION DEL SACERDOCIO

53 **Las grandes responsabilidades de los padres,** *presidente Ezra Taft Benson*
58 **"Que partas tu pan con el hambriento . . .",** *obispo Victor L. Brown*
64 **Vosotros sois diferentes,** *élder David B. Haight*
70 **Los convenios del evangelio,** *presidente Marion G. Romney*
74 **"En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos . . .",** *presidente Spencer W. Kimball*

SESION DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

77 **"La religión pura y sin mácula . . .",** *élder Thomas S. Monson*
82 **Yo sé que El vive,** *presidente N. Eldon Tanner*
84 **Nuestra vida: Una gran prueba,** *élder Franklin D. Richards*
90 **"Que os améis unos a otros",** *élder James M. Paramore*
94 **Extendamos nuestro amor a los hijos de nuestro Padre Celestial,** *élder Jack H. Goaslind*
99 **Las bendiciones de la autosuficiencia,** *élder Mark E. Petersen*

SESION DEL DOMINGO POR LA TARDE

104 Ni se agregarán ni se quitarán palabras, *élder Howard W. Hunter*

107 Los valores morales y sus recompensas, *élder Royden G. Derrick*

111 La obediencia, *élder Teddy E. Brewerton*

116 Amaos unos a otros, *élder F. Burton Howard*

120 Volved los corazones, *élder Hartman Rector*

124 "Sobre esta roca . . .", *élder Bruce R. McConkie*

132 Al servicio del Señor, *presidente Spencer W. Kimball*

SESION DE LOS SERVICIOS DE BIENESTAR

134 Sacrificio, *presidente Spencer W. Kimball*

136 El cuidado de los nuestros, *obispo H. Burke Peterson*

141 Esforzaos por alcanzar las estrellas, *hermana Barbara B. Smith*

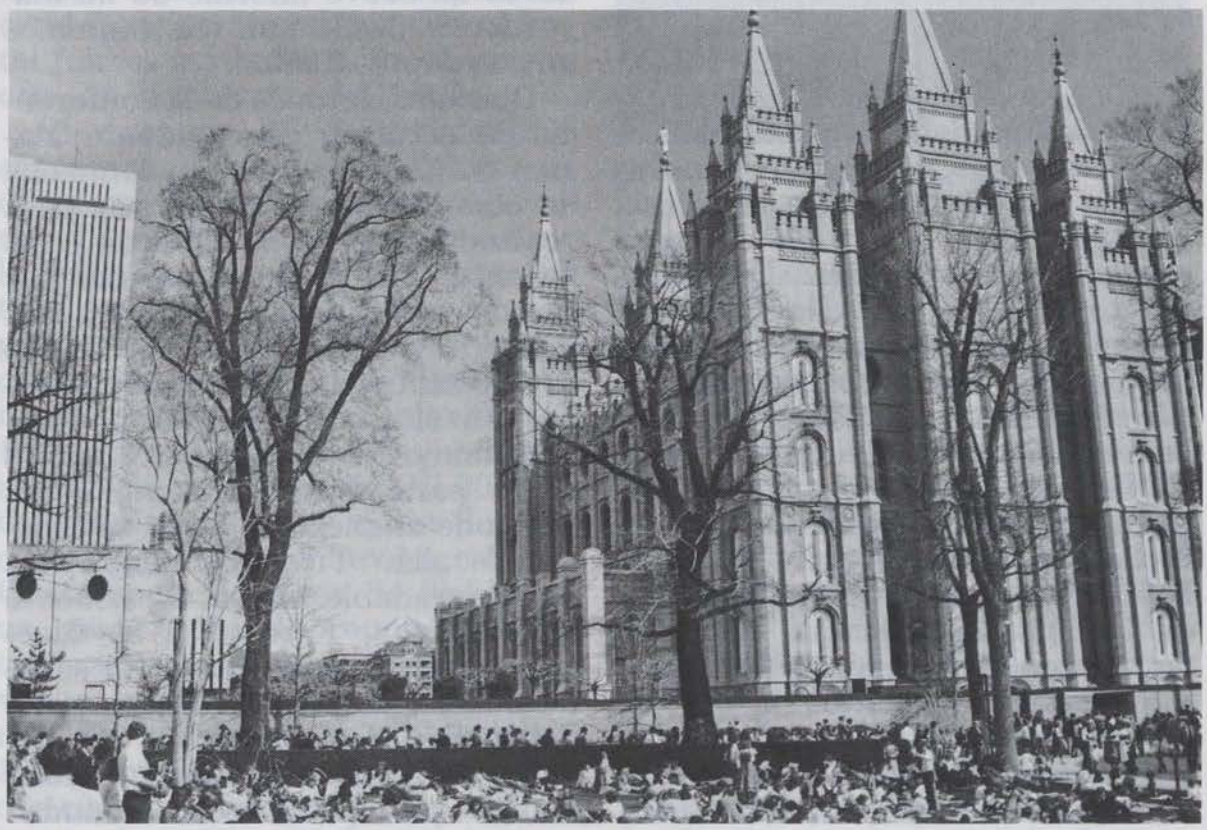
145 Cómo satisfacer nuestras necesidades, *élder M. Russell Ballard*

149 La preparación personal y familiar, *élder L. Tom Perry*

154 Los principios básicos de los Servicios de Bienestar, *presidente Marion G. Romney*

En la pág. 159 se encuentra el sostenimiento de oficiales de la Iglesia

Una interesante vista del Templo de Salt Lake con las Oficinas Generales de la Iglesia a la izquierda.



Sábado 4 de abril
Sesión de la mañana

Seis meses de progreso

por el presidente
Spencer W. Kimball

Una vez más me regocijo, mis hermanos y hermanas, ante la oportunidad de estar con vosotros en una conferencia general de la Iglesia. En cierta forma, la de octubre de hace seis meses parece que hubiera sido ayer; pero hemos estado tan ocupados y han sucedido tantas cosas, que parece que hubieran pasado seis años.

Desde la última vez que nos reunimos en este histórico Tabernáculo, se han dedicado dos templos y se ha dado la palada inicial de cuatro más. El número de conversos que se unieron a la Iglesia en 1980 llegó a 210.777, y será mucho mayor en 1981. Un incremento milagroso de la obra del Señor ha ocurrido entre la maravillosa gente de la zona del Caribe. ¡Ciertamente, el Señor nos ha bendecido en abundancia!

Mis hermanos y hermanas, al meditar y al orar los miembros de la Primera Presidencia y del Consejo de los Doce sobre la gran obra de los últimos días que el Señor nos ha dado para realizar, sentimos que la misión de la Iglesia tiene tres objetivos:

1. Proclamar el Evangelio del Señor Jesucristo a toda nación, tribu, lengua y pueblo;

2. Perfeccionar a los santos preparándolos para recibir las ordenanzas del evangelio para que por medio de la instrucción y la disciplina puedan tener la exaltación;

3. Redimir a los muertos realizando vicariamente ordenanzas del evangelio por todos los que han vivido en la tierra.

Los tres son parte de una obra: la de ayudar a nuestro Padre Celestial y su Hijo Jesucristo en su grande y gloriosa misión de "llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39).

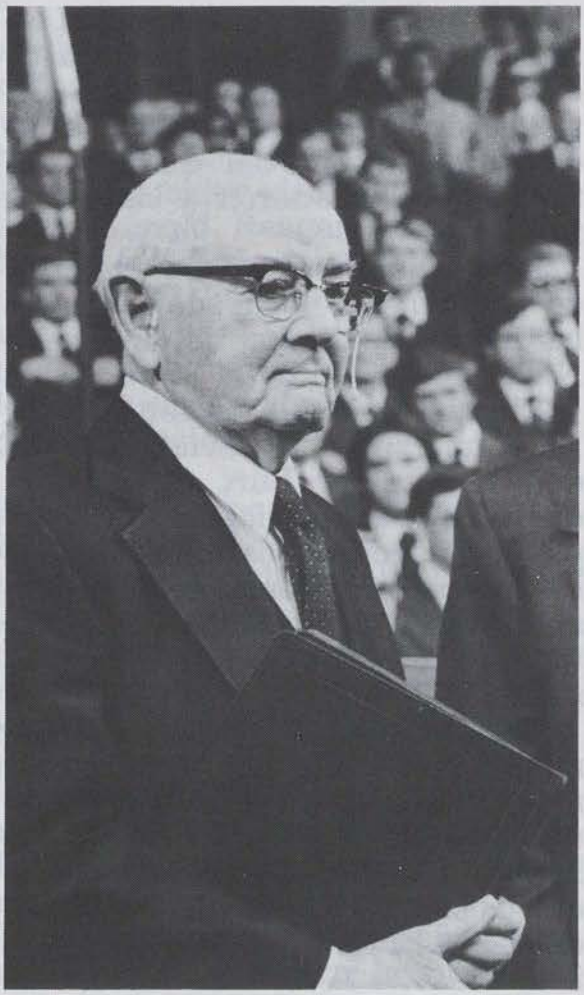
Teniendo presentes estos sagrados principios: *proclamar el evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos,* nos hemos dedicado en estos seis meses a cumplir nuestras responsabilidades entre los santos aquí y en el extranjero. Por lo tanto, quisiera daros un breve informe de mi mayordomía desde que nos reunimos en octubre de 1980.

Diez días después de la conferencia de octubre, el presidente Marion G. Romney y yo, en compañía de otros hermanos, partimos para realizar conferencias de área en el Oriente. Las primeras reuniones fueron en Manila, Filipinas, los días 18 y 19 de octubre, donde 20.000 santos asistieron a las sesiones en el Coliseo Araneta. También fuimos a ver algunos posibles sitios para el nuevo templo que acaba de anunciarse y que se construirá allá. Tuvimos una visita muy agradable con el Presidente de Filipinas, Ferdinand E. Marcos, que renunció a pasar el sábado de mañana con su familia a fin de reunirse con nosotros.

Desde Manila viajamos a Hong Kong, que quizás sea la ciudad

más populosa del mundo, con aproximadamente 154.000 habitantes por kilómetro cuadrado. Allí tuvimos reuniones en nuestro excelente centro de estaca el 20 y 21 de octubre. Al día siguiente volamos a Taipei, Taiwan, donde el 22 y 23 tuvimos reuniones en el hermoso salón conmemorativo Sun Yat-sen. Desayunamos en el hotel con dos de los dirigentes principales de China nacionalista, el Primer Ministro y el presidente Chang, hijo del fallecido Chang Kai-Chek. Más tarde almorzamos como invitados del Gobernador de la provincia. Al partir de allí nos dirigimos a Seúl, Corea del Sur, la "tierra de la calma matutina". El 25 y 26 de octubre tuvimos dos días de reuniones al aire libre en los alrededores de la sede de la misión, con más de 6.000 asistentes y en medio de un intenso frío debido a un repentino cambio de temperatura. En el hotel fuimos invitados a almorzar por otro ex dignatario de Corea.

El domingo 26 de octubre, al atardecer, llegamos a Tokio. Al día siguiente, el presidente Romney y yo colocamos la piedra angular del Templo de Tokio, y a las tres de la tarde se llevó a cabo la primera sesión dedicatoria en el cuarto celestial; en los otros cuartos se habían colocado televisores. En los dos días siguientes se realizaron seis sesiones más. El 30 y 31 de octubre, después de la dedicación del templo, se llevó a cabo la Conferencia de Area de Tokio en un gran salón de reuniones. En todos los lugares que visitamos tuvimos reuniones con los misioneros: En la reunión de Tokio hubo 1.500 misioneros presentes, que ofrecían un cuadro conmovedor e inspirador. El sábado 1º de noviembre tuvimos por la mañana y por la tarde las sesiones de la Conferencia de Area de Osaka, Japón. Aquella noche partimos de regreso, deteniéndonos en Hawai por tres horas a fin de apartar a varios obreros para el Templo de Hawai.



El presidente Spencer W. Kimball.

El 14 de noviembre instalamos al Dr. Jeffrey R. Holland como noveno Rector de la Universidad Brigham Young; el rector anterior, Dallin Oaks, fue nombrado a integrar la Suprema Corte de Utah.

Tres días después, la Primera Presidencia viajó a Seattle, Estado de Washington, donde dedica-

mos el nuevo Templo de Seattle en Bellevue. Desde el lunes 17 hasta el viernes 21, realizamos trece sesiones dedicatorias. Hubo más de 43.000 miembros del distrito del templo que asistieron a las sesiones.

A continuación tuvimos un período sumamente ocupado durante las fiestas de Acción de Gracias y Navidad.

El miércoles 11 de febrero de 1981, mi esposa y yo viajamos hacia el Pacífico Sur. En Tahití dimos la palada inicial para el Templo de Papeete y nos reunimos con los misioneros. También visitamos a un alto dignatario del gobierno tahitiano en la residencia gubernamental.

El sábado 14 de febrero, en camino a Nueva Zelanda, nos detuvimos en Rarotonga, donde tuvimos una reunión con los santos en un hangar del aeropuerto. Me dicen que es la primera vez que un Presidente de la Iglesia ha visitado esa isla.

En Nueva Zelanda nos reunimos con varios cientos de miembros en terrenos del aeropuerto en Auckland. Tuvimos reuniones en el templo y en el Colegio de la Iglesia en Nueva Zelanda, y con los misioneros. El miércoles 18, fuimos en avión a Tonga, donde dimos la palada inicial para el nuevo templo en un hermoso bosque de palmeras en Nuku'alofa. Los reyes de Tonga y muchos de los nobles del reino estaban presentes y se quedaron a todas las actividades del día. De los 247 misioneros que sirven en Tonga, 235 son nativos del país y sólo hay 12 estadounidenses.

El jueves 19, partimos para la isla de Samoa donde dimos la palada inicial en Apia, para el templo que se construirá allí. Varios miles de santos asistieron a la reunión al aire libre, bajo una torrencial lluvia tropical. También se encontraban presentes el Jefe de Estado de Samoa Occidental, el Primer Ministro y varios miembros del Parlamento.

A primeras horas de la mañana siguiente, tuvimos una de las experiencias más hermosas de nuestra vida al visitar el Colegio de la Iglesia en Samoa. Al entrar al gimnasio, el edificio más grande del colegio, vimos a 1.700 niños sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, apretados como pequeñas sardinas en una lata. Sus edades variaban desde los chiquitos de cuatro y cinco años que estaban en el frente, hasta los adolescentes de secundaria que había más atrás. ¿Qué hermoso y conmovedor espectáculo mientras cantaban "Soy un hijo de Dios"! Todos vestían sus uniformes escolares, de colores azul y oro. Con su precioso cabello y sus grandes ojos obscuros, presentaban un cuadro de juventud y belleza que hacía contener el aliento. Los ojos se nos llenaron de lágrimas y no lo ocultamos. Al finalizar mi discurso, anuncié a los alumnos que, en honor a la ocasión, les declaraba feriado el resto de aquel día. A juzgar por el resonante aplauso y las sonrisas con que recibieron mis palabras, creo que me convertí en su héroe . . . al menos por aquel día. Luego de la breve reunión, salimos del colegio con las notas de una hermosa canción de despedida samoana resonando en nuestros oídos y entibiando nuestro corazón.

Esa noche nos dirigimos a Hawai, donde llegamos el sábado 21 por la mañana. Durante el día visi-

tamos la Universidad Brigham Young en Hawai y el Centro Cultural Polinesio. El domingo por la mañana asistimos a la conferencia de la Estaca Oahu, y luego, en compañía de los élderes Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson y Boyd K. Packer, tuvimos una reunión en el templo. Después visitamos el recién reformado Centro de Visitantes y nos reunimos con los misioneros.

El lunes 23 de febrero del corriente año, volvimos a Salt Lake City.

Después de cuatro días en casa y en la oficina, mi esposa y yo salimos para Florida el sábado 28 de febrero, para tener una semana de reuniones con los santos y con algunas otras personas. El sábado 7 de marzo, dimos la palada inicial para el nuevo Templo de Atlanta, Georgia. Hubo 10.000 personas presentes en este acto, incluyendo el Gobernador con su esposa, varios legisladores, y dos senadores de los Estados Unidos que son mormones. Inmediatamente después del servicio, volamos a San Juan, Puerto Rico; y al día siguiente, 8 de marzo por la mañana, tuvimos una reunión con más de 2.600 miembros de la estaca y la misión en ese país. Luego visitamos la República Dominicana y el lunes asistimos a una reunión en Santo Domingo. Hace dos años había sólo dos familias de la Iglesia en esa isla, pero en nuestra reunión hubo más de 1.500 miembros presentes. Salimos de Santo Domingo el martes 10 y esa noche dedicamos un nuevo centro de visitantes en el establecimiento Deseret, cerca de Orlando, Florida.

El jueves, visitamos el Centro de Visitantes de Washington, D. C., y luego nos reunimos con la presidencia del Templo de Washington y apartamos varios obreros. Al día siguiente, viernes 13 de marzo, en compañía del élder Gordon B. Hinckley visitamos al presidente Ronald Reagan en la Casa Blanca, y le presentamos la genealogía de su línea materna. También estuvimos con la Sra. de Reagan. Ambos fueron muy amables y demostraron su aprecio por el registro genealógico.

Mi esposa y yo nos dirigimos desde allí a Arizona, donde el sábado asistimos al funeral de una de mis hermanas, Alice Nelson, quien había fallecido en nuestra ausencia. El domingo 15, regresamos a nuestro hogar y empezamos a prepararnos para esta conferencia general.

Estos han sido seis ocupados pero gozosos y fructíferos meses, durante los cuales hemos viajado más de 80.000 kilómetros en avión. Estamos agradecidos al Señor por haber podido observar la vitalidad y el progreso de la Iglesia en muchas partes del mundo. En todo lugar donde hemos ido, nos han conmovido y emocionado el amor y la devoción de los miembros de la Iglesia.

Al comenzar esta conferencia, os transmito los saludos y el amor de los santos y los misioneros en el Oriente, el Pacífico Sur y el Caribe. Agrego mi propio amor y saludos y os dejo mis bendiciones.

Sé que Dios vive y que su Hijo Jesucristo también vive. El es nuestro Salvador, nuestro Redentor y nuestro Mediador con el Padre. Que El nos bendiga a todos durante esta conferencia, lo ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

El valor de una persona

por el élder James E. Faust
del Consejo de los Doce

Desearía decir algo con la esperanza de que sirviera de ayuda —como tema de reflexión— a nuestros jóvenes. Hasta ahora, nunca había sentido con tanta fuerza la necesidad de recibir el Espíritu divino y de que aquellos que escuchen logren comprender mi mensaje.

Me gustaría comenzar relatando una visión maravillosa que el profeta José Smith tuvo concerniente a los Doce Apóstoles de esa época, la cual para mí tiene un significado muy especial. Heber C. Kimball escribió:

"La siguiente visión le fue manifestada a él (José Smith), y según recuerdo sucedió así:

El vio a los Doce Apóstoles predicando, y parecía que se encontraban en una tierra muy lejana. Después de algún tiempo, se reunieron en forma inesperada; aparentemente habían sufrido gran tribulación, pues vestían andrajos y tenían lastimadas las rodillas y los pies. Al juntarse formaron un círculo y todos fijaron los ojos en el suelo. Fue entonces cuando en medio de ellos se apareció el Salvador, los miró y lloró; El quería que lo vieran, pero ellos no lo percibieron." (Orson F. Whitney, *Life of Heber C. Kimball*, Salt Lake City: Bookcraft, pág. 94; véase también *History of the Church*, 2:381.)

El mensaje que podemos deducir de esta visión es que debido a que los Doce Apóstoles habían sufrido tanto, sobrellevado tantas tribulaciones y agotado sus fuerzas en la lucha por la justicia, su agotamiento no les permitió ver la luz divina. Si hubiesen podido percibir esa luz, hubiesen visto al Señor Jesús, que quería que le vieran, llorando junto con ellos, sufriendo con ellos y en medio de ellos.

No hace muchos meses, estuvimos en una de las ciudades más antiguas de la tierra, donde se encuentran algunas de las grandes maravillas del mundo, al igual que el crimen, la pobreza y la suciedad. Mientras pasábamos por un lugar atestado de gente, de suciedad, de olores repugnantes, nuestro anfitrión nos dijo que todo en esa ciudad era hermoso si sólo levantábamos la vista y mirábamos lo que estuviera a treinta centímetros o más del suelo.

Recientemente, el precio del petróleo, del oro y de otros minerales preciosos ha aumentado en forma considerable. Estos tesoros se obtienen mirando hacia abajo, y aunque son útiles y necesarios, son riquezas tangibles. ¿Qué podemos decir de los tesoros que sólo se encuentran cuando levantamos la vista, las riquezas intangibles que se obtienen sólo cuando buscamos las cosas santas? Esteban alzó la vista y "lleno del Espíritu Santo . . . vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios". (Hechos 7:55.)

Al pensar en nuestros jóvenes,

El élder James E. Faust y el élder Bruce R. McConkie del Consejo de los Doce.

me doy cuenta de lo que están pasando, pues tienen que salir adelante a pesar de la obscuridad y de la niebla moral que es más densa de lo que nosotros podamos recordar. Vivimos en un mundo donde el éxito parece medirse por las posesiones terrenales, sin importar en qué forma éstas se adquieren. La honestidad, la decencia, la castidad y la santidad se degradan con frecuencia a un valor mucho menor que el de las posesiones materiales. ¿Están nuestros jóvenes tentados a mirar hacia arriba o hacia abajo?

El deseo de obtener riquezas y popularidad en el mundo hace ver de la forma más atractiva todos los males de la raza humana; aquellos que buscan en forma seductiva comerciar con lo corruptible del comportamiento humano instigan entre nuestros inexpertos las prácticas más perversas y repugnantes. La conciencia parece cauterizarse y todo lo que inspira espiritualidad parece desaparecer; se fomenta la vida sin ideales y sin propósito, y parece que no se enseña, se instiga ni se valoriza suficientemente la nobleza de pensamiento.

La norma del ladrón común, "¿De qué podemos apoderarnos?" se ha convertido en un modelo para muchas personas, en lugar de seguir lo que su propia integridad les dicte. ¿Qué les ha sucedido al respeto y a la integridad personal? Quienes las posean no concebirían siquiera la idea de hacer cosas deshonestas o degradantes. Podría citar como ejemplo la forma en que respondemos al crédito financiero,

método utilizado por el mundo comercial; con frecuencia olvidamos que aquellos que nos lo dan nos están dando en esa forma su confianza, de manera que nuestra propia integridad está comprometida. Recuerdo haber oído a mi padre hablar con mucho respeto de un hombre a quien él, como abogado, le había ayudado cuando fracasó en sus negocios. A pesar de que legalmente no tenía que pagar ninguna de sus cuentas, pues se había declarado en bancarrota, con el tiempo pagó a todos los acreedores que le habían ofrecido su confianza. Nuestra propia integridad es una parte muy importante de nuestro valor individual.

¿En qué forma la creencia y la moralidad cristianas pueden verse más completamente en nuestras acciones? ¿Acaso nuestros compromisos no son sagrados? El incrédulo Tomás quería creer, pero sólo creyó un poco. Creo firmemente que para aumentar nuestro valor personal hasta el punto de dejar a un lado todo lo malo, debemos consagrarnos totalmente a las ordenanzas y los principios salvadores del evangelio, bajo la autoridad divina del sacerdocio. Debe ser una consagración a los principios básicos de la cristiandad, los cuales incluyen la honestidad hacia uno mismo y hacia los demás, la abnegación, y la integridad de pensamiento y acción.

Los principios del evangelio restaurado son tan sencillos, tan claros, tan misericordiosos, y están investidos de tanta belleza y amor verdadero, porque llevan impreso el sello indiscutible del Salvador mismo.

Debemos saber bien cómo confrontar y solucionar las dificultades de la vida, especialmente aquellas que vienen acompañadas de la tentación. En lugar de enfrentarse en forma honesta a esos problemas, muchas personas esquivan las dificultades, desviándose de los caminos de las grandes verdades que traen felicidad, y justificando el quebrantamiento de promesas y convenios sagrados con razonamientos que parecen lógicos pero que no son aceptables.

El élder James E. Faust da la bienvenida al presidente Ezra Taft Benson del Consejo de los Doce a una sesión de la conferencia.

No puedo menos que preguntarme si estaremos siguiendo normas demasiado bajas. ¿Estamos acaso midiendo nuestras acciones con unidades de medida indignas de aquellos que anhelan obtener la

santidad? ¿O acaso estamos conformes pensando que ya hemos cumplido con los requisitos por nuestra asistencia a las reuniones o por un mínimo de actividades destinadas a acallar la conciencia? ¿Nos estamos guiando por pautas que nos invitan a mirar hacia arriba en lugar de mirar hacia abajo?

A mi regreso después de haber vivido en Sudamérica, quedé sorprendido al notar la falta de autoestima que muchas personas evidenciaban por su forma de vestir; para atraer la atención o aduciendo sentirse más cómodas, muchas no solamente han caído en la inmodestia, sino también en el descuido; y aun en contra de lo que sería beneficioso para ellas, presentan el peor de los aspectos.

Al olvidar el gran principio de la modestia, la sociedad ha pagado un gran precio por la violación de otro aún mayor: el de la castidad. Los que promueven las relaciones sexuales ilícitas, que degradan y embrutecen a los que participan en ellas, han destruido completamente el propósito de estos dones divinos.

La castidad antes del matrimonio y la fidelidad después de éste son ingredientes primordiales para que entre los esposos florezca el amor sagrado. Esta virtud nutre y vivifica los sentimientos de dignidad personal y sirve como escudo contra la destrucción de nuestra propia imagen.

Uno de los problemas sociales más arraigados en la sociedad actual se relaciona con la falta de autoestima. Una imagen personal pobre no se puede fortalecer dejando que otros establezcan siempre las normas que vamos a seguir ni cediendo a las demandas de quienes nos rodean. Con demasiada frecuencia, los jóvenes dependen de la imagen de otra persona en lugar de la suya propia, imitando actitudes que no los benefician en absoluto.

La inseguridad y la falta de autoestima son sinónimos de la falta de autorrespeto. ¿Podemos acaso respetarnos a nosotros mismos cuando hacemos cosas que censuramos y hasta condenamos en otras personas? Sin embargo, el arrepentirnos de nuestras transgresiones y abandonarlas es como un bálsamo que fortalece nuestra valía y la dignidad humanas.

En vista de que la virtud y la fe no son elementos que se pueden adquirir en cualquier lugar, quizás muchos piensen que pueden vivir siguiendo las normas que bien les plazca. En una sociedad donde los valores, la moral y las normas no cuentan, muchas personas carecen de sentimientos de valor, respeto y dignidad personales. Hay jóvenes, y también personas maduras, que no se dan cuenta de que la virtud es una cualidad humana que continúa aun después de la muerte.

Al analizar desde el punto de vista intelectual la dignidad humana, el valor de la fe en Dios y del comportamiento virtuoso no se puede probar ni medir; de manera que con frecuencia la gente lo rechaza como si no tuviera ninguna importancia. Este camino nos lleva al fracaso, puesto que en él no se toma en cuenta la magnitud de aquello que conocemos en forma subjetiva, pero que no podemos medir. Por ejemplo, yo quiero a mi esposa y a mi familia, y siento que ellos me quieren; esos sentimientos de amor que sentimos los unos

por los otros no se pueden medir, y sin embargo, para nosotros, son muy reales. En la misma forma, el dolor es difícil de medir, pero también es real. Lo mismo ocurre con la fe en Dios; sabemos que El existe sin poder "medir" su existencia. Pablo dijo:

"El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios." (Romanos 8:16.)

¿Qué limitaciones tienen aquellos que buscan la santidad? Afortunadamente, esto es algo que cada uno tiene que decidir. Sin embargo, alcanzamos la perfección en mucho de lo que hacemos y podemos perfeccionarnos en la determinación que tengamos de hacer todo lo bueno.

Según mi opinión, la intención del gran Creador no fue que la humanidad viviera en el egoísmo y satisfaciendo todas sus pasiones, puesto que "a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Génesis 1:27). El salmista dijo:

"¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria . . .

Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra.

Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies." (Salmos 8:4-6.)

¿Cuál es la norma de la santidad? La respuesta está en la Biblia, cuando Moisés le canta alabanzas a Jehová diciéndole que no hay ninguno como El: "¿Quién como tú, oh Jehová . . . magnífico en santidad". (Véase Exodo 15:11.)

Al igual que a Esteban, quienes buscan la santidad ven la gloria de Dios. (Véase Hechos 7:55.) El Señor mismo describió en parte las bendiciones que se reciben cuando se busca la santidad:

"De cierto, así dice el Señor: Acontecerá que toda alma que deseche sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy." (D. y C 93:1.)

Al comienzo de mi discurso me referí a la visión del profeta José Smith concerniente a los Doce Apóstoles. No debemos suponer que porque los Doce no vieron al Salvador, pues tenían los ojos fijos en el suelo, habían fracasado en sus labores; por el contrario, el grupo continuó laborando con firmeza y constancia en su ministerio. Su desaliento era sólo temporal; sus obras fueron heroicas y llenas de valor. Al profeta José Smith le fue concedido ver el final de la visión y tuvo el privilegio de contemplar la consumación de la obra de los Doce. Heber C. Kimball dice:

". . . vio hasta que ellos habían completado su obra y llegado a la entrada de la ciudad celestial, donde Adán les abrió las puertas, y a medida que entraban, él los abrazaba uno por uno y los besaba. Después, Adán los condujo hasta el trono de Dios y allí el Salvador abrazó a cada uno y los besó y coronó en la presencia de Dios . . . La impresión que esta visión dejó en la mente del hermano José fue tan fuerte que cuando hablaba de ella no podía contener las lágrimas." (*Life of Heber C. Kimball*, págs. 93-94.)

La dignidad personal aumenta grandemente cuando elevamos nuestra mirada procurando alcanzar la santidad. Al igual que los

árboles gigantes, debemos abrirnos camino hacia arriba en busca de la luz. Podemos llegar a conocer la fuente más importante de luz por medio del don del Espíritu Santo, el cual es la fuente de la fortaleza y la paz interior.

He visto la dignidad y la valía humanas expresadas elocuentemente en la vida del más humilde de los humildes, en la vida de los pobres, y también en la de los ricos y los muy educados. Los frutos de su esfuerzo por lograr la pureza se pueden ver expresados por medio de su dignidad, así como de sus sentimientos de autorrespeto y valor personal. Shakespeare, hablando por medio de Polonio, dijo:

"Y, sobre todo, esto: sé sincero contigo mismo, y de ello se seguirá, como la noche al día, que no puedes ser falso con nadie." (*Hamlet*, Acto I, Escena 3.)

Gran parte de nuestro autorrespeto se basa en nuestro trabajo, en nuestra frugalidad y en la capacidad que tengamos para valernos por nosotros mismos.

Que todos tengamos un sentimiento de valía y dignidad personal debido al conocimiento de que somos hijos de Dios y que recibimos fortaleza al fijar la vista en miras elevadas mientras tratamos de lograr la santidad. Y que al así hacerlo, seamos dignos de recibir la inspiración que fluye constantemente de Dios, y que es sagrada, real, y con frecuencia muy privada.

Estoy seguro de estas cosas por la inspiración que mi alma recibe. Sé que Jesús vive y que está a la cabeza de esta Iglesia, y este testimonio os dejo en el nombre del Salvador Jesucristo. Amén.

Somos llamados a esparcir la luz

por el élder Jacob de Jager
del Primer Quórum de los Setenta

Mis queridos hermanos y hermanas, el 4 de abril de 1950, hace hoy exactamente treinta y un años, salí de Holanda con un nombramiento de tres años para la parte sudoriental del Asia. Esa asignación me permitió hacer extensos viajes a diversas y distantes islas de esa parte del mundo para colaborar en la planificación e instalación de la electricidad en zonas rurales.

Me brindó, además, la ocasión de ver de cerca cómo la gente de esa parte del mundo comenzaba a progresar rápidamente después de la Segunda Guerra Mundial. Las sencillas lámparas de aceite de coco y mecha de sus viviendas fueron reemplazadas por la luz eléctrica.

Con la llegada de la electricidad a sus islas, para muchos la noche se tornó en día, con nuevas posibilidades de estudio y recreación después del ocaso; para ello hubo que instalar centrales eléctricas, cables de alto voltaje y subcentrales de electricidad a fin de llevar la corriente a todas las casas.

Recuerdo los rostros alegres y el brillo en los ojos de los niños, y también las lágrimas de gratitud

en los ojos de las personas mayores, cuando el alcalde encendió por vez primera el sistema de alumbrado eléctrico; a este acto siguieron festividades, con música, canto y baile desde la puesta del sol hasta el apuntar del alba.

¡Qué gran regocijo hubo entre la población!

Veintiséis años después, también un 4 de abril, el Señor me sacó del mundo para entrar en su servicio permanente. Unos meses más tarde, esta vez como miembro del Primer Quórum de los Setenta de la Iglesia, viajé nuevamente a la parte sudoriental de Asia; pero esa vez iba a esparcir otra luz: la luz del evangelio; y así fue como otro cambio notable se verificó en la vida de muchas personas.

La tarea la realizaron dedicados jóvenes y señoritas que se encargaron de llevar la luz del evangelio a todas las viviendas en donde se les permitió entrar.

Sus centrales de luz eran las casas de misión de esa zona de Asia, y sus conexiones, las líneas de la autoridad del sacerdocio, sin las cuales el sistema no marcharía jamás.

Esos misioneros también presenciaron demostraciones de gozo y gratitud cuando los primeros destellos de luz eterna llegaron a la vida de sus conversos, y éstos aprendieron a cantar en su propia lengua en sus noches de hogar: "Oh qué grato todo es . . . cuando hay amor" (*Himnos de Sión*, 192).

Cada vez que se abre una nueva misión, se establecen ramas de la Iglesia o se organizan estacas de Sión, la luz radiante empieza a relumbrar trayendo a la memoria el

Tres jóvenes visitantes a la conferencia.

mensaje del himno:

El alba rompe de verdad
y en Sión se deja ver.
Tras noche de obscuridad,
bendito día renacer.
(*Himnos de Sión*, 1.)

Hermanos, ¿no es acaso un milagro la propagación de la luz a toda nación?

¿El deber de llegar a todo hogar para dar luz, amor y felicidad a nuestros semejantes, no es una sagrada obligación? Sobre todo cuando sabemos que el Salvador dijo:

"De cierto os digo a todos: Levantaos y brillad, para que vuestra luz sea un estandarte a las naciones." (D. y C. 115:5.)

¿Quiénes son "todos" ahora, hoy mismo, el 4 de abril de 1981? Por lo que puedo darme cuenta, en base a las recomendaciones que a diario se reciben en el Departamento Misional, la mayoría son élderes de diecinueve años y hermanas de veintiuno, quienes salen a servir como misioneros regulares. También tenemos a las fieles hermanas mayores que son excelentes misioneras dondequiera que se las llame a servir.

Por último, hay un número limitado de matrimonios jubilados; y digo "un número limitado", porque hay muchos más en esas condiciones que son saludables, y podrían servir eficazmente en el campo misional. Al continuar la obra expandiéndose en las muchas naciones de la tierra, habrá una necesidad aún mayor de matrimonios para servir como misioneros regulares. Aparte de su asignación básica de enseñar el evangelio, se les puede asignar una variedad de otras funciones. Por ejemplo, en las misiones donde aún no hay líderes preparados, los matrimonios misioneros pueden servir para capacitar a los conversos. También tenemos entre ellos oficinistas, tenedores de libros y contadores jubilados. Las parejas con esa preparación pueden servir en las oficinas de misión como secretarios de registros o financieros; más aún, hay matrimonios mayores que tienen conocimiento en genealogía y que pueden servir, cuando se les asigne expresamente a ello, para enseñar a los miembros en barrios y ramas. Hay también posibilidades de servir enseñando el evangelio en los centros de visitantes, o abriendo las puertas de la obra en sectores internacionales, fuera de los límites de las misiones existentes.

Lamentablemente, aún existe la idea errónea entre muchas parejas de que su misión ha de ser sólo proselitista; espero que, con lo que acabo de decir, tengan ahora una idea más clara y reconsideren la posibilidad de servir; y más aún, al oír que contrariamente a lo establecido con otros llamamientos, ahora pueden presentarse como voluntarios para ir a una misión de seis, doce o dieciocho meses.

Quizá algunos digan que es muy difícil dejar a los nietos, ya que parecería que en esa etapa de la vida alejarse de éstos resulta más duro que dejar a los propios hijos.

Conozco extraordinarias experiencias de matrimonios en el campo misional.

El hermano Ralph Lambert y su esposa sirvieron por dieciocho meses en la Misión de Oklahoma—Tulsa. En una rama pequeña, una hermana y su hijo adolescente iban los domingos a la Iglesia; aun-

que el padre de la familia era miembro de la Iglesia, no concurría a las reuniones. Antes de jubilarse en Oklahoma había vivido en Utah; cuando era un joven diácono era tan tímido y vergonzoso que no iba a la Iglesia porque tenía miedo de que le pidiesen que orara o cumpliera alguna otra asignación. De vez en cuando los misioneros iban a hablarle de la Iglesia, pero nunca pudieron lograr activarlo en ella. Sin embargo, los hermanos Lambert, que tenían la misma edad que él y gran madurez, pudieron trabar una cálida amistad con aquel hombre, que así comenzó a ir a la Iglesia con su esposa e hijo; nunca se le apremió a hacer cosa alguna que no tuviese ganas de hacer. Tras breve tiempo, preguntó con cuánto dinero había de contribuir al presupuesto de la rama, y cuando esto se le explicó comenzó a dar su aporte. Como un mes más tarde, al acercarse el domingo de ayuno, preguntó cuál era la forma de pagar el diezmo. Se le explicó que el sistema no había cambiado en cincuenta años, desde que él vivía en Utah. Y comenzó a hacer esa contribución voluntaria al reino. Poco después, dijo que aceptaría cualquier llamamiento que le hiciesen en esa rama pequeña.

Fue ordenado presbítero, lo que le permitió ordenar a su hijo menor, también de presbítero en el Sacerdocio Aarónico.

Ulteriormente, llegó a ser consejero en la presidencia de la rama; un año después, habiendo demostrado ser del todo digno, fue ordenado élder . . . y él y toda su familia fueron sellados en el Templo de Salt Lake City.

Testifico que los hermanos Lambert, junto con miles de matrimonios fieles que han servido en el pasado, y los que sirven ahora, serán ricamente bendecidos por nuestro Padre Celestial; sé que han ganado un profundo conocimiento del verdadero significado de la escritura:

"Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis, aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!" (D. y C. 18:15.)

Finalmente, quisiera referiros una experiencia muy interesante que el hermano Edwin Q. Cannon y su esposa tuvieron en su misión en la zona occidental de Africa. Es referente a una distinguida familia de color de la Iglesia, de apellido Sampson-Davis, que reside en Accra, Ghana.

En 1963, el hermano Sampson-Davis se graduó con un título de electrónica en la Universidad de Oxford, Inglaterra, y lo contrató la Compañía Philips Electronics en Eindhoven, Holanda.

La hermana Sampson-Davis viajó desde Africa para reunirse con su esposo en dicha ciudad. Un día, los misioneros mormones le dieron un ejemplar del Libro de Mormón y la primera charla misional en la pensión donde ella y su esposo se hospedaban. Me abochorna un poco deciros que la dueña de la pensión era holandesa, pues le dijo categóricamente a nuestra hermana que no recibiera más a los mormones.

La familia Sampson-Davis por fin regresó a Ghana; quince años después, en 1978, la hermana se puso nuevamente en contacto con la Iglesia y comenzó a asistir fiel-

mente a las reuniones de la Escuela Dominical. Los misioneros les dieron las charlas y ellos obtuvieron un firme testimonio; y el hermano Ted Cannon bautizó a la madre y a sus tres hijos en una piscina de Accra.

El hijo mayor, el élder Crosby Sampson-Davis, comenzó a prepararse para servir en una misión, y recibió su llamamiento misional a principios de este año. Hace dos semanas, el élder Sampson-Davis salió del Centro de Capacitación para Misioneros, para servir en la Misión de Inglaterra—Manchester. Es interesante saber que el padre se unió a la Iglesia un mes antes de que el hijo saliera a la misión; ahora, toda la familia está unida en la fe.

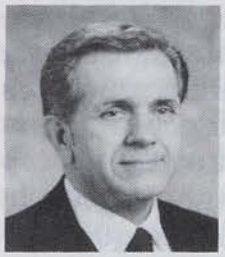
Los hermanos Cannon en verdad han visto los frutos de su labor y conservan hermosos recuerdos del tiempo que pasaron con otros de los hijos de nuestro Padre Celestial en Africa.

Os he relatado las experiencias de esos dos matrimonios, para que comprendáis la importancia del servicio misional que prestan los matrimonios jubilados, y las bendiciones que reciben todos los que se embarcan en la obra del Maestro.

Os testifico, como converso a la Iglesia, que ninguna persona puede tener un gozo mayor que el de tomar parte en llevar el mensaje del evangelio a todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos.

Humildemente ruego que el espíritu misional esté con todos nosotros en los tiempos que vienen, y que podamos ser instrumentos en las manos del Señor para edificar su reino aquí en la tierra antes de su glorioso retorno, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén.

El valor del matrimonio



por el élder Boyd K. Packer
del Consejo de los Doce

El profeta Jacob predijo la destrucción de un pueblo a causa de su ceguedad ante cosas simples, "la cual", dijo, "vino por traspasar lo señalado . . ." (Jacob 4:14).

A menudo nos esforzamos por obtener cosas que parecen difíciles de lograr cuando en realidad están a nuestro alcance; cosas comunes y obvias.

Quisiera referirme a una palabra común. Durante meses he tratado realmente de encontrar la forma de usarla dentro de un contexto que le diera el significado que realmente tiene. La palabra es *matrimonio*.

Hubiera querido poner delante de nosotros un estuche finamente tallado, y colocarlo debajo de un foco de luz, para después abrirlo con mucho cuidado y sacar de él con toda reverencia la palabra *matrimonio*. Tal vez así quedaría bien sentado su verdadero valor. Lamentablemente, no puedo hacerlo de esa forma, por lo que, haré todo lo que esté a mi alcance para explicarlo, valiéndome de otras palabras también comunes. Mi propósito es respaldar, promover y defender la institución del matrimonio, la cual en estos días es

considerada por muchas personas como algo de cierto valor, mientras que para otras carece de él en forma absoluta.

He sido testigo, y estoy seguro de que también vosotros, de una infinidad de propaganda que nos rodea y que pretende convencernos de que el matrimonio, como institución, está totalmente pasado de moda. Incluso es común que muchas parejas solteras vivan en concubinato, lo cual no es más que una burda imitación del matrimonio. Esas personas suponen que podrán contar con todo lo que éste puede ofrecer, sin estar sujetos a las obligaciones que impone.

Quienes así piensan están totalmente equivocados. Por más satisfacciones que esperen encontrar en una relación de esa naturaleza, mucho más será lo que perderán. La vivencia de dos personas del sexo opuesto en una relación íntima fuera del matrimonio destruye algo en el fuero íntimo de aquellos que la practican; entonces la virtud, la autoestima, y la templanza se desvanecen. Por más que se asegure que esto no habrá de acontecer, todas esas virtudes desaparecen, y una vez que así sucede, no son fáciles de recuperar.

El suponer que un buen día tales personas pueden cambiar de manera de pensar y de actuar, e inmediatamente reclamar todo lo que pudieron haber poseído si no se hubieran mofado del matrimonio, es imaginar un hecho que no acontecerá. Además, cuando llegue el día en que cobren conciencia de lo hecho, les invadirá un profundo desconsuelo.

Una persona no puede degradar al matrimonio sin ensuciar al mismo tiempo otros símbolos sumamente importantes como: *niño, joven, hombre, mujer, esposos, padres, bebé, hijos, familia, hogar.* Otras palabras como *abnegación* y *sacrificio* se hacen a un lado, el autorrespeto se desvanece y desaparece el amor.

Si alguno de nosotros se ha sentido tentado a tomar parte en una relación tal, o si hubiera entre quienes me escuchan personas del sexo opuesto que vivan juntas sin estar casadas, apartaos de tal práctica; escapad de ella; no continuéis. O, si resultara posible, convertid vuestra unión en un matrimonio legal. Aun cuando fuera una relación matrimonial frágil, tendrá buenos resultados siempre que ambos cónyuges se esfuercen por evitar que se derrumbe.

Quisiera ahora haceros una advertencia: *El matrimonio es algo sagrado,* y aquel que lo destruya acarreará sobre sí una tremenda responsabilidad.

El destruir un matrimonio a sabiendas, ya sea el propio o el de otra pareja, constituye una ofensa a Dios que jamás se tomará a la ligera en los juicios del Todopoderoso, ni será fácilmente perdonada en el plan eterno.

No amenacéis ni tratéis de destruir un matrimonio. No convirtáis nunca un desencanto con vuestro cónyuge o una atracción particular hacia otra persona en justificación para adoptar cualquier conducta que pueda llegar a destruir el vínculo matrimonial.

Esta transgresión tan monstruosa por lo general trae aparejados tremendos perjuicios para los niños, ya que para ellos resulta muy difícil comprender los anhelos egoístas de adultos infelices que no vacilan en complacer su propia sa-

tisfacción a expensas de los inocentes.

Dios mismo decretó que la expresión física del amor, esa unión entre hombre y mujer que tiene el poder de crear la vida, estuviera autorizada únicamente dentro de los vínculos del matrimonio, y limitada a ellos.

El matrimonio es el refugio dentro del cual se crea la familia. Aquella sociedad que dé poco valor a este vínculo sagrado siembra vientos y a su debido tiempo cosechará tempestades; de allí en adelante, a menos que se arrepienta, acarreará sobre sí la destrucción total.

Hay personas que piensan que es muy lógico que todo matrimonio termine en la infelicidad y el divorcio, y que sus sueños y esperanzas están predestinados a culminar en una sucesión de desilusiones y fracasos.

Aunque veamos a nuestro alrededor muchas uniones conyugales fracasadas, esto no quiere decir que con todas pase lo mismo. Algunas se tuercen, hasta se quiebran, pero no por eso debemos perder la fe en el matrimonio ni tenerle miedo.

Es interesante observar cómo los problemas acaparan la atención de la gente. Cuando transitamos por la calle céntrica de una gran ciudad, con miles de automóviles desplazándose en varias direcciones, por lo general no le prestamos atención a ninguno de éstos; sin embargo, si ocurre un accidente, en seguida lo advertimos. Y si los accidentes se repiten en el mismo lugar, nos invade la falsa impresión de que nadie puede transitar a salvo por esa calle.

Un solo accidente aparece en primera plana en los periódicos, mientras que puede haber un millón de automóviles que hayan transitado sin problemas el mismo día y nadie considera que eso sea digno de mencionarse.

Los novelistas consideran que un matrimonio feliz y estable no cuenta con el suficiente dramatismo y carece del suspenso necesario para hacer más interesante una novela o un guión cinematográfico o teatral, así es que nos bombardean constantemente con historias de hogares arruinados y nos hacen perder la verdadera perspectiva de la vida conyugal.

Soy un firme creyente en el matrimonio y considero que es el modelo ideal de vida entre los seres humanos; sé que fue ordenado por Dios y que toda restricción dentro de este vínculo ha sido impuesta para proteger nuestra propia felicidad.

No creo que haya ningún momento mejor en toda la historia del mundo para que una joven pareja enamorada, y con la debida edad y preparación, piense en el matrimonio; no puede haber mejor momento, *porque éste es vuestro momento en la tierra.*

Reconozco que vivimos una época sumamente difícil. Los problemas que enfrentamos repercuten severamente en el hogar; sin embargo, no perdáis la fe en el vínculo matrimonial, ni siquiera si habéis experimentado la angustia de un divorcio y todavía estáis rodeados por los escombros de un matrimonio destrozado.

Si habéis honrado vuestros convenios y vuestro cónyuge no lo ha hecho, recordad que Dios nos observa constantemente y un día, cuando hayan quedado atrás todos

nuestros presentes y futuros, habrá una recompensa esperándonos. Entonces, aquellos que hayan observado una buena moral y hayan sido fieles a sus convenios serán felices; de lo contrario, pagarán las consecuencias de su conducta.

Sabemos de matrimonios que se han deshecho a pesar de todos los esfuerzos hechos por uno de los cónyuges para mantenerlos firmes. Aun cuando en muchos de los casos ambas partes hayan sido responsables, no podemos condenar al inocente que sufre no obstante todo lo que deseó e hizo para salvar su matrimonio. A esas personas les digo que no pierdan la fe en esta sagrada institución, ni permitan que la decepción que experimentaron les deje un sabor amargo; y también, que jamás tomen ese fracaso como justificativo de cualquier tipo de conducta indigna.

Si no habéis tenido la oportunidad de contraer matrimonio o si habéis perdido a vuestro compañero o compañera a causa de la muerte, conservad la fe en este sagrado vínculo.

Hace algunos años un amigo mío perdió a su querida esposa quien murió tras una larga enfermedad, habiendo sido él testigo impotente de su agonía.

En una oportunidad, en sus últimos días de vida, ella le dijo que después que muriera, deseaba que él se casara otra vez, pidiéndole que no dejara pasar mucho tiempo para ello. El protestó enérgicamente; puesto que los hijos ya eran crecidos, pensaba pasar el resto de su vida en la soledad.

En medio de las lágrimas ella le preguntó: "¿Es que acaso he fracasado como esposa, que después de todos estos años transcurridos juntos tú prefieres no volver a casarte? ¿Tanto he fracasado?"

A su debido tiempo conoció a otra buena mujer y su vida junto a ella ha reafirmado su fe en el matrimonio. Lo que es más, presiento que su primera esposa está profundamente agradecida a esta otra mujer que ha venido a ocupar el lugar que ella no pudo conservar.

Con todas sus satisfacciones, con toda su dicha y amor, el matrimonio sigue ofreciendo totales garantías. Es en él donde todas las aspiraciones del alma humana y todo sentir físico, emocional y espiritual se pueden ver cristalizados.

El matrimonio está lleno de toda clase de pruebas; después de todo, éstas son las que forjan la virtud y la fortaleza interior. La templanza del carácter que se adquiere en el matrimonio y en la vida familiar es uno de los factores que llevará a los seres humanos a alcanzar un día la exaltación.

Nuestro Padre Celestial ha ordenado que la vida tenga su comienzo al amparo del vínculo matrimonial, concebida por medio de una total consumación del amor, y nutrida y protegida por este profundo sentimiento que va siempre acompañado del sacrificio.

El matrimonio ofrece una satisfacción que perdura toda la vida; comienza con el amor puro en la juventud, sigue con la boda y la luna de miel, continúa cuando vienen los niños y durante su crianza. Más tarde llegan los años de la madurez cuando los hijos abandonan el nido para edificar el suyo propio; y entonces se repite el ciclo tal como Dios lo decretó.

Dentro de la Iglesia existe un aspecto adicional del vínculo matri-

monial de la que tenemos conocimiento por medio de la revelación; esta gloriosa verdad celestial nos enseña que el matrimonio es un vínculo de naturaleza eterna.

Hay en esta ordenanza convenios que podemos hacer si estamos dispuestos y lazos eternos que podemos sellar si somos dignos, los cuales preservarán esta unión intacta y segura más allá del velo de la muerte.

"Porque, he aquí", declaró el Señor, "ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre." (Moisés 1:39.)

El propósito primordial de toda actividad que se lleva a cabo en la Iglesia es que marido y mujer, junto con sus hijos, puedan ser felices en el hogar y prolongar esa felicidad más allá de la muerte. Toda doctrina cristiana fue concebida para proteger a la persona, al hogar y a la familia.

El siguiente poema expresa algo de la función que cumple el matrimonio en el progreso eterno del hombre:

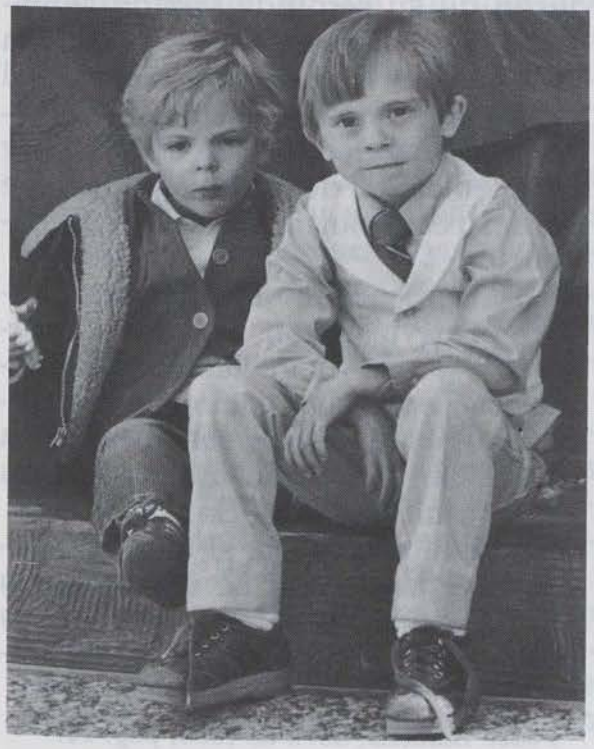
Tenemos dentro una llama
siempre viva,
una zarza que enciende luces,
el sagrado fuego de la vida misma
que mal usado siempre produce
una sofocante nube espesa
de pena y de amargura;
mas que al usarse sabiamente,
deja
vida, familia y la dicha más pura.

Las legiones de la obscuridad
procuran pervertir esta aurora
con hechos de notoria maldad;
entonces llegará a todos la hora
del mismo juicio final.
Allí gemir se oye y llanto aflora
por esa fuerza que nunca más
tendrán
y que les hizo tan felices otrora.

Sé que esa fuerza es muy real,
clave del plan de Dios para esta
tierra,
que nos proporciona la
inmortalidad
y nos llevará a la vida eterna.
El matrimonio es como un cristal
donde sus colores la vida
combina;
en él se crea el cuerpo del mortal
siguiendo el plan de naturaleza
divina.

Entonces el espíritu por Dios
creado
nace al mundo donde habita el
mortal.
Así por su libre albedrío es
probado;

Dos pequeños visitantes encuentran un sitio para descansar en la base de una de las estatuas de la Manzana del Templo.



para ese fin es nuestra vida
terrenal.
Aquí mal y bien se exponen por
igual
y nuestra decisión grande será.
Aquel que elija el divino plan
sin duda alguna a Dios retornará.

Un don Dios nos otorga en su
bondad:
que los mortales puedan heredar
el gran poder de la fecundidad
para con su amor otras vidas
crear.
Esta alma, este ser así
engendrado,
imagen es del hombre con su
origen divino.
¡Del modo que tratemos este don
tan sagrado,
así también iremos hacia nuestro
destino!

¡Un amor eterno, un matrimonio eterno, una posteridad eterna! Este ideal, totalmente nuevo para muchos, puede contribuir a la preservación firme y segura de un matrimonio cuando se lo considera detenidamente y se lo toma como meta. Aparte del convenio matrimonial no hay ninguna relación humana que tenga más posibilidades de exaltar al hombre y a la mujer. Agradezco a Dios por la ordenanza del matrimonio y por los templos donde ésta se puede llevar a cabo. No hay ninguna norma social ni eclesiástica que le supere en importancia. Le agradezco por el glorioso poder sellador, poder que trasciende en importancia todos los que se nos han otorgado y mediante el cual la unión matrimonial puede ser eterna. Que podamos ser dignos de este sagrado don, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

El recogimiento de Israel en la tierra de su herencia

por el presidente Marion G. Romney
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

Mis queridos hermanos y hermanas, estoy seguro de que todos sabemos que estamos viviendo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, la cual ha de culminar con la segunda venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Entre las señales que se predijeron de su segunda venida se encuentran: la restauración de la Iglesia de Jesucristo, hecho del cual todos somos testigos; el establecimiento de Sión en América; y la predicción de que los hijos de Israel recibirán la tierra de su herencia.

La dedicación del Parque Conmemorativo Orson Hyde en Jerusalén* y las negociaciones diplomáticas entre las naciones que tienen algo que ver con la Tierra Santa han generado mucho interés en esta última profecía.

Debido a esto, ha sido muy interesante para mí, y sé que también lo será para vosotros, estudiar los pasajes del Libro de Mormón refe-

**Véase* Liahona, *abril de 1980, pág. 94.*

rentes a la restauración de los hijos de Israel a la tierra de su herencia, y las revelaciones acerca de la segunda venida de nuestro Salvador.

Poco tiempo después que la colonia de Lehi se estableció en la Tierra Prometida, (unos 580 años antes de Cristo), Nefi, que escribió acerca del futuro nacimiento de Jesucristo, su ministerio y crucifixión, dice:

"Y en cuanto a los que se hallen en Jerusalén, dice el profeta, serán fustigados por todos los pueblos, porque crucifican al Dios de Israel, y apartan sus corazones, desechando señales y prodigios, y el poder y la gloria del Dios de Israel.

Y porque apartan sus corazones, dice el profeta, y han despreciado al Santo de Israel, vagarán en la carne, y perecerán, y serán un escarnio y un oprobio, y serán aborrecidos entre todas las naciones.

No obstante, dice el profeta, cuando llegue el día en que no vuelvan por más tiempo sus corazones contra el Santo de Israel, entonces él se acordará de los convenios que hizo con sus padres.

Sí, entonces se acordará de las islas del mar; sí, y a todos los que son de la casa de Israel yo recogeré de las cuatro partes de la tierra, dice el Señor, según las palabras del profeta Zenós." (1 Nefi 19:13-16.)

Unos años antes de que cruzaran el océano, Nefi habló a sus hermanos "concerniente a la restauración de los judíos en los postreros días" (1 Nefi 15:19):

"Y les repetí las palabras de Isaías, quien se refirió a la restauración de los judíos o de la casa de Israel; y que después que fuesen restaurados, no volverían a ser confundidos ni esparcidos otra vez . . ." (1 Nefi 15:20.)

Unos veinticinco años más tarde, Jacob, el hermano de Nefi, hablando de los habitantes de Jerusalén, dijo:

". . . que el Señor . . . se ha de manifestar a ellos en la carne; y que después que se haya manifestado, lo azotarán y lo crucificarán, según las palabras del ángel que me lo comunicó.

Y después que hayan empedernido sus corazones y endurecido sus cervices contra el Santo de Israel, he aquí, los juicios del Santo de Israel vendrán sobre ellos. Y se aproxima el día en que serán heridos y afligidos.

Por lo que, después que sean echados de un lado a otro, pues así dice el ángel, muchos serán afligidos en la carne, y no se les permitirá perecer a causa de las oraciones de los fieles; y serán dispersados y heridos y odiados; sin embargo, el Señor será misericordioso con ellos, para que cuando lleguen al conocimiento de su Redentor, sean reunidos de nuevo en las tierras de su herencia." (2 Nefi 6:9-11.)

Luego, Jacob, el hermano de Nefi, añadió:

"Ahora bien, amados hermanos míos, he leído estas cosas para que sepáis de los convenios del Señor que ha concertado con toda la casa de Israel,

que él ha declarado a los judíos por boca de sus santos profetas, aun desde el principio, de generación en generación, hasta que llegue la época en que sean restaurados a la verdadera iglesia y redil de Dios, cuando sean reunidos en las tierras de su herencia, y sean

establecidos en todas sus tierras de promisión." (2 Nefi 9:1-2.)

"Pero he aquí, así dice el Señor Dios: Cuando llegue el día en que crean en mí, que yo soy Cristo, he pactado con sus padres que entonces serán restaurados en la carne, sobre la tierra, a los países de su herencia.

Y acontecerá que serán congregados de su larga dispersión, desde las islas del mar y desde las cuatro partes de la tierra; y serán grandes a mis ojos las naciones de los gentiles, dice Dios, en llevarlos a las tierras de su herencia." (2 Nefi 10:7-8.)

Poco tiempo antes de morir, Nefi, profetizando la historia futura de los judíos, dijo que después de la crucifixión y resurrección de Jesucristo "los judíos serán dispersados entre todas las naciones; sí, y también Babilonia será destruida; por consiguiente, otras naciones dispersarán a los judíos."

Fue Babilonia, por supuesto, la que dispersó a los judíos, antes del nacimiento de Cristo.

"Y después que hayan sido dispersados, y el Señor Dios los haya castigado por otros pueblos, por el espacio de muchas generaciones, sí, de generación en generación, hasta que sean persuadidos a creer en Cristo, el Hijo de Dios, y la expiación, que es infinita para todo el género humano; y cuando llegue ese día en que crean en Cristo, y adoren al Padre en su nombre, con corazones puros y manos limpias, y no esperen más a otro Mesías, entonces, en esa época, llegará el día en que sea menester que crean estas cosas.

Y el Señor volverá a extender su mano por segunda vez para restaurar a su pueblo de su estado perdido y caído . . ." (2 Nefi 25:15-17.)

Jesucristo, que ya había resucitado, dijo, refiriéndose a nuestros días en que el evangelio sería restaurado entre los gentiles, como en realidad se ha efectuado:

". . . si cuando hayan recibido" (se refiere a los gentiles) "la plenitud de mi evangelio, endurecen luego sus corazones en contra de mí . . . me acordaré del convenio que he hecho con mi pueblo; y he concertado con ellos que los recogería en mi propio y debido tiempo, y que otra vez les daría por herencia la tierra de sus padres, que es la tierra de Jerusalén, que para ellos es la tierra prometida para siempre, dice el Padre.

Y sucederá que llegará el día en que les será predicada la plenitud de mi evangelio;

y creerán en mí, que soy Jesucristo, el Hijo de Dios; y orarán al Padre en mi nombre.

Entonces levantarán la voz sus centinelas, y cantarán unánimes; porque verán ojo a ojo.

Entonces los juntará de nuevo el Padre, y les dará a Jerusalén por tierra de su herencia.

Entonces prorrumpirán en gozo: ¡Cantad juntamente, lugares desolados de Jerusalén; porque el Padre ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén! . . .

En verdad, en verdad os digo que todas estas cosas ciertamente se verificarán, tal como el Padre me lo ha mandado. Entonces se cumplirá este convenio que el Padre ha hecho con su pueblo; y entonces Jerusalén volverá a ser habitada por mi pueblo, y será la tierra de su herencia.

Y de cierto os digo, os doy una

El presidente Spencer W. Kimball intercambia saludos con los miembros del Consejo de los Doce al terminar una de las sesiones.

señal para que sepáis la época en que estarán a punto de acontecer estas cosas . . .

. . . en aquel día, sí, cuando sea predicado este evangelio entre el resto de este pueblo. De cierto os digo que en ese día empezará la obra del Padre entre todos los dispersos de mi pueblo, sí, aun las tribus que han estado perdidas, las cuales el Padre ha conducido de Jerusalén.

Sí, empezará por el Padre la obra entre todos los dispersos de mi pueblo, para preparar la vía por la cual puedan venir a mí, a fin de que invoquen al Padre en mi nombre.

Sí, y entonces empezará, por el Padre, la obra de preparar la manera, entre todas las naciones, por la cual su pueblo pueda volver a la tierra de su herencia." (3 Nefi 20:28-34, 46; 21:1, 26-28.)

Mormón, al concluir el compendio del relato del ministerio de Jesucristo entre los nefitas, dijo:

"Y ahora, he aquí os digo que cuando el Señor, en su sabiduría, juzgue prudente que lleguen estas cosas a los gentiles, según su palabra, entonces sabreís que ya empieza a cumplirse el convenio que el Padre ha hecho con los hijos de Israel, concerniente a su restauración a las tierras de su herencia.

Y podréis saber que las palabras del Señor, que han proferido los santos profetas, se cumplirán todas; y no tendréis que decir que

el Señor demora su venida a los hijos de Israel.

Y no os será menester imaginaros en vuestros corazones que son en vano las palabras que se han hablado, pues he aquí, el Señor se acordará del convenio que ha hecho a su pueblo de la casa de Israel . . .

Sí, y ya no tenéis necesidad de escarnecer ni menospreciar a los judíos, ni hacer burla de ellos, ni de ninguno del resto de la casa de Israel; porque he aquí, el Señor se acuerda de su convenio con ellos, y hará con ellos según lo que ha jurado." (3 Nefi 29:1-3, 8.)

Casi al final del registro que Moroni depositaría en el cerro de Cumora, y el cual José Smith sacaría a luz 1.400 años más tarde, el profeta Mormón escribió:

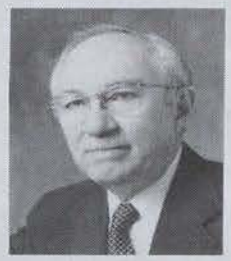
"Y se escriben estas cosas para el resto de la casa de Jacob . . . y se ocultarán para el objeto del Señor, a fin de que aparezcan en su debido tiempo . . .

Y he aquí, irán a los incrédulos entre los judíos; e irán con este fin: que sean convencidos de que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente; para que el Padre realice, por medio de su muy Amado, su grande y eterno propósito de restaurar a los judíos, o a toda la casa de Israel, a la tierra de su herencia, que el Señor su Dios les ha dado, para el cumplimiento de su convenio." (Mormón 5:12, 14.)

Estas profecías, hechas por los profetas del Libro de Mormón, dan por sentado que el recogimiento de la casa de Israel en la tierra de su herencia ocurrirá cuando acepten a Jesucristo como su Redentor. Y de ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

Sábado 4 de abril
Sesión de la tarde

El documento de José Smith III y las llaves del reino



por el élder Gordon B. Hinckley
del Consejo de los Doce

En esta ocasión, quisiera, en nombre de todos, dar una cordial bienvenida al hermano Angel Abrea, excelente, fiel y dedicado líder de la Iglesia en Argentina desde hace muchos años, y cuya influencia se ha sentido no sólo en este país sino en toda Sudamérica.

A continuación quisiera decir algunas palabras con respecto a la recientemente descubierta transcripción de una bendición dada por José Smith a su hijo de once años y fechada el 17 de enero de 1844. El documento es evidentemente de puño y letra de Thomas Bullock, quien sirvió como secretario del Profeta, y ha atraído considerablemente la atención de la prensa y otros medios publicitarios.

Nuestro Departamento Histórico lo adquirió siguiendo su costumbre de conseguir documentos y artefactos de toda clase, relacionados con la historia de los primeros días de la Iglesia. Resolvimos dar a conocer públicamente el descubrimiento, aun cuando nos constaba que los críticos, que poco saben de la historia real de la Iglesia, lo

tomarían como indicación de una falla en nuestra línea de autoridad.

Además, y esto es de suma importancia, reconocimos el contexto del documento como una bendición de padre, de gran valor sentimental para la Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, cuyos presidentes han sido descendientes directos de José Smith. La Primera Presidencia y el Consejo de los Doce resolvieron entonces ofrecerlo a la Iglesia Reorganizada, cuyos oficiales respondieron con gratitud y reconocimiento, y señalaron que aceptarían el documento sólo si les permitíamos darnos a cambio otro documento valioso. El intercambio se hizo el 19 de marzo pasado.

No es mi intención volver a poner en debate antiguas polémicas, pero para aquellos que puedan pensar que el citado documento constituye una nube en el principio del traspaso de autoridad por conducto del Consejo de los Doce Apóstoles, deseo analizar brevemente algunos hechos referentes al documento y a la historia del período de tiempo a que corresponde, y luego concluir con algunas observaciones que surgen de las circunstancias.

Primero, debe aclararse que el documento en cuestión es la transcripción de una bendición y no un registro de ordenación a un oficio. De hecho, quien recibió la bendición, José Smith III, testificó, en 1893, en el Tribunal de Circuito de los Estados Unidos, en Kansas City:

"Yo no he dicho que fui ordenado por mi padre; jamás he dicho tal cosa. No fui ordenado por mi padre como su sucesor; de acuerdo con lo que yo entiendo del término *ordenar*, no lo fui. Fui bendecido por él y designado, bien, en cierto sentido escogido . . ." (*Registro del tribunal*, párrafo 126.)

Debe mencionarse, además, que en diversas ocasiones José Smith señaló a diferentes hombres, o a grupos de hombres, que podrían ser sus sucesores; entre ellos, su hermano Hyrum, Sidney Rigdon, Oliverio Cowdery, David Whitmer, su hijo José III, y aun su hijo David, que todavía no había nacido; y, lo más importante, en varias ocasiones nombró al Consejo de los Doce Apóstoles.

No era raro que los padres diesen a sus hijos bendiciones de ese tipo. Orson Pratt, un apóstol, bendijo de igual manera a su hijo con la esperanza de que llegaría a ser líder en la Iglesia; también Brighan Young y otros bendijeron a sus hijos de un modo semejante.

Los de la Iglesia admitimos que el cumplimiento de todas las bendiciones que se dan bajo la autoridad del sacerdocio dependen de dos factores: los méritos y la fidelidad del que la recibe; y, la suprema voluntad y sabiduría de Dios.

Como todos los estudiosos de nuestra historia lo saben, hemos mantenido y obedecido la disposición de que las llaves y la autoridad del sacerdocio, esa autoridad sin la cual no puede existir la Iglesia verdadera de Jesucristo, fueron conferidas al Consejo de los Doce Apóstoles en los primeros días de la Iglesia, a fin de que en caso de la muerte del Presidente, la autoridad permaneciera y fuera transmitida legal y debidamente mientras la Iglesia durase.

Por ejemplo, en la gran revelación sobre el sacerdocio que conocemos como sección 107 de Doctri-

na y Convenios, la cual fue recibida y escrita el 28 de marzo de 1835, el Señor habló del gobierno de su Iglesia, y dijo de los Doce, después de hablar de la presidencia: "Y constituyen un quórum, igual en autoridad y poder" que la presidencia. (Véase D. y C. 107:24.)

Dos años después, el 23 de julio de 1837, este principio fue ratificado en la siguiente revelación:

"Porque a vosotros, los Doce, y a los de la Primera Presidencia, quienes son nombrados con vosotros para ser vuestros consejeros y directores, se ha dado el poder de este sacerdocio, para los últimos días y por la última vez." (D. y C. 112:30.)

Nuevamente, el 19 de enero de 1841, el Señor dijo por medio del profeta José:

"Os nombro a mi siervo Brigham Young para ser presidente del consejo viajante de los Doce,

quienes tienen las llaves para inaugurar la autoridad de mi reino sobre los cuatro ángulos de la tierra; y entonces, para enviar mi palabra a toda criatura." (D. y C. 124:127-128.)

En las actas de una conferencia especial realizada en Nauvoo, el 16 de agosto de 1841, se hace constar lo siguiente:

"Ha llegado el momento en que los Doce han de ser llamados a permanecer en su lugar junto a la Primera Presidencia . . . Y ayudar a llevar el reino victorioso a las naciones . . .

La junta ha dado su aprobación a las instrucciones del presidente José Smith con relación a los Doce, para que éstos actúen de conformidad a ellas a fin de atender a los deberes de su oficio." (*Times and Seasons*, sept. 1º de 1841.)

Está manifiestamente claro que el Señor puso el Consejo de los Doce, con Brigham Young como Presidente, junto al profeta José Smith, y les dio las llaves y la autoridad para llevar adelante la Iglesia bajo la dirección del Profeta, mientras éste viviera, y para gobernarla si moría. Las revelaciones que acabo de leer y las actas de la reunión de Nauvoo fueron escritas entre tres y nueve años antes de la bendición de la cual he hablado.

El invierno de 1843 a 1844* fue una temporada de gran tensión en Nauvoo, mientras los enemigos de la Iglesia tramaban su destrucción. Durante ese invierno, en varias ocasiones, José reunió a los Doce en un cuarto del piso superior de su tienda. Nuestros archivos contienen un número de documentos que testifican de esas reuniones y lo que se efectuó en ellas; tengo tiempo para citar los apuntes de sólo uno de los muchos presentes, quien escribió de José Smith lo que sigue:

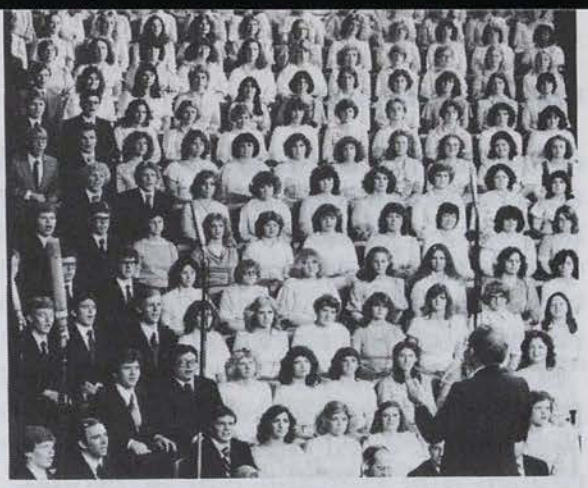
"Este grande hombre fue guiado, antes de su muerte, a juntar a los Doce de cuando en cuando para instruirles respecto a todas las cosas relacionadas con el reino, las ordenanzas y el gobierno de Dios. A menudo dijo que estaba colocando los cimientos pero que quedaría para los Doce la terminación del edificio. Dijo él, 'No sé por qué, pero por algún motivo me siento forzado a apurar mis preparativos, y a conferir sobre los Doce todas las ordenanzas, llaves, los convenios, las investiduras y las orde-

**El invierno comienza en el mes de diciembre en el hemisferio norte.*

nanzas selladoras del sacerdocio . . . pues . . . el Señor está a punto de colocar la carga sobre vuestros hombros para permitirme descansar un poco; y si me matan . . . el reino de Dios continuará, pues ya he terminado la obra que se me encomendó, al entregaros todas las cosas para la edificación del reino, según la visión celestial y el modelo que me mostraron los cielos'." (Manual "Presidentes de la Iglesia", cap. 5, parte 6.)

Como sabéis, José Smith fue asesinado por el populacho de Carthage el 27 de junio de 1844. El 8 de agosto, se reunió en Nauvoo una congregación de miles de personas. Sidney Rigdon, que había servido como consejero de José Smith, habló durante hora y media y propuso que se le nombrara guardián de la Iglesia. No hubo respuesta afirmativa a la propuesta. Aquella tarde, Brigham Young habló en nombre de los Apóstoles, y muchos de los presentes testificaron que el presidente Young se transfiguró delante de ellos, y vieron y oyeron en su lugar al Profeta asesinado. Después de sus palabras se propuso que los Doce presidieran la Iglesia, dado que éstos habían recibido las llaves de José, y la votación a favor fue abrumadora.

Ciertamente nadie que esté familiarizado con la subsiguiente historia de la Iglesia puede dudar del poder de esa dirección. La obra continuó en el templo y otros proyectos. Entonces, en febrero de 1846, comenzó el éxodo sin par a través del río Misisipí hacia "Winter Quarters" en las riberas del río Misurí, y posteriormente al Valle del Gran Lago Salado. Tan grande



Un grupo coral juvenil cantó en una de las sesiones de la conferencia.

era la fe de las decenas de miles de personas que emprendieron el viaje, tan firme su testimonio, que muchos dieron la vida antes que volverse atrás. ¿No podríamos encontrar un testimonio más poderoso de la autoridad de los que dirigían, que en las acciones de aquellos que abandonaron sus casas en Nauvoo para congregarse aquí, en los valles de las montañas, como respuesta al llamado de los Doce con Brigham Young a la cabeza, quien llegó a ser después Presidente de la Iglesia.

Tomemos por ejemplo a este hombre, Thomas Bullock, que escribió de su puño y letra el documento que he mencionado. Si él registró esa bendición, conocía naturalmente su contexto. Se dice que dicho manuscrito fue encontrado entre los papeles que dejó al morir.

Thomas Bullock se unió a la Iglesia en Inglaterra en noviembre de 1841, y emigró a Nauvoo en 1843, donde trabajó como secretario de José Smith. El y su familia se encontraban en el último grupo de santos que salieron de Nauvoo en el otoño de 1846. Hallándose gravemente enfermo, le acometió una turba de rufianes con rifles y bayonetas caladas, y le mandaron aban-

donar la ciudad en veinte minutos, amenazándole que de no hacerlo lo matarían a balazos. El los desafió a que le disparasen diciendo que de todos modos probablemente moriría pronto. El capitán le respondió: "Si renuncia usted al mormonismo, podrá quedarse, y nosotros le protegeremos". El hermano Bullock replicó que contaba con la propiedad legal de su casa, que no había cometido crimen alguno, y añadió: "Pero soy mormón, y si vivo seguiré a los Doce". Este hermano fue uno de los enfermos moribundos que sacaron de aquel lugar y cuya vida fue preservada junto con la de los demás de su compañía.

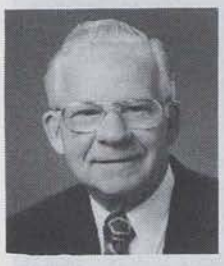
Cuando los santos salieron de Winter Quarters, en los primeros meses de 1847, fue escogido para ser secretario de la primera compañía y llevó un registro valioso del largo viaje. Después, hizo un segundo viaje al Este y regresó nuevamente al valle en 1848. Más tarde fue llamado a una misión en Inglaterra y allí sirvió de 1856 a 1858.

De todo esto se desprende naturalmente la pregunta: ¿Habría sufrido tanto por adelantar la causa como misionero al ser llamado por Brigham Young si hubiese tenido alguna duda de que éste no era el verdadero líder de la Iglesia y que ese derecho pertenecía a otro, de acuerdo con la bendición que tenía en su poder y que había escrito de su puño y letra? ¿Habría él estado dispuesto a pagar un precio tan alto por ser miembro de la Iglesia?

Hermanos y hermanas, desde la tragedia de aquel 27 de junio de 1844, cuando José Smith selló su testimonio con su sangre, desde la confirmación que se grabó en el corazón de los miles de santos reunidos en Nauvoo aquel siguiente 8 de agosto, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días ha seguido firmemente adelante y nunca ha dado un paso atrás. Esa misma autoridad que tuvo José, esas mismas llaves y poderes que eran de igual naturaleza que su derecho a presidir divinamente otorgado, fueron conferidos por él a los Doce Apóstoles con Brigham Young a la cabeza. Todos los presidentes de la Iglesia desde aquel entonces han llegado a ese altísimo y sagrado oficio habiendo sido escogidos de entre el Consejo de los Doce. Cada uno de estos hombres ha sido bendecido con el espíritu y poder de revelación de lo alto. Desde José Smith, hijo, hasta Spencer W. Kimball ha habido una cadena ininterrumpida. De esto doy solemne testimonio ante vosotros en este día. Esta Iglesia está edificada sobre la palabra cierta de la profecía y la revelación, edificada, como escribió Pablo a los efesios, "sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo" (Efesios 2:20).

Nos alegramos de que nuestros hermanos de la Iglesia Reorganizada tengan en sus manos el documento que contiene una bendición de padre pronunciada sobre la cabeza de uno de sus hijos. Es un documento preciadísimo, de gran valor sentimental para la familia de José Smith, pero no hace surgir ninguna duda con respecto a la validez de la sucesión a la presidencia por conducto del Consejo de los Doce Apóstoles, por cuanto éste fue establecido por el Profeta y ha funcionado bajo las revelaciones de Dios. De esto os testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

Servimos lo que amamos



por el élder Marvin J. Ashton
del Consejo de los Doce

Hace algunas semanas, poco antes de las seis de la mañana, mi esposa y yo subimos a un taxímetro para iniciar el último trecho de nuestro viaje de regreso a Salt Lake City. El conductor, que había estado trabajando desde las tres de la mañana, estaba deseoso de conversar con nosotros, que éramos sus primeros pasajeros ese día. Nos dijo que sus padres habían nacido cerca de la Ciudad de México, se habían mudado a Chicago, donde él nació, y luego a Nuevo México. Veinte años antes él había ido a visitar San Francisco, quedándose a vivir allí. Durante el trayecto al aeropuerto, el hombre nos relató algunos incidentes que pusieron de manifiesto grandes verdades.

Nos dijo que sus padres se habían quedado en Nuevo México, pero que los visitaban a él y a su hermano siempre que podían porque les encantaba estar con sus hijos y nietos. En Nuevo México la salud de su madre era más bien precaria, pero siempre que iba a San Francisco a verlos, se sentía mucho mejor. Con gran discernimiento, este hombre le había dicho a su hermano: "Sé perfectamente lo que mamá necesita". Y nos contó que había alquilado un gran camión y habían ido ambos a buscar a sus padres. Llevándolos a vivir cerca de aquellos que más los querían. La salud de su madre mejoró notablemente. "Lo que pasa es que el amor es muy importante si se da como se debe", agregó.

El segundo comentario que nos hizo aquel hombre, humilde pero sabio, también fue significativo: "Les enseño a todos mis hijos a trabajar. Quiero que se eduquen, pero deben trabajar para lograrlo. Acabo de ayudar a mi hijo de dieciséis años a conseguir un empleo en un banco. Mientras estudia, sólo trabaja dos horas por día, pero *aprende* a trabajar; y sabe que lo quiero porque trato de ayudarlo. Por la irregularidad de mis horas de trabajo, no siempre puedo llevarlo al empleo, pero siempre lo voy a buscar cuando sale. El disfruta del tiempo que pasamos juntos, y yo también."

Nuestro peculiar taxista señaló también otro detalle importante; nos dijo que algunos de sus amigos solteros que son taxistas como él a menudo se encuentran sin dinero y van a pedirle prestado, y que generalmente puede ayudarles. Cuando le preguntan cómo es posible para él mantener a su familia con lo que gana, si ellos no pueden mantenerse solos, responde: "Yo no malgasto el dinero en las carreras, ni en la bebida, ni en cigarrillos. Mi esposa cocina lo que comemos y no tenemos que gastar en comprar comidas preparadas". Y agregó sonriendo: "Nuestra diversión es estar con la familia". Los objetivos de este hombre están enfocados en su familia y él reconoce la insensatez del juego, la bebida y el derro-

che impulsivo de dinero.

Aquel taxista, un hombre feliz, ha aprendido por experiencia a ver importantes aspectos del amor. El sabe que el amor bien nutrido sana y enseña. También requiere sacrificio y fidelidad hacia aquello o aquellos que amamos. Nuestro taxista habló de algunos principios básicos e importantes del amor en acción. Francamente, disfrutamos tanto de la conversación que hubiéramos deseado que el aeropuerto estuviera más alejado.

Aquel hombre sabía dónde poner sus afectos. También nosotros debemos elegir con cuidado aquello que servimos, porque allí donde sirvamos estará nuestro amor; y en el curso de nuestra vida, tendremos que darle a ese amor la debida perspectiva.

En la infancia nos esforzamos con empeño, al andar en bicicleta o patinar, en dominar la ley del equilibrio. En la adolescencia nuestros intereses cambian. Al madurar, servir y sacrificarnos en favor de otros intereses, llegamos a amarlos. El granjero ama su tierra; el profesor, sus libros; el científico, su laboratorio. Todos conocemos el amor de los padres por sus hijos, el del obispo por los miembros de su barrio, el cariño de un niño por su animalito, el de la joven enamorada por el simple anillo que simboliza un amor muy especial.

Tan evidente como éstos es el amor que muchas personas tienen por el mal y que vemos por doquier a nuestro alrededor. Podemos arriesgar nuestro futuro si amamos y nos sacrificamos por aquello que no contribuirá a nuestra salud ni a nuestro progreso.

Actualmente, hay muchas personas atrapadas en su amor por cosas mundanas que ellas consideran les darán fama, fortuna o popularidad; éstas también cosechan los frutos de ese amor equivocado. Lo que aprendamos a amar puede enriquecer o destruir nuestra vida.

El amor por el dinero, las drogas y el alcohol pueden convertir al hombre en ladrón, asesino o en un ser inútil para la sociedad. Primero, gusta de los efectos que le producen; luego lo sacrifica todo —vida, salud y libertad— por aquello que considera su tesoro.

El amor por lo sensual, las drogas y la mentira crece cuando servimos estos atractivos señuelos ofrecidos por Satanás; y nuestras ataduras se vuelven fuertes, en proporción directa al servicio que prestamos. La persona que ama la mentira sirve a la deshonestidad toda su vida. De hecho, es más fácil curar a un toxicómano que a un mentiroso.

Uno de los mayores logros de Satanás en éstos, los últimos días, es su éxito en lograr que los afectos del hombre se pongan al servicio de lo destructivo, lo efímero y lo mundano. En lugar de buscar aquello que sea mejor para todos, la gente del mundo está concentrándose cada vez más en el "yo". Por todos lados hay grupos cuyos dirigentes dicen: "tenemos nuestros derechos" o "exigimos". Muchos jóvenes creen que el amor tiene "derechos" que se pueden reclamar al ser amado. Por ejemplo, es común que los muchachos digan: "Si me quieres, me permitirás . . ." Y toman aquello que creen es su derecho, en lugar de obedecer las normas más elevadas de la moralidad; pero esta clase de exigencias no es una demostración de amor.

El élder Paul H. Dunn del Primer Quórum de los Setenta saluda a visitantes a la conferencia.

Los actos diarios de servicio, ya sean buenos o malos, quizás no parezcan importantes, pero establecen lazos tan fuertes y firmes que raramente se pueden romper. Es nuestra responsabilidad dar a nuestros afectos la debida perspectiva; el amor bien orientado siempre actúa en favor de nuestro progreso eterno, jamás en contra.

El que ama tiene una responsabilidad y la siente. Pablo dijo a los corintios: "El amor es sufrido, es benigno . . . no busca lo suyo, no guarda rencor" (1 Corintios 13:4-5).

Si observamos el amor entre dos personas que se preparan para casarse en el templo, veremos en ellos una disposición al sacrificio y el deseo de servirse el uno al otro, en lugar de un interés centrado en el "yo". El amor y la felicidad verdaderos, en el noviazgo y el matrimonio, se basan en la honestidad, el autorrespeto, el sacrificio, la consideración, la cortesía, y en colocar el "nosotros" antes que el "yo".

Los que desean que perdamos la virtud y la castidad para "probar" nuestro amor en relaciones sexuales ilícitas no son amigos ni tienen sus ojos puestos en la familia eterna, y merecen que los califiquemos de egoístas y necios. Los que sirven los deseos de la carne jamás conocerán el amor por la pureza, ni sus frutos.

Un nuevo converso a la Iglesia hace poco relató lo siguiente:

"En mis años de adolescencia estuve gran parte del tiempo preso. No era tan terrible estar encerrado porque la comida era bastante

buena y nos trataban bien, pero se hacía muy aburrido, así que cuando alguien tenía material de lectura —libros, revistas, cualquier cosa— le dábamos nuestra comida para que nos lo prestara. Un día vi a uno con un libro bastante grueso; me di cuenta de que me llevaría cierto tiempo leerlo, por lo que le ofrecí la carne, las papas y todo lo que me sirvieran como plato principal durante una semana. El aceptó la oferta y me lo prestó. Al leerlo, supe en seguida que era un libro muy especial y que su contenido era verdadero. El libro por el cual sacrifiqué mi comida se llamaba el Libro de Mormón. Apenas pude, me puse en contacto con los misioneros, cambié mi manera de vivir, y ahora he encontrado una nueva vida. Como podrán imaginar, siento gran amor hacia aquel libro por el que di mis alimentos."

El de este hombre fue un sacrificio peculiar, pero que valió la pena y tuvo su recompensa. Según dice, cuanto más tiempo pasa leyendo el Libro de Mormón, más grande es su amor por las verdades que va encontrando en él.

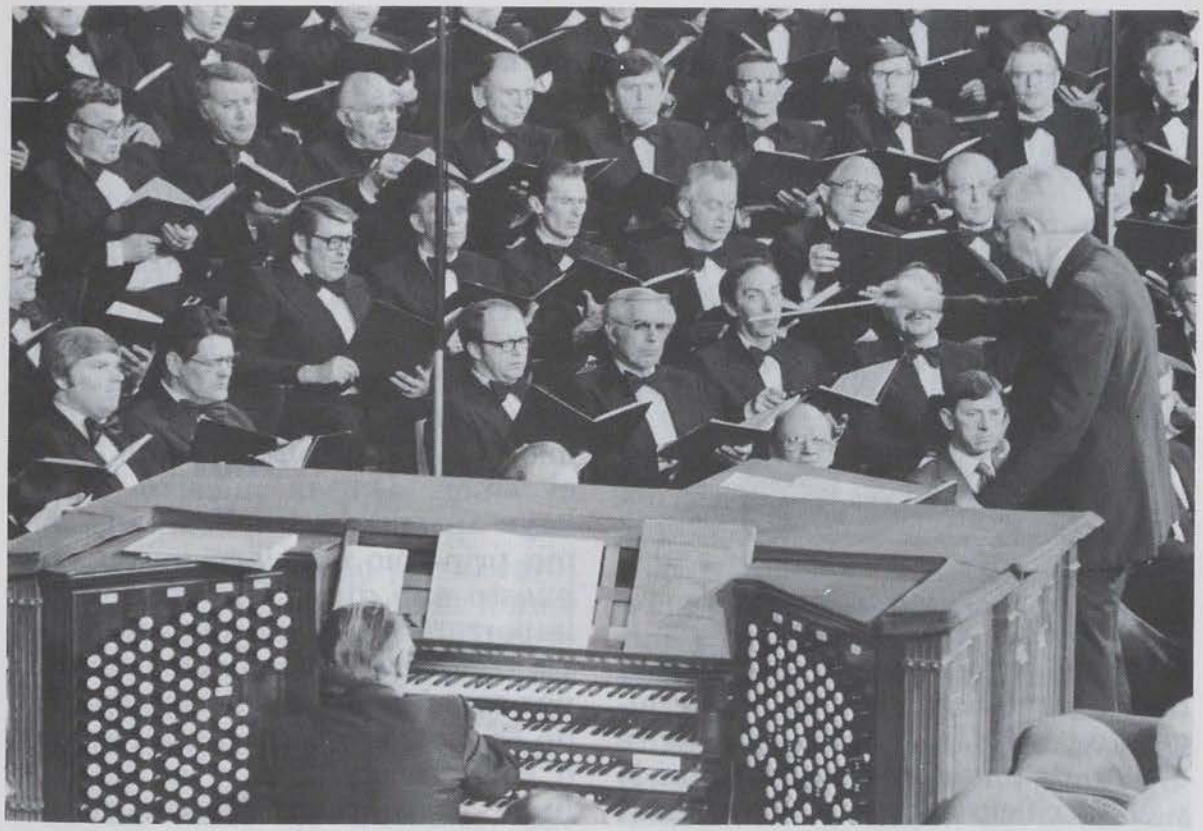
Escoged cuidadosamente qué o a quién serviréis, o por qué cosas o personas os sacrificaréis, porque allí es donde estarán vuestros afectos e intereses. Es importante no sólo amar bien, sino amar prudentemente. Aquello que amamos exige nuestro tiempo, y a lo que dedicamos tiempo, llegamos a amar. Nuestras diarias acciones indican dónde hemos puesto nuestro amor.

El amor por la familia no debe ser el amor de un mártir. Recordemos la práctica declaración del taxista: "Enseño a mis hijos a trabajar . . . Sabe que lo quiero porque trato de ayudarlo . . ." El dedicarles tiempo, el escucharlos, el darles comprensión y un amor incondicional, e incluso el darles oportunidades son algunas formas de servir a los que amamos. Pero si les negamos a nuestros familiares la oportunidad de aprender a trabajar, si les enseñamos a evitar hacerse responsables por sus propias acciones, si los utilizamos en pro de nuestras ambiciones, entonces no los servimos bien ni los amamos prudentemente.

Dadle a un niño la oportunidad de trabajar y contribuir al hogar, y su amor por la familia aumentará; si lo alentáis a sacrificarse para desarrollar sus talentos, sean académicos, musicales, teatrales, deportivos, directivos, etc., desarrollará amor por aquello que lo lleve al éxito. Los niños llegan a amar las posesiones o los talentos a los que hayan dedicado tiempo y esfuerzo a instancias nuestras.

Y los adultos, si damos prioridad constantemente a la adquisición de más y mejores bienes materiales, no nos llevará mucho tiempo ver que nuestro amor por esas cosas ha empezado a aumentar. La compra de artículos de lujo o los gastos descontrolados nos pueden hacer sacrificar nuestros recursos y sentir un amor necio por estos símbolos de la prosperidad o el placer. Aprendemos a amar aquello que servimos y a servir aquello que amamos.

¿Cómo podemos lograr que disminuya el amor por cosas que no son para nuestro beneficio? Debemos examinar nuestra vida y ver a qué cosas prestamos servicio o por cuáles hacemos sacrificios, y luego cortar tiempo y esfuerzo en aquello que no valga la pena. Si lo hacemos, nuestro amor por ellos



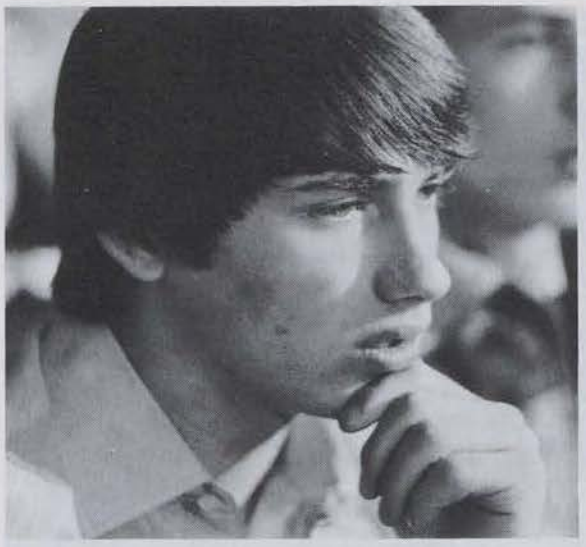
Miembros del Coro del Tabernáculo conducido por Jerold D. Ottley, con Robert Cundick al órgano.

se marchitará y morirá y entonces será posible encauzarlo por senderos de dirección eterna.

Nuestros vecinos y nuestros familiares responderán a nuestro amor tan sólo con que seamos firmes en nuestro apoyo y generosidad. El verdadero amor es tan eterno como la vida misma. Algunos llamamientos en la Iglesia pueden parecer insignificantes y sin valor en el momento, pero con cada asignación que cumplamos bien, crecerá nuestro amor por el Señor. Aprendemos a amar a Dios a medida que lo servimos.

¿Cómo podemos ayudar a un nuevo converso a amar el evangelio? Encontrando formas en que pueda servir y sacrificarse por él. Debemos hacer constante hincapié en la verdad de que amamos lo que servimos, ya sea el evangelio, Dios o el oro. A menudo oímos expresar amor por las Escrituras y las enseñanzas de Jesucristo. Aquellos que estudian, practican y aplican sus verdades no sólo las conocen mejor sino que también las usan como guía en los senderos de la vida. La persona que más aprecia la oportunidad de pagar el diezmo es la que experimenta los gozos y las bendiciones que se reciben por medio del sacrificio, la aplicación y la obediencia a esa ley. Nuestro aprecio y amor por el evangelio y sus enseñanzas estará en proporción directa con el servicio que le demos y la forma en que cumplamos.

El ejemplo de amor más grandioso es el de la escritura de Juan:



Visitante a la conferencia.

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito . . ." (Juan 3:16). Mediante el acto de amor más extraordinario y el sacrificio supremo, Dios dio el ejemplo y nos demostró que su amor era incondicional y suficiente para abarcar a todas las personas.

Mientras Jesús estuvo en la tierra nos enseñó a amar correctamente. Recordemos la ocasión en que escribas y fariseos llevaron ante el Salvador a la mujer adúltera. Ellos no tenían el propósito de demostrar su amor al Salvador ni a la mujer, sino de tenderle una trampa a Jesús; por eso citaron la ley de Moisés diciendo: "Moisés nos mandó apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?" Pero todos los acusadores tuvieron que alejarse uno por uno al decir el Maestro que el que no tuviera pecado tirara la primera piedra. Después preguntó a la mujer: "¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete y no peques más". (Véase Juan 8:1-11.)

Jesús no toleraba el adulterio; no hay duda alguna con respecto a su actitud hacia la moralidad. Pero enseñó con amor para demostrar a los escribas y fariseos la necesidad de servir a las personas, teniendo presente la mejor manera de beneficiarlas y mostrarles la fuerza destructiva de las trampas y el bochorno.

El Señor nos demostró que bajo toda circunstancia hay siempre una manera apropiada de expresar el amor. Quizás nuestro taxista haya aprendido a aplicar este mismo principio cristiano en su vida, puesto que dijo: "El amor es muy importante si se da como se debe". La conducta del Salvador también nos enseña que el amor es apropiado cuando se dirige hacia personas o cosas apropiadas y se le da el lugar correspondiente en nuestra vida.

Vivimos en un mundo complejo, donde hay muchas fuerzas que quieren atraer nuestro amor. Una norma segura para elegir aquello que vamos a servir y que aprenderemos a amar es seguir la admonición de Josué: ". . . pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (Josué 24:15). Observemos nuestra propia vida y recordemos que servimos aquello que amamos. Si nos sacrificamos y damos nuestro amor por todo lo que nuestro Padre Celestial nos pida, ello nos ayudará a encaminar nuestros pasos por el sendero de la vida eterna. En conclusión, aprendemos a amar lo que servimos, damos tiempo a lo que amamos, y viceversa.

Que Dios nos ayude a amar la verdad y la rectitud, a amar todo lo que tenga un valor eterno y sea de servicio al prójimo, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

"Fe en el Santo de Israel . . ."

por el élder Loren C. Dunn
del Primer Quórum de los Setenta

Me siento inspirado por el coro, y especialmente por el himno "Firmes en la fe" (*Himnos de Sión*, 59), que cantó al comenzar esta reunión. Porque sobre fe, precisamente, deseo hablaros esta tarde.

Se ha dicho de nosotros que somos un pueblo creyente. En verdad, la fe individual es la piedra fundamental del evangelio y es la cualidad más importante para nosotros como individuos.

José Smith dijo:

"La fe es la seguridad que los hombres tienen de la existencia de cosas que no han visto, y el principio de acción de todos los seres inteligentes . . . Es el primer gran principio gobernante . . ." (*Lectures on Faith*, comp. N.B. Lundwall, págs. 7, 10.)

Y Jacob enseñó que el Señor manda que todos los hombres deben tener "perfecta fe en el Santo de Israel, o no pueden ser salvos en el reino de Dios" (2 Nefi 9:23).

Como un principio de poder y acción, y como clave para la salvación, nuestra fe se convierte en algo de importancia absoluta para nosotros.

Pablo nos amonestó a ser "ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza" (1 Timoteo 4:12).

Alma dijo:

". . . aunque no sea más que un deseo de creer, dejad que este deseo obre en vosotros, sí, hasta que de algún modo creáis que podéis dar cabida a una porción de mis palabras." (Alma 32:27.)

Y Moroni dijo:

". . . no contendáis porque no veis, porque no recibís ningún testimonio sino hasta después de la prueba de vuestra fe." (Éter 12:6.)

Hay muchos pasos que una persona puede dar para desarrollar el don y el poder de la fe. A continuación me gustaría sugerir seis de esos pasos.

Primero: *La fe es la capacidad de reconocer al Señor como el Todopoderoso y dador de todas las bendiciones.* El rey Benjamín lo expresó de la siguiente manera:

"Creed en Dios; creed que él existe, y que creó todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra; creed que él tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra; creed que el hombre no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender." (Mosíah 4:9.)

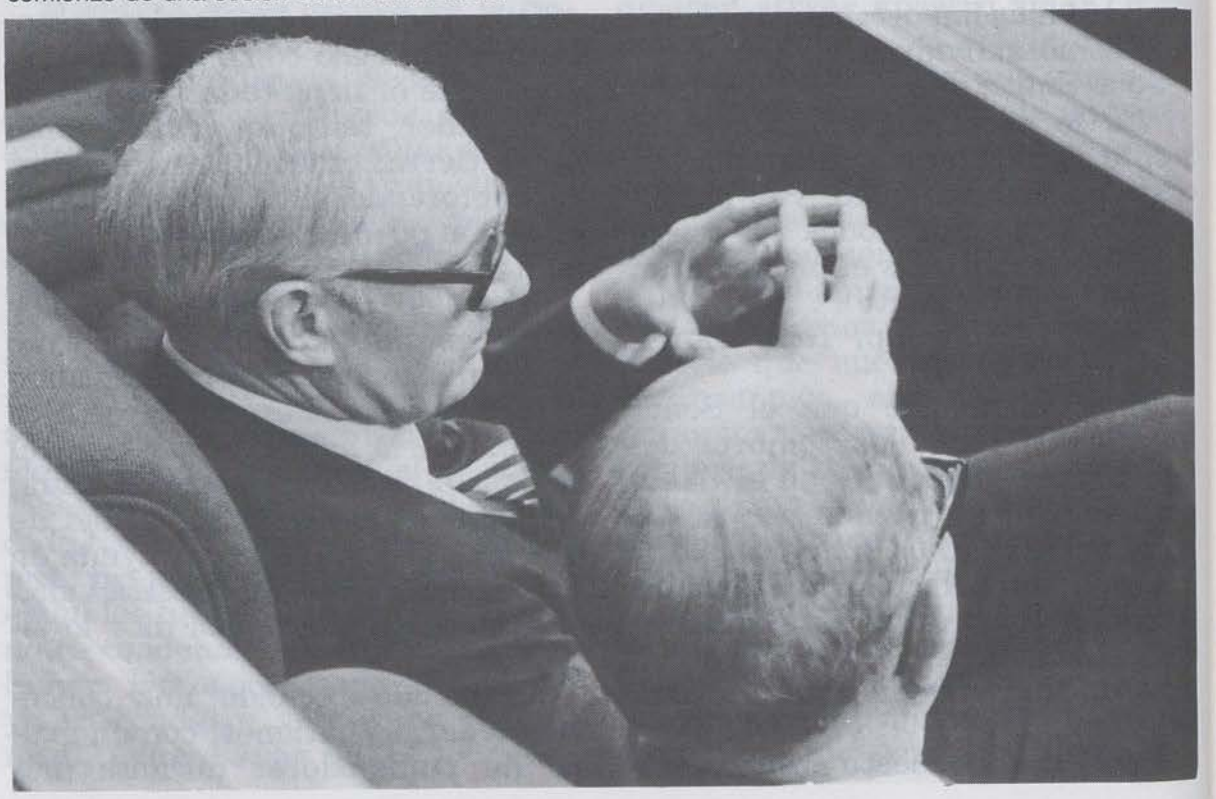
Algunas veces oramos al Señor por algo en particular, mientras íntimamente nos está preocupando otro problema. Parece que pensáramos que la habilidad que tiene el Señor de ayudarnos es limitada, en lugar de tener la seguridad de que El puede prestarnos ayuda en todos los aspectos de nuestra vida.

John A. Widtsoe nos dice lo siguiente:

"Habiendo recibido una concesión federal, juntamos, con un grupo de trabajadores durante mu-

Cobijándose de un breve chaparrón mientras esperan el comienzo de una sesión de la conferencia.

Los élderes Loren C. Dunn y Theodore M. Burton del Primer Quórum de los Setenta esperando el comienzo de una sesión de la conferencia.



chos años, gran cantidad de información en el campo relacionado con la humedad de la tierra; sin embargo, no pudimos descubrir una ley natural específica que justificara nuestro estudio, de manera que me di por vencido. Mi esposa y yo fuimos al templo ese día con el propósito de olvidar mi fracaso. En el tercer cuarto de la investidura, en forma inadvertida, surgió la solución que hace ya largo tiempo se publicó." (*In a Sunlit Land*, la autobiografía de John A. Widtsoe, Salt Lake City: Deseret News Press, 1952, pág. 177.)

De manera que la fe es el convencimiento de que el Señor nos puede ayudar en todas las cosas.

Segundo: *Fe es tener la voluntad de llevar a cabo aquello que somos inspirados a efectuar, en el momento en que recibimos esa inspiración.*

Hace algunos años, cuando presidíamos la Misión de Australia—Sidney, estaba pidiendo ansiosamente una bendición del Señor. La obra misional había marchado bien, pero en esos momentos su progreso se había estancado y necesitábamos que siguiera progresando. Cierto día en que estaba ayunando y orando para que el Señor nos dirigiera a un nuevo nivel de progreso, mientras oraba, tuve una sensación muy clara de ir a buscar a mi hijo y darle una bendición. Seguí la inspiración del Espíritu y fui en busca de él, que se encontraba estudiando en otro lugar de la casa. Le pregunté:

—¿Cómo te ha ido?

El me respondió en una forma muy típica de los jóvenes:

—¿Por qué me lo preguntas, papá?

Sin saber qué otra cosa decirle, le pregunté:

—¿Quieres una bendición?

Me miró asombrado por unos segundos y me respondió:

—Sí.

La inspiración que recibimos de esa bendición fue de gran importancia tanto para mi hijo como para mí, y será una experiencia que ninguno de los dos olvidará jamás. Sin embargo, todo se hubiera perdido si me hubiera detenido a preguntarle al Señor qué tenía que ver mi familia —que es mi primera responsabilidad— con la bendición que yo anhelaba que la misión recibiera.

Tercero: *Fe es la disposición a vivir las leyes de Dios que controlan las bendiciones que necesitamos.* Aunque no debemos guardar los mandamientos sólo para poder recibir bendiciones, éstas, sin embargo, están estrechamente relacionadas con el cumplimiento de ellos.

El presidente Harold B. Lee relata la experiencia que tuvo en una ocasión cuando oraba con gran fervor para recibir una bendición temporal que necesitaba. Dice que un día, mientras estaba orando por esa bendición, recordó que hacía poco había recibido un ingreso del cual todavía no había pagado diezmo. Fue como si la voz acusadora del Señor estuviera diciéndole: "Quieres una bendición de mí, pero no has obedecido las leyes sobre las cuales estas bendiciones se basan". Entonces pagó el diezmo correspondiente al dinero recibido y después pidió nuevamente al Señor la bendición que necesitaba.

Cuarto: *Fe es actuar con conocimiento y seguridad.*

En sus enseñanzas, Pablo dijo:

"Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían . . . preparó el arca en que su casa se salvase . . ." (Hebreos 11:7.)

El presidente Kimball, hablando de Noé y el arca, dice:

"Y como aún no había evidencia ni de lluvia ni de diluvio . . . sus amonestaciones eran consideradas ilógicas. ¡Qué absurdo edificar un arca en un terreno seco cuando el sol brillaba y la vida continuaba como de costumbre! Pero el tiempo expiró . . . el diluvio se produjo y los desobedientes se ahogaron. El milagro del arca fue producto de la fe que se manifestó al construirla." (*Faith Precedes the Miracle*, págs. 5-6.)

Hace muchos años, durante los días terribles de la Segunda Guerra Mundial, el presidente de la Misión de Australia fue invitado a cenar un domingo a la casa de una hermana viuda. En esa época había racionamiento de comida y el adquirir manjares o invitar amigos a cenar era un lujo que nadie podía darse.

Cuando el presidente llegó a la casa, quedó sorprendido al ver que la mesa estaba repleta de alimentos que eran muy escasos y no se veían desde hacía meses.

—No puedo comer esto —le dijo, un poco avergonzado pensando que la privaría de sus alimentos. Creyendo que no le complacía la comida que ella había dispuesto, la viuda le respondió:

—Creo que va a tener que hacerlo, pues como seguí las instrucciones de las Autoridades Generales hace algunos años y guardé abastecimiento de comida, ésta es la única clase de alimentos que tengo ahora.

Esa hermana había manifestado su fe al actuar con el conocimiento de que las Autoridades Generales sabían lo que aconsejaban al guardar comida; esa fe produjo un milagro en el momento de necesidad.

Me pregunto cuántos santos podrán sobrevivir al desastre de su propio "diluvio personal" demostrando fe al seguir el consejo de los profetas modernos y "construir" un "arca" de preparación familiar.

Quinto: *Fe es el empeño por ser comprensivo y creer en los demás.*

El Salvador del mundo es el mejor ejemplo de este amor, pues después de haber sido rechazado y despreciado, pidió al Padre que perdonara a quienes le habían crucificado diciendo: "porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34).

José Smith es otro ejemplo. Después de vivir una vida llena de pruebas y traiciones, dijo mientras se dirigía a Carthage:

"Voy como cordero al matadero . . . pero . . . mi conciencia se halla libre de ofensas contra Dios y contra todos los hombres" (D. y C. 135:4).

Conocí a un hombre, a quien respetaba mucho, que tenía esta cualidad. En una ocasión, una persona vino a su puerta y le pidió dinero; mi amigo le dijo: "Tengo un viejo establo que necesita pintura; si quiere hacerlo, le pagaré". Juntos fueron a hacer un cálculo del trabajo; luego mandó al hombre a comprar pintura, e hizo los arreglos para que éste pudiera pedir en la tienda toda la que necesitara. Cuando terminó el trabajo, el hombre recibió su pago y partió de la ciudad. Poco después, el dueño del almacén llamó a mi amigo y le

dijo que aquel hombre había pedido más pintura de lo necesario para pintar el establo; en otras palabras, se había aprovechado de él.

Pero aún así, él aprovechó la oportunidad para enseñar a sus hijos una lección: "Si hubiera sabido lo que había hecho, lo habría detenido. Ahora, el establo ya está pintado y el pintor, cualesquiera fueran sus problemas, siempre sabrá que alguien estuvo dispuesto a creer en él".

La fe no puede florecer en un corazón que se ha endurecido por el continuo cinismo, el escepticismo y la implacabilidad.

Quien no puede ver lo bueno en las personas no sólo destruye su propia fe sino que se convierte básicamente en una persona desdichada.

Sexto: *Fe es la determinación de permitir que el sacerdocio nos guíe.*

Pablo, refiriéndose al Señor, enseñó esta importante verdad:

"Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros."

Después nos dice por qué puso a estos poseedores del sacerdocio a dirigir a los santos:

". . . hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo." (Efesios 4:11, 13.)

Se nos dan líderes del sacerdocio, todos aquellos que han sido llamados por revelación y apartados bajo las manos del sacerdocio, para que lleguemos a la unidad de la fe, para que podamos llegar a conocer al Salvador y tener su imagen en nuestro semblante y llegar a ser como El, para "que todo hombre pueda hablar en el nombre de Dios el Señor, el Salvador del mundo" (D. y C. 1:20).

Visitante a la conferencia.

Hace algunos años, el presidente Joseph Fielding Smith, que en ese entonces era miembro del Quórum de los Doce, asistió a una conferencia de estaca donde el presidente de ésta había sido llamado hacía relativamente poco tiempo. Un hombre se le acercó varias veces, pues quería recibir consejo del presidente Smith en cuanto a un asunto personal. Finalmente, el presidente Smith le dijo que lo vería si el presidente de la estaca podía estar presente durante la entrevista. Al expresar el hermano su problema, el presidente de la estaca supo qué era lo que aquel hombre necesitaba. Sin embargo, el presidente Smith sorprendió a todos cuando le respondió:

—No tengo ningún consejo que darle.

El hombre salió enojado, des-

pués de lo cual el presidente Smith se dirigió al presidente de la estaca y le dijo:

—Sabía qué consejo darle, pero también estaba seguro de que él no lo aceptaría; así que en lugar de condenarlo por actuar en contra del consejo del sacerdocio, preferí no decirle nada.

Por esa experiencia aprendemos que no es suficiente buscar la dirección de aquellos que Dios ha llamado para que nos dirijan, sino que además debemos hacerlo con el deseo de seguir el consejo de esos líderes inspirados, a fin de poder así desarrollar nuestra fe.

Los Santos de los Ultimos Días necesitan creer y aprovechar toda oportunidad para desarrollar la fe, tanto en su propia vida como en la de los demás.

La fe forma parte de nuestro patrimonio. Aquellos que abrazan el Evangelio de Jesucristo pasan a ser de la casa de Israel, y una característica de este pueblo es la capacidad para creer. Algunos se han referido a ella como "sangre creyente".

Mi fe es, al mismo tiempo, un faro y una piedra fundamental para mí. Ha nacido del Espíritu, se nutre con el espíritu de oración y con la inspiración, y eleva mi alma constantemente; hace que mi corazón reciba paz y gozo, y nutre y ratifica todo aquello de lo cual tengo absoluto conocimiento. Mi fe es tal que *sé* que Dios vive, que Jesús es el Cristo, que José Smith fue un verdadero Profeta y que nos encontramos hoy en medio de profetas y apóstoles.

Que el Señor nos bendiga con la fe que necesitamos para seguir adelante. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

Testimonio

por el élder Angel Abrea
Nuevo miembro del Primer Quórum de los Setenta

Hace algunos días cuando el presidente Kimball me llamó por teléfono a la casa de la misión, en Rosario, Argentina, y me hizo este llamamiento, mi esposa y yo nos sentimos muy emocionados y a la vez preocupados por la gran magnitud de esta nueva responsabilidad. Un sentimiento de gratitud me invadió de inmediato.

Agradezco a aquellas dos hermanas misioneras que llamaron a mi puerta hace casi treinta y ocho años, trayéndose las buenas nuevas del evangelio. Doy gracias también a mi querida madre, con quien leí por primera vez el Libro de Mormón, por llevarme a la Primaria y a todas las reuniones de la Iglesia. Ella todavía es un buen ejemplo para mí por su actividad y fidelidad en la Iglesia. Estoy agradecido a mi padre, quien sé que ha aceptado el evangelio y el bautismo al otro lado del velo. Cuando se sentó a la orilla de mi cama un domingo por la mañana yo tenía apenas once años y me dijo: "Angel, si vas a ser miembro de la Iglesia, tendrás que cumplir con todo lo que ésta requiera de ti. Has aceptado un compromiso, y debes cumplirlo".

Agradezco también a mi esposa

por su ayuda y constante apoyo, por su gran fe y amor por el evangelio y por ser una inspiración constante en mi vida y a mis tres hijas, quienes, por su amor y dedicación a la Iglesia, son un motivo de orgullo y felicidad para mí.

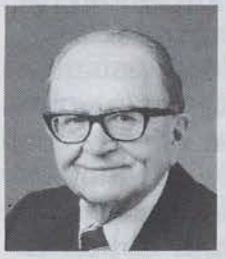
Quiero agradecer también a mis líderes y maestros por haber hecho su parte, muchas veces bajo circunstancias poco favorables; a los cientos de misioneros que han ayudado al crecimiento de la Iglesia en los países de América del Sur, y en forma muy especial a los padres de esos misioneros por haber enviado a sus hijos a tierras desconocidas, tal vez con temor y preocupaciones, pero con la seguridad de que estaban haciendo en ese momento lo que el Señor requería de ellos.

Y finalmente, quiero agradecer a mi Padre Celestial por mi testimonio, por saber sin ninguna duda que El envió a su Unigénito para poder llevar a cabo la gran obra de redención; que Jesucristo ha resucitado y vive, que José Smith recibió una misión divina por medio de la cual hemos llegado a conocer la verdadera naturaleza de Jesucristo, nuestro Salvador. Quiero agradecerle además porque sé que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días es verdadera, que es el reino de Dios sobre la tierra y está presidida por un Profeta moderno, el presidente Spencer W. Kimball, quien ha sido una influencia muy grande en mi vida desde que era yo muy joven.

Doy infinitas gracias a mi Padre Celestial por este testimonio que es mi roca y mi sostén, el cual recibí por medio del Espíritu Santo; y pongo todos mis talentos, mi tiempo, mis esfuerzos, y todo lo que poseo al servicio de la obra para lo que he sido llamado. Esa es una forma de expresar en parte mi agradecimiento. *Gracias*. Y lo digo en el nombre de Jesucristo. Amén.

Los visitantes a la conferencia

Luz y verdad



por el élder Theodore M. Burton
del Primer Quórum de los Setenta

En la Iglesia hablamos muy a menudo acerca de la luz y la verdad. ¿Qué significan esas palabras? En mis primeros años como científico me interesó mucho el concepto del cero absoluto, que teóricamente indica que hay una ausencia completa de energía térmica. Ese extremo de frialdad es muy difícil de comprender. Sin embargo, todos sabemos lo incómodos que nos sentimos cuando la temperatura se acerca al punto de congelación. El agua hierve a los 100° y se congela a 0°, pero el cero absoluto se encuentra alrededor de los 273° bajo cero*. Esas temperaturas se dan en el espacio interplanetario.

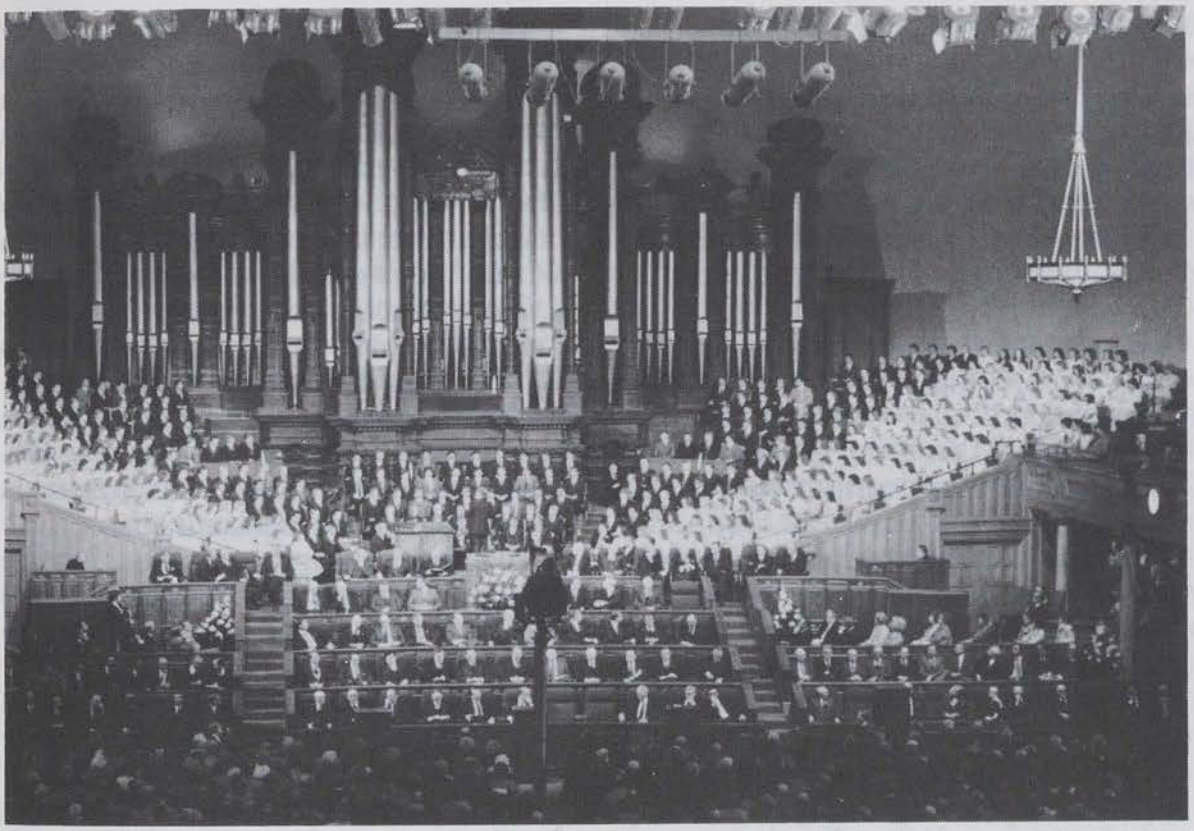
Cuando era jovencito fui con mi padre a inspeccionar una mina en Nevada. Los dos llevábamos sendas linternas de mano, pero como no esperábamos estar mucho tiempo adentro de la mina, no llevamos pilas extras para las linternas. El túnel era mucho más largo, frío y profundo de lo que habíamos pensado, así que antes de llegar hasta el fin de la mina, donde estaba el mineral, mi padre me dijo que apagara la linterna para ahorrar las pilas. Cuando papá terminó de inspeccionar, la luz de su linterna había comenzado a disminuir, de manera que sugirió que sería mejor que regresásemos. No pasó mucho tiempo antes de que la linterna se apagara por completo, y todavía recuerdo el pánico que sentí en la absoluta y fría obscuridad, hasta que encendí la que llevaba yo.

Las pilas de la mía se agotaron antes de llegar a la entrada, pero nos guió la débil luz que entraba por la boca del túnel. ¡Qué tranquilidad ver que la luz aumentaba conforme nos acercábamos a la entrada! Ya afuera, sentí la cálida y brillante luz del sol.

Desde ese entonces me he preguntado cómo podría nadie preferir a sabiendas vivir donde existen la obscuridad y el frío. ¿Cómo pueden algunos preferir de buena gana las tinieblas y la miseria, en lugar de la luz y el calor? Sin embargo, la obscuridad, el frío y la miseria serán la suerte de aquellos que voluntariamente y a sabiendas rechacen al Señor. Juan escribió: "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Juan 1:5).

Me gustaría hablar del contraste que existe entre el reino de luz de Dios y el reino de tinieblas de Satanás. Aquellos que siguen a Satanás "irán a las tinieblas de afuera, donde es el lloro y el llanto y el crujir de dientes" (D. y C. 133:73). ¡Qué terrible vivir bajo esas tristes circunstancias! Es totalmente diferente de lo que por lo general imaginamos que significan "las llamas del infierno". El fuego es el persistente remordimiento de conciencia que uno siente cuando ha escogido las tinieblas de Satanás en lugar de la luz de Cristo. (Véa-

**Todas estas temperaturas se dan en la escala Celsius.*



Una vista completa del Coro del Tabernáculo.

se D. y C. 88:7.)

Se nos ha enseñado, por medio de la revelación moderna, que "la gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad. La luz y la verdad desechan a aquel inicuo" (D. y C. 93:36-37). Se nos ha dicho que si nuestra mira es la de glorificar a Dios, nuestro cuerpo entero será lleno de luz y no habrá tinieblas en nosotros; porque un cuerpo lleno de luz comprende todas las cosas (véase D. y C. 88:67). También leemos:

"La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no la comprenden; no obstante, el día vendrá en que comprenderéis aun a Dios, siendo vivificados en él y por él.

Entonces sabréis que me habéis visto, que yo soy, y que soy la luz verdadera que en vosotros está, y que vosotros estáis en mí; de lo contrario no podríais abundar." (D. y C. 88:49-50.)

En estas palabras hay una gran promesa para todos aquellos que están en búsqueda de la luz de la verdad.

No debemos pensar que la luz de Dios se limita sólo a las cosas del espíritu. Se nos enseña lo siguiente:

"Y la luz que brilla, que os alumbra, viene por medio de aquel que ilumina vuestros ojos, y es la misma luz que vivifica vuestro entendimiento,

la cual procede de la presencia de Dios para llenar la inmensidad del espacio,

la luz que existe en todas las cosas, que da vida a todas las cosas, que es la ley por la cual se gobiernan todas las cosas, sí, el poder de Dios que se sienta sobre su trono, que existe en el seno de la eternidad, que está en medio de todas las cosas." (D. y C. 88:11-13.)

La luz de Dios incluye la luz física que vemos, que nos calienta y nos hace sentir confortables. La luz de Dios también nos da la capacidad de comprender todas las cosas. En otras palabras, toda clase de luz se relaciona con la inteligencia y la verdad.

Esto lo corrobora la revelación moderna que nos enseña mucho más acerca de Jesucristo, diciéndonos:

". . . mediante Jesucristo su Hijo,

quien ascendió a lo alto, como también descendió debajo de todo, por lo que comprendió todas las cosas, a fin de que en todas las cosas y por en medio de todas las cosas él pudiera ser la luz de la verdad,

la cual verdad brilla. Esta es la luz de Cristo. Como también él está en el sol, y es la luz del sol, y el poder por el cual fue hecho.

Como también está en la luna, y es la luz de la luna y el poder por el cual fue hecha;

como también la luz de las estrellas, y el poder por el cual fueron hechas. Y la tierra también, y el poder de ella, sí, la tierra sobre la cual estáis." (D. y C. 88:6-10.)

Por lo tanto, la luz de Cristo incluye no sólo la luz espiritual sino también la física, y por medio de ella podemos comprender la fuente de energía de donde procede la luz que nos rodea.

Satanás es aquel inicuo que viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad, a causa de su desobediencia y de las tradiciones de sus padres. En contraste, el Señor nos ha mandado criar a nuestros hijos en la luz y la verdad. (Véase D. y C. 93:39-40.)

Lo opuesto a la luz es la obscuridad y lo contrario de la verdad es la mentira. La admonición del profeta Mormón es importantísima a fin de que comprendamos que debemos tener cuidado al juzgar la procedencia de ciertas cosas:

"Tened cuidado, pues . . . de que no juzguéis que lo que es malo sea de Dios, o que lo que es bueno y de Dios sea del diablo.

Pues he aquí, mis hermanos, os es concedido juzgar, a fin de que podáis discernir el bien del mal; y la manera de juzgar es tan clara, a fin de que sepáis con perfecto conocimiento, como la luz del día lo es de la obscuridad de la noche.

Pues he aquí, a todo hombre se da el Espíritu de Cristo para que pueda distinguir el bien del mal; por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por lo que podréis saber, con un conocimiento perfecto, que es de Dios.

Pero cualquier cosa que persuade a los hombres a hacer lo malo, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces podréis saber, con un conocimiento perfecto, que es del diablo; porque de este modo es como obra el diablo, porque él no persuade a ningún hombre a hacer lo bueno, no, ni a uno solo; ni lo hacen sus ángeles; ni los que a él se sujetan." (Moroni 7:14-17.)

El espíritu del hombre es eterno, mientras que su cuerpo presente es mortal o temporal. Por lo tanto, el espíritu es más poderoso que el cuerpo y es capaz de controlarlo. La mente tiene el poder de hacer que el cuerpo se enferme o de sanarlo si no está bien. No existe ninguna razón para permitir que el cuerpo y los apetitos carnales controlen nuestras acciones. El espíritu es más poderoso que el cuerpo y podemos utilizarlo para comprometernos a obrar en rectitud; *podemos* controlar los deseos carnales de nuestro cuerpo. No es cierto que fuimos creados con impulsos y pasiones tan poderosos que no podamos controlarlos. Dios no sería un Dios justo si hubiese creado al hombre con deseos incontrolables.

Admito que algunas personas tengan deseos carnales más fuertes que otras; pero también afirmo que un Dios justo nos ha dado una mente y una fuerza de voluntad por medio de las cuales, si lo deseamos, podemos controlar y poner límite a esas pasiones y apetitos. Satanás no tiene control sobre nosotros, a menos que se lo permitamos. Admito que con la excepción del Salvador, ninguna persona, por sí sola, puede frenar completamente sus apetitos y pasiones; sin embargo, sé que con la ayuda de Dios podemos aprender a controlarlos. Conforme pongamos en practica la rectitud y nos acerquemos más a Dios, más fácil nos será resistir las tentaciones y vivir de acuerdo con la luz y la verdad que emanan de Jesucristo.

He estado pensando mucho acerca de un pasaje de Escritura que recientemente empiezo a comprender. Permitidme leerlo:

"Por tanto, de cierto os digo que para mí todas las cosas son espirituales; y en ningún tiempo os he dado una ley que fuese temporal, ni a ningún hombre, ni a los hijos de los hombres, ni a Adán, vuestro padre, a quien yo creé.

He aquí, yo le concedí que fuese su propio agente; y le di mandamientos; pero ningún mandamiento temporal le di, porque mis mandamientos son espirituales; no son naturales ni temporales, ni tampoco son carnales ni sensuales." (D. y C. 29:34-35.)

Ahora que empiezo a comprender estas palabras, el concepto que tenía acerca de la existencia física y de nuestro cuerpo mortal ha cambiado.

Tomemos como ejemplo el diezmo y las ofrendas. ¿Existe algo que sea más temporal que el dinero, o las ofrendas que podemos tomar de la tierra? Sin embargo, puesto que es una ley de Dios, debe de haber una base espiritual o una razón eterna que respalden el pago del diezmo y las ofrendas. Cuando Dios nos pide que lo probemos para ver si no nos abrirá las ventanas de los cielos (véase Malaquías 3:10), ¿a qué se está refiriendo? ¿Se refería sólo a las bendiciones de la tierra y a las promesas de las recompensas temporales que podemos recibir si cumplimos con esa ley? ¿O se estaba refiriendo a algo espiritual y de naturaleza eterna? Yo creo que ésta es la revelación de la verdad y la sabiduría que podemos recibir de esa "ventana abierta" y por medio de la cual podemos comunicarnos con Dios y saber todas las cosas. Cuando Dios nos habla de las promesas que se cumplirán si observamos la Palabra de Sabiduría, ¿se refiere

sólo a las bendiciones temporales de salud y resistencia? Dios también se refirió a los "tesoros escondidos de conocimiento" (véase D. y C. 89:19), los cuales, en mi opinión, constituyen un tesoro eterno, que si lo utilizamos nos ayudará a alcanzar la cálida luz de Dios. Aquellos que están en las tinieblas, en el frío y miseria de su existencia nunca podrán conocer ese solaz.

Permitidme mencionar otra vez lo del cero absoluto, donde teóricamente no existe la energía. Yo creo que Satanás y aquellos que lo siguen están en camino de perder hasta el ínfimo grado de luz y verdad que pudieran tener y están llegando a un límite de tinieblas y frío semejante al del cero absoluto, donde todo gozo y felicidad cesan. Como resumen, la luz y la verdad son sencillamente la inteligencia pura.

Hay aquellos que creen que esta Iglesia es sólo una de tantas. Y aun tenemos miembros dentro de la Iglesia que creen que el evangelio restaurado es sólo una filosofía religiosa más. Como uno de los testigos especiales, testifico con toda sinceridad que esta Iglesia se fundó por mandato divino. No es una iglesia cualquiera; es la única Iglesia de Jesucristo, y la doctrina del evangelio que enseña es la palabra divina de Dios; es la luz y la verdad. El no darle importancia o tratarla como si fuera una de las tantas filosofías religiosas del mundo es uno de los grandes errores que una persona puede cometer.

Testifico que esta doctrina es la luz y la verdad que yo he recibido para fortalecer mi propio testimonio, en el nombre de Jesucristo. Amén.

El llamamiento de los profetas

por el élder LeGrand Richards
del Consejo de los Doce

He tenido el privilegio de cumplir cuatro misiones para esta Iglesia, y éstas me han dado la oportunidad de comparar sus enseñanzas, que hemos recibido por medio de la restauración del evangelio a través del profeta José Smith, con las de muchas otras iglesias. ¡cuán agradecido estoy de pertenecer a esta Iglesia!

Ahora, me gustaría mencionar una o dos de esas enseñanzas. Pensad en todo lo que podemos aprender de la visita del Padre y del Hijo al profeta José, en el conocimiento de que el Padre y el Hijo son dos individuos separados, de que son dos personajes tan reales como lo fue Jesús cuando se levantó de la tumba. En el tiempo en que el profeta José Smith recibió esta maravillosa visión, no había una iglesia en el mundo que creyera en la existencia de un Dios de carne y huesos.

Aprendemos también que el matrimonio puede ser eterno, que éste es el plan del Señor. ¡Cuán agradecido estoy por este principio que me asegura que algún día podré reunirme con mi dulce compañera que me ha precedido a otros mundos eternos! Como lo he dicho

antes, preferiría pensar que la muerte causa una destrucción completa tanto para el cuerpo como para el espíritu, que pensar en tener que vivir durante toda la eternidad sin que continúen los lazos de amor que me ligan a mi esposa y a la hermosa familia que el Señor nos ha dado.

Una de las grandes verdades que aprendemos de la Restauración es la concerniente a que los niños no necesitan del bautismo. Es un gran error de los hombres pensar que los niñitos necesitan ser bautizados; esto no se encuentra en ninguna parte en las enseñanzas que el Señor ha dado; al contrario, Jesús mismo tomó a los niños pequeños en sus brazos y los bendijo.

En algunas ocasiones cuando he hablado con personas de otras denominaciones, acerca de algunas de nuestras hermosas filosofías, muchos de ellos me han dicho: "Puedo aceptar sus enseñanzas, pero no puedo creer que José Smith fuera un profeta". He pensado bastante en ese detalle. Sería casi imposible creer que Dios pudiera ser tan ingenuo como para haber escogido a un jovencito de catorce años para introducir la dispensación del cumplimiento de los tiempos sin saber lo que hacía. Pablo declaró que el Señor se había propuesto "reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra" (Efesios 1:10).

Esto nos abre la puerta para que examinemos otro hermoso principio, el principio de la preexistencia de los espíritus, que somos literalmente hijos espirituales de Dios, el Padre Eterno y que vivimos con El antes de venir a esta tierra.

El apóstol Pablo dijo que el Señor "de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación" (Hechos 17:26). Y también ha dicho:

"Tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?" (Hebreos 12:9.)

Me gusta pensar que El es mi Padre. Cuando Jesús oró, no dijo: "*Mi* Padre, que estás en los cielos" mas bien declaró: "*Padre* nuestro que estás en los cielos" (Mateo 6:9); y eso es maravilloso. Es por esa razón que nuestros niños en la Primaria cantan "Soy un hijo de Dios".

El Señor posee sus propios métodos para llamar a los profetas. El los conoció antes de que naciesen en esta vida terrenal. En el libro de Abraham leemos que El estaba en medio de los espíritus, y entre ellos había muchos de los que eran nobles y grandes (por supuesto que tuvieron que haber hecho algo para ser nobles y grandes). El Señor dijo de ellos: "A éstos haré mis gobernantes . . . Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer" (Abraham 3:22-23). ¿Acaso no es esto maravilloso? El Señor estaba en medio de esos espíritus; y allí se encontraban algunos de los que llegarían a ser sus profetas aquí en la vida terrenal.

Cuando Jeremías fue llamado para ser un profeta, no podía comprender esto, y el Señor le dijo:

"Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones." (Jeremías 1:5.)

El Señor no lo hubiera podido ordenar si él no hubiese existido ya, y no lo hubiese ordenado antes de nacer si Jeremías no hubiera hecho algo en esa vida espiritual que lo preparara para convertirlo en uno de los portavoces del Señor sobre esta tierra. Lo mismo podemos decir del profeta José Smith. Más adelante volveré a hablar de él.

Leemos que hubo una guerra en los cielos:

". . . Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón . . ."

Y el gran dragón (o Satanás) fue arrojado a la tierra y se oyó una gran voz que clamaba:

"¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira . . ." (Apocalipsis 12:7-9, 12.)

Y Pedro dijo:

"Velad; porque . . . el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar . . ." (1 Pedro 5:8.)

Eso es exactamente lo que ha estado haciendo; él arrastró consigo a una tercera parte de las huestes de los cielos (véanse Apocalipsis 12:4; D. y C. 29:36), y cuando fueron arrojados de los cielos, se llevaron el conocimiento que tenían en el mundo de los espíritus; mientras a nosotros, en el momento de nuestro nacimiento aquí en la tierra, nos fue quitado temporalmente ese conocimiento.

El apóstol Pablo declaró:

"Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos;

mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará . . .

Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido." (1 Corintios 13:9-10, 12.)

Para mí, eso indica que habrá una restauración completa de todas las cosas que conocíamos antes que viniésemos a esta vida terrenal, cuando vivimos en el mundo de los espíritus.

La mejor ilustración que tenemos acerca de la pérdida de nuestro conocimiento es la vida del Salvador. En el primer capítulo del Evangelio de San Juan leemos:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios . . .

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres." (Juan 1:1, 3-4.)

Y continúa más adelante:

"Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." (Juan 1:14.)

De acuerdo con este pasaje de Escritura, Jesús creó todas las cosas; pero aún así, cuando nació en esta vida terrenal, tuvo que aprender a caminar y a hablar como los otros niños. A la edad de doce años lo encontramos hablando con los hombres sabios en el templo, y más adelante El dice: "No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre . . ." (Juan 5:19).

Puesto que Satanás trajo consigo el conocimiento que tenía en el mundo de los Espíritus, él sabía

contra quiénes había luchado en la guerra de los cielos y ha tratado de matar a los profetas de Dios. Por eso fue que Jesús, parado en el Monte de los Olivos desde donde se podía ver la ciudad de Jerusalén, declaró:

"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!

He aquí vuestra casa os es dejada desierta.

Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor." (Mateo 23:37-39.)

Hoy venimos porque hemos sido enviados en el nombre del Señor. Así como dijo Pablo:

"Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios . . .

. . . ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?

¿Y cómo predicarán si no fueran enviados? . . ." (Romanos 10:17, 14, 15.)

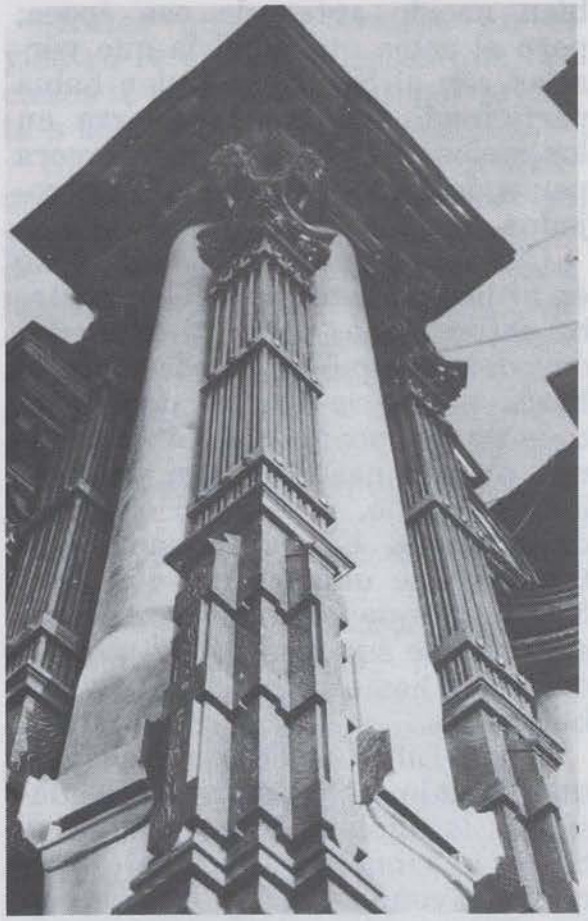
Hemos sido enviados. Me gustaría ilustrar lo que estoy tratando de deciros. Cuando nació Moisés, el diablo instó a Faraón para que matara a todos los niños varones del pueblo de Israel. Miles habían nacido antes de esa época, pero Satanás sabía que tenía que tratar de destruir a Moisés. Recordaréis la forma en que la madre de Moisés le salvó la vida haciendo una canasta de ramas y colocándolo en el río, y cómo la hija de Faraón lo sacó de las aguas y lo cuidó.

Cuando nació Jesús, Satanás entonces instó a Herodes para que matara a todos los niños menores de dos años de edad que vivían en Belén y sus alrededores. Miles habían nacido antes de esa época; pero él sabía que tendría que vérselas con el Salvador, quien había participado en aquella guerra en los cielos cuando él y una tercera parte de los espíritus fueron arrojados.

Cuando José Smith se internó en el bosque para orar, sólo contaba catorce años de edad, y el poder del maligno se apoderó de él hasta parecerle que le destruiría todo su cuerpo; pero el joven continuó orando hasta que un pilar de luz descendió, y se alejó el poder de Satanás. El diablo sabía que tendría que enfrentarse con José Smith porque también éste había sido uno de aquellos nobles y grandes que Dios escogió como sus gobernantes.

En el Libro de Mormón leemos que cuando Lehi estaba en el desierto, le dijo a su hijo José que el Señor le había prometido a José, el que fue vendido a Egipto, que en los últimos días se levantaría un profeta de sus lomos que sería semejante a Moisés. (Véase 1 Nefi 3:6-9.) Se nos dice en las Sagradas Escrituras que no había en Israel profeta como Moisés, porque él caminaba y hablaba con Dios. (Véase Deuteronomio 34:10.) Esta es la clase de profeta que, tres mil años antes de que José Smith naciera, el Señor prometió a José, el hijo de Jacob, que levantaría de su descendencia. Dijo que su nombre sería José y que su padre llevaría ese mismo nombre, y agregó: "y será semejante a mí . . . por el poder del Señor, guiará a mi pueblo a la salvación" (2 Nefi 3:11, 15).

Por medio del profeta José Smith recibimos el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios, La Perla de Gran Precio y muchos



Detalle de los tubos del órgano del Tabernáculo.

Dos ancianos gozan del sol en la Manzana del Templo.

otros escritos. Hasta donde tenemos conocimiento, por medio de él se han revelado más verdades que mediante ningún otro profeta que haya vivido sobre la faz de la tierra. El Señor declaró:

No solamente para divulgar mi palabra . . . sino para convencerlos de mi palabra que ya se habrá declarado entre ellos." (2 Nefi 3:11.)

¿Qué quiso decirnos con eso? Que en medio de los miles de iglesias de los hombres —resultado de las diferentes interpretaciones que les dan a las Escrituras porque no se pueden poner de acuerdo, y así continúan multiplicándose— el Señor le daría a ese nuevo profeta la inspiración para comprender las Escrituras que ya existían.

Después añade: "guiará a mi pueblo a la salvación" (2 Nefi 3:15). ¿Por qué? Porque él recibiría el Santo Sacerdocio para administrar las ordenanzas salvadoras del evangelio. También dijo: "Y lo haré grande en mis ojos, porque ejecutará mi obra" (2 Nefi 3:8). El mundo puede pensar lo que desee del profeta José Smith, pero nosotros tenemos la declaración del Señor de que él sería grande ante Sus ojos.

Ahora me gustaría narraros una pequeña experiencia que tuve en el campo de la misión y que ilustra lo que yo creo que el Señor quiso

decir cuando declaró que el profeta no solamente traería Su palabra, sino que convencería a los hombres de la verdad, aunque ésta ya había estado entre ellos.

Cuando estuve en Holanda, se me invitó para que participara en una clase bíblica a la que concurrían hombres de negocios. Nos reunimos en la casa de un prominente distribuidor de muebles; había allí más o menos unos veinte hombres, cada uno con su propio ejemplar de la Biblia. La única mujer presente era la hija del de casa. Me permitieron que hablara una hora y media acerca de la salvación universal, que incluye la obra por los muertos, la predicación en el mundo de los espíritus y el bautismo que deben efectuar los vivos a favor de los muertos. Les di capítulo y versículo para cada pasaje y dejé que ellos los leyesen en sus propias Biblias. Cuando terminé, cerré la Biblia y esperé sus comentarios.

El primer comentario lo hizo la hija del dueño de casa: "Papá, no puedo comprenderlo. Nunca he asistido a una de esas clases bíblicas en la vida en la cual tú no tengas la última palabra. Pero esta noche no has dicho nada". El hombre movió la cabeza y respondió: "Hija, no hay nada que decir. Este señor nos ha enseñado cosas que jamás habíamos escuchado. ¡Y nos las ha enseñado con nuestras propias Biblias!"

Podría contaros muchas historias como ésta.

Que el Señor os bendiga. Agradezco a Dios la restauración del evangelio por medio del profeta José Smith, y testifico de todo ello en el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Sábado 4 de abril
Sesión del Sacerdocio

Las grandes responsabilidades de los padres

por el presidente Ezra Taft Benson
del Consejo de los Doce

Cuando el Señor declaró que "no le es dado poder a Satanás para tentar a los niños pequeños, sino hasta cuando empiezan a ser responsables", reveló que ese período de la infancia y la falta de responsabilidad fue dado a los niños "a fin de que se requieran grandes cosas de las manos de sus padres" (D. y C. 29:47-48).

"A fin de que se requieran grandes cosas de las manos de sus padres". ¡Qué confianza tiene el Señor en ellos y qué gran responsabilidad les ha dado! Hoy día, en verdad *son* grandes las responsabilidades que se requieren de los padres.

Cuando pienso en ellos, recuerdo a Adán, nuestro progenitor, que fielmente enseñó a su posteridad a andar en las sendas de la justicia. Recuerdo a Abraham, cuya fe no tuvo igual entre los padres mortales. Recuerdo a Jacob, o Israel, con un sentimiento de reverencia por la resignación y diligencia que mostró. Honro el nombre de Lehi por el ejemplo que dio a sus hijos.

En esta dispensación pienso en José Smith, padre, el primero en

creer en el testimonio de su hijo, el Profeta. Pienso en el noble ejemplo de Joseph F. Smith, sexto Presidente de la Iglesia y padre del décimo Presidente.

Honro a estos grandes hombres, no sólo porque fueron grandes profetas, sino porque fueron padres ejemplares que comprendieron lo que el Señor requería de ellos y vivieron de acuerdo con Su voluntad.

Desearía en esta ocasión dirigirme a vosotros, padres, y hablaros de tres cometidos específicos que el Señor requiere de nosotros y que todo padre puede realizar con un poco de esmero; si los cumplimos, nuestros hogares serán bendecidos con paz, nuestros descendientes llevarán con orgullo su nombre y nuestra unión familiar será eterna.

Primero: Que proveamos un hogar en donde reine el amor y el Espíritu del Señor. Nuestros hijos nacen inocentes, no malvados. No han sido enviados a la tierra a ambientes indiferentes, sino a hogares que para bien o mal influyan en las ideas, emociones, pensamientos y normas que serán la base de sus decisiones futuras.

Uno de los grandes requisitos que el Señor nos manda cumplir es el de proporcionarles un hogar cuya influencia sea buena y positiva. En el futuro, no tendrá importancia el valor de los muebles o el tamaño de la casa, sino el hecho de que nuestros hijos se hayan sentido amados y comprendidos en el hogar. Lo que entonces será de gran importancia es si allí existieron la felicidad y el regocijo, o la envidia y la contención.

Estoy convencido de que antes que un niño pueda ser influenciado positivamente por sus padres, éstos deben haberle demostrado su respeto y amor por él.

El presidente Joseph F. Smith dijo:

"Padres, si queréis que vuestros hijos sean instruidos en los principios del evangelio . . . si deseáis que os obedezcan y se unan a vosotros, ¡amadlos! Mostradles que los amáis con toda palabra o acto relacionado con ellos. Por vuestro propio bien, por el amor que debe existir entre vosotros y vuestros hijos, pese a lo rebeldes que sean . . . cuando les habléis, no lo hagáis con ira, no lo hagáis ásperamente, con un espíritu condenador. Habladles con bondad; someteos y llorad con ellos si es necesario, y de ser posible, procurad que viertan lágrimas con vosotros. Suavizad sus corazones; procurad que se enternezcan hacia vosotros. No empleéis el látigo o la violencia . . . tratadlos con la razón, con persuasión y amor no fingido. Si no podéis conquistar a vuestros hijos e hijas por estos medios . . . no habrá manera en el mundo con que podáis conquistarlos." (*Doctrina del Evangelio*, pág. 310.)

Podríamos enumerar muchas sugerencias sobre lo que podemos y debemos hacer para lograr que nuestros hogares sean sitios de refugio y felicidad. Sin embargo, creo que es más importante decirle a una persona lo que se espera de ella que mostrarle exactamente la forma en que debe actuar.

Una vez que determinéis que lo que tiene mayor prioridad en vuestra vida es lograr que vuestra esposa y vuestros hijos sean felices, haréis todo lo que esté en vuestro poder para que así sea. No estoy hablando únicamente de satisfacer

los deseos materiales sino también las demás necesidades, demostrando aprecio, expresando elogios, alentando, sabiendo escuchar y dando amor y comprensión.

La suprema oportunidad de la vida es la paternidad. Todos los padres deberían tener presentes las siguientes palabras del presidente David O. McKay:

"Cuando uno antepone al hogar los negocios, el placer, o la ganancia de dinero extra, es cuando comienza a descender hacia la debilidad del alma. Cuando un hombre siente que el club social se ha convertido en algo más atractivo que su hogar, es el momento en que debe confesarse con amarga vergüenza, que ha fallado en estar a la altura de la suprema oportunidad de su vida y en la prueba final de su verdadera condición de hombre.

La más pobre de las casuchas en la cual prevalezca el amor de una familia unida es de mucho mayor importancia y valor para Dios y la humanidad futura, que cualquier otra clase de riqueza. En un hogar así Dios puede obrar milagros, y sin duda alguna los efectúa. Los corazones puros en un hogar puro irradian siempre el espíritu de los cielos." (*Church News*, 7 de septiembre de 1968.)

Padres, ¿qué espíritu reina en vuestro hogar?

Segundo: Que enseñemos a nuestros hijos a entender los principios de la verdad. En una revelación dada al profeta José Smith, el Señor mandó a los padres a "criar a vuestros hijos en la luz y la verdad" y reprendió a varios por no hacerlo. Sería provechoso que cada uno de nosotros repasara esos principios que aparecen dados a José Smith, hijo, Frederick G. Williams, Sidney Rigdon, y Newel K. Whitney en la sección 93:40.

En esta revelación el Señor dice que Satanás "viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad por medio de la desobediencia, y a causa de las *tradiciones de sus padres*" (D. y C. 93:39, cursiva agregada). Las "tradiciones de sus padres" a que se refiere son, por supuesto, los malos ejemplos y las enseñanzas inicuas de los padres.

Debemos recordar que este mundo es un ambiente telestial y que nuestros hijos crecen en él. Constantemente están expuestos a los programas de televisión y del cine que representan los aspectos más depravados y perversos de la vida. Están rodeados de propaganda y refranes que los inducen a acciones que destruyen su espiritualidad. Aun en algunos textos y ayudas didácticas utilizadas por los sistemas de escuelas públicas, se encuentran teorías y doctrinas falsas.

Algunos padres descargan en la madre o en la escuela toda la responsabilidad de moldear las ideas y costumbres de sus hijos. Con mucha frecuencia las pantallas de la televisión y el cine son los que forman los valores de nuestros hijos.

No debemos pensar que las escuelas públicas siempre apoyan las enseñanzas que se dan en el hogar con respecto a la conducta moral. Muchos sistemas de enseñanza implantan en muchas escuelas ideas falsas sobre la teoría de que el hombre proviene de formas inferiores de vida; enseñan que no existen valores morales; repudian toda creencia en lo sobrenatural; permiten la libertad sexual que trae

como consecuencia el comportamiento inmoral y lo que algunos en la sociedad consideran nada más que "diferentes estilos de vida", tales como el lesbianismo, la homosexualidad y otras prácticas pervertidas.

Dichas enseñanzas no sólo destruyen la fe y la moral de nuestros jóvenes, sino que niegan la existencia de Dios, Creador de todas las leyes, y la divinidad de Jesucristo. Ciertamente podemos ver también la contradicción moral que existe en los grupos que se preocupan por preservar las especies que están en peligro de extinguirse, pero que por otra parte aprueban el aborto.

Existe una solución, y ella radica en las grandes cosas que el Señor espera de los padres de Israel. Los padres deben preocuparse por saber qué están aprendiendo sus hijos y hacer lo necesario para corregir la información y las enseñanzas falsas que hayan recibido.

Conozco padres que todas las noches preguntan a sus hijos qué aprendieron en la escuela para saber si alguno de esos conceptos necesitan corrección o aclaración. Luego, si lo creen oportuno, les enseñan lo que el Señor ha revelado al respecto. Esta es una aplicación del principio de que "la luz y la verdad desechan a aquel inicuo" (D. y C. 93:37).

El nuevo programa integrado de reuniones dominicales se ha implantado a fin de que los padres tengan más tiempo disponible los domingos para enseñar a sus hijos. Esta es una oportunidad maravillosa que tienen las familias para estudiar las Escrituras y recibir instrucción. Bendito es el hogar donde esto se lleva a cabo.

¿Qué debemos enseñar a nuestros hijos? El Señor lo ha revelado en forma específica. Escuchad sus palabras:

"Enséñalo . . . a tus hijos, que todos los hombres, en todas partes, deben arrepentirse, o de ninguna manera heredarán el reino de Dios, porque ninguna cosa inmunda puede morar allí, ni morar en su presencia . . ." (Moisés 6:57.)

Como se indica más adelante en esta revelación, la doctrina fundamental consiste en la caída, la misión de Cristo y su expiación, y los primeros principios y ordenanzas del evangelio, que incluyen la fe en Jesucristo, el arrepentimiento, el bautismo para remisión de los pecados y el don del Espíritu Santo, como medios para llevar una vida de santidad. (Véase Moisés 6:58, 59.)

Hermanos, debemos enseñar las doctrinas fundamentales de la Iglesia en forma tal que nuestros hijos puedan comprenderlas. Algunos padres enseñan, pero en una forma que sus hijos no entienden; de manera que es responsabilidad del padre estudiar y aprender el evangelio a fin de poder enseñarlo con claridad.

Con algunas excepciones se puede decir que las personas justas que han obtenido bendiciones eternas no fueron creadas únicamente desde el punto de vista físico por sus padres, sino que han renacido espiritualmente por los ejemplos y las enseñanzas que éstos les han dado.

Los padres ejemplares conducen a sus hijos hacia Cristo.

Tercero: Poned nuestra propia casa en orden. Este fue el consejo que el Señor dio a los padres en los

comienzos de la historia de la Iglesia, y nuevamente nos los da a nosotros. (Véase D. y C. 93:43.)

Poner nuestras casas en orden es guardar los mandamientos de Dios, lo cual lleva armonía y amor al hogar, entre los esposos y entre padres e hijos; es orar diariamente con toda la familia; es enseñar a los hijos a comprender el Evangelio de Jesucristo; es la obediencia de la familia a los mandamientos de Dios; es la dignidad de los esposos de recibir una recomendación para el templo, para que la familia reciba las ordenanzas de exaltación y pueda sellarse para la eternidad; es estar libre de deudas y que cada miembro de la familia pague su diezmo y su ofrenda.

Padres, ¿está vuestro hogar en orden?

En una revelación al presidente John Taylor, el Señor dio este mensaje al sacerdocio:

"Pido a los cabezas de familia que pongan sus hogares en orden de acuerdo con la ley de Dios . . . y se purifiquen a sí mismos ante mí y destierren de sus hogares la iniquidad. Y yo os bendeciré y estaré con vosotros, dijo el Señor; y os reuniré en vuestros lugares santos donde os dirigiréis a mí y pediréis por aquello que sea bueno, y yo oiré vuestras plegarias, y mi Espíritu y mi poder estarán con vosotros y mi bendición descansará sobre vosotros, sobre vuestras familias, vuestros hogares, sobre vuestras congregaciones, vuestros ganados y vuestros campos, vues-

La presidencia general de las Mujeres Jóvenes, de izquierda a la derecha: la presidenta Elaine A. Cannon; la hermana Norma B. Smith, segunda consejera; y la hermana Arlene B. Darger, primera consejera.

tros huertos y viñas, y sobre todo lo que os pertenece; y seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios; . . . porque mi palabra irá hacia adelante y mi obra será realizada y mi Sión establecida, . . ." (Gardo House, Salt Lake City, 13 de oct. de 1882.)

Sí, estos tiempos requieren grandes responsabilidades de los padres, y también las requiere el Señor. Existen tres requisitos: Establecer un hogar donde reine el amor y el Espíritu del Señor, criar a los hijos en la luz y la verdad y poner nuestros hogares en orden.

Cuando viajo por toda la Iglesia y veo familias fieles, digo: "Gracias, Señor, por los padres ejemplares". Y al ver la fidelidad en los jóvenes y sentirme orgulloso por sus logros, digo: "Gracias, Señor, por los padres diligentes".

La paternidad no es un asunto de posición o riqueza, sino de diligencia, determinación y deseo de ver a la propia familia recibir la exaltación en el reino celestial. Si ese premio se pierde, nada más importa.

Conozco una familia que tiene como meta el que todos sus integrantes y su posteridad lleguen al hogar celestial, que existan allí lugares sin vacíos. Ese es su objetivo, y cada vez que tienen reuniones familiares en las que están todos, hablan de esta meta y examinan juntos su progreso.

Que Dios bendiga a todos los padres en Israel para que hagan bien su trabajo dentro de las paredes de su propio hogar. Con la ayuda del Señor lo lograremos, pues ésta es la responsabilidad más importante que tenemos. En el nombre de Jesucristo. Amén.

"Que partas tu pan con el hambriento . . ."

por el obispo Victor L. Brown
Obispo Presidente de la Iglesia

Me dirijo a vosotros, poseedores del sacerdocio, con humildad y una oración en mi corazón.

Se me ha pedido que hable de dos temas. La introducción al primero de ellos se encuentra en el Antiguo Testamento, en el libro de Isaías:

"¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?

¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?" (Isaías 58:6-7.)

El Señor promete cuatro bendiciones a los que obedecen la ley del ayuno:

"Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto: e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia.

Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el

hablar vanidad;

y si dieres tu pan al hambriento, y saciares al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía.

Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y será como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan." (Isaías 58:8-11.)

El presidente Harold B. Lee dijo acerca de este pasaje de Escritura:

"Las incontables bendiciones que se pueden obtener ayunando se han descrito en todas las dispensaciones . . . Si analizamos el capítulo 58 de Isaías, encontraremos la explicación de por qué el Señor quiere que paguemos ofrendas de ayuno y que ayunemos. Es porque si nos hacemos merecedores de que conteste nuestras oraciones, al llamarlo El dirá: 'Heme aquí'. Creo que ninguno de nosotros quisiera encontrarse en una situación en que llamara a Dios y El no contestara ni viniera a ayudarle. Pienso que ha llegado el momento de que meditemos acerca de estas cosas básicas, porque en el futuro próximo vamos a necesitar cada vez más las bendiciones del Señor, y El dictará sus sentencias inexorablemente para los habitantes de la tierra." (Sesión de bienestar, abril 3 de 1971.)

El presidente J. Reuben Clark dijo: "El principio fundamental de ayuda al necesitado en la Iglesia es que debe ser solventada por las ofrendas de ayuno y otras contribuciones voluntarias porque así lo ha establecido el Señor. Los diezmos no deben usarse para este propósito a menos que se trate de una emergencia." (Citado por el presidente Romney, sesión de bienestar, abril 3 de 1971.)

La ley de las ofrendas de ayuno nos fue dada para bendecir al pobre. Por muchos años se sobrentendió que la ofrenda de ayuno era el equivalente al costo de dos comidas de las que se abstenían, debido a que en los primeros años de la Iglesia generalmente se les pedía a los miembros que dieran los comestibles que habían ahorrado al ayunar. Las condiciones eran tan malas que el dinero no tenía mucho valor. Más adelante, parecía que un dólar por cabeza se consideraba adecuado. Sin embargo, en los últimos años, el presidente Kimball dijo lo siguiente:

"Creo que deberíamos dar . . . en vez de la cantidad ahorrada en las dos comidas, de las que nos abstuvimos durante el ayuno, mucho más; quizás diez veces más, si estamos en condiciones de hacerlo . . . (Conference report, oct. de 1974, pág. 184. Véase *Liahona*, feb. de 1978, pág. 113.)

Es importante reconocer que las ofrendas de ayuno son una oblación voluntaria, y la cantidad se deja a discreción de los miembros; no es lo mismo que el diezmo, el cual constituye el 10% de nuestra ganancia. La cantidad de la ofrenda de ayuno la debe determinar el individuo, recordando que nuestro Profeta actual dijo que debemos ser generosos. ¿No sería maravilloso que por motivo de nuestra fe creciera tanto el fondo de ofrendas de ayuno que pudiera solventar completamente el sistema de almacenes del obispo?

El pasaje de escritura que cito a continuación nos da una idea de hasta qué punto debemos ser generosos. Esta es una revelación dada

al profeta José Smith en cuanto a la ley de consagración:

"Y he aquí, te acordarás de los pobres, y consagrarás para su sostén lo que puedas darles de tus bienes, mediante un convenio y título que no pueden ser violados.

Y al dar de tus bienes a los pobres, a mí lo harás; y se depositarán ante el obispo de mi iglesia y sus consejeros . . .

Por tanto, el resto se guardará en mi depósito para suministrarse a los pobres y necesitados . . ." (D. y C. 42:30-31, 34.)

El Señor repite este principio muchas veces:

"No obstante, si reciben más de lo que se requiera para sus necesidades y exigencias, se entregará a mi depósito." (D. y C. 70:7.)

También recordaréis cuando un hombre le preguntó a Jesucristo qué debía hacer para obtener la vida eterna; el Salvador le respondió:

"Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre.

El dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud.

Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme.

Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico.

Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!

Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios." (Lucas 18:20-25.)

Y en el libro de Doctrina y Convenios leemos lo siguiente:

"Porque conviene que yo, el Señor, haga a todo hombre responsable, como mayordomo de las bendiciones terrenales que he dispuesto y preparado para mis criaturas.

Yo, el Señor, extendí los cielos y formé la tierra, hechura de mis propias manos; y todas las cosas que en ellos hay son mías . . .

Pero debe hacerse según mi propia manera; y he aquí, ésta es la manera en que yo, el Señor, he decretado abastecer a mis santos, que los pobres serán exaltados, por cuanto los ricos se humillan.

Porque la tierra está llena, y hay suficiente y de sobra; sí, yo preparé todas las cosas, y he concedido a los hijos de los hombres que sean sus propios agentes.

De manera que, si alguno toma de la abundancia que he creado, y no reparte su porción a los pobres y menesterosos, conforme a la ley de mi evangelio, en el infierno alzará los ojos con los malvados, estando en tormento." (D. y C. 104:13-14, 16-18.)

Quisiera terminar el tema de las ofrendas de ayuno leyendo partes de una carta que recibí hace unos cuantos años del élder John H. Groberg, el cual en ese tiempo era presidente de la Misión de Tonga.

"Adjunto le envío un cheque por 1.000 dólares que representa el exceso de las ofrendas de ayuno de la Misión de Tonga. Por lo regular, esta carta terminaría aquí, pero quisiera añadir algo acerca de una experiencia que tuve.

No estoy seguro de si usted sabe que Tonga es uno de los países más pobres del mundo. El promedio de lo que se gana por hora es de 12 centavos si se tiene la

suerte de conseguir un trabajo . . .

No hace mucho, mientras visitaba una isla distante, a la cual es difícil llegar, ya muy entrada la tarde, fui a ver a una de las hermanas viudas que vive allí.

Cuando llegué, el sol todavía estaba brillando y pude ver la pobreza de los alrededores. Había estado lloviendo ese día y el barro y deterioro y el olor penetrante del pescado puesto a secar eran al principio repulsivos. Sin embargo, la cálida bienvenida de la hermana, después de una separación de muchos años, junto con la emoción y agradecimiento por vernos nuevamente, me hicieron olvidar el desagradable aspecto de lo que me rodeaba.

Mientras conversábamos en su dialecto, y ella me hablaba del amor y la fe que sentía por la Iglesia y me decía de todas las bendiciones que había recibido, no podía evitar pensar en su situación que a la vista parecía muy miserable . . . Muchas ideas acudieron a mi mente, y debo de haberme distraído porque cuando me di cuenta, entre frases acerca de las bendiciones y la pobreza y el servicio, la hermana había entrado a su choza y volvía con algo en la mano.

De pronto mis pensamientos se aclararon y las palabras "ofrendas de ayuno" resaltaron en mi memoria; me sentí tan entusiasmado con la idea de poder ayudarla, que puede imaginar mi sorpresa cuando ella me entregó una moneda que vale unos tres centavos de dólar y me dijo suavemente: 'Esta es mi ofrenda de ayuno . . . para ayudar a los pobres'. Quise explicarle que las ofrendas de ayuno eran para ayudarla a ella, y no para que ella ayudara a los demás, pero no alcancé a decir nada porque al observar con ojos húmedos, primero la moneda y luego a la buena hermana, la escena cambió completamente. La choza pareció transformarse en una mansión y el lodo se volvió oro . . . el mundo permaneció inmóvil por un momento y la naturaleza pareció detenerse y escuchar mientras una voz de los cielos llenaba el universo, con las palabras 'Bienaventurados los pobres . . . porque de ellos es el reino de los cielos'. (Mateo 5:3.)

La caída del sol señalaba el fin del día, y parecía anunciar el próximo fin de la hermosa vida de aquella hermana, al servicio del prójimo.

Partí con la moneda, y al escribir este cheque hoy, recuerdo con claridad esa experiencia y me pregunto: '¿Cuántas monedas de tres centavos se necesitan para hacer mil dólares?' "

Quisiera instar a todos los obispos presentes esta noche a que

Visitantes a la conferencia

recuerden a esa buena hermana tongana cuando enseñen la ley del ayuno y cuando bendigan la vida de los pobres al utilizar con sabiduría el dinero de este fondo.

Ahora permitidme hablaros de los presupuestos de barrio y estaca. Nos sentimos preocupados por las dificultades financieras que afectan a nuestros miembros. Los obispos tienen la directa responsabilidad de no permitir que los programas cuesten demasiado dinero y se vuelvan una carga para los miembros del barrio. Algunos líderes no se dan cuenta de los sacrificios que algunos miembros tienen que hacer para cumplir con las obligaciones que les imponen. Quisiera citar partes de una carta que recibí hace poco de una madre preocupada:

"En septiembre, cocinamos y vendimos pizzas tres noches por semana y los sábados de mañana, a fin de recaudar fondos para comprar uniformes para el equipo de vóleibol. También tuvimos fiestas de la Mutual, seminarios para líderes y proyectos de servicio.

En octubre y noviembre tuvimos prácticas y partidos de vóleibol tres noches por semana, la cena del barrio, un baile de disfraces y una charla fogonera en la estaca.

En enero tuvimos prácticas y partidos de básquetbol para reavivar el programa de deportes, una actividad de la estaca y otro proyecto para recaudar fondos.

En febrero, junto con los partidos de básquetbol, tuvimos práctica de teatro ambulante tres veces por semana, una excursión a las montañas para esquiar, una noche de aficionados, una reunión para el campamento de la estaca, y una reunión para terminar los preparativos para la celebración del sesquicentenario, un total de 22 días ocupados en este mes.

Sé que no necesito seguir, pero aún hay más: Un remate, un lavado de autos, una venta de pan dulce; limpieza de jardines todos los sábados de mañana hasta que

Visitantes a la conferencia.

llegue el verano, con el objeto de recaudar fondos para otra actividad; una excursión para los miembros del Sacerdocio Aarónico y las jovencitas en mayo; dos salidas para pasar la noche a la intemperie Boy Scouts además de un campamento con ellos y otro campamento con las Abejitas."

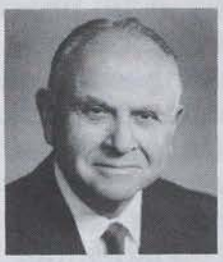
Estamos muy preocupados por este asunto, al grado de que el élder Gordon B. Hinckley habló acerca de esto anoche en una reunión para Representantes Regionales y presidentes de estaca. Quisiera repetir una o dos frases de lo que él dijo: "Me gustaría decir que el sacrificio, cuando es necesario, es un aspecto importante del evangelio, es la esencia pura de la verdadera devoción. Pero los sacrificios innecesarios, debido a acciones extravagantes o mala administración, son perjudiciales." Obispos, dentro de poco el presidente de estaca se reunirá con vosotros para evaluar los presupuestos de barrio y de estaca. El presupuesto de la estaca tiene mucho que ver con el de cada uno de sus barrios. Hay varios asuntos que debéis estudiar con cuidado: 1) El gasto de energía: Las luces deben apagarse cuando no se usan los cuartos. El aire acondicionado y la calefacción no deben usarse a menos que sea absolutamente necesario, y en especial no debe usarse cuando el edificio no está en uso. 2) La limpieza y el cuidado del edificio y sus alrededores: Si es posible, debe utilizar los servicios de los miembros del barrio en forma rotativa para realizar estas tareas. La persona encargada del mantenimiento podría trabajar menos horas y dedicarse exclusivamente al mantenimiento mecánico y otras tareas más complejas. Pronto recibiréis instrucciones al respecto. 3) Proyectos de bienestar: Mediante una administración eficaz, los proyectos deben contribuir a la producción de artículos de primera necesidad para reducir en todo lo posible las contribuciones monetarias de los miembros. 4) Actividades: La norma actual es que el presupuesto anual incluya todos los gastos para las actividades del barrio y la estaca y que no se realicen actividades para recaudar fondos. Las conferencias de jóvenes y otras actividades que requieran viajes largos y caros deben ser eliminadas. Estas son algunas de las medidas que se pueden adoptar para reducir la carga financiera de los miembros.

Estamos preparándonos para el día cuando la ley de consagración sea otra vez la ley administrativa de la Iglesia, por medio de la cual podremos cuidar mejor de los pobres. Hasta ese momento, es nuestra responsabilidad y bendición, y a la vez un mandamiento, ser generosos en nuestras ofrendas para ayudar a los necesitados.

Recalcamos que el primer principio del programa de los servicios de bienestar es la preparación personal y familiar. Por lo tanto, es necesario que todos los obispos y presidentes de estaca se aseguren de no echar sobre los hombros de los miembros cargas financieras excesivas que afecten su situación económica y les impidan atender sus propias necesidades.

Que el Señor os bendiga para que seáis sabios, para que podáis bendecir a los miembros con la guía y enseñanzas necesarias, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

Vosotros sois diferentes



por el élder David B. Haight
del Consejo de los Doce

Scott Hall es un jovencito excepcional. Su padre, Garth, es el asistente del entrenador del equipo de fútbol americano de la Universidad Brigham Young.

Hace poco, Scott le pidió a su madre una camisa blanca.

—Si tienes otras camisas de color, ¿para qué quieres una blanca? —le preguntó su madre.

—¡Mamá, quiero una camisa blanca! —respondió Scott.

—Pero, ¿por qué? —insistió ella.

El le contestó:

—¡No puedo ser misionero sin una camisa blanca!

Scott tiene apenas dos años.

La historia del crecimiento de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días en todo el mundo no es solamente un milagro, sino que "como la piedra cortada del monte, no con mano, ha de rodar, hasta que llene toda la tierra" (D. y C. 65:2).

Hace poco, una familia de California en viaje de vacaciones pasaba por la ciudad de Saint George, en el Estado de Utah, y le llamó la atención la rara arquitectura del templo que hay en esa ciudad. Puesto que disponían de algo de tiempo, los padres entraron al Centro de Información dejando que los niños cruzaran la calle para sentarse bajo la sombra de un árbol, en el jardín de la capilla que hay enfrente. Una maestra, que en ese momento reunía a los niños para la Primaria, al ver a los dos pequeños visitantes, les dijo: "Vengan a la Primaria", y ellos entraron.

Después de finalizada su visita al Centro de Información, los padres comenzaron a buscar a sus hijos. Luego de una búsqueda de casi una hora, los vieron salir de la capilla. El padre les dijo:

—Los hemos estado buscando por todas partes, ¿dónde han estado?

Ellos contestaron:

—En la Primaria.

—¡En la Primaria! ¿Qué es eso?

—La Primaria es donde uno aprende acerca de Jesús; además, papá, ¡deberías dejar de fumar!

El padre por poco se tragó el cigarrillo. Luego comentó:

—Debemos marcharnos, ya nos hemos retrasado.

Los niños le dijeron:

—Es que no podemos irnos de aquí.

—¡Que no pueden!, pero y ¿por qué?

Los niños le dijeron:

—Porque vamos a participar en una obra de teatro.

—¿Una obra?

—Sí —contestaron—, y no es sino hasta la próxima semana y tenemos que ensayar durante estos días.

La familia se quedó en Saint George por una semana. Los niños ensayaron, los padres escucharon las charlas misionales, y toda la familia se bautizó.

La verdad de nuestro mensaje y

Escuchando los discursos de la conferencia interpretados en forma simultánea.

el impacto de su influencia espiritual en aquellos *que están preparados* es la mayor influencia benéfica que puede recibir el mundo.

A Kevin Scott, cadete de curso superior en la Escuela Naval de los Estados Unidos se le nombró para presidir durante una cena una mesa de diez guardiamarinas. Los cadetes, con esa preparación en la Escuela Naval de Annapolis, tienen que ayudar a capacitar nuevos cadetes no sólo en cuanto a tácticas, sino también en cortesía y disciplina.

Durante la cena, el cadete Scott pidió a cada guardiamarina que se presentara a los demás indicando la ciudad y el estado del cual provenía.

Uno de los jóvenes se presentó diciendo:

—Ernest Ward Sax, de Salt Lake City, Utah.

El cadete Scott le preguntó:

—¿Es usted mormón?

—Sí, señor.

—Quiere decir entonces que no fuma, ni bebe bebidas alcohólicas, ni toma café.

—Así es, señor.

—¿Tiene un ejemplar del Libro de Mormón?

—Sí, señor.

—Lo ha leído? —le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Me lo prestaría? —preguntó Scott.

—Sí, señor.

Con el intercambio de libros y folletos comenzó una amistad excepcional entre el guardiamarina

Sax, de Salt Lake City, y el cadete Scott, de Carolina del Norte.

Kevin Scott se graduó en la Escuela Naval de Annapolis y ahora es teniente e instructor de pilotos. Recién bautizado, es líder misional, o sea, la "bujía que enciende la luz" del trabajo misional en su barrio. Ahora él anima entusiastamente a nuestros miembros a que difundan el mensaje del evangelio.

El guardiamarina Ward Sax, que cursa el segundo año en Annapolis, procede de una buena familia mormona y es un joven que honra su responsabilidad en el sacerdocio.

Al contemplar en un mapa la inmensidad del mundo, con sus miles de millones de personas, y meditar en la responsabilidad que nuestro Señor ha depositado en los jóvenes poseedores del Sacerdocio Aarónico, me maravillo al pensar cómo el Señor ha colocado a cada uno de vosotros en ciertas familias especiales, o bajo ciertas circunstancias especiales en este período de tiempo en particular.

Todos los países del mundo necesitan desesperadamente una generación de paladines jóvenes, defensores de la verdad, de la honradez, de la pureza, de elevadas normas morales, de la fe en Dios.

Nuestro Señor nos aconseja:

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:33.)

Al estudiar las Escrituras, orar para comprenderlas, y vivir en armonía con sus enseñanzas inspiradas, progresaréis en sabiduría y fortaleza.

Vosotros poseéis las sagradas llaves, los derechos y las responsabilidades del sacerdocio. Un mundo confuso espera oíros. ¿Qué diréis? ¿Cómo lo diréis? ¿Sabrá el mundo que sabéis con certeza a dónde os dirigís?

Pablo enseñó a su joven amigo Timoteo:

"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio." (2 Timoteo 1:7.)

El Señor ha depositado en nuestras manos el poder divino y la autoridad para actuar en todas las cosas, para predicar el evangelio y efectuar las ordenanzas de salvación por medio de las cuales las personas pueden ser selladas para la vida eterna. Vosotros *sois* diferentes del resto del mundo.

Mientras José Smith estaba traduciendo el Libro de Mormón con la ayuda de Oliverio Cowdery, quien le servía de escribiente, se dirigieron a la arboleda para orar y preguntarle al Señor en cuanto al bautismo. Cuando se hallaban implorando a Dios:

"Descendió un mensajero del cielo en una nube de luz y, habiendo puesto sus manos sobre nosotros, nos ordenó, diciendo:

Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el cual tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo por inmersión para la remisión de pecados . . ." (José Smith—Historia 68-69.)

José Smith recibió instrucciones de bautizar a Oliverio Cowdery, y de que éste después le bautizara a él. Luego, se confirieron el Sacerdocio Aarónico el uno al otro.

El mensajero celestial dijo "que se llamaba . . . Juan el Bautista . . . y que obraba bajo la direc-

ción de Pedro, Santiago y Juan, quienes poseían las llaves del Sacerdocio de Melquisedec . . . que nos sería conferido . . . en el momento oportuno" (José Smith—Historia 72).

Vosotros poseéis esta misma autoridad sagrada para declarar el arrepentimiento, así como para bautizar, administrar la Santa Cena y ayudar al obispo; y para interesaros en todos aquellos que necesiten ser animados. Nuestro Señor se ha valido de jovencitos de vuestra edad en muchas formas milagrosas. Y no olvidemos que El mismo enseñó y maravilló a los sacerdotes en el templo cuando tenía apenas doce años.

David, el joven pastor, con fe absoluta en el Señor, se enfrentó a Goliat, el gigante filisteo. Con una oración en su corazón y sin temor, David sacó una piedra de su bolsa y, haciéndola girar en la honda sobre su cabeza, la lanzó a Goliat, y se la clavó en la frente. El gigante cayó en tierra. El valor de un jovencito y su fe en Dios salvaron a los israelitas. (Véase 1 Samuel 17.)

José Smith, a la edad de catorce años, leyó en Santiago:

"Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios . . . y le será dada." (Santiago 1:5.)

Tiempo después, él escribió:

"Ningún pasaje de las Escrituras jamás penetró el corazón de un hombre con más fuerza que éste en esta ocasión, el mío. Pareció introducirse con inmenso poder en cada fibra de mi corazón . . .

. . . me retiré al bosque . . .

. . . me arrodillé y empecé a elevar a Dios el deseo de mi corazón." (José Smith—Historia 12, 14-15.)

Así comenzaron los acontecimientos que condujeron a la restauración de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, cuando Dios el Padre y su Hijo Jesucristo se aparecieron al joven José Smith.

Queridos jóvenes, gran parte de nuestro futuro descansa sobre vosotros. Os necesitamos, pero no débiles, sino fuertes. Vosotros al testificar del Dios viviente podéis sostener en alto el faro de luz que iluminará al mundo en tinieblas.

Tenéis nuestro amor y apoyo; os tenemos confianza. Estamos pendientes de vosotros y somos conocedores de vuestros problemas, puesto que ya hemos pasado por esa experiencia. En nuestra juventud salimos con señoritas y sabemos que la amistad con ellas puede ser una experiencia edificante, sana y hermosa. Vivid de tal forma que podáis tener hermosos recuerdos el resto de vuestra vida; vivid para ese glorioso día en que iréis al santo templo a recibir bendiciones y gozo eternos. Resistid las tentaciones e insinuaciones de aquellos que aconsejan consumir drogas o tomar bebidas fuertes. Comprenderéis el daño que tales cosas pueden causar a vuestro cuerpo y, por ende, a vuestro espíritu. No debéis rendiros. *Sois diferentes.* La pornografía, la literatura y películas obscenas, el lenguaje soez y la música sensual no son parte de vuestro mundo y pueden destruiros.

Sabemos que estáis creciendo en un mundo que busca la diversión, el bullicio, las posesiones materiales, la complacencia inmediata, y que tiene una actitud de "hágamoslo ahora". Adquirid la fortaleza para postergar la satisfacción de

un placer, y comprender que hay un tiempo para cada cosa y un proceso de desarrollo que forma parte del plan eterno de Dios.

Os recordamos que hay virtudes y verdades que son eternas, como "el deber, la verdad, la justicia y misericordia . . . las cuales llegan a constituir el código por el cual se rige la decisión . . . El camino recto y virtuoso es el más corto y el más seguro". (Walter Lippman, "The Fascination of Greatness", *New York Herald Tribune*, sep. 7 de 1943.)

Como muchos de vosotros sabréis, recientemente se disputaron en los Estados Unidos las finales del torneo universitario de básquetbol en el cual le cupo al equipo de la Universidad Brigham Young una actuación brillante, derrotando en partidos consecutivos a dos de los más prestigiosos equipos universitarios del país: la Universidad de California—Los Angeles (UCLA) y al de la Universidad Notre Dame. La estrella de este último encuentro, al igual que durante las cuatro temporadas que ha jugado para el equipo de la Universidad Brigham Young, fue el joven Danny Ainge quien en este partido en particular electrizó en los últimos siete segundos del partido a los miles de espectadores que lo presenciaron en forma personal o por televisión, con una jugada en la que convirtió el tanto que le dio la victoria a su equipo.

Después de tan sensacional victoria, se le preguntó al padre de Danny Ainge en una entrevista con la prensa, si creía que su hijo rompería el contrato que tiene firmado para jugar como profesional de béisbol, a fin de aceptar una oferta mejor para jugar al básquetbol, a lo que el padre contestó: "Danny ha firmado ya un contrato. El honor y la integridad son para él más importantes que el dinero".

Jesús enseñó:

"Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Marcos 8:36.)

La formación de vuestra integridad de carácter está sólo en vuestras manos. Nadie más puede hacer daño a vuestro carácter, sino vosotros mismos.

La vida no es una competencia con otros, sino con el propio yo. Debemos procurar diariamente adquirir mayor fortaleza, ser más verídicos, mejores; cada día debemos dominar más debilidades; reparar a diario un error; superarnos día tras día.

Uno de los nietos del élder Howard W. Hunter asistió con su padre a una reunión de ajuste de diezmos. El obispo se sintió complacido de que el chico deseara pagar su diezmo, y le preguntó si pensaba que el evangelio era verdadero. El niño de siete años, habiendo pagado un diezmo de 14 centavos, le respondió que suponía que el evangelio era verdadero, pero de lo que sí estaba seguro era de que costaba mucho dinero.

De jóvenes aprendemos a pagar el diezmo fielmente. El Señor nos pide una décima parte de lo que ganamos. Si trabajáis entregando mercadería a domicilio y os pagan lo mismo por cada viaje que hacéis, el dinero que ganáis en el décimo viaje le pertenece al Señor. Pagad vuestro diezmo mensual o semanalmente o como os paguen; nunca estéis endeudados con el Señor. Recibiréis bendiciones espirituales y temporales si cumplís fielmente con este mandamiento.

El fútbol (americano) tardó en llegar a nuestro pueblo. La escuela no tenía dinero para comprar el equipo ni para contratar un director técnico. Pero llegó el gran día. El director de la escuela compró doce uniformes y equipos de los más baratos, pero no compró zapatos de fútbol por ser éstos muy caros (usamos las zapatillas de básquetbol), y nuestro entrenador fue reclutado de entre los profesores con la única experiencia de haber visto un partido en una ocasión . . .

Aprendimos unas pocas tácticas de defensa —o creímos aprenderlas— y nos preparamos para nuestro primer juego con el equipo de Twin Falls, los campeones de la temporada anterior.

Nos vestimos y salimos a la cancha para entrar en calor. La banda de Twin Falls empezó a tocar (tenían más alumnos en la banda que nosotros en todo nuestro colegio), y entonces su equipo entró por la puerta principal. Nosotros, que éramos sólo doce, con un solo jugador suplente para jugar en cualquier puesto, nos quedamos admirados observando la entrada al campo de juego de sus treinta y nueve jugadores completamente equipados.

¡El juego fue sumamente interesante! Decir que fue una experiencia de aprendizaje es hablar más bien con benevolencia. Después de dos jugadas, no teníamos el valor de retener la pelota, así es que la pateábamos, ellos la recibían, corrían hacia nuestra línea final y hacían el tanto. Cuando ellos tenían la pelota nos arrasaban y marcaban de nuevo. Nuestro problema era deshacernos de la pelota, a fin de no tener que enfrentarnos a sus robustos defensores y correr el riesgo de lesionarnos.

Tres asistentes a la conferencia se reúnen para conversar.

En los últimos minutos, ellos se descuidaron y un pase desviado llegó a las manos de uno de los nuestros. Se quedó atónito no sabiendo con seguridad qué hacer . . . hasta que vio a los gigantes del otro equipo corriendo tras él. Entonces supo que tenía que correr, no por los puntos, ¡sino por su vida! Al fin hizo el tanto (que en fútbol americano vale 6 puntos) y así se anotaron en el marcador. El resultado final fue: ¡106 a 6! Realmente no merecíamos los 6 puntos, pero con nuestras camisetas rotas y llenos de magulladuras, de buena gana los aceptamos.

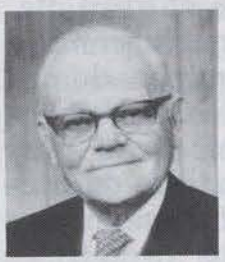
¿Una experiencia de aprendizaje? ¡Por supuesto! En forma individual o como equipo *debemos estar preparados*. Cualquier éxito depende de la preparación anticipada.

Mi padre era obispo, pero murió antes de que yo recibiera el sacerdocio. Recuerdo muy claramente cuando me ordenaron diácono: entonces se abrió para mí un mundo nuevo. Me sentía en las nubes cuando oía a la gente decir: "Tú posees el sacerdocio". No me era fácil comprenderlo completamente, pero teniendo maestros tan humildes de corazón, empezamos a comprender que como diáconos habíamos recibido bendiciones y autoridad para hacer cosas sagradas.

Como oficiales del quórum éramos responsables de todos nuestros miembros y velábamos por que todos fuesen a la Iglesia. Nos alegraba reunirnos. Cortábamos leña para los ancianos y las viudas, llenábamos la carbonera de la Iglesia, limpiábamos la capilla los sábados por la tarde, barríamos los escalones, emparejábamos la grava (pedregullo) del patio, nos asegurábamos de que las bandejas de la Santa Cena, así como el mantel, estuvieran limpios, y nos enorgullecíamos de que nuestra pequeña capilla estuviera presentable.

Eramos parte de la Iglesia y la Iglesia era parte de nosotros. Lo sabíamos, lo sentíamos. ¡Eramos poseedores del sacerdocio de Dios! Maestros comprensivos nos guiaron y nos ayudaron a ampliar nuestra visión y ver nuestra importante función como jóvenes, pero lo que es más importante, nos guiaron y ayudaron a prepararnos para que fuéramos llamados en nuestra juventud a ser siervos de nuestro Salvador. El tiene necesidad de cada uno de vosotros, jóvenes poseedores del sacerdocio. Os testifico que esta obra es verdadera, y lo hago humildemente, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Los convenios del evangelio



por el presidente Marion G. Romney
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

Mis queridos hermanos, en nuestra reunión del sacerdocio de la conferencia de octubre pasado, hablamos acerca del "juramento y convenio del sacerdocio". (Véase *Liahona*, feb. de 1981, págs. 84-88.) Esta noche, me gustaría referirme a algunos convenios específicos del evangelio, los cuales deben honrar todos los poseedores del sacerdocio.

Cuando el Señor dijo a William E. McLellin: "bendito eres por haber recibido mi convenio sempiterno, sí, la plenitud de mi evangelio" (D. y C. 66:2), denominó el evangelio como el gran convenio que encierra en sí todas las cosas. De hecho, así nos lo presentó a nosotros, sus hijos espirituales, en el gran concilio de los cielos. Allí, en medio de nosotros, en aquella reunión premortal:

". . . dijo a los que se hallaban con él: Descenderemos . . . y haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar;

y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare;

y a los que guarden su primer estado les será añadido; y aquellos

La Primera Presidencia: el presidente N. Eldon Tanner, Primer Consejero; el presidente Spencer W. Kimball; y el presidente Marion G. Romney, Segundo Consejero.

que no guarden su primer estado no tendrán gloria en el mismo reino con los que guarden su primer estado; y a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás." (Abraham 3:24-26.)

En ese concilio, la tercera parte de los espíritus rechazaron el convenio del evangelio. (Véase D. y C. 29:36.)

Todos los que recibieron la promesa de que "a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás" (Abraham 3:26) deben aceptar y cumplir los convenios del evangelio.

El Señor hizo un convenio especial con Abraham cuando le dijo:

"Y haré de ti una nación grande y te bendeciré sobremanera, y engrandeceré tu nombre entre todas las naciones, y serás una bendición a tu descendencia después de ti, para que en sus manos lleven este ministerio y sacerdocio a todas las naciones.

Y las bendeciré mediante tu nombre; pues cuantos reciban este evangelio serán llamados por tu nombre; y serán considerados como tu descendencia, y se levantarán y te bendecirán como padre de ellos;

y bendeciré a los que te bendijeren, y maldeciré a los que te maldijeren; y en ti . . . y en tu descendencia . . . serán bendecidas todas las familias de la tierra, sí, con las bendiciones del evangelio, que son las bendiciones de salvación, sí, de vida eterna." (Abraham 2:9-11.)

Los de la posteridad de Abraham, a través de Isaac y de Jacob —con quienes se renovaron estos convenios— han sido desde entonces conocidos por aquellos que han comprendido el evangelio, como "hijos del convenio".

El primer convenio que hacemos con el Señor como mortales es el convenio del bautismo. Alma explicó la naturaleza de este convenio cuando él y los otros que creyeron en las enseñanzas de Abinadí huye-

ron al desierto, al paraje llamado Mormón. Allí, Alma les dijo:

"He aquí las aguas de Mormón . . . y ya que deseáis entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo, y estáis dispuestos a llevar las cargas de unos y otros . . .

y estáis dispuestos a llorar con los que lloran . . . y a consolar a los que necesitan de consuelo, y a ser testigos de Dios a todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar . . . aun hasta la muerte, para que seáis redimidos por Dios . . . para que tengáis vida eterna;

. . . ¿qué os impide ser bautizados en el nombre del Señor, como testimonio ante él de que habéis concertado un convenio con él de que lo serviréis y guardaréis sus mandamientos, para que él pueda derramar su Espíritu más abundantemente sobre vosotros?" (Mosíah 18:8-10.)

En esta dispensación, el Señor nos ha expuesto las condiciones del convenio bautismal de la siguiente manera:

"*Además, por vía de mandamiento a la Iglesia concerniente al bautismo:* Todos los que se humillen ante Dios, y deseen bautizarse, y vengan con corazones quebrantados y con espíritus contritos, y testifiquen ante la iglesia que se han arrepentido verdaderamente de todos sus pecados, y que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de Jesucristo, con la determinación de servirle hasta el fin, y verdaderamente manifiesten por sus obras que han recibido del espíritu de Cristo para la remisión de sus pecados, serán recibidos en su iglesia por el bautismo." (D. y C. 20:37.)

Otra de las instrucciones que nos ha dado es:

". . . para que más íntegramente puedas conservarte sin mancha del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo." (D. y C. 59:9.)

Las oraciones de la Santa Cena —dictadas por el Señor mismo— debieran ayudarnos a recordar constantemente los convenios del evangelio que hemos hecho con El. Dichas oraciones son muy similares; la del pan dice:

"Oh Dios, Padre Eterno, en el nombre de Jesucristo, tu Hijo, te pedimos que bendigas y santifiques este pan para las almas de todos los que participen de él, para que lo coman en memoria del cuerpo de tu Hijo, y testifiquen ante ti, oh Dios, Padre Eterno, que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de tu Hijo, y a recordarle siempre, y a guardar sus mandamientos que él les ha dado, para que siempre puedan tener su Espíritu consigo. Amén." (D. y C. 20:77.)

Muchos de los mandamientos del Señor están en forma de convenios que prometen bendiciones explícitas; por ejemplo, la ley del diezmo:

"He aquí, el tiempo presente es llamado hoy hasta la venida del Hijo del Hombre; y en verdad, es un día de sacrificio y de requerir el diezmo de mi pueblo, porque el que es diezmado no será quemado en su venida." (D. y C. 64:23.)

"Y os digo que si mi pueblo no observa esta ley para guardarla santa, ni me santifica la tierra de Sión por esta ley . . . no será para vosotros una tierra de Sión." (D. y C. 119:6.)

Estos pasajes de Escritura nos dicen claramente que si no cumplimos con el convenio del diezmo,

perdemos grandes bendiciones. Por otro lado, el cumplimiento de esta ley nos asegura ricas bendiciones.

"Traed todos los diezmos al alfolí . . . y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.

Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos." (Malaquías 3:10-11.)

Otro ejemplo de un convenio es la Palabra de Sabiduría, la cual encierra una bendición especial para quienes la cumplan.

"He aquí, de cierto, así os dice el Señor: Por motivo de las maldades y designios que existen y que existirán en el corazón de hombres conspiradores en los últimos días, os he amonestado y os prevengo, dándoos esta palabra de sabiduría por revelación:

Que si entre vosotros hay quien beba vino o bebidas alcohólicas, he aquí, no es bueno ni propio a los ojos de vuestro Padre . . .

Y además, los licores no son para el vientre, sino para el lavamiento de vuestros cuerpos.

Y además, el tabaco no es para el cuerpo ni para el vientre, y no es bueno para el hombre, sino es una hierba para magulladuras y para todo ganado enfermo, que se ha de usar con juicio y destreza.

Y además, las bebidas calientes no son para el cuerpo ni para el vientre . . .

Y todos los santos que se acuerden de guardar y hacer estas cosas, rindiendo obediencia a los mandamientos, recibirán salud en su ombligo y médula en sus huesos; y hallarán sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos;

y correrán sin fatigarse, y andarán sin desmayar.

Y yo, el Señor, les prometo que el ángel destructor pasará de ellos, como de los hijos de Israel, y no los matará. Amén." (D. y C. 89:4-5; 7-9; 18-21.)

Recordaréis que fue necesario que el "ángel destructor", a quien se hace referencia en este pasaje hiriese de muerte a todos los primogénitos de hombres y bestias en todo Egipto, a fin de persuadir a Faraón de que dejara ir a los hijos de Israel.

Los ángeles destructores se mencionan varias veces en las Escrituras modernas; dos años antes de que se diera la promesa referente al cumplimiento de la Palabra de Sabiduría, el Señor dijo que "los ángeles esperan el gran mandamiento de segar la tierra para juntar la cizaña y quemarla" (D. y C. 38:12).

Cuando observamos los convenios del evangelio que hacemos con el Señor, nos hacemos merecedores de entrar en el templo y de efectuar allí las ordenanzas y los convenios esenciales para lograr la exaltación, incluyendo el "nuevo y sempiterno convenio" del matrimonio celestial. (Véase D. y C. 132:19-20.)

Que el Señor nos ayude a todos a magnificar nuestros llamamientos en el sacerdocio siendo fieles a todos los convenios, mandamientos y responsabilidades que recaen sobre nosotros, los poseedores del santo sacerdocio, humildemente lo ruego, en el nombre de Jesucristo. Amén.

"En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos . . ."

por el presidente Spencer W. Kimball

Mis queridos hermanos. Os saludo a los que estáis reunidos aquí, en el Tabernáculo de Salt Lake City y en cientos de otros lugares en todo el mundo. Estamos muy complacidos con la hábil dirección que en todos los niveles proveen los poseedores del sacerdocio de la Iglesia. Al honrar nuestros llamamientos, espero que siempre recordemos que la Iglesia es un apoyo para toda la familia. La Iglesia no busca ni debe buscar desplazar a la familia, sino que está organizada para ayudar a crear y nutrir familias rectas y justas, al igual que individuos rectos.

En relación con esto, hermanos, esperamos que tengáis en cuenta vuestras propias necesidades y reservéis algo de vuestro tiempo para vuestra esposa y familia. Sed considerados también con vuestros compañeros en la obra de la Iglesia, para que no tengan que robar tiempo innecesariamente a sus familias.

Evitad la tendencia a llevar a cabo demasiadas reuniones en el día domingo.

Al tener vuestras reuniones regulares, hacedlas lo más espirituales y eficaces que sea posible. Las reuniones no deben apurarse para terminar pronto, sino que deben planearse de manera tal que permita lograr sus sagrados propósitos sin mayores dificultades.

El nuevo programa de reuniones dominicales se estableció principalmente para proveer más horas en el día domingo para las familias. Por lo tanto, dedicad tiempo a estar juntos en vuestro hogar, a tener conversaciones unos con otros, a estudiar las Escrituras, visitar amigos, familiares, enfermos y afligidos. Este tiempo es también ideal para trabajar en vuestro diario y genealogía.

No descuidéis a aquellos de entre nosotros que no tengan la bendición de una familia establecida. Estas son almas especiales que a menudo tienen necesidades especiales; no los dejéis aislarse de vosotros o de las actividades del barrio o la rama.

Mis queridos hermanos, especialmente aquellos que presidís las estacas, barrios o ramas, desearía reiterar un ruego que os hice en nuestra sesión del sacerdocio, en octubre de 1980.

Por favor, tened un particular interés en fortalecer y mejorar la calidad de la enseñanza en la Iglesia. El Salvador nos encargó que apacentáramos sus ovejas. (Véase Juan 21:15-17.) A veces temo que demasiado a menudo muchos de nuestros miembros van a la Iglesia, se sientan allí para una clase o reunión y regresan a su hogar sin haber recibido nada. Es especialmente desafortunado si esto sucede en una época de su vida en que estén pasando por un período de

tensión, tentación, o una crisis personal o familiar. Todos necesitamos que el Espíritu nos nutra e inspire, y la enseñanza eficaz es una de las maneras más importantes en que esto puede suceder. Regularmente hacemos trabajo de reactivación entusiasta a fin de lograr que los miembros asistan a la Iglesia, pero a menudo no nos fijamos en lo que reciben cuando asisten.

Hermanos, quizás recordéis que cuando hablé esta mañana, me refería a nuestra reciente visita a las islas del Caribe y a la maravillosa obra misional que se ha efectuado en los dos cortos años desde que abrimos la misión para la prédica del evangelio en esas islas.

Quisiera relataros un incidente que ocurrió durante nuestra visita.

En Santo Domingo, la ciudad capital de la República Dominicana, tuvimos una reunión general nocturna. Hubo casi 1.600 asistentes.

Alrededor de una hora después de haber terminado la reunión, llegó al lugar un ómnibus cargado con cien miembros de la Rama de Puerto Plata, que se habían visto retrasados por un desperfecto del vehículo. Bajo circunstancias normales hubieran hecho el viaje en unas cuatro horas, pero cuando llegaron después de las 10 de la noche, encontraron el lugar vacío y oscuro; muchos lloraron por la gran desilusión. Todos eran conversos, algunos de pocos meses y otros de apenas semanas o días. Mi esposa y yo ya nos habíamos acostado después de un largo y fatigoso día. Al enterarse de la situación de aquellas fieles almas, mi secretario fue a llamar a la puerta de nuestro cuarto en el hotel, para despertarnos. Se disculpó por llamarnos, pero pensaba que a mí me gustaría saber del arribo de aquellos hermanos y que quizás quisiera darle un mensaje personal para ellos. Sin embargo, sentí que un simple mensaje no sería suficiente ni justo para aquellos que habían ido de tan lejos y con tanta dificultad: nada menos que 100 personas amontonadas en un ómnibus. Me levanté, me vestí y bajé a ver a los miembros que habían hecho un esfuerzo tan grande sólo para recibir una desilusión por causa de un desperfecto. Los santos todavía lloraban cuando entramos al salón, así que me quedé con ellos más de una hora conversando. Después de esto parecieron aliviados y satisfechos y volvieron

El presidente Spencer W. Kimball.

a su ómnibus para el largo viaje de regreso, pues tenían que volver al día siguiente a su trabajo y a la escuela. Estos buenos hermanos demostraron tanta alegría por los breves momentos que pasamos juntos, que yo no hubiera podido decepcionarlos. Al volver a la cama, lo hice con un sentimiento de paz y contentamiento en el alma. Hermanos, todos tenemos oportunidades de rendir servicio a otros; ése es nuestro llamamiento y es un privilegio. Al servir las necesidades de los demás, recordemos las palabras del Salvador:

"De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis". (Mateo 25:40.)

Hermanos, ¿podemos daros un consejo sobre otro asunto que a todos nos toca muy de cerca? Al pedir las contribuciones de nuestros santos para los diezmos y las ofrendas de ayuno, hablemos, más a menudo de lo que a veces lo hacemos, en cuanto a las bendiciones que recibiremos al guardar los mandamientos y cumplir con nuestro deber. De vez en cuando oímos informes de presiones injustificadas que acompañan los requerimientos financieros que se hacen a nuestros miembros; éste es un asunto de importancia muy grave. En estos tiempos de inflación y de inquietud política y emocional, en todas partes nuestra gente se enfrenta a experiencias difíciles y angustiosas casi en todo sentido. La prudencia y la sabiduría no sólo sugieren sino que imponen que reduzcamos y economicemos nuestros recursos. No debemos recargar con obligaciones a nuestro pueblo. Teniendo presente esto, la Primera Presidencia ha preparado una carta que fue enviada ayer, en la cual declaramos nuestra preocupación, al igual que la del Consejo de los Doce Apóstoles, en relación con el aumento de las cargas financieras sobre los miembros de la Iglesia, además del pago de diezmos y ofrendas de ayuno. Junto con la carta preparamos algunas pautas para ayudar a los líderes de barrios, estacas o misiones a actuar de acuerdo con el consejo y las instrucciones recibidas. Hemos instruido a los Representantes Regionales de los Doce para que den inmediata atención y aplicación a este asunto.

Que podamos, hermanos, como individuos, como familias, y como barrios y estacas, aprender a vivir dentro de nuestras posibilidades. En este principio hay fortaleza y salvación. Alguien ha dicho que nuestra riqueza está en proporción a nuestro sentido de la economía. Como familia y como Iglesia, podemos y debemos proveer todo aquello que sea *verdaderamente esencial* para nuestra gente; pero debemos tener cuidado de no extendernos más allá de lo indispensable, o de servir propósitos que no estén en relación directa con el bienestar de nuestras familias o con la básica misión de la Iglesia.

Mis hermanos, jóvenes y viejos, os quiero mucho y estoy agradecido por vuestra fe y vuestra devoción a la gran causa del Maestro. Quiero expresar mi afecto por todos vosotros y dejaros a todos mi bendición. Y ruego a nuestro Padre Celestial que os bendiga, a vosotros y vuestras familias, vuestros hogares y vuestro trabajo. Que Dios os bendiga, que la paz sea con vosotros, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Domingo 5 de abril
Sesión de la mañana

"La religión pura y sin mácula . . ."

por el élder Thomas S. Monson
del Consejo de los Doce

En esta ocasión no quisiera predicar ningún sermón ni dejaros ningún mensaje convencional. En cambio, quisiera compartir con vosotros algunos de mis pensamientos más profundos; el presidente David O. McKay se refirió a tales pensamientos como "los pétalos del corazón". Quiero abriros hoy una ventana a mi fuero íntimo.

La epístola de Santiago se ha transformado con el correr del tiempo en uno de los libros predilectos de la Santa Biblia. Su mensaje encierra una gran calidez y está lleno de vida. No creo que haya nadie entre nosotros que no pueda citar el bien conocido pasaje:

"Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada." (Santiago 1:5.)

Sin embargo, ¿cuántos recordamos de memoria la definición que hizo Santiago de la religión?

"La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo." (Santiago 1:27.)

La palabra "viuda" parece haber tenido un significado muy particular para nuestro Señor; El advirtió a sus discípulos en contra del ejemplo de los escribas, quienes aparentaban justicia con sus atuendos y sus largas oraciones, pero que por otra parte, se aprovechaban de las viudas. (Véase Marcos 12:38, 40.) Y a los nefitas les habló diciendo:

"Y yo me acercaré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra . . . los que defraudan . . . a la viuda . . ." (3 Nefi 24:5.)

Al profeta José Smith le dijo:

"Y se mantendrá el depósito por medio de las consagraciones de la iglesia; y se proveerá lo necesario a las viudas y a los huérfanos, como también a los pobres." (D. y C. 83:6.)

Tales enseñanzas no eran nuevas entonces, ni lo son tampoco en nuestra época. En forma constante el Maestro ha enseñado, mediante su propio ejemplo, el interés que debemos demostrar hacia las viudas. A la desolada viuda de Naín, privada de su único hijo, le habló personalmente, devolviendo a su hijo muerto el aliento de vida, y a la desconsolada mujer, el hijo. A la viuda de Sarepta, quien junto a su hijo enfrentaba un inminente estado de inanición, le envió al profeta Elías con el poder de enseñar la fe así como de proveerle alimento.

Es posible que argumentemos que eso sucedió hace mucho tiempo y muy lejos de aquí. A tal observación respondo: ¿Hay cerca de donde vivís una ciudad llamada Sarepta? ¿O acaso un pueblo conocido con el nombre de Naín? Es posible que nuestras ciudades tengan otros nombres como Los Angeles, o Tucumán, Oruro o Torre-

ón. Pero sea cual sea el nombre, casi aseguro que en todas ellas vive alguna viuda que, además de verse privada de su compañero, a menudo también le falta su hijo. La necesidad es exactamente la misma; la aflicción es innegable.

La vivienda de la viuda es a veces pequeña y de condiciones modestas; frecuentemente está escondida detrás de una vieja puerta escaleras arriba o en la parte de atrás de un obscuro pasillo, y consiste de apenas una habitación. Es a esos hogares a los que el Señor nos manda ir.

Es posible que exista necesidad de alimento, ropa o vivienda; esas cosas podemos proveer. Pero en esas circunstancias a menudo permanece latente la esperanza del alimento para el alma, que no siempre se recibe.

Visita al desconsolado;
consuela al corazón quebrantado.
Esparce a tu paso mil buenas acciones
y el mundo feliz contará bendiciones.

Con el transcurso del tiempo son cada vez más las personas con necesidades particulares. Basta con ver la página de avisos necrológicos en un periódico; allí el drama de la vida se despliega ante nuestros ojos. La muerte es inexorable; desciende lo mismo sobre el anciano que camina con pies temblorosos, que sobre aquellos que apenas han transitado la mitad de su jornada en esta vida; y a menudo apaga la risa de los niños.

Una vez que las flores del velatorio se marchitan, los pésames se transforman en un recuerdo, las oraciones y las palabras pasan a ser apenas débiles ecos en los corredores de la mente, los que sufren se unen frecuentemente al vasto grupo de quienes van a ingresar las largas filas de los solitarios. La risa de los niños, el bullicio de los adolescentes, y el tierno y sincero amor del compañero desaparecido ya no adornan su vida. El tic tac del reloj se hace estridente, el paso de las horas es lento y pesado, y las cuatro paredes aprisionan.

¡Cuánto necesitamos mantener latentes las palabras del Maestro cuando dijo: ". . . En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis"! (Mateo 25:40).

Al tomar la determinación de proceder en forma más diligente para ayudar a aquellos que nos necesitan, recordemos que debemos enseñar a nuestros hijos estas lecciones tan importantes de la vida.

Son muchos los recuerdos que tengo de los años de mi infancia, entre ellos, la expectativa con que aguardábamos el almuerzo de los domingos. Precisamente en el momento en que mis hermanos y yo llegábamos a un estado irreversible de total e insaciable apetito y nos sentábamos ansiosamente a la mesa, atraídos por el aroma de la carne asada, mi madre me pedía:

—Tommy, antes de comenzar a comer, lleva este plato de comida al señor Bob; y no te demores.

A esa edad, me resultaba difícil comprender por qué no podíamos comer primero y después llevarle el plato de comida a nuestro vecino. Nunca rehusé hacerlo, pero corría hasta la casa del señor Bob y después de llamar, esperaba impa-

cientemente que con sus lentos pasos llegara hasta la puerta; le entregaba el plato de comida, y él me devolvía el plato limpio del domingo anterior y me ofrecía unas monedas como recompensa por mis servicios; mi respuesta era siempre la misma:

—No puedo aceptar dinero. Mi madre me daría una paliza.

Entonces, invariablemente me acariciaba la cabeza con sus arrugadas manos y me decía:

—Tommy, tu madre es una mujer maravillosa. Dale las gracias.

A decir verdad, no creo que jamás me acordé de hacerlo, pues pensaba que ella no tenía necesidad de que se lo dijera, ya que percibía la gratitud del anciano. También recuerdo que el almuerzo de los domingos parecía tener un sabor mucho más delicioso después de cumplir con aquel encargo.

El anciano había ido a vivir en nuestro vecindario de una forma muy interesante; era viudo y tenía más de ochenta años de edad cuando le dieron aviso de que la casa en la que estaba viviendo iba a ser demolida; le escuché contarle a mi abuelo en cuanto a su difícil situación en una oportunidad en que los tres estábamos sentados en un sillón hamaca en el frente de mi casa. Con una voz cortada por la angustia, le dijo:

—Señor Condie, no sé qué voy a hacer; no tengo familia. No tengo un lugar adonde ir, y ni siquiera tengo dinero.

Me pregunté en ese momento qué le respondería mi abuelo. Lentamente, él metió la mano en el bolsillo y sacó un viejo monedero de cuero del que muchas veces, como respuesta a mis insistentes pedidos, había extraído algunas monedas para complacer mis gustos. En aquella oportunidad extrajo del monedero una llave y se la entregó a Bob, diciéndole tiernamente:

—Bob, aquí tienes la llave de la casa de al lado, de la que soy dueño. Tómala. Trae todas tus cosas y permanece en ella por el tiempo que desees; no tendrás que pagar alquiler y nadie jamás te desalojará.

Los ojos del viejo se llenaron de lágrimas que comenzaron a correrle por las mejillas, para desaparecer en su larga y blanca barba. Los ojos de mi abuelo también estaban humedecidos por las lágrimas. Yo no pronuncié palabra alguna, pero ese día mi abuelo se transformó en un gigante para mí, y me enorgullezco de llevar su nombre. Aun cuando entonces era apenas un niño, esa lección repercutió enormemente en mi vida.

Todos tenemos nuestra propia manera de hacer honor a nuestros recuerdos. Cuando llega la Navidad, me deleita visitar a los viudos del barrio en el cual fui obispo. En aquel entonces había ochenta y siete; hoy, quedan apenas nueve. Jamás puedo predecir lo que habrá de acontecer en esas visitas; pero hay una cosa que sí sé: visitas como éstas son las que me proporcionan el verdadero espíritu de la Navidad, el cual es, en realidad, el Espíritu de Cristo.

Si me acompañáis imaginariamente, repetiremos algunas de esas visitas. A pocas cuadras del Tabernáculo hay un hogar para ancianos en el que vivía cuatro viudas. Cuando se recorre el camino de entrada, es imposible dejar de notar que siempre hay alguien detrás de la ventana que entreabre

las cortinas aguardando permanentemente, hora tras hora, los pasos de un amigo.

¡Qué recibimiento me hacían! Recordaba viejas y buenas épocas, regalos, bendiciones; pero después llegaba el momento de partir. Nunca podía marcharme sin antes responder al pedido de una viuda ciega, de casi cien años de edad, que invariablemente me decía:

—Obispo, recuerda que quiero que hables el día de mi funeral y recites de memoria el poema "A través del banco de arena" de Tennyson. ¡Vamos a ver si lo recuerdas!

Yo entonces se lo recitaba:

La tarde cae en el ocaso;
es hora de ir a navegar.
¡Oh, que no haya ningún banco
cuando mi barca eche a la mar!

La campana llama a la partida;
nos cubre ya la obscuridad.
¡Oh, que sin pena sea la
despedida
en el momento de embarcar!

Pues aun cuando fuera de este
ser,
allá lejos la marea me ha de
llevar,
espero la cara de mi piloto poder
ver
una vez que el banco haya
quedado atrás.

Las lágrimas afloraban a nuestros ojos fácilmente, y entonces, con una sonrisa en su rostro, me decía:

—Tommy, lo hiciste muy bien; pero confío en que puedas hacerlo mejor en mi funeral.

Tiempo después di cumplimiento a su pedido.

En otro hogar para ancianos, también cerca de aquí, tal vez lleguemos, como me sucedió hace algunos años, justo en el momento en que miraban por televisión un partido de fútbol estadounidense. Allí, frente al televisor, estaban sentadas dos viudas, coquetamente vestidas y totalmente absorbidas por el partido. Les pregunté:

—¿Quién va ganando?

Y me respondieron:

—Ni siquiera sabemos cuáles son los equipos que juegan, pero por lo menos nos hacen compañía.

Me senté en medio de esos dos ángeles y les expliqué un poco acerca de las reglas del juego; no recuerdo haber disfrutado de un partido más de lo que disfruté en esa oportunidad. Es posible que me haya perdido una reunión, pero gané un recuerdo grato.

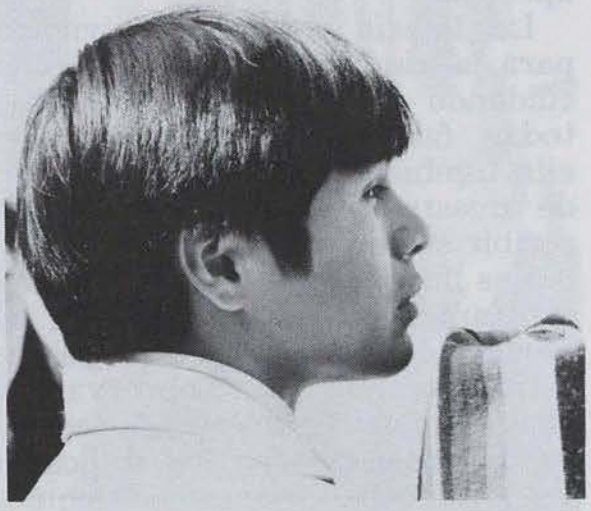
Vayamos ahora a otro hogar para ancianos que queda un poco más lejos de aquí; se trata de un lugar donde residen muchas viudas. Varias estaban sentadas en una sala bien iluminada. Pero había una en particular, a quien iba yo a ver, y que se encontraba siempre sola en su dormitorio. No había pronunciado una palabra desde el momento en que sufrió una fulminante embolia, hacía ya algunos años. Pero, nadie podía saber lo que escuchaba, así que me sentaba frente a ella y le hablaba de los momentos buenos que pasamos juntos. No se podía captar en ella ninguna muestra de que lo reconociera a uno, ni salía de sus labios una sola palabra. De hecho, una de las empleadas de la institución me preguntó una vez si sabía que la paciente no había pronunciado palabra por años; pero eso no alteraba mi deseo de hablarle, pues no

solamente disfrutaba de mi monólogo con ella, sino que sentía que aquello me daba la oportunidad de acercarme más a Dios.

Cuando nuestro querido presidente Spencer W. Kimball se reunió en una oportunidad reciente con miembros de un país que atraviesa una seria crisis económica, no les preguntó en cuanto a estadísticas de la Iglesia, sino que inquirió con gran interés: "¿Tenéis lo suficiente para comer? ¿Estáis velando por las viudas?" De su espíritu emanaba una sincera preocupación.

Durante la administración del presidente George Albert Smith (1870-1951, octavo Presidente de la Iglesia), vivía en nuestro barrio una viuda sumamente pobre quien cuidaba de sus tres hijas adultas, las tres inválidas. Estas eran de complexión robusta y para nada se valían por sí mismas; su madre era quien tenía la pesada tarea de bañarlas, alimentarlas, vestirlas y cuidarlas en todo momento; todo ello, con medios muy limitados y sin recibir ningún tipo de ayuda. Un día le llegó el trágico aviso de que la casa que alquilaba sería puesta para la venta. ¿Qué podía ella hacer? ¿Adónde iría a vivir? Su obispo fue al edificio de las Oficinas de la Iglesia para averiguar si había alguna forma mediante la cual se pudiera comprar la casa; se trataba de una vivienda pequeña y el precio era razonable. Después de considerar la solicitud, fue rechazada. El descorazonado obispo salía del edificio justo en el momento en que entraba el presidente George Albert Smith. Tras intercambiar saludos, el Presidente le preguntó:

—¿Qué le trae por estos lados?



Visitantes a la conferencia.

Escuchó atentamente la explicación del obispo, sin decir absolutamente nada; entonces le pidió que lo disculpara por unos pocos minutos, tras los cuales regresó sonriendo y le dijo:

—Vaya al cuarto piso. Allí le entregarán un cheque para que pueda comprar la casa.

—Pero . . . la solicitud fue negada —respondió el obispo.

Una vez más el presidente Smith sonrió y le dijo:

—Acaba de ser reconsiderada y

aprobada.

La Iglesia compró la vivienda para la viuda, quien vivió en ella cuidando a sus hijas hasta que todas fallecieron; poco después, ella también regresó a la morada de nuestro Padre Celestial para recibir su recompensa.

Los líderes de esta Iglesia velan constantemente por la viuda, el viudo y el solitario. ¿Podemos nosotros, los miembros, observar un interés menor? Emerson* declaró en una ocasión: "Ni los anillos ni las joyas constituyen un obsequio, sino que son apenas substitutos. El único regalo verdadero es una parte de uno mismo".

Recordemos que durante el meridiano de los tiempos se vio en los cielos una estrella sumamente brillante y peculiar; los tres magos la siguieron para encontrar al niño Jesús. Hoy día, otros "reyes magos" miran hacia arriba para encontrar una vez más esa estrella brillante y peculiar que puede guiarnos a todos al encuentro de nuestras oportunidades. Y tendremos la oportunidad de quitar el yugo de los hombros de los afligidos, de calmar el llanto del hambriento y de consolar el corazón del solitario; como resultado de ello se salvarán almas: la de ellos y la nuestra.

Si escuchamos detenidamente, podremos oír esa voz que desde lejos nos dice, como dijo en otro tiempo: ". . . Bien, buen siervo y fiel" (Mateo 25:21).

Que podamos ver esa estrella especial; que podamos recibir la misma salutación, es mi humilde oración, en el nombre de Jesucristo. Amén.

** Ralph Waldo Emerson (1803-1882), filósofo norteamericano.*

Yo sé que El vive

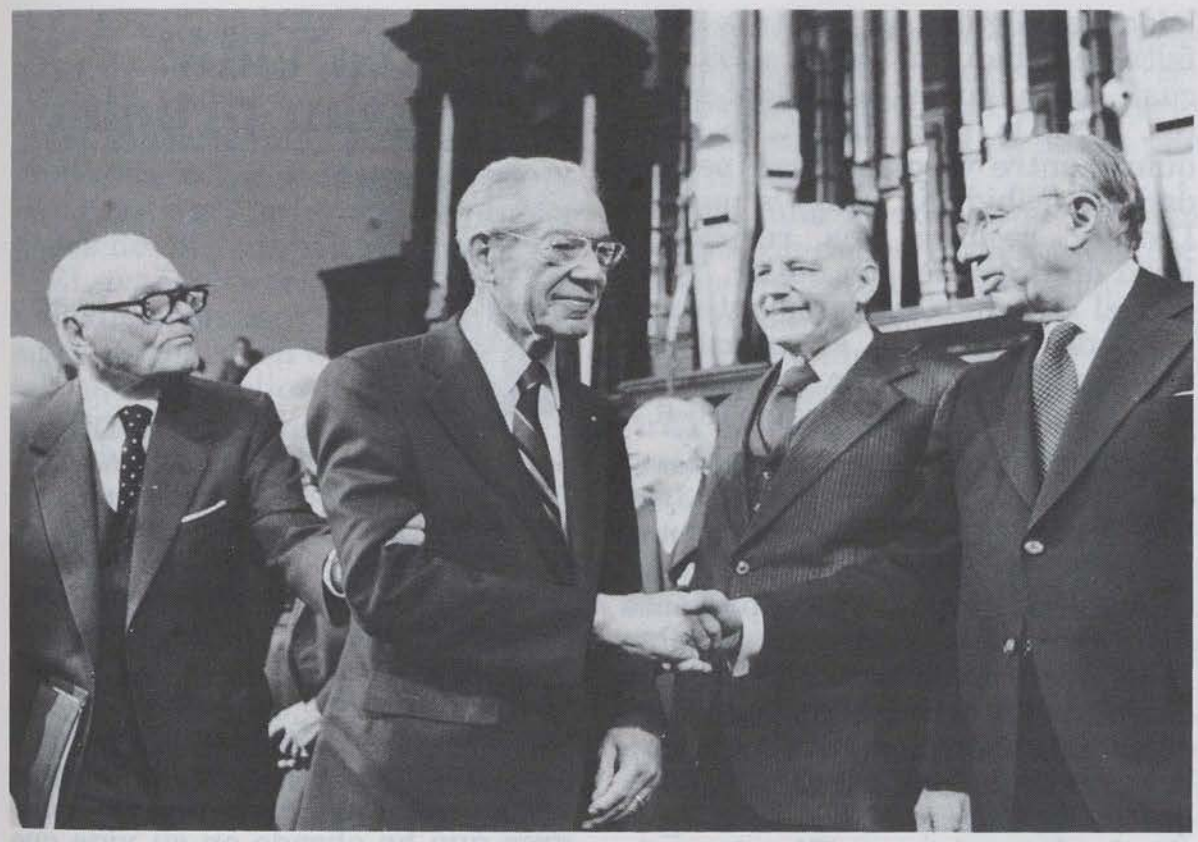
por el presidente N. Eldon Tanner
Primer Consejero en la Primera Presidencia

Me siento muy feliz de estar con vosotros en esta ocasión y de escuchar tan hermosa música y recibir enseñanzas por medio de estos magníficos discursos. Os estoy muy agradecido por haberme recordado en vuestras oraciones a fin de que pudiera recuperar mi salud y estoy sumamente agradecido por poder tomar parte en esta sesión de la conferencia.

Ultimamente he estado meditando sobre el primer y tercer artículos de fe: "Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo", y "Creemos que por la Expiación de Cristo todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del evangelio".

Al reflexionar sobre el primer artículo de fe, ¿podemos realmente afirmar que creemos en Dios y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo? ¿Hasta qué punto tienen ellos influencia en nuestra vida?

"Creemos que por la Expiación de Cristo todo el género humano puede salvarse . . ." Al pensar en ello, deseo que sepáis cómo Dios el Padre y su Hijo Jesucristo me han ayudado a lo largo de mi vida.



El presidente Marion G. Romney, a la izquierda, y el presidente N. Eldon Tanner, de la Primera Presidencia, saludan a los élderes Howard W. Hunter y Gordon B. Hinckley del Consejo de los Doce.

Estoy seguro de que mi madre, habiendo sido la clase de mujer que fue, le agradeció a Dios cuando yo nací, por la bendición de ser copartícipe con El en traer otro espíritu a este mundo mortal; y no me cabe duda de que le agradeció mediante su Hijo Jesucristo.

En mi hogar natal nunca faltaron las oraciones. Cuando se me enseñó a orar, aprendí que en realidad estaba hablando con Dios, en el nombre de Jesucristo y mediante el poder del Espíritu Santo. Cuando cumplí ocho años, mi padre me bautizó y pese a mi corta edad aprendí que era un hijo de Dios, que El estaba interesado en mi persona, que me conocía y sabía mejor que nadie lo que era beneficioso para mí. Se nos enseñó a orar antes de comer; se nos enseñó a orar por las mañanas y antes de irnos a dormir por las noches, y también se nos enseñó que al hacerlo estábamos hablando con nuestro Padre Celestial.

Me pregunto cuántos sabemos que en verdad somos hijos espirituales de Dios y que cuando oramos, así sea antes de comer, al comenzar o terminar una reunión, en un bautismo o confirmación, o al bendecir la Santa Cena, en realidad estamos hablando con Dios. Yo sé que El vive, que escucha nuestras oraciones y que nos bendice.

La oración que más me impresionó de todas las que he escuchado en mi vida fue la de José Smith en la Arboleda Sagrada. El había

leído: "si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente . . . y le será dada". Si cualquiera entre vosotros tiene necesidad de sabiduría, que la pida a Dios y recibirá una respuesta. Pero orad con fe, sin dudar, "porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra". (Véase Santiago 1:5-6.)

Dios el Padre y su Hijo Jesucristo se le aparecieron a José Smith —ni más ni menos eso, una aparición física— y le dijeron que tenía una obra muy importante para hacer. José le había hablado a Dios y éste escuchó sus súplicas y las contestó. Esta mañana quiero dejaros mi testimonio en cuanto a la veracidad de estas cosas de las que os he hablado. Esta es la Iglesia de Jesucristo, y El mismo la dirige mediante un Profeta de Dios a quien amo, admiro y a quien le estoy infinitamente agradecido.

Quiero que sepáis que os amo a todos vosotros en dondequiera que os encontréis, y ruego humildemente que podamos siempre comprender que cuando oramos a Dios, en realidad *hablamos* con El y que El está interesado en nuestro bienestar.

Es mi oración en esta oportunidad que tengamos siempre presente quiénes somos y que actuemos de acuerdo con ello y seamos un ejemplo para todo el mundo. Esta es la Iglesia de Jesucristo y sé que El escuchará a todo el que pida, a fin de ayudarle a entender quién es y por qué está aquí. Esa es mi oración en el nombre de Jesucristo. Amén.

Nuestra vida: Una gran prueba

por el élder Franklin D. Richards
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta

Presidente Kimball, expreso los sentimientos de todos los miembros de esta Iglesia mundial al decir que les amamos, tanto a usted como al presidente Tanner y al presidente Romney; y estamos agradecidos al Señor por los milagros que ha obrado en su vida que les permiten seguir adelante con la gran obra de edificar el reino de Dios.

Vivimos en una época notable: la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Sin embargo, estamos en un mundo confuso; los poderes del mal se ven en las doctrinas falsas, en las enseñanzas corrompidas, en los conflictos, en la contención y la persecución, y el temor abunda en el corazón de muchas personas.

Hay una pregunta universal que surge en la mente de hombres y mujeres en todas partes del mundo: "¿Cuál es el propósito de la vida?"

El Evangelio restaurado de Jesucristo responde a esta pregunta. En una revelación moderna el Señor nos ha dicho:

"Y si guardas mis mandamientos y perseveras hasta el fin, ten-

drás la vida eterna, que es el máximo de todos los dones de Dios." (D. y C. 14:7.)

De manera que, en esencia, el propósito de la vida es prepararnos para recibir el mayor de los dones de Dios: la vida eterna.

El evangelio restaurado nos enseña que vivimos como espíritus antes de nacer en esta esfera mortal; sí, como hijos espirituales de nuestro Padre Celestial. Vinimos a esta tierra para que nuestro espíritu recibiera un cuerpo de carne y huesos y para tener experiencias que nos probaran, como lo dice la Escritura, "para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare" (Abraham 3:25).

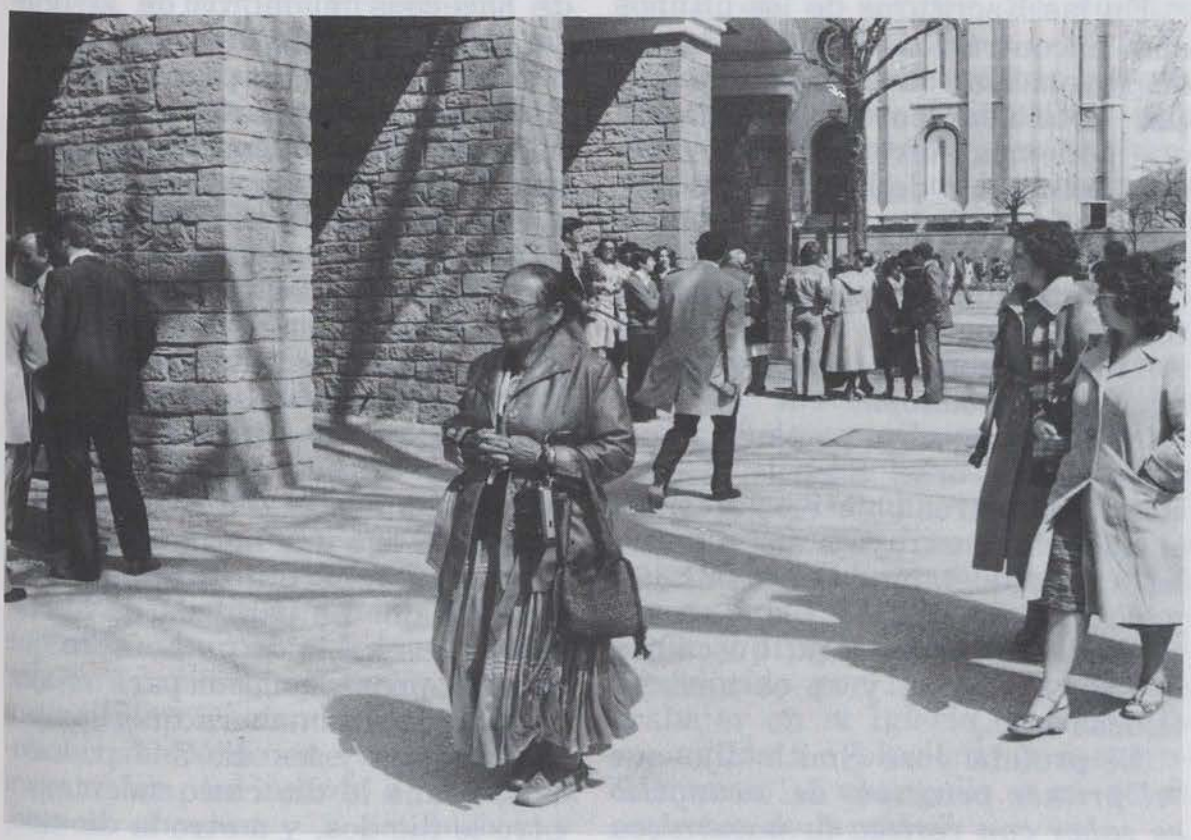
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días enseña el valor del progreso eterno; progresamos en la preexistencia, tenemos la oportunidad de hacerlo en este estado mortal, y luego por toda la eternidad.

Cada uno de nosotros ha sido dotado con dones y talentos, y por medio del estudio, la oración, los hábitos de trabajo y el uso de los dones recibidos, podremos alcanzar nuestros objetivos eternos.

El estudio, especialmente el de las Escrituras, es un factor muy importante. Se nos ha aconsejado buscar "conocimiento, tanto por el estudio como por la fe" (D. y C. 88:118). El estudio continuo es una parte intrínseca del progreso eterno. El Señor nos ha dicho:

"La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad." (D. y C. 93:36.)

Visitantes a la conferencia pasean por la Manzana del Templo.



"Cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección;

y si en esta vida una persona logra más conocimiento e inteligencia que otra, por medio de su diligencia y obediencia, hasta ese grado le llevará la ventaja en el mundo venidero." (D. y C. 130:18-19.)

El presidente Spencer W. Kimball nos ha dado el siguiente consejo:

". . . Leamos y entendamos las Escrituras, y apliquemos los principios y el consejo inspirado que encontramos en ellas. Si lo hacemos, descubriremos que nuestras *justas acciones personales nos traerán revelación o inspiración personal* siempre que la necesitemos." (*Ensign*, septiembre de 1975, pág. 4.)

En las Escrituras de los últimos días encontramos una abundancia de revelación; además, nos explican detalladamente la forma en que podemos enfrentar los problemas del mundo de hoy.

El conocimiento que recibimos al estudiar las Escrituras nos ayuda a tomar decisiones correctas en todos los aspectos y actividades de la vida, y a conocer a Dios y entender sus propósitos.

Al referirse al importante papel que tiene la oración en la realización de nuestros objetivos eternos, el Salvador instruyó a sus discípulos a "orar siempre" (Lucas 21:36), y también les dijo:

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá." (Lucas 11:9.)

El profeta José Smith dijo que "*el primer principio del evangelio es saber con certeza la naturaleza de Dios, . . . y saber que podemos conversar con El como un hombre conversa con otro . . .*" (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 427.)

Brigham Young, expresándose en forma práctica, dijo: "Sabed que una peculiaridad de nuestra fe y religión es la de no pedirle nunca al Señor que haga algo si nosotros no estamos dispuestos a ayudarle en todo lo que podamos tratando de lograrlo; El entonces, hará el resto." (*Discourses of Brigham Young*, pág. 43.)

Señor, ayúdame a ayudarme a mí mismo. Estoy convencido de que esta oración, pidiendo un aumento de nuestro poder personal, es una de las que Dios contesta. Podemos aprender a resolver nuestros problemas con la ayuda de nuestro Padre Celestial.

Una conversa me dijo: "Antes de hacernos miembros de la Iglesia, acostumbraba a orar, no con mucha frecuencia, pero lo hacía. Pedía que algún día mi esposo y yo fuéramos más unidos. Nunca pensé que eso ocurriera; pero la Iglesia fue mi respuesta. Conocimos el poder de la oración y estoy muy agradecida por la Iglesia."

En verdad, la oración tiene un papel preponderante en nuestro progreso eterno.

Consideremos ahora el gran principio eterno del trabajo. Durante su ministerio terrenal el Salvador enseñó una hermosa parábola que se refiere a la importancia del trabajo. La parábola de los talentos nos habla de un hombre que estaba preparándose para viajar muy lejos, de manera que llamó a sus siervos y les dio sus posesiones; a uno le dio cinco talentos, a otro le dio dos, y a otro le dio uno,

a cada siervo según su capacidad.

Mientras el amo estuvo ausente, el que recibió cinco talentos los duplicó con sus esfuerzos; el que recibió dos hizo lo mismo; mas el que recibió uno lo ocultó en la tierra.

Después de un tiempo el amo regresó y pidió cuentas.

A aquellos que habían multiplicado sus talentos, el amo les dijo: ". . . Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré . . ." (Mateo 25:23).

Después llamó al siervo que había escondido su talento y no lo había multiplicado y le dijo que era un siervo malo y que lo quitaría y se lo daría al que tenía diez talentos.

¡Qué enseñanza tan hermosa la del evangelio de trabajo!

Cuando fue establecido el programa actual de bienestar de la Iglesia, la Primera Presidencia explicó que el propósito principal era "establecer, hasta donde fuera posible, un sistema bajo el cual fuera suprimida la maldición del ocio, se abolieran las maldades de la limosna y se establecieran nuevamente entre nuestro pueblo la independencia, la industria, el ahorro y el autorrespeto. El propósito de la Iglesia es ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas. El trabajo debe ser nuevamente el principio imperante en la vida de los miembros de nuestra Iglesia" (Conference Report, oct. de 1936, pág. 3; citado también en *Mi reino se extenderá*, pág. 101).

Estos son principios eternos y tienen la misma aplicación hoy día que tuvieron cuando acababan de recibirse. Desde que la Iglesia fue organizada, ha instado a los miembros a ahorrar y a establecer y mantener su independencia económica.

Ya sea que nuestro trabajo sea mental o físico o una combinación de los dos, debemos aprender a hacerlo bien. La filosofía del trabajo es maravillosa; es una parte vital del Evangelio de Jesucristo que nos llevará a la vida eterna.

Constantemente el Salvador hizo hincapié en la doctrina de amar a nuestro prójimo, de no ser egoístas y sacrificarnos; por lo tanto, permitidme sugerir la importancia de estar dedicados a algún trabajo en el que podamos servir a nuestros semejantes y podamos sacrificar algo de nuestro tiempo, de nuestros talentos y de nuestros medios.

Recordemos las palabras del rey Benjamín:

". . . Cuando os halláis en el servicio de vuestros semejantes, sólo estáis en el servicio de vuestro Dios." (Mosíah. 2:17.)

También debemos entender que los talentos se desarrollan sólo cuando se utilizan, y que no progresarán ni se multiplicarán a menos que así sea. Este principio lo enseñó muy claramente el Salvador en la parábola que cité anteriormente.

Los talentos se pueden desarrollar de muchas maneras, tales como en la enseñanza, en la obra misional, en las artes, en obras de caridad y en muchas otras esferas.

Un converso dijo: "Un aspecto de la Iglesia que me encanta es la oportunidad de aprendizaje, desarrollo y progreso constante. Estoy agradecido por la oportunidad de trabajar en la Iglesia, porque eso me ayuda a evolucionar y desarrollarme en el evangelio y en otros aspectos de la vida."

Os insto a aceptar toda oportunidad que se os presente de desarrollar vuestros talentos y compartirlos con entusiasmo, no como si fueran una carga, sino como una gran bendición; y el Señor os dará la capacidad para la obra que hayáis sido llamados a efectuar. El secreto de hombres y mujeres que obtienen logros generalmente se esconde en una historia de dificultades que se han vencido, pues parece que hay lecciones que sólo se pueden aprender al superar obstáculos.

Uno de los períodos más difíciles en la historia de la Iglesia fue el invierno de 1838-39*. Los santos habían sido perseguidos, robados y asesinados; el profeta José Smith y sus compañeros habían sido traicionados y estaban presos en la cárcel de Liberty. Sin embargo, de ese período de obscuridad surgieron los hombres que dirigieron la Iglesia en momentos difíciles, y ésta alcanzó un desarrollo y crecimiento asombrosos. Fue también durante esos días obscuros que el Señor le manifestó al profeta José Smith una gran revelación mientras éste se encontraba en la cárcel. En medio de sus tribulaciones, el Profeta le había pedido que lo consolara. La respuesta del Señor fue la siguiente:

"Hijo mío, paz a tu alma; tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento;

y entonces, si lo sobrellevas bien, Dios te ensalzará . . ." (D. y C. 121:7-8.)

La experiencia en la cárcel de Liberty fue como un fuego refinador para los que participaron en ella, y nos ayuda a comprender y a apreciar mejor la grandeza del profeta José Smith y de los primeros líderes de la Iglesia.

¿Qué podemos aprender de esa experiencia que sea de beneficio para nosotros? Por lo menos dos verdades importantes: Primero, la importancia de tener fe en el Señor Jesucristo y ser fieles a nuestros líderes y a la Iglesia. Segundo: la necesidad de perseverar hasta el fin, a pesar de todas las dificultades que tengamos que enfrentar.

Al tratar de perseverar hasta el fin, quizás tengamos que pedir el consuelo y la ayuda del Señor; y tal vez, como el profeta José Smith, oigamos su voz diciendo: "Hijo mío, paz a tu alma".

A nuestro Señor y Salvador Jesucristo se le llama el Príncipe de Paz, y su mensaje de paz es para cada persona y para el mundo entero; es esa paz lo que nos ayuda a apreciar mejor la vida mortal y nos permite soportar las tribulaciones. Uno de los objetivos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días es establecerla en el corazón y en el hogar de todos los seres humanos.

En verdad, el evangelio restaurado responde claramente a la pregunta, "¿cuál es el propósito de la vida?", ayudándonos también a comprender de dónde vinimos, por qué estamos aquí y hacia dónde vamos después de la muerte.

Uno puede conocer el significado y el propósito de la vida al observar ésta en la perspectiva que nos da el plan del evangelio restaurado.

Un converso de Arizona dijo:

** El invierno comienza en el mes de diciembre en el hemisferio norte.*

Algunos miembros de la Iglesia que pertenecen a las fuerzas armadas asisten a la conferencia.

"Lo que ha cambiado mi vida grandemente es haber encontrado en ella un propósito y una paz mental que nunca había sentido".

A otro converso en Seattle se le preguntó: "¿Qué ha hecho la Iglesia por usted?" El contestó: "Todo, pues mi vida ahora tiene un propósito y un significado. ¿Qué puedo hacer yo por el Señor? A El le debo todo".

Siento lo mismo que el converso de Seattle, le debo todo al Señor.

Os doy mi testimonio de que yo sé que Dios vive, y que Jesús es el Cristo, nuestro Redentor y Salvador. Sé que José Smith fue un instrumento en las manos del Señor para restaurar el evangelio en su plenitud y el poder para actuar en el nombre de Dios, y restablecer la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra.

También sé que el presidente Spencer W. Kimball es un Profeta de Dios que actúa bajo guía divina al administrar los asuntos del reino de Dios en la tierra hoy día. Que el Señor lo bendiga y lo sostenga.

Oro sinceramente porque podamos entender el propósito de la vida y guiemos nuestra manera de vivir de acuerdo con los principios eternos del evangelio, y de esa manera disfrutar de paz, felicidad, y progreso y recibir la vida eterna, el mayor de todos los dones de Dios, en el nombre de Jesucristo. Amén.

"Que os améis unos a otros"

por el élder James M. Paramore
del Primer Quórum de los Setenta

Mis amados hermanos y amigos, a veces cuando oigo los hermosos coros locales, les digo a los miembros que canto con el Coro del Tabernáculo en las conferencias. Oh, por supuesto, no me siento en los asientos del coro porque no canto muy bien, pero sentado aquí abajo, silenciosamente canto junto con ellos porque su música es muy hermosa. En una de sus canciones hay una parte que me gusta en especial: "Como os he amado, amad a otros" (véase Juan 13:34). Quisiera hablar de esto hoy por unos minutos: del amor de Dios y del uno por el otro.

Hace unas pocas semanas uno de vuestros hijos, misionero en Italia, contó una historia que pintó claro en mi mente este tema.

El relató que una mañana, un pobrecito niño lisiado, vestido con harapos y unos zapatos raídos, se acercó a la esquina de una calle transitada y fue de uno a otro pidiendo a los pasantes unas liras, sin conseguir nada. Un hombre que lo observaba a la distancia, finalmente se acercó, levantó al pequeño muchachito, lo estrechó entre sus brazos con amor y luego se dedicó a atender sus necesidades sin averiguar de dónde venía.

Esta escena conmovería a cualquiera y nos ayudaría a ver el poder del amor que nuestro Padre Celestial desea que lleguemos a comprender. Jesús, el amado Hijo de Dios, destacó en forma especial este nuevo aspecto que bendeciría al mundo, diciendo:

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros . . ." (Juan 13:34.)

Al examinar con cuidado y tratar de entender este amor de Dios, quedamos asombrados por su profundo impacto. Fundamentalmente, nos habla de la realidad de un Padre en los cielos cuyo amor por sus hijos no conoce fronteras. El desea compartir con esos hijos que ha creado y enviado a la tierra todas las verdades, la sabiduría, el poder, la bondad y el amor. El quiere que nos elevemos y lo conozcamos como nuestro Padre, el que nos perdona, nos ayuda, es nuestro amigo y gobernante; el que está deseoso de dar a cada persona la oportunidad total de su amor y potencial y, finalmente, la bendición de ser algún día como El. Este amor de nuestro Padre Celestial y sus efectos, ya sea sobre uno de sus hijos o sobre el mundo entero, es milagroso y comunicable. El está constante y eternamente velando sobre nosotros para estimularnos amorosa y dulcemente.

El viene a nosotros, mediante su Hijo, la oración, su Espíritu, sus profetas y por medio de sus mandamientos, para expresar su amor e interés y proveer guía y disciplina para todo aquel que quiera escuchar. Como dijo el salmista: "De la misericordia de Jehová está llena la tierra". (Salmos 33:5.)

El nos ama tanto que nos dio sus verdades más sagradas y eternas, sus mandamientos, las normas eternas para guiarnos en la vida. Para ayudarnos a comprender su importancia, las reveló en sagradas circunstancias y las rodeó de santidad. ¿Quién no recuerda cómo se recibieron los Diez Mandamientos? Los hombres han cambiado constantemente estos mandamientos, pero nosotros testificamos al mundo que han sido restaurados sobre la tierra por medio de un profeta de Dios, porque son verdades esenciales y eternas que, si se alteran, pierden su poder. Testificamos al mundo que estas leyes, o mandamientos, o normas, son una de las manifestaciones más grandiosas del amor de Dios por sus hijos. Sí, éstos son mandamientos puros, para plantar en nosotros las semillas del amor de Dios, sus vías y su divinidad. Son la fuente de origen de toda seguridad real, y el yo íntimo del hombre las reconoce instintivamente y se regocija en ellos.

Este mismo Dios amoroso "de tal manera amó . . . al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito" (Juan 3:16), para convertir en realidad una miríada de bendiciones para la humanidad, incluyendo la ofrenda de su propia vida en expiación por el hombre. El vivió para demostrar que el amor de nuestro Padre Celestial y su plan, sus mandamientos, pueden, en efecto, llevar paz interior y elevar a la humanidad aquí y en el más allá.

Mis asignaciones en estos últimos meses me han llevado a muchas tierras y esta mañana con todo mi corazón deseo testificar del hecho de que cuando se conoce y se siente el amor de Dios y se obedecen sus mandamientos, los resultados son siempre los mismos. Hay una renovación de la vida, un despertar espiritual, que el hombre recibe y que es su propio testimonio de la verdad. Este nunca se impone por la fuerza ni el temor, sino más bien por un vínculo de amor que se desarrolla entre nuestro Padre Celestial y sus hijos. No es de extrañar que se nos diga que podemos mirar hacia Dios y vivir. Su amor llega profundamente a lo íntimo del hombre, elimina las barreras, y hace que surja un espíritu receptivo a la verdad, la pureza y el cambio. Al desarrollarse en el hombre, éste se vuelve hacia los demás, sobreponiéndose a sus debilidades poco a poco. Cuando humildemente buscamos a nuestro Padre por medio de la oración, del estudio y de la obediencia a sus mandamientos, El nos comunica su amor y muchos de sus poderes. Miles de personas testifican que sus palabras: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor" (Juan 15:10), son la verdad. Como el Salvador dijo, podemos empezar a unirnos como ramas a "la vid verdadera" y recibir el mismo poder y fuerza y llevar los mismos frutos. (Véase Juan 15:1-6.)

Entonces realmente ocurre el milagro. Las personas que han sido tocadas y cambiadas por este amor a Dios miran a sus semejantes con profundo respeto y asombro por lo que son y por el potencial que verdaderamente tienen como hijos de un Padre eterno.

Hace unos pocos años tuve una experiencia muy especial mientras cumplía con una asignación en Oregón. Después de una conferen-

cia de estaca se me pidió que bendijera a un pequeñito. La familia estaba presente, y ese día aprendí lo que realmente es el amor de Dios. La pareja había adoptado seis o siete niños abandonados que tenían impedimentos físicos y necesitaban amor y cuidado el resto de su vida. Me sentí sobrecogido en su presencia y sentí que el amor de Dios llenaba aquel cuarto. Ellos no eran ya extraños para El.

A medida que el hombre percibe este amor, comienza a pasar por alto los defectos de todo ser humano y a estimar "a su hermano como a sí mismo" (D. y C. 38:24), y lo eleva y desea ayudarlo en todo momento y lugar. El espíritu del hombre se acerca a sus semejantes, porque ya no existen la enemistad, la envidia, las diferencias, el orgullo ni la vanidad; ni siquiera el idioma los separa, sino que sólo hay sinceridad y unidad con el Espíritu y la voluntad de Dios. Las Escrituras lo dicen hermosa y claramente:

No habrá "contenciones en la tierra", "porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones". (4 Nefi 1:15, Romanos 5:5.)

¿Quiere decir esto que los que practiquen estas cosas serán perfectos? No, porque para siempre estarán evolucionando y progresando. Pero sí quiere decir que estarán siempre esforzándose por lograr la perfección. El gran profeta Moroni nos aconsejó con una profunda percepción sobre este aspecto cuando dijo: "No me condenéis por mi imperfección, ni a mi padre . . . más bien, dad gracias a Dios, que os ha manifestado nuestras imperfecciones, para que aprendáis a ser más sabios de lo que nosotros lo hemos sido." (Mormón 9:31.)

Es por medio del logro de este don, este amor de Dios, que somos capaces de desechar la contención, discordia y crítica. Así se reconoce el poder y la bondad innatas en el hombre y se ve cuán completamente absurdo sería tener en el corazón este sentimiento, este amor de Dios en nuestra vida, y encontrarnos criticando a otros, o negándonos a sostener a sus líderes, puesto que estas cosas son completamente ajenas al amor de Dios. Nuestro Padre dijo que "nadie puede ayudar en . . . [esta obra] a menos que sea humilde y lleno de amor". (D. y C. 12:8.)

Como sucedió en el caso del hombre que recogió al pequeño lisiado —sin ninguna clase de crítica ni reproche alguno— sólo hubo amor y ayuda.

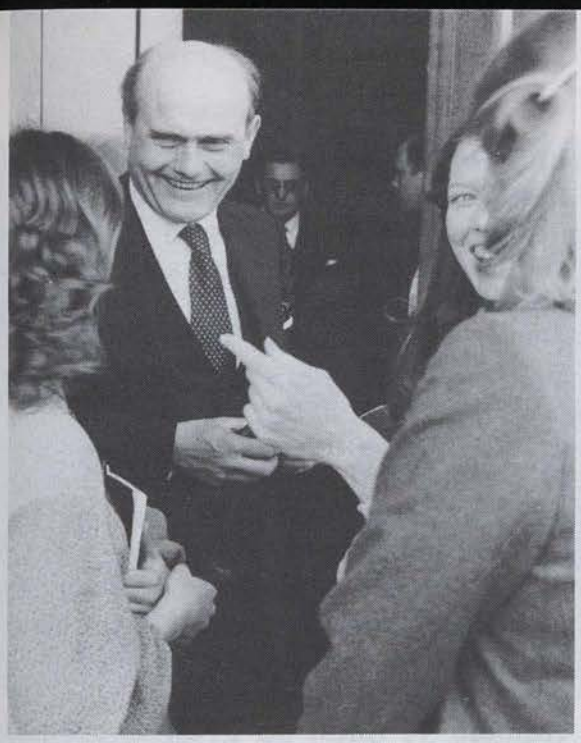
¿Cómo vemos manifestarse el amor de Dios hoy en la tierra, en su Iglesia y entre los miembros de su Iglesia?

Se manifiesta en un Padre Celestial que envió a su Hijo Amado para ayudar al hombre a ver su ejemplo y seguirlo.

Se manifiesta en un Padre Celestial que ha establecido su reino, su Iglesia, su amor y sus mandamientos aquí sobre la tierra por medio de los cuales podemos tener su amor y todas sus bendiciones

Se manifiesta en un Padre Celestial amoroso que ha proveído un profeta, aun el presidente Kimball, y apóstoles hoy para recibir su palabra y guiar a sus hijos.

Se manifiesta en las familias que, llenas de amor y gratitud a Dios, se esfuerzan cada día por enseñar a sus hijos el amor, las elevadas normas de vida y todas



El élder F. Enzio Busche del Primer Quórum de los Setenta se detiene para hablar con asistentes a la conferencia.

las pacíficas vías de Dios.

Se manifiesta en los padres, las madres y los niños que, conmovidos por el amor de Dios, se abrazan abiertamente y se expresan unos a otros su amor sin darse por vencidos jamás con los que están en su círculo familiar, especialmente los que necesitan amor.

Se manifiesta en los más de 30.000 misioneros que, pagando sus propios gastos, van a todas partes del mundo por amor a la gente y llevan estos poderes a todos los que los quieran escuchar.

Se manifiesta en los maravillosos líderes y maestros que, a pesar de sus imperfecciones, se esfuerzan en innumerables maneras por nuestros niños y jóvenes, a fin de ayudarles a alcanzar a Dios, su amor y su bondad.

Hace unas semanas, mientras me encontraba en una reunión sacramental en Alemania, mis ojos se llenaron de lágrimas de gratitud y me sentí conmovido al ver a 82 niños de la Primaria que cantaban cantos de amor a su Padre Celestial. Me sentí agradecido por la Iglesia que ha sido establecida por el Señor en la tierra y porque yo también fui un día un niño de la Primaria, y también mis hijos, y por haber aprendido esas canciones y el amor que ellas expresan. Las he cantado todas miles de veces desde mi infancia y estoy agradecido por el amor y el mensaje que comunican. Ese mismo día, y en la misma reunión sacramental, había una hermana recientemente bautizada que esperaba la llegada de su primer hijo. Ella se emocionó mucho con los niños, la Iglesia, la Primaria y el amor de nuestro Padre Celestial que sintió allí.

Conmovida, más tarde me dijo: "¡Espero ansiosa la llegada de mi niño, y el día en que pueda mandarlo a la Primaria!"

Mis queridos amigos, ésta es sólo una de las muchas grandes bendiciones que nuestro Padre ha proveído para nosotros en su Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Sí, hay un lugar bello, un refugio en la tierra, donde se encuentran las inalterables normas reveladas por un amoroso Padre Celestial.

Y en realidad esto es precisamente lo que el Señor pensaba cuando dijo lo siguiente: "Como os he amado, amad a otros" (véase Juan 13:34). Esta será la suprema invitación del Señor siempre, a todos y en todo lugar. Invitamos a todas las personas con todo amor a venir y participar de este espíritu, esta paz, este amor de Dios que existen en su reino aquí en la tierra hoy en día. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Extendamos nuestro amor a los hijos de nuestro Padre Celestial

por el élder Jack H. Goaslind
del Primer Quórum de los Setenta

Es mi sincero deseo esta mañana compartir con vosotros algunas de mis ideas sobre el Evangelio de Jesucristo y sobre el efecto que debe tener en nuestras relaciones con nuestros semejantes.

Al releer los pasajes que relatan la resurrección del Salvador, me ha llamado la atención que sus primeras palabras como Ser resucitado nos dan el fundamento para nuestra relación con los demás. Recordaréis que temprano por la mañana del primer día de la semana, María había ido al sepulcro donde habían puesto el cuerpo del Señor. Al encontrar fuera de su lugar la piedra que sellaba la tumba, corrió a decir a Pedro y a Juan que habían sacado el cuerpo del Señor; y éstos, a su vez, corrieron a confirmar la noticia. Cuando vieron el sepulcro vacío, regresaron a su hogar, pero María Magdalena "estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro". Allí vio dos ángeles de blanco que le preguntaron: "Mujer, ¿por qué lloras?" A lo que respondió: "Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto". Diciendo esto se volvió y vio a Jesús, pero no lo reconoció. El Salvador también le preguntó por qué estaba llorando, y María, pensando que conversaba con el hortelano, le dijo: "Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré". (Véase Juan 20:11, 13, 15.) Entonces el Señor la llamó por su nombre, como también podría llamarnos a todos nosotros; ella inmediatamente lo reconoció y, dado su gran amor por El y su testimonio de que vivía, extendió los brazos para abrazarlo. Pero con amor, bondad y seguridad, El pronunció estas palabras de significado eterno:

"No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." (Juan 20:17.)

"A *mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.*" ¡Cuán importante fue ese mensaje entonces, y cómo es de vital para nosotros hoy día! El apóstol Pablo enseñó claramente esta doctrina cuando dijo:

"Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos.

Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres." (Hechos 17:28-29.)

A través de la oración, del estudio y de la obediencia al evangelio,

Los visitantes a la conferencia tratan de estar al abrigo en la Manzana del Templo.

he llegado a apreciar el hecho de que todos somos hijos de nuestro Padre, y parte de una gran familia. Nuestro Padre Celestial es, en todo el sentido de la palabra, nuestro real *Padre* espiritual, lo que da un significado literal a la frase "Nuestro Padre Celestial"; por lo tanto, todos somos hermanos sean cuales sean nuestra raza, credo o nacionalidad, y hay una chispa de la divinidad en cada uno de nosotros.

¿En qué forma puede afectar esta verdad nuestra relación con los demás? Si todos los hijos de Dios pudieran darse cuenta de que son hermanos y pudieran sentir el impacto de esta realidad, habría mucho más entendimiento, compasión y amor entre unos y otros y cesarían las guerras, el crimen y todas las formas de violencia.

Estoy convencido de que el verdadero amor fraternal es esencial para nuestra felicidad y para la paz del mundo. Debemos amarnos los unos a los otros y compartir desinteresadamente nuestros dones, talentos y recursos. No es de extrañar, pues, que cuando el fariseo, intérprete de la ley por profesión, le preguntó a Cristo: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?", El le contestara:

". . . Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

Este es el primero y grande mandamiento.

Y el segundo es semejante: Ama-

rás a tu prójimo como a ti mismo.

De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." (Mateo 22:36-40.)

Y después, en los últimos momentos de su vida, hizo esta gloriosa declaración:

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros." (Juan 13:34-35.)

Una vez William Shakespeare dijo: "No aman aquellos que no muestran su amor".

Es necesario que demostremos nuestro amor, empezando por el hogar y luego ensanchando nuestro círculo de amor para abarcar a nuestros miembros del barrio, a nuestros vecinos menos activos, y a los que no son miembros de la Iglesia, y también a aquellos que han pasado ya al otro lado del velo.

A los líderes de la Iglesia, y a cada uno de los miembros, quisiera pedirles que extiendan como nunca su amor y una mano de hermanamiento a nuestros hermanos que necesitan la luz del evangelio. Estoy convencido de que mucho de nuestro amor lo limitamos a un servicio de palabra, a sueños que nunca convertimos en realidad; pero el verdadero amor se debe expresar en hechos desinteresados de bondad que ayuden a otras personas a acercarse a nuestro Padre Celestial.

Muy a menudo pienso en el gran ejemplo de Pedro y Juan cuando se dirigieron al templo a la hora de la oración, y vieron un hombre, cojo de nacimiento, que estaba en la puerta llamada la Hermosa, pidiendo limosna a los que entraban. Al ver a los apóstoles que se acercaban, extendió la mano. Pedro le dijo: "Míranos". El mendigo los miró, esperando recibir algo de ellos.

"Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda."

Creo que esto es lo más lejos que hemos ido, en la mayoría de los casos, al ayudar a nuestros semejantes en este mundo de hoy. Sin embargo, Pedro no se limitó a meras palabras. Las Escrituras registran:

"Y tomándole por la mano derecha le levantó . . ."

Inmediatamente los pies y tobillos del hombre se fortalecieron y se paró, caminó, saltó y entró al templo alabando a Dios. (Véase Hechos 3:1-11.)

No es plata ni oro lo que necesita el mundo hoy día, sino la mano extendida y la influencia vivificante del Espíritu del Señor.

Una buena amiga me contó esta historia de cómo aprendió el significado profundo del amor. Su familia había sido siempre activa en la Iglesia, haciendo lo mejor de su parte por cumplir con los mandamientos. Por este motivo, fue un gran golpe y desilusión cuando su hija se comprometió con un joven que no era miembro de la Iglesia; al día siguiente le hablaba de sus sentimientos a una amiga, diciéndole que, aunque sabía que el novio de su hija era un buen muchacho, se sentía enojada, herida, traicionada y desorientada, y no quería hacerles una fiesta, ni siquiera ver a la chica. Cuando me lo contó, me dijo que seguramente

el Señor la había guiado a conversar con su amiga, pues recibió de ella esta respuesta:

"¿Qué clase de madre eres si sólo le demuestras amor a tu hija cuando hace lo que tú quieres? Ese es un amor egoísta, mezquino y limitado. Es fácil amar a nuestros hijos cuando son buenos, pero cuando cometen errores es cuando necesitan más de nuestro amor. Deberíamos amarlos y cuidarlos sin importar lo que hagan. No quiere decir que aprobemos sus errores, pero así los ayudamos, no condenamos; amamos, no odiamos; perdonamos, no juzgamos; los edificamos en vez de aplastarlos; los guiamos, no los abandonamos. Los amamos cuando es más difícil amarlos, y si tú no puedes o no quieres hacer eso, eres una mala madre."

Al comprender la verdad de sus palabras, con lágrimas en sus ojos la madre le preguntó a su amiga cómo podría agradecerle. Esta le contestó: "Hazlo por otra persona cuando se te presente la oportunidad. Alguien lo hizo por mí y le estaré eternamente agradecida".

Esta historia es sobre el amor de una madre por su hija, pero es sólo un comienzo. Debemos demostrar el mismo amor sincero por todos los hijos de nuestro Padre Celestial. Cuando logremos hacerlo, seremos como es Dios. Juan escribió:

"Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.

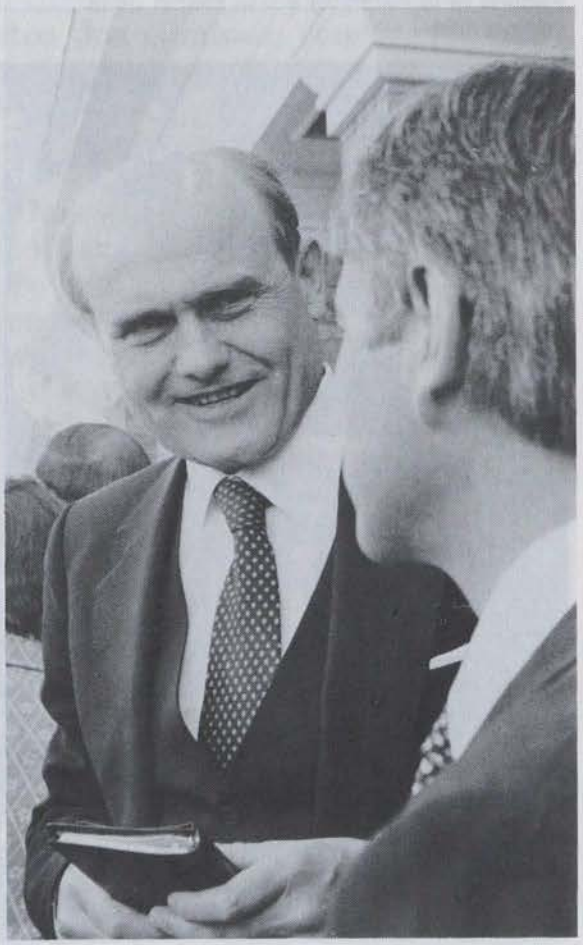
El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor." (1 Juan 4:7-8.)

Jesucristo, nuestro ejemplo perfecto, demostró en forma constante su amor por medio de hechos de compasión, y entendió la mejor forma de expresarlo.

En el pozo de Jacob se tomó el tiempo necesario para enseñar a una mujer de Samaria algunas verdades eternas (Juan 4:1-30). Ella aceptó su testimonio de que El era el Mesías y volvió a la ciudad a afirmar: "¿No será éste el Cristo?"

El dio de sí a los despreciados de la sociedad. Un leproso menospreciado adoraba al Señor y le dijo, "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Y las Escrituras registran —notadlo bien— que *"Jesús extendió la mano y le tocó*, diciendo: Quiero, sé limpio. Y al instante

El élder F. Enzio Busche del Primer Quórum de los Setenta conversa con un visitante.



su lepra desapareció" (Mateo 8:1-4).

En uno de sus milagros más extraordinarios, Jesús puso atención aun a las demás personas. Cuando se preparaba para levantar a Lázaro de los muertos vio a María llorando, y las Escrituras dicen que "se estremeció en espíritu y se conmovió", y luego, "Jesús lloró". (Juan 11:33, 35.) Esa ocasión la había aprovechado para expresar un testimonio divino de su misión:

"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá." (Juan 11:25.)

En su visita a los nefitas el Salvador hizo esta importante amonestación:

"Por lo tanto, ¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo." (3 Nefi 27:27.)

Es mi testimonio que podemos ser aun como El es. Podemos demostrar nuestro amor en formas que beneficien eternamente, tanto a nosotros mismos como a aquellos a quienes servimos.

Aceptemos el desafío presentado por nuestro Profeta hace dos años:

"Me parece muy claro, y ciertamente este sentimiento pesa sobre mí, que la Iglesia se encuentra en un estado de su desarrollo y madurez, en que por fin estamos listos para un gran esfuerzo de avance . . .

Pero las decisiones básicas o necesarias para nuestro progreso como pueblo son las que hagan los miembros de la Iglesia en forma individual. Nos hemos detenido suficientemente en algunas de nuestras etapas. Dispongámonos a retomar nuestro movimiento para avanzar y elevarnos. Pongamos fin a nuestra indecisión de llegar hasta nuestro prójimo e influir sobre él —ya sea en nuestra propia familia, barrio o vecindario . . ." (*Liahona*, ag. de 1979, pág. 118.)

Decidámonos hoy mismo a extender nuestro amor a nuestras familias, a nuestros vecinos menos activos y a los que no son miembros de la Iglesia, a nuestros antepasados que se han ido, o a cualquiera que lo necesite.

Testifico que recibiremos grandes bendiciones como personas, como Iglesia, y como una hermandad del género humano, cuando aprendamos a vivir amando sin egoísmo; en el nombre de Jesucristo. Amén.

El élder Gordon B. Hinckley del Consejo de los Doce da la bienvenida al presidente Spencer W. Kimball (a la derecha) a una sesión de la conferencia.

Las bendiciones de la autosuficiencia

por el élder Mark E. Petersen
del Consejo de los Doce

Mi suegro era capitán de un barco que naufragó en alta mar. Después de zozobrar la nave, los náufragos, que quedaron a la deriva en los botes salvavidas, cantaron hora tras hora antes de ser salvados, el himno "Guíame, oh Salvador" (*Himnos de Sión*, 231). Junto con este coro —que acaba de entonar ese himno— y con las Autoridades Generales, doy testimonio de nuestro Señor Jesucristo, el divino Hijo del Dios Todopoderoso, el Salvador del mundo, nuestro Redentor. Me siento agradecido por el testimonio que damos, al acercarse la Pascua de Resurrección, de que El vive. El es el Cristo.

Nuestra principal misión como Santos de los Ultimos Días es dar testimonio de El. Y si al pasar las pruebas y tribulaciones de este mundo oremos pidiendo "Guíame, oh Salvador", marcharemos por la vida venturosamente, no sin pesares y aflicciones, pero con la compañía constante del Espíritu Santo que se encargará de guardarnos hasta que lleguemos a lugar seguro.

No es novedad el hecho de que existe una crisis mundial. Sin embargo, el problema básico no es lo que la mayoría de la gente cree; fundamentalmente, no se trata de la crisis económica ni radica en la escasez de petróleo ni en la depresión económica.

Nuestra crisis básica es moral y espiritual. Es preciso volver a los caminos de Dios.

Puesto que todos los seres humanos somos sus hijos, sus mandamientos se aplican a todos y atañen a cada uno de los aspectos de nuestra vida. Si en realidad esperamos gozar de paz y felicidad en este mundo, debemos tener la fe necesaria para obedecerlos. Si los desechamos o los violamos, atraeremos malas consecuencias sobre nosotros. No tenemos más que estos dos caminos; tendremos que elegir el uno o el otro como timón de nuestra vida, por lo que la única solución sensata es ser práctico y dar la cara a esta realidad.

Dios nos ha dado el libre albedrío para actuar a nuestro antojo; pero aún así, cuenta con que empleemos la inteligencia y el ingenio para mejorar nuestras circunstancias espiritual y temporalmente. El anhela que tengamos éxito en la vida y desea ayudarnos. Ciertamente el hombre existe para que tenga gozo (véase 2 Nefi 2:25).

Luego, hemos de planear bien para el futuro y no vivir sólo el presente, ni suponer que las condiciones actuales continuarán para siempre. Debemos ser industriosos, económicos, procurar el debido equilibrio entre nuestras necesidades y deseos, y, sobre todo, tenemos que reinstituir nuestra vida sobre un cimiento espiritual.

¿Acaso no somos hijos de Dios?

¿No hemos de buscar primero *su* manera de hacer las cosas? Si le servimos debidamente, ¿no nos situaremos así en una base espiritual?

La vida nos enfrenta a muchos y serios problemas; algunos son morales, otros económicos, pero todos pueden afligirnos.

Es cierto que vivimos en un mundo agitado que nos asedia, y estamos expuestos a todos sus peligros, plagas, incitaciones, persuasiones y tentaciones. Sin embargo, a pesar de todo eso, *no debemos ser del mundo*, y esto está estrechamente relacionado con la espiritualidad. ¿No debemos, entonces, pedir constantemente: "Guíame, oh Salvador"?

Lo que hace que la crisis mundial se convierta en *moral y espiritual* es el hecho de que tanta gente rechaza o pasa por alto las normas de vida que Dios nos ha dado, y muchos aun quieren desecharlo a El del todo; prefieren la obscuridad a la luz porque sus obras son malas.

Por ejemplo, existen muchos tipos de inmoralidad que asestan un golpe atroz a la pureza de la vida. ¿Qué haremos al respecto? ¿Rendirnos? ¡Claro que no! ¡Debemos combatirlos con todo nuestro aliento!

Debemos ser virtuosos y limpios, y enseñar a nuestros hijos a ser puros. ¿Es que no escuchamos la voz del Todopoderoso que nos clama: "Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor"? (Véase D. y C. 38:42.)

Es cada vez mayor el consumo de bebidas alcohólicas, tabaco y todo tipo de drogas. ¿Qué haremos al respecto? Ser fieles al Señor a tal grado que obedeceremos plenamente la Palabra de Sabiduría. Esta ley es vital y pertinente, ahora más que nunca en la historia. Nadie puede subsistir a la actual embestida de la adicción a los vicios si no obedece la Palabra de Sabiduría.

El mundo nos tienta a mentir y engañar; a hurtar, en pequeña y gran escala; a manchar el buen nombre de otra persona; o a robarle el cónyuge al prójimo, lo cual es una de las peores formas de robo. ¿Qué haremos en cuanto a eso? Debemos guardar los Diez Mandamientos, evitar la deshonestidad en todas sus formas y rechazar toda tentación de codiciar posesión o persona alguna de nuestro prójimo. Debemos obedecer el décimotercer artículo de fe, que dice: "Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes y virtuosos".

¿Hay acaso otra respuesta? ¿Puede el mentiroso, el ladrón, el impuro invadir el reino de Dios? ¡No, no con sus pecados! Podrán entrar sólo después del más sincero y total arrepentimiento, ¡nunca antes!

Pero el mundo nos afecta también en otros aspectos, en especial en el económico: en la poderosa persuasión a gastar más de lo que tenemos, a extender demasiado las compras a crédito y sepultarnos así en deudas. ¡Ah, el atractivo de la propaganda comercial, del crédito fácil y del uso imprudente de las tarjetas de crédito!

¿Qué haremos al respecto? Ante todo, decidirnos a vivir dentro de nuestros medios, a hacer un presupuesto y respetarlo; tomar ante Dios la determinación de que seremos honrados y pagaremos lo que debemos sin tratar de esquivarlo;

evitar cualquier deuda extra que exceda nuestra capacidad de pagar.

Si por un tiempo tenemos que limitar nuestro habitual estilo de vida, ¿no lo haremos con buena disposición para mantenernos financieramente a flote? ¿No estaremos dispuestos a sacrificar nuestros deseos de comprar y medirnos para acomodarnos a las circunstancias que nos impone la situación actual?

Hay muchísimas personas buenas que observan la mayoría de los mandamientos de Dios con respecto al lado virtuoso de la vida, pero que pasan por alto los mandamientos tocantes a las cosas temporales. No escuchan Su advertencia de prepararse para los tiempos difíciles, pensando, por lo visto: "En medio de los conflictos nada nos pasará a nosotros". Pero los problemas no sólo aquejan a "otra gente", nos acosan también a nosotros cuando la economía peligra.

El prepararnos para el futuro es parte del plan eterno de Dios, tanto espiritual como temporalmente. Tratar de protejernos de las privaciones no es más que el empleo de un buen criterio.

La calle donde yo vivo está bordeada de castaños que en la primavera se cubren de hermosas flores.

Al acercarse el verano, advierto las castañas que empiezan a crecer en sus vainas verdes, las mismas que en el otoño caen al suelo; es entonces cuando aparecen las ardillas que se sientan en la acera a pelarlas a mordiscos para correr luego a almacenarlas para su provisión del invierno.

Prudentes y hacendosas, las ardillas son también muy confiadas, pues en la vecindad nadie las molesta. Es muy interesante observarlas trabajar para su subsistencia. Y no desperdician ni una sola de las castañas, pues saben que su vida depende de éstas en los fríos meses del invierno cuando los árboles no dan fruto. Tampoco dependen de nadie para recolectar su alimento, sino que se bastan a sí mismas. El Señor les da el fruto, pero ellas deben buscarlo y almacenarlo.

Estos animalitos nos enseñan una gran lección de autosuficiencia, una lección que se aplica a los seres humanos, así como a los demás animales.

¿Nos ayudará Dios también en nuestros momentos de apuro? ¡Por supuesto que sí! El dijo: "Considerad los lirios del campo" y "Mirad las aves del cielo . . . ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?" (Véase Mateo 6:28, 26.)

Claro que El nos ayudará. Pero hay un importante "si" condicional: *si guardamos los mandamientos.*

El nos enseña a ser autosuficientes e industriosos, a planear por adelantado, a guardar para los tiempos difíciles, a evitar las compras a menos que estemos seguros de poder pagar, y a *servirle* con tal devoción que El se sienta complacido al recompensar con creces nuestros esfuerzos. También espera que seamos lo suficientemente juiciosos como para *limitar nuestras obligaciones financieras dentro de los medios de que disponemos para pagarlas.*

Y al planear, ¿por qué no hacer un presupuesto familiar que cubra las obligaciones financieras, a fin de pagar primero lo que en verdad está primero? Siguiendo un plan así, evitaremos la esclavitud económica.

Preguntémonos con sensatez si lo que determina nuestras compras son los deseos que sentimos o nuestras necesidades reales.

El Señor nos ha dado el Programa de Bienestar que es inspirado y se aplica a todos los miembros de la Iglesia. Lo más importante de ese plan es que todos aprendamos individualmente a ser autosuficientes, que aceptemos el principio de que debemos prever, ahorrar un poco, abastecernos de reservas, gastar en base a nuestro ingreso y hacer todo el esfuerzo posible por bastarnos a nosotros mismos, tanto en tiempos buenos como en los difíciles.

¿No es ésa la esencia de nuestro plan de bienestar?

Ese gran programa nos enseña que hemos de guardar lo necesario para *subsistir* durante un año, no para satisfacer caprichos. Podemos vivir sin comer postre y sin otros lujos ¿no es cierto? Y de ser necesario, hasta podríamos pasar lo más bien sin la carne, alegrándonos de tener lo indispensable para subsistir, ¿no es así?

Los almacenes de bienestar ayudan en las emergencias a muchas personas dignas. Y para eso están. Cualquiera de nosotros podría sufrir una tragedia que hiciera necesario recibir esa asistencia, la cual es siempre asequible a las personas dignas, a quienes se da con gusto.

Pero los almacenes más importantes de todo el plan de bienestar son los que encierran las paredes de nuestro hogar. Debemos abastecer el "almacén" familiar que tengamos en nuestra casa hasta donde podamos, a fin de hacer frente a los tiempos de escasez que puedan sobrevenirnos.

Los almacenes del obispo son magníficos y ayudan a miles de santos dignos y fieles, tal como debe ser; pero no tienen por objeto abastecer a los cuatro millones y medio de miembros de la Iglesia, sino que son para emergencias y nada más.

No obstante al esforzarnos por cumplir con todo esto, no olvidemos que nuestro mayor recurso es *el Señor, nuestro Dios.*

En la antigüedad, El dijo a Israel que detendría las sequías y haría abundantes sus cosechas *si* le servían y guardaban sus mandamientos. (Véase Deuteronomio 11:13-15.) La misma promesa nos hace a nosotros.

También dijo que abriría las ventanas de los cielos y derramaría bendiciones hasta que sobreabundasen *si* pagábamos el diezmo honradamente. (Véase Malaquías 3:10.) Así veis que la ley del diezmo fue instituida como parte del plan del Señor para nuestro propio bienestar y autopreservación.

El ha dicho en nuestros días que los santos "pagarán la décima parte de todo su interés anualmente; y ésta les será por ley fija perpetuamente" (D. y C. 119:4). Y así vemos que el pago del diezmo es parte del plan divino para protegernos de los tiempos difíciles. Repito, *el pago del diezmo es para protegernos de los tiempos difíciles.* ¿Por qué no lo reconocemos como es? ¿Por qué hay quienes dicen que no pueden permitirse pagar el diezmo cuando en realidad es al revés? Lo que no pueden permitirse son las consecuencias de no pagarlo. Las personas que no cuentan con suficientes medios son las que más necesitan de las bendiciones que trae aparejado el

El élder M. Russell Ballard, y el élder Dean L. Larsen.

pago del diezmos.

Y de cuando hubiese grandes tribulaciones, ¿qué dijo el Señor? ". . . porque el que es diezmado no será quemado." (D. y C. 64:23.)

¿Qué más dijo?

"Y os digo que si mi pueblo no observa esta ley para guardarla santa, ni me santifica la tierra de Sión por esta ley, a fin de que en ella se guarden mis estatutos y juicios, para que sea la más santa, he aquí, de cierto os digo, *no será para vosotros una tierra de Sión.*" (D. y C. 119:6; cursiva agregada.)

¿Veis entonces cómo la obediencia a la ley del diezmo es una salvaguardia para nosotros? También dijo que *ahora, hoy* "es un día de . . . requerir el diezmo de mi pueblo . . ." porque "el tiempo presente es llamado hoy hasta la venida del Hijo del Hombre" (D. y C. 64:23).

Por lo tanto, ¡dónde está nuestra fe? ¿Dónde está nuestra obediencia? A todo lo anterior el Señor añadió: ". . . y no perdonaré a ninguno que se quede en Babilonia" (D. y C. 64:24), refiriéndose, claro, a quienes rechacen su palabra y continúen entregándose a prácticas mundanas. En otro pasaje pone de relieve el aspecto moral y espiritual de la crisis actual:

"Por lo tanto, si creéis en mí, trabajaréis mientras dure lo que es llamado hoy." (D. y C. 64:25.)

Obedecedle, servidle, andad en rectitud delante de El, y "*sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor*" (D. y C. 38:42). ¡Así dice la ley!

Tengamos presente que es contra la voluntad de Dios que cualquiera de nosotros esté en la esclavitud —en cualquier forma— del pecado, de los vicios o de las deudas.

"Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres", dijo el Señor. Libres del pecado, libres de adicciones equivocadas y libres de la esclavitud de las deudas. Su verdad es que *si obedecemos,* su evangelio nos hará libres . . .

¿Confiaremos en El? Su yugo es mucho más fácil que el del mundo. "Venid a mí", nos dice, "y yo os haré descansar" (véase Mateo 11:28).

El nos ama; vela por nosotros y nos hará prosperar aun en tiempos difíciles, *si* no somos de poca fe. El Señor podrá probarnos, pero nunca nos abandonará. Todos cantamos con sinceridad:

¡Qué firmes cimientos, oh santos de Dios,
tenéis por la fe en el plan de Jesús!
Al que se estriba en Cristo Jesús,
No quiero, no puedo dejar en error;
yo lo sacaré de tinieblas a luz,
y siempre guardarlo con grande amor. (*Himnos de Sión,* Nº 144.)

Esa es su promesa, y su palabra es verdadera; lo testifico en su sagrado nombre, el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Domingo 5 de abril
Sesión de la tarde

Ni se agregarán ni se quitarán palabras

por el élder Howard W. Hunter
del Consejo de los Doce

Recientemente, un joven amigo misionero me escribió una carta concerniente a una pregunta que se le hizo con respecto a los versículos finales de la Biblia y a cómo se aplican al Libro de Mormón. Recordaréis que al final del libro del Apocalipsis, el último de la Biblia, el autor, Juan, hace una advertencia y maldice a cualquiera que agregue palabras al libro o que quite de él. Esto es explícitamente lo que él escribió:

"Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro.

Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro." (Apocalipsis 22:18-19.)

Este pasaje de Escritura ha sido citado repetidamente por aquellos que quieren desacreditar el Libro de Mormón, diciendo que la revelación de Dios al hombre ha cesado, y que nada se debe agregar y nada se debe quitar. Afirman que el Libro de Mormón es un intento de agregar a lo que está en la Biblia. Estas acusaciones se hicieron cuando el Libro de Mormón se publicó por primera vez y han continuado hasta nuestros días. ¿Tienen esas afirmaciones alguna validez?

La respuesta a esta interrogante es realmente muy simple. Al leerse detenidamente las palabras, se ve con claridad que la advertencia de no agregar ni quitar no se refiere a toda la Biblia, ni siquiera al Nuevo Testamento, sino que, de acuerdo con las palabras de Juan, sólo a "las palabras del libro de esta profecía"; o sea, de la profecía que contiene el libro del Apocalipsis. Esto lo ratifica el hecho de que cuando Juan escribió este libro, todavía no se habían escrito algunos libros del Nuevo Testamento, y aun los que ya estaban escritos en aquel entonces no habían sido todavía compilados en un volumen.

La colección de escritos consistente en los sesenta y seis libros que conocemos como la Biblia se reunió y compiló en un volumen largo tiempo después que Juan escribió el libro profético que se colocó al final de la colección. Por lo tanto, es evidente que los terribles juicios pronunciados sobre aquellos que agregaran al libro no podrían en modo alguno aplicarse al total de la Biblia, ni siquiera al Nuevo Testamento, sino solamente al libro del Apocalipsis.

Segundo, la advertencia se refiere a "la profecía de este libro" así como a "las palabras del libro de esta profecía". El término *libro* está en ambos casos en singular y sólo puede referirse al libro de profecías escrito por Juan, el cual, en

la versión de Casiodoro de Reina, se tituló "El Apocalipsis de San Juan". La palabra *Apocalipsis* que le da el título es de origen griego y significa "revelación". En consecuencia, la palabra *libro* está en singular, porque cuando se escribió éste no tenía nexo alguno con ningún otro de los libros, y fue después de muchos años y tras muchos debates eclesiásticos, que dicho libro se agregó a la colección que luego se conoció como el "nuevo canon" de Escritura o El Nuevo Testamento.

También es interesante notar que Juan mismo añadió más escrituras después de escribir este libro, el que generalmente se cree fue escrito mientras él estaba en la isla de Patmos, puesto que Juan escribió su primera epístola mucho después de haber salido de esa isla. Este hecho solo sería suficiente para anular la afirmación de que la revelación cesó y que se prohibía al hombre agregar a las Escrituras. Esta es una evidencia adicional de que Juan hacía referencia solamente al Apocalipsis.

En el antiguo Testamento también encontramos enérgicas reprobaciones y mandatos de que nada debía quitarse ni agregarse a las palabras ya escritas. El primero se encuentra en Deuteronomio y fue escrito cuando Moisés exhortaba a Israel a vivir la ley del Señor. En esa época, la Tora era una ley oral, o sea, que no se había hecho constar por escrito antes de que se escribieran los códigos de la ley en el Deuteronomio. Cuando Moisés puso éstos por escrito antes de su muerte, y los consideró completos, él mismo escribió:

"No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno." (Deuteronomio 4:2.)

En este mismo libro de la ley, Moisés más tarde repitió la admonición en palabras similares:

"Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás." (Deuteronomio 12:32.)

En algunas personas, estas admoniciones del Antiguo Testamento hacen surgir la misma duda con respecto a los restantes libros de la Biblia que la advertencia y mandato del final del libro del Apocalipsis suscitan en otras en cuanto a si el Libro de Mormón será un intento de añadir a la Escritura. En efecto, estos pasajes contienen la misma amonestación que hay en el mencionado libro de Juan, y si se aplica a ellos la misma interpretación y objeción que a los versículos del libro del Apocalipsis, entonces no habría ninguna Escritura después de los escritos de Moisés. Con tal insensatez habría que desechar la mayor parte del Antiguo Testamento y todos los libros del Nuevo Testamento.

La cuidadosa lectura de cada uno de esos pasajes revela claramente que *nadie* puede hacer cambios a las revelaciones del Señor, que *nadie* puede agregar ni quitar a la palabra de Dios. No hay ninguna indicación ni insinuación de que Dios no podría ni querría agregar algo a las Escrituras o quitar de ellas; tampoco, ninguna persona razonable que crea en los poderes divinos de Dios podría a conciencia creer que El estuviera tan restringido en sus acciones. No hay duda de que El tiene el derecho y el poder de dar revelaciones para la

guía de sus hijos en cualquier época, y de agregar a la Escritura.

Un estudio de las revelaciones del Señor en las Escrituras confirma el hecho de que El guía a los profetas y a la Iglesia en toda época por la revelación continua. Si no hubiera sido por esta guía, Noé no habría estado preparado para el diluvio que arrasó la tierra, Abraham no habría sido dirigido desde Harán hasta Hebrón, la tierra prometida. La revelación continua condujo a los hijos de Israel de su cautiverio a su Tierra Prometida. La revelación mediante los profetas guió la obra misional, dirigió la reconstrucción del Templo de Salomón, y denunció la infiltración de prácticas paganas entre los israelitas.

Antes de su ascensión, Cristo prometió a los once Apóstoles que quedaban: ". . . y he aquí yo estoy entre vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20). Después de su ascensión, guió a la Iglesia por revelación hasta la muerte de los Apóstoles y la subsecuente apostasía de la Iglesia de Jesucristo.

Una señal distintiva de los últimos días que precederá la final y segunda venida del Señor fue vista en una visión por el mismo Apóstol que escribió el Apocalipsis. El dijo:

"Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo." (Apocalipsis 14:6.)

El hecho de que Juan viera que en un tiempo futuro un mensajero de Dios revelaría el evangelio perdido anula el argumento de que no podría agregarse más revelación a la Biblia.

Testificamos a todo el mundo que ministros celestiales han aparecido ya en nuestra época, trayendo la autoridad del cielo y restaurando verdades perdidas por prácticas y enseñanzas corruptas. Dios ha hablado de nuevo y continúa dando su guía a todos sus hijos por medio de un profeta de nuestros días. Declaramos que El, como lo prometió, está siempre con sus siervos y dirige los asuntos de su Iglesia en todo el mundo. Al igual que en el pasado, la revelación dirige la obra misional, la edificación de templos, los llamamientos en el sacerdocio, y advierte contra las iniquidades sociales que pueden negar la salvación a los hijos de Dios.

En una revelación a José Smith, oráculo de nuestros días, el Señor dijo:

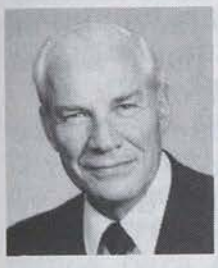
"Porque no hago acepción de personas, y quiero que todo hombre sepa que el día viene con rapidez; la hora no es aún, mas está próxima, cuando la paz será quitada de la tierra, y el diablo tendrá poder sobre su propio dominio.

Y también el Señor tendrá poder sobre sus santos, y reinará en medio de ellos . . ." (D. y C. 1:35-36.)

El Salvador está reinando entre sus santos en la actualidad por medio de la revelación continua. Testifico que El está con sus siervos en este día y lo estará hasta el fin de la tierra.

Que nuestra visión no sea tan estrecha que releguemos la revelación de Dios a los hombres únicamente a los días de la antigüedad. Dios es misericordioso y ama a sus hijos en todas las épocas, y se ha revelado en esta etapa de la historia. Testifico de ello solemnemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

Los valores morales y sus recompensas



por el élder Royden G. Derrick
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta

La historia del pueblo de la antigua América, tal como se relata en el Libro de Mormón, nos enseña que las civilizaciones están edificadas sobre fundamentos morales. Cuando los pueblos son moralmente fuertes, prosperan; de lo contrario, sufren. Nos enseña también que sin moralidad no puede existir libertad y que ésta no puede darse gratuitamente a las personas, sino que éstas deben ganarla.

Nos enseña que la gente cambia una y otra vez, pero que los mandatos de Dios nunca cambian, sino que permanecen constantes porque los principios fundamentales del buen comportamiento son eternos e incambiables. Por medio de las Escrituras el Señor nos indica la forma en que debemos actuar para enriquecer nuestra vida, para traer paz a nuestra alma, para fortalecer a nuestra familia y para hacernos más dignos.

El Señor dijo:

"Por tanto, escuchad mi voz y seguidme, y seréis un pueblo libre . . ." (D. y C. 38:22.)

Durante su ministerio El dijo:

"Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres." (Juan 8:32.)

El Salmista escribió:

"Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová." (Salmos 33:12.)

En Eclesiastés leemos:

"Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre." (Eclesiastés 12:13.)

El Salvador también dijo:

"Porque lo que sembréis, eso mismo cosecharéis . . ." (D. y C. 6:33.)

En la revelación moderna aprendemos que "hay una ley, irrevocablemente decretada en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre la cual todas las bendiciones se basan; y cuando recibimos una bendición de Dios, es porque se obedece aquella ley sobre la cual se basa" (D. y C. 130:20-21).

La familia es la unidad básica de la sociedad, y nuestros valores morales se establecen en nuestras relaciones familiares. La responsabilidad de enseñar principios morales recae sobre el hogar y es allí en donde se deben aprender. Sin embargo, no en todos los hogares se brinda el amor y la guía de una paternidad responsable. En una sociedad ideal, el hogar debe aceptar la responsabilidad de enseñar los verdaderos valores morales.

El Señor dijo:

"Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad." (D. y C. 93:40.) Y vuelve a repetir:

"Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor." (D. y C. 68:28.)

Los maestros, tanto en la Igle-

sia como en las escuelas, deben aliarse con los padres para enseñar a los niños buenos principios que los guíen a través de la vida. El hogar debe ser un laboratorio donde se inculcan estos principios y otros aún más delicados por medio de las experiencias diarias.

Desgraciadamente, la sociedad actual no le da suficiente importancia al hogar y a la familia. Recientemente, en una revista de los Estados Unidos, se publicó un artículo con estadísticas que mostraban la decadencia alarmante que existe entre las familias de América. Los problemas que causan tan seria situación se originan en faltas morales y en el egoísmo. La fortaleza de la unidad familiar se logra con servicio mutuo, pero cuando concentramos todos nuestros esfuerzos en obtener nuestra propia comodidad y en satisfacer nuestros deseos, los que sufren son la familia y la sociedad.

Dedicamos tiempo a muchas cosas: algunas afectan sólo nuestra vida mortal y otras, también la eternidad. Lograr la unidad familiar es un objetivo eterno, y sus beneficios se extienden más allá de nuestra existencia mortal.

Hace algunas semanas, mientras viajaba hacia Monterrey, México, me senté junto a un hombre, natural de ese país. Durante nuestra conversación me enteré de que tenía ocho hijos y me di cuenta de que se sentía orgulloso de ellos. Lo animé para que me hablara más sobre su familia y luego le pregunté:

—¿Cuánto tiempo piensa tenerlos cerca?

—Toda la vida —me contestó.

—¿Y después, qué? —le pregunté de nuevo.

—Moriré y me convertiré en polvo.

De la Biblia leímos las palabras del Salvador a sus Apóstoles poco antes de su crucifixión:

"En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.

Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis." (Juan 14:2-3.)

Luego le pregunté qué quiso decir Jesús con eso. Meditó un momento y se mostró dispuesto a escuchar, pues no lo sabía. Le expliqué sobre el mundo de los espíritus y la resurrección, y luego le pregunté:

—¿Quiere mucho a sus hijos?

Me aseguró que sí.

—¿Le gustaría estar con su esposa y sus hijos en la otra vida?

—No hay nada que anhelaría más —me contestó.

A continuación, le expliqué que ese anhelo podría realizarse. Hablamos sobre el Libro de Mormón y le dije que era la historia de sus progenitores, que contenía el relato de la visita de Jesucristo a América, y que podría ayudarle a tener una familia eterna; le pedí que escribiera su nombre y dirección en una tarjeta y le prometí que le enviaría a la casa un Libro de Mormón en español.

Cuando llegué a Monterrey entregué la referencia a los misioneros. La semana pasada recibí una carta de éstos en la que me informaban sobre la visita. Dice así:

"El domingo siguiente a la conferencia fuimos a la casa del señor B . . . Su esposa vino a la puerta y, viendo que éramos predicadores

religiosos, nos dijo que no nos sería posible ver a su esposo porque estaba muy ocupado. Sin embargo, no nos dimos por vencidos y mientras hablábamos le mostramos la tarjeta que usted nos dio; él inmediatamente salió a saludarnos con los brazos abiertos. Entramos a su casa, nos arrodillamos y oramos con toda la familia (tiene ocho hermosos hijos). El Espíritu del Señor estaba presente.

Con gratitud aceptó que regresáramos para enseñarles el plan de salvación. Recibió el Libro de Mormón y nos prometió que lo leería."

No sé cómo es posible que una persona inteligente, que ama a su familia, no desea un don tan precioso como el de estar con su esposa y sus hijos en esta vida y en la venidera, y además incluir a sus padres, a otros antepasados y a su posteridad en una relación familiar eterna.

Las Escrituras dicen:

"Todos los convenios, contratos, vínculos, compromisos, juramentos, votos, efectuaciones, uniones, asociaciones o aspiraciones que no son hechos, ni concertados, ni sellados por el Santo Espíritu de la promesa . . . por revelación y mandamiento, por conducto de mi ungido, a quien he designado sobre la tierra para tener este poder . . . ninguna eficacia, virtud o fuerza tienen en la resurrección de los muertos, ni después; porque todo contrato que no se hace con este fin termina cuando mueren los hombres." (D. y C. 132:7.)

Testifico que la autoridad de Dios para sellar por el Santo Espíritu de la promesa, por esta vida y toda la eternidad, está investida en nuestro Profeta, Spencer W. Kimball. El ha delegado esa autoridad debidamente para que esta sagrada obra de sellar familias por toda la eternidad se efectúe diariamente en los santos templos de Dios.

¡Cómo desearía que mis amigos que no son miembros de la Iglesia escucharan este mensaje tan importante! *Podemos estar con nuestra familia para siempre.* Todo lo que tenemos que hacer para recibir esa bendición es guardar los mandamientos del Señor.

En las Escrituras leemos:

"Y el espíritu y el cuerpo son el alma del hombre" (D. y C. 88:15).

Cuando un hombre muere, su cuerpo va a la tumba, y su espíritu va a un lugar de espera llamado paraíso.

El presidente Joseph F. Smith tuvo el privilegio de ver el mundo de los espíritus en forma retrospectiva hasta el tiempo en que el Salvador fue a ese lugar para visitarlo. Este profeta escribió:

"Y vi las huestes de los muertos, pequeños así como grandes.

Y se hallaba reunida en un lugar una compañía innumerable de los espíritus de los justos que habían sido fieles en el testimonio de Jesús mientras vivieron en la carne . . .

Todos éstos habían partido de la vida terrenal, firmes en la esperanza de una gloriosa resurrección mediante la gracia de Dios el Padre y de su Hijo Unigénito, Jesucristo . . .

Mientras esta innumerable multitud esperaba y conversaba, regocijándose en la hora de su liberación de las cadenas de la muerte, apareció el Hijo de Dios y declaró libertad a los cautivos que habían sido fieles . . .

Mas a los inicuos no fue, ni se

oyó su voz entre los impíos y los impenitentes que se habían profanado mientras estuvieron en la carne . . .

Mas he aquí, organizó sus fuerzas y nombró mensajeros de entre los justos, investidos con poder y autoridad, y los comisionó para que fueran y llevaran la luz del evangelio a los que se hallaban en tinieblas, es decir, a todos los espíritus de los hombres; y así se predicó el evangelio a los muertos;

y los mensajeros escogidos salieron a declarar el día aceptable del Señor, y a proclamar la libertad a los cautivos que se hallaban encarcelados; sí, a todos los que estaban dispuestos a arrepentirse de sus pecados y recibir el evangelio.

Así se predicó el evangelio a los que habían muerto en sus pecados, sin el conocimiento de la verdad, o en transgresión por haber rechazado a los profetas." (D. y C. 138:11-12, 14, 18, 20, 30-32.)

Hoy día también hay espíritus de los justos que esperan el día de su rescate y resurrección.

"Los fieles élderes de esta dispensación, cuando salen de la vida terrenal, continúan sus obras en la predicación del evangelio de arrepentimiento y redención, mediante el sacrificio del Unigénito Hijo de Dios, entre aquellos que están en

El élder Charles Didier, izquierda, del Primer Quórum de los Setenta, y el élder Henry D. Taylor, un miembro emérito del Primer Quórum de los Setenta.

El élder Hartman Rector del Primer Quórum de los Setenta habla con un amigo.

tinieblas y bajo la servidumbre del pecado en el gran mundo de los espíritus de los muertos.

Los muertos que se arrepientan serán redimidos, mediante su obediencia a las ordenanzas de la casa de Dios,

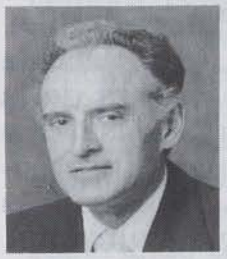
y después que hayan pagado el castigo de sus transgresiones, y sean purificados, recibirán una recompensa según sus obras, porque son herederos de salvación." (D. y C. 138:57-59.)

Uno de los principales objetivos de la Iglesia es el de identificar a estas personas que han muerto y realizar por ellos las ordenanzas salvadoras del evangelio, ya que ellos no pueden hacerlo por sí mismas. Una vez que estas ordenanzas hayan sido efectuadas, si la persona acepta el evangelio en el gran mundo de los espíritus, esta obra adquiere validez.

Una de las ordenanzas que se efectúan en los templos del Señor es el sellamiento de esposos entre sí y de hijos a padres, tanto personales como por los muertos, uniendo de esa forma a las familias por las eternidades según su deseo de vivir de acuerdo con los principios del evangelio.

Por lo tanto, cuando los miembros de una sociedad sirven al Señor de acuerdo con los mandamientos que El les ha dado y los valores morales, reciben recompensas muy especiales, tanto en esta vida como en la venidera. Este plan no es del hombre sino de Dios; es un mensaje de salvación que tiene el poder de exaltar y de dar libertad total a todos aquellos que escuchen su voz y lo sigan. De esto doy testimonio en el santo nombre del Señor Jesucristo, el cual dio su vida para que estas cosas fueran posibles. Amén.

La obediencia



por el élder Teddy E. Brewerton
del Primer Quórum de los Setenta

A su regreso, luego de haber presidido sobre las misiones europeas, se le preguntó al presidente Tanner cuál era, según su opinión, el atributo más importante de una persona cualquiera o de un misionero que tiene éxito. Luego de una corta pausa en la que meditó la importancia de la pregunta, respondió tan sólo con dos palabras: "La obediencia". Si no obedecemos, el poder de obedecer disminuye y nuestra capacidad para reconocer lo bueno se debilita.

En la sección 93 de Doctrina y Convenios el Señor dice:

"Y aquel inicuo viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad por medio de la desobediencia . . ." (D. y C. 93:39.)

Aristóteles dijo que los hombres inicuos obedecen por temor mientras que los buenos lo hacen por amor. (Véase *Useful Quotations*, ed. Tyron Edwards, New York: Grosset and Dunlap, 1933, pág. 428.)

Harry Ward Beecher dijo que las "leyes están para servirnos y no para subyugarnos, y *el que las obedece las gobierna*" (*Proverbs from Plymouth Pulpit*, ed. Wm. Drysdale, New York: D. Appleton and Co., 1887, pág. 65).

¿Por qué debemos obedecer? Porque *existe* un Dios que nos ama y desea bendecirnos.

El élder Mark E. Petersen dijo: "Nuestra religión está basada completamente en la certeza de la inmortalidad. Vinieron mensajeros celestiales para efectuar la restauración del evangelio, incluso Dios vino a esta tierra personalmente. Primero vino el Padre y Jesucristo, su Hijo amado, y visitaron a José Smith en la Arboleda Sagrada cerca de Palmyra, Nueva York; le hablaron cara a cara y dieron respuesta a sus inquietudes.

Moroni también vino en reiteradas ocasiones y en cada visita instruyó al joven Profeta; luego vino Juan el Bautista, el de la época del Nuevo Testamento; Pedro, Santiago y Juan le siguieron; Moisés también se apareció en el Templo de Kirtland, y luego Elías . . .

Cada uno de ellos fue una evidencia física de la inmortalidad, trayendo consigo algo más que una prueba de que existe la vida después de la muerte; cada uno de ellos vino con un gran propósito, aún mayor que el de brindar una prueba de la inmortalidad. El Padre y el Hijo iniciaron esta dispensación y proporcionaron el conocimiento de la verdadera naturaleza de Dios —que es una persona— y de que el hombre fue creado a Su imagen y semejanza."

El Padre presentó a su Hijo a José como su Unigénito.

"Moroni reveló el lugar donde se encontraban las planchas que, traducidas, se conocerían como el Libro de Mormón; Juan el Bautista trajo el Sacerdocio Aarónico, y Pedro, Santiago y Juan, el Sacerdocio de Melquisedec; Moisés trajo las llaves para el recogimiento de los judíos en Palestina y el de las tribus de Efraín y Manasés; y Elías . . . ¿qué fue lo que él trajo? El poder para sellar." (Discurso pronunciado ante el Departamento de Genealogía.)

¿Para qué sirve el poder para sellar? Para permitir que la unidad familiar continúe después de esta vida. ¿Quién desea que la unidad familiar termine con la muerte? Nuestra felicidad y gozo yacen en el seno familiar; pero, ¿cómo logramos obtener estas grandes bendiciones? Mediante *la obediencia* a los requisitos de la Iglesia restaurada de Jesucristo.

En la Misión de São Paulo, Brasil, sirvió un élder de apellido Malheiros que no podía leer ni escribir muy bien; incluso tenía temor de dar una oración en público; sin embargo, de acuerdo con lo dicho por su presidente de misión, Wilford Cardon, este joven llegó a ser uno de los misioneros de más éxito. Casi al término de su misión el presidente le preguntó: qué era lo que lo había convertido en un misionero tan dinámico y cómo había alcanzado tanto éxito. Había bautizado a más de doscientas personas teniendo servicios bautismales todas las semanas por 52 semanas consecutivas. Muy humildemente el élder Malheiros contestó: "Presidente, nunca lo puse en tela de juicio; usted me dijo que se podía bautizar a alguien todas las semanas, de modo que supe que podría bautizar todas las semanas; nunca dudé. No siempre fue fácil, *pero traté de obedecer.*"

¿Qué le hizo tener tanto éxito como misionero al hermano Saraiva, presidente de la rama de Guaratingatá? Había escuchado al élder Hinckley pedir a la congrega-

ción en una conferencia de estaca en Brasil que ese año llevaran cien personas a las aguas del bautismo, de modo que se dijo: "¿Por qué no? Si un miembro del Consejo de los Doce Apóstoles dice que se puede hacer, *lo haré*". La última vez que hablé con el hermano Saraiva, había bautizado a más de doscientas cincuenta personas.

¿Por qué el hermano Floriano Oliveira, miembro del sumo consejo de una estaca en Brasil, tuvo tanto éxito como misionero? Porque *obedeció* el consejo del Señor de abrir la boca y compartir el evangelio. Un día, mientras conducía por las congestionadas calles de São Paulo, en un momento de descuido chocó con el automóvil que iba delante del suyo. Rápidamente bajó de su coche y se dirigió al que había chocado, abrió la puerta y dijo: "¡Cuánto siento lo que ha sucedido! Tengo toda la culpa y pagaré todos los gastos. No fue mi intención hacerlo, así que le ruego me perdone. Sin embargo, de no haberle chocado, quizás nunca hubiera recibido el mensaje que tengo para usted, y que ha estado esperando toda su vida".

Le explicó al hombre, quien era un médico, sobre la restauración del evangelio; y dos semanas más tarde, éste se unió a la Iglesia. ¿Por qué tuvo el hermano Oliveira tanto éxito para bautizar a más de doscientas personas? *Porque obedeció la petición del Señor.*

En el capítulo 57 del libro de Alma, leemos de los 2.060 hijos de Helamán que pelearon valientemente en muchas batallas, dando

Vista general de los visitantes que escuchan la interpretación de los discursos de las Autoridades Generales.

muerte a cuantos se opusieran a ellos y a la Iglesia. Sin embargo, ninguno perdió la vida por motivo de que sabían que "si no dudaban, Dios los libraría" (véase Alma 56 y 57).

En Alma 57:21 leemos:

"Sí, y *obedecieron y procuraron cumplir con exactitud toda orden.*" (Cursiva agregada.)

Ellos obedecieron en forma total. Por lo tanto tuvieron un éxito y protección increíbles.

Repasemos por unos momentos algunos ejemplos de desobediencia, incluso de hombres que tenían deseos justos, pero que sin embargo desobedecieron. Uno de los ejemplos es el de Uza que se encuentra en 1 Crónicas 13:7-10. A la gente se les había advertido no tocar el arca o símbolo del convenio. Sin embargo, cuando los bueyes tambalearon y pareció que el arca se iba a caer, Uza extendió la mano para enderezarla y cayó sin vida, fulminado inmediatamente por el Señor. Parecería que el acto de Uza fuera justificado, y pensamos que su castigo fue muy severo; sin embargo, el presidente David O. McKay especificó que este incidente contiene una lección: debemos obedecer totalmente.

Un simpático joven.

Permitidme daros el ejemplo de un gran hombre, escogido de Dios, el rey Saúl, que por desobedecer un poco perdió todo lo que era de importancia. El Señor le asignó una tarea en particular, la de destruir el pueblo de Amalec.

"Vé, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños, y aun los de pecho, vacas, ovejas, camellos y asnos." (1 Samuel 15:3.)

Saúl tenía un ejército poderoso de 210.000 hombres y lo llevó para destruir a los amalecitas.

"Y Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas y del ganado mayor, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno, y no lo quisieron destruir." (1 Samuel 15:9.)

Saúl fracasó. Enojado por esta desobediencia, el Señor envió nuevamente a Samuel para amonestar al rey.

"Samuel entonces dijo: ¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es este que yo oigo con mis oídos?

Y Saúl respondió: De Amalec los han traído; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas, *para sacrificarlas a Jehová tu Dios*, pero lo demás lo destruimos.

Y Samuel dijo: ¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente *el obedecer es mejor que los sacrificios* . . .

Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey." (1 Samuel 15:14-15; 22-23; cursiva agregada.)

Hoy en día el presidente Kimball es la voz del Señor sobre la tierra y cuando él dice que debemos hacer ciertas cosas, incluso cosas pequeñas, ¿cuál debe ser nuestra respuesta? Por ejemplo, si él nos dice que limpiemos nuestros patios, hagámoslo; si dice que tenemos que pintar nuestras verjas, hagámoslo; si dice que hagamos más obra vicaria en los templos, debemos hacerlo; si dice que mandemos al campo misional por lo menos una pareja más de misioneros por barrio, debemos hacerlo; si dice que evitemos ir de compras los domingos, debemos evitarlo. ¡Cuántas bendiciones estamos perdiendo al no obedecer completamente! y ¿por qué debemos obedecer? En Deuteronomio leemos:

"Y guarda sus estatutos y sus mandamientos, los cuales yo te mando hoy, *para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da para siempre.*" (Deuteronomio 4:40; cursiva agregada.)

Y también en Doctrina y Convenios el Señor nos dice:

"Y de nuevo os digo, si procuráis hacer todo lo que os mando, yo, el Señor, *apartaré toda ira e indignación de vosotros, y las puertas del infierno no prevalecerán en contra de vosotros.*" (D. y C. 98:22; cursiva agregada.)

Citemos un ejemplo más del cuidado y protección que el Señor brindó a los santos en la Iglesia: Se encuentra en la historia de la Iglesia:

"Surgieron amenazas por parte del populacho, el 19 de junio de 1834. Cuando los mormones estaban armando su campamento, cinco hombres llegaron cabalgando y les gritaron que 'antes del amanecer se irían al infierno'. Les dijeron que un grupo armado de hombres de los distritos de Richmond, Ray y Clay se estaba organizando para unirse al populacho del distrito de Jackson en el río Fishing y que destruirían totalmente el campamento. Mientras estos cinco hombres aún estaban en el campamento profiriendo amenazas y palabras de venganza, comenzaron a aparecer señales de una tormenta. No bien los hombres habían abandonado el campamento cuando la tormenta se desató con toda su furia.

Mientras que los árboles se retorcían desde sus raíces por la fuerza del viento, el granizo de gran tamaño quebraba las ramas de los árboles, las que a su vez caían alrededor del campamento. La tierra tembló y se estremeció, los arroyos se convirtieron en rápidos torrentes, y el populacho disperso trataba de encontrar refugio inútilmente. Un hombre del populacho fue muerto por una descarga eléctrica, mientras que a otro la mano se le arrancó violentamente del

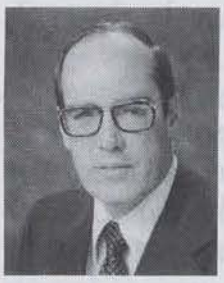
brazo al tratar de detener un caballo desbocado. Temerosos, se dieron a la fuga diciendo que si ésa era la manera en que Dios peleaba las batallas de los 'mormones', ellos los dejarían en paz.

En la mañana del 21 de junio (exactamente dos días después de este incidente), el coronel Sconce, junto con dos compañeros, visitaron el campamento para saber cuáles eran las intenciones de los hermanos. El dijo: 'Veo que hay un poder inmenso que proteje a esta gente, porque partí de Richmond, distrito de Ray, con una compañía de hombres armados, con la determinación de destruirles; sin embargo, no pudimos avanzar por motivo de la tormenta'. El Profeta relató al coronel Sconce los sufrimientos de los santos, y más tarde él y sus hombres abandonaron el campamento ofreciéndoles su ayuda." (*History of the Church*, 2:103-106.)

Los miembros del campamento fueron protegidos de la furia de la tormenta. ¿Por qué fueron protegidos? Porque todos *obedecieron* al Señor. Que ésta sea nuestra decisión: "Nos dirás todo lo que Jehová nuestro Dios te dijere, *y nosotros oiremos y haremos* (Deuteronomio 5:27).

Mis verdaderos sentimientos con respecto a la Iglesia son que yo sé definitivamente y sin ninguna duda que Jesús es nuestro Redentor. El vive, al igual que el Padre, y el presidente Kimball es su siervo viviente. Prestemos atención al Profeta, escuchémosle, y sigámosle para que nunca seamos desviados. Esta es la única Iglesia verdadera de Jesucristo sobre la faz de la tierra, lo cual testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

Amaos unos a otros



por el élder F. Burton Howard

Muchos meses he estado ausente de las Oficinas Centrales de la Iglesia, meses en los que he aprendido mucho y llegado a comprender mejor cosas que ya sabía. He observado de cerca los problemas que enfrentan los miembros de la Iglesia en sus esfuerzos por edificar el reino. He visto las cargas financieras que soportan las personas mayores, y he percibido la preocupación de los padres por sus hijos.

En esta época de inquietud y de egoísmo no son muchos los que están dispuestos a sacrificar sus comodidades o el dinero que les costó ganar, por el bienestar de sus semejantes. Sin embargo, *algunos* sí lo hacen. En todas partes donde he estado he encontrado *algunos* santos fieles que aman a sus semejantes, oran y velan por ellos, sean o no miembros de la Iglesia. Por medio de una parábola quisiera hablar a los pocos hijos de Dios que han aprendido a vivir para ayudar al prójimo, y particularmente a los que todavía no han aprendido a hacerlo.

Un día, en una región desierta, un grupo de personas emprendió un viaje; hacía mucho calor y el camino iba a ser largo. Tenían en-

tre sí muy poco en común, excepto la intención de llegar a una ciudad distante. Cada uno de ellos llevaba agua y alimentos, pero pensaban reabastecerse en el camino. Poco después de partir, se levantó una gran tormenta. Nubes de polvo obscurecieron el sol y el viento depositó arena en las partes bajas del camino; el aire estaba cargado de tierra y de hierbas arrancadas por el viento. Lo que parecía que iba a ser un viaje agradable se transformó en una jornada sumamente peligrosa. Los viajeros se dieron cuenta de que ya no se trataba de cuándo llegarían, sino de si llegarían a su destino.

Las dudas y la confusión reinaban entre ellos. Algunos buscaron refugio, otros trataron de volver, y unos pocos siguieron adelante luchando contra la tormenta. Al anochecer del primer día estaban separados unos de otros, con pocas provisiones, casi sin agua y perdidos en el desierto. El día siguiente llevó consigo sed, hambre y desesperación; la tormenta continuaba y les quedaban pocas esperanzas. El sendero, que siempre había sido angosto y difícil de seguir, se hallaba cubierto de arena, y no sabían cómo encontrarlo. Muchos decían saber dónde estaban, pero como no se ponían de acuerdo, cada uno se fue por su lado en busca de agua o de algún refugio.

Al fin del día, dos hombres, medio enceguecidos por el polvo y casi sin fuerzas, fueron a dar, por casualidad, a una posada que estaba a un lado del camino. Ya bajo el techo protector se sintieron recon-

Visitantes a la conferencia

fortados y agradecidos; recobraron las fuerzas y pudieron decidir qué hacer para continuar el viaje. El tiempo seguía inestable y el viento no había parado de soplar. El mal marcado camino, medio cubierto de arena, serpenteaba entre colinas donde se decía que había ladrones que sorprendían a veces a los viajeros para robarles.

Uno de ellos estaba ansioso por llegar a destino: Juntó sus cosas, se aprovisionó y pagó la cuenta. Se marchó apresurado al otro día de madrugada para tratar de cruzar las colinas antes de que cayera la noche. Pero la arena movida por el viento había bloqueado el camino y se vio forzado a desviarse. Cuando llegó la noche, todavía se encontraba lejos de la ciudad, exhausto y solo. Cuando se durmió, los ladrones lo encontraron, se llevaron las provisiones y lo dejaron sin fuerzas y sin agua, con pocas probabilidades de sobrevivir.

El segundo también estaba deseando llegar a la ciudad, pero se acordó de los que estaban perdidos en el desierto y que sin agua pronto perecerían. Sólo él sabía dónde estaban y que lo necesitaban. El también se levantó temprano y pagó la cuenta. Miró hacia las colinas detrás de las cuales se encontraba la ciudad y empezó a desandar el camino que había hecho la noche anterior. El cielo estaba un poco más despejado y reconocía el paraje donde había visto por último a sus compañeros de viaje; él sabía quiénes eran y los llamó por su nombre. Después de horas en una búsqueda paciente, encontró a muchos de ellos; les dio agua de las cantimploras que llevaba consigo y les dijo que él conocía el camino. Les habló con cierta autoridad, así que lo siguieron y los condujo a la posada; allí descansaron y recobraron las fuerzas. Después averiguaron qué tenían que hacer para llegar a la ciudad, compraron más provisiones, llenaron las cantimploras de agua y salieron a enfrentar otra vez la tormenta.

El camino todavía tenía obstáculos, el viento soplaba y las nubes oscurecían el sol; en algunas partes el sendero estaba cubierto por la arena y los ladrones permanecían al acecho en las colinas. Pero esa vez el viajero no estaba solo. El grupo era grande, y cuando la arena les impedía pasar, entre todos podían sacarla; cuando a alguno le faltaban las fuerzas, otro más fuerte lo ayudaba; cuando llegó la noche, algunos de ellos hicieron guardia mientras los demás descansaban. Después de unos cuantos días, el segundo hombre y sus compañeros llegaron a destino.

Ya a salvo, le dijeron al viajero que los había rescatado: "No hubiéramos podido llegar sin tu ayuda. Te estaremos siempre agradecidos por buscarnos y por compartir con nosotros tus provisiones. Sabemos que tuviste que postergar tu viaje y soportar las condiciones del desierto para poder ayudarnos cuando estábamos perdidos. ¿Qué podemos hacer para recompensarte?"

El hombre respondió: "No me agradezcan porque sé que yo no hubiera podido llegar tampoco sin la ayuda de ustedes. Pude continuar gracias a la fuerza y el ánimo que me dieron; la presencia de ustedes impidió que los ladrones nos atacaran. Me he dado cuenta de que al salvarlos a ustedes, he salvado también mi vida. Ahora sé que el que lleguemos o no a nuestro destino no depende de la prisa

con que viajemos sino de lo que hagamos en el camino. No me agradezcan. He hecho por ustedes lo mismo que me hubiera gustado que hicieran por mí. En realidad, yo no los he traído a la ciudad, sino que nos hemos traído los unos a los otros".

Y así es la vida; ninguno de nosotros podría estar ahora escuchando y gozando de esta gran conferencia si no fuera por la ayuda de otros. A éstos les debemos nuestro testimonio, nuestras mayores bendiciones y el ser miembros activos de la Iglesia de Jesucristo. Esos cientos de personas que muchas veces ni recordamos son las que nos ayudaron con su paciencia y amor, cuando estábamos tratando de encontrar el camino en medio del desierto. A nuestros abuelos, a nuestros padres o a nosotros mismos, ellos nos dieron agua pura; aunque no lo reconozcamos ni nos sintamos agradecidos, nos guste o no nos guste, estamos aquí gracias a otras personas. No podemos decir, y nunca debemos decir: "Fue una jornada difícil, pero he llegado. Que otros se las arreglen como puedan; ahora no tengo tiempo de llevarles agua a los que están perdidos. No tengo ninguna obligación de ayudar a los que están en el desierto".

Jesucristo es el que dirige la obra en la cual nos encontramos. El estableció las condiciones que permitirán a las personas alcanzar el privilegio de volver a Su presencia. El sabe que a veces las nubes cubren el sol y que el camino es difícil de encontrar. El sabe que es difícil lograr volver a El. ¿Es de extrañar que espere que tratemos de llevar a otros con nosotros?

La respuesta es clara. A qué otra cosa se estaba refiriendo cuando dijo:

"Cuantas cosas queráis que los hombres hagan con vosotros, así haced vosotros con ellos." (3 Nefi 14:12.) Sin duda se estaba refiriendo a la obligación que tenemos de ayudar a otros cuando habló de ovejas perdidas y fuentes de aguas vivas. La parábola del buen samaritano se aplica, sin duda, a una persona que tiene el evangelio, y se encuentra con otra que lo necesita; pero si esto diera lugar a dudas, el Señor ha dado claras instrucciones a los Santos de los Ultimos Días. En Doctrina y Convenios dice:

"El evangelio es para todos los que no lo han recibido.

Pero de cierto digo *a todos aquellos a quienes se ha dado el reino:* De *vosotros* ha de ser predicado a *ellos* . . ." (D. y C. 84:75-76; cursiva agregada.)

¿Qué instrucciones nos ha dado Jesucristo para ayudarnos a llegar a nuestro destino? Una vez más ha hablado con claridad por medio de uno de los profetas de esta dispensación, diciéndole:

"Y ahora, he aquí, te digo que la cosa que será de máximo valor para ti será declarar el arrepentimiento a este pueblo, a fin de que puedas traer almas a mí, para que con ellas reposes en el reino de mi Padre." (D. y C. 15:6.)

Y así también les mandó a sus apóstoles de la antigüedad:

"Que os améis unos a otros; como yo os he amado . . ." (Juan 13:34.)

Mis hermanos y hermanas, que podamos entender mejor nuestros deberes para poder ser buenos discípulos del Señor, lo ruego humildemente en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Volved los corazones

por el élder Hartman Rector, hijo
del Primer Quórum de los Setenta

Considero un honor y un privilegio hablaros hoy. Estoy seguro de que el Señor está muy preocupado por las familias de la tierra.

La familia constituye la unidad básica de la sociedad y lo que es más importante, es la unidad básica de la exaltación. Para el Señor no hay nada más importante. El ha determinado que sus hijos reciban las mayores bendiciones por medio de esta unidad y el templo es el lugar donde se hace lo necesario para que estas familias sean eternas y exaltadas.

Considero que la familia se encuentra hoy bajo mayor amenaza de lo que jamás lo haya estado desde el comienzo del mundo, con la sola posible excepción de la época de Noé. Esos también deben de haber sido tiempos difíciles. Es probable que en la actualidad no seamos tan inicuos como eran los hombres de entonces. En el libro de Génesis Moisés escribe:

"Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal." (Génesis 6:5.)

No creo haber conocido jamás a nadie que fuera tan malvado como para que "todo designio del corazón fuera continuamente malo". Más adelante, el Señor indicó que toda carne era corrupta en aquellos días, por lo que hizo que cayera sobre ellos un diluvio y destruyera toda carne excepto a Noé y a su familia. Entendemos entonces que somos todos descendientes del justo Noé, mas el concepto de familia está siendo severamente asediado en todas las partes del mundo.

El Señor declaró desde el monte Sinaí:

"Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da." (Exodo 20:12.)

Parece que en la actualidad estamos enfrentándonos a una situación similar a la de los tiempos de Noé y el Señor habla de castigar a la tierra con una maldición, tal como aconteció en la época del diluvio, lo cual sin duda acontecerá otra vez a menos que se logre "volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres" (véase Malaquías 4:6). Sabemos de personas que consideran que ésta es una misión que le corresponde únicamente a Elías, pero en las revelaciones de Doctrina y Convenios el Señor parece darnos a nosotros esa asignación. Allí leemos:

"Procurad diligentemente tornar el corazón de los hijos a sus padres, y el corazón de los padres a los hijos." (D. y C. 98:16.)

Elías vino y entregó las llaves, pero el Señor espera que seamos nosotros quienes hagamos el trabajo. En una versión un tanto más simple del pasaje de Malaquías, el

El élder George P. Lee del Primer Quórum de los Setenta.

El élder Teddy E. Brewerton del Primer Quórum de los Setenta.

Señor dice:

"He aquí, yo os revelaré el sacerdocio, por conducto de Elías el profeta, antes de la venida del grande y terrible día del Señor.

Y él plantará en el corazón de los hijos las promesas hechas a los padres, y el corazón de los hijos se volverá a sus padres.

De no ser así, toda la tierra sería totalmente asolada en su venida." (D. y C. 2:1-3; véase también José Smith—Historia 38-39.)

Es así que tenemos en nuestras manos la gran responsabilidad de salvar la tierra o de evitar que sea "asolada" cuando venga el Señor. Esta tierra fue creada para que Dios el Padre tuviera un lugar adonde enviar a sus hijos a fin de que recibieran cuerpos de carne y huesos y fueran probados. Si coartamos ésa, Su voluntad, ¿para qué le sirve la tierra al Señor? Por lo tanto, la *asolará* y, como en los días del diluvio, de seguro la destruirá.

¿Qué debemos hacer entonces? Debemos seguir a nuestro Profeta, pues únicamente en ello encontraremos la seguridad necesaria. Entre otras cosas, él nos exhorta a:

1. Completar nuestros registros familiares de cuatro generaciones o más allá de ellas, si podemos.

2. Escribir una historia personal y familiar.

3. Efectuar una cantidad razonable de ordenanzas en el templo concurriendo a la Casa del Señor tan seguido como podamos.

En lo que me es personal, considero que el escribir relatos individuales y familiares contribuirá, mucho más que cualquier otra cosa que podamos hacer, al esfuerzo de volver el corazón de los hijos a los padres y el de los padres a los hijos. No creo que haya otra cosa que pueda hacer volver el corazón de nuestros hijos a nosotros que el llevar un diario y escribir nuestra historia personal; al leerlos, se sentirán orgullosos de encontrar datos que les hablen de nuestros éxitos,

nuestros fracasos y nuestras características personales, y eso también contribuirá a que ellos se conozcan mejor a sí mismos. Sentirán el gran deseo de tener su propia familia cuando descubran, a través de ese relato, la bendición que ellos significaron para nosotros.

Asimismo, no creo que hubiera una forma más tangible de volver nuestro corazón hacia nuestros padres que escribir nuestra historia familiar. Antes de hacerlo debemos llegar a establecer una relación estrecha con nuestros antepasados, lo cual nos conducirá a investigaciones detalladas; os prometo que llegaremos a amarles sinceramente a medida que nos relacionemos más con ellos. Hablando de antepasados, ellos han sido personas nobles, que se sacrificaron para darnos lo que hoy tenemos, y se merecen lo mejor que podamos darles, lo cual es, por cierto, la oportunidad de ser miembros de la Iglesia y reino de Dios y el de poder estar sellados a sus seres queridos.

Estoy convencido de que estos registros que se nos pide que escribamos son absolutamente vitales no sólo para la salvación de ellos sino también para la nuestra, que seremos juzgados de acuerdo con los libros que, según Juan serían abiertos, conforme a lo encontramos en el libro de Apocalipsis, donde dice:

"Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras." (Apoc. 10:12.)

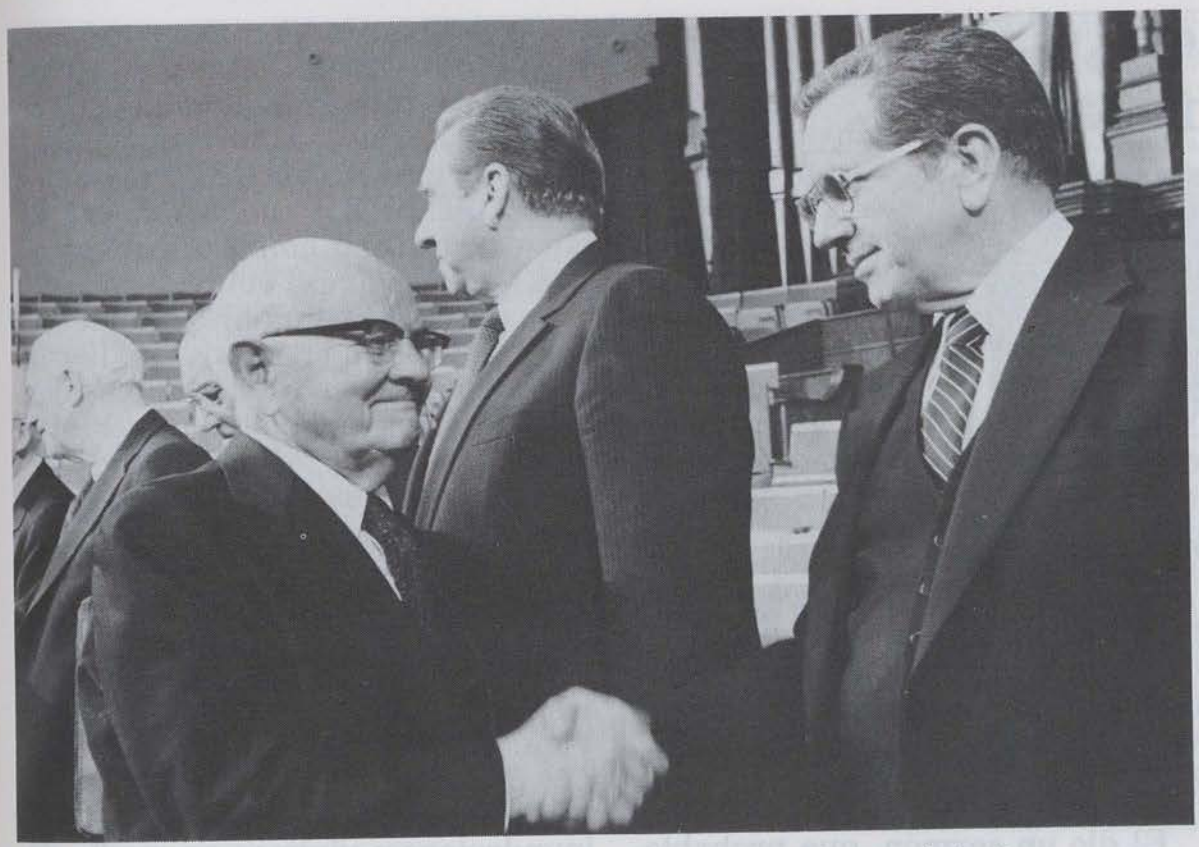
Tras citar este versículo del Apocalipsis, el profeta José Smith manifestó lo siguiente, según se encuentra en Doctrina y Convenios:

"Veréis por este pasaje que los *libros* fueron abiertos, y que se abrió otro *libro*, que es el *libro* de la vida; pero los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los *libros*, según sus obras; por consiguiente, los *libros* mencionados deben ser los que contenían el relato de sus obras, y se refieren a los registros que se llevan en la tierra . . .

Ahora, la naturaleza de esta ordenanza consiste en el poder del sacerdocio, por la revelación de Jesucristo, mediante el cual se concede que lo que liguéis en la tierra sea ligado en los cielos, y lo que desatéis en la tierra sea desatado en los cielos. En otras palabras, tomando otro punto de vista de la traducción, aquello que registréis en la tierra será registrado en los cielos, y lo que no registréis en la tierra no será registrado en los cielos; porque de los *libros* serán juzgados vuestros muertos . . ." (D. y C. 128:7-8; cursiva agregada.)

A veces pensamos que no tenemos tiempo de escribir un diario. En el mes de agosto pasado, durante la Conferencia Mundial de Registros, el presidente Kimball dijo:

"Hasta ahora he llenado setenta y ocho volúmenes grandes que contienen mi historia personal. Ha habido veces en que me he sentido tan cansado al final del día que me ha costado sentarme a escribir, pero me siento muy agradecido por no haber dejado perder aquellas cosas que había que registrar



El presidente Spencer W. Kimball saluda al élder Boyd K. Packer del Quórum de los Doce.

para mi propio beneficio y el de mi posteridad." (*Ensign*, oct. de 1980, pág. 72.)

"La responsabilidad mayor que Dios ha puesto sobre nosotros en este mundo es procurar por nuestros muertos . . . Los miembros de la Iglesia que desatienden este deber en bien de sus parientes muertos ponen en peligro su propia salvación." (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 441 y 232.)

El llegar a ser salvador en el monte de Sión, entonces, involucra mucho más que la sola ordenanza del templo, ya que ello implica escribir una historia personal y familiar, así como completar la información de cuatro generaciones, y servir en el programa de extracción cuando seamos llamados para ello.

Por supuesto, nada de esto tendría mucho valor si no contáramos con la Casa del Señor en la cual llevar a cabo esta obra. La edificación de templos viene a ser entonces una de las obras más importantes de esta dispensación. Es glorioso vivir sobre la tierra en esta época y tomar parte en esta gran obra de edificar la Casa del Señor en naciones de todas partes del mundo a fin de que las ordenanzas salvadoras del evangelio y los vínculos que unen a las familias en forma eterna puedan estar al alcance de todos los hijos de Dios. Sin duda somos los más bendecidos de todos los que han vivido en la tierra, y de ello doy testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén.

"Sobre esta roca . . ."

por el élder Bruce R. McConkie
del Consejo de los Doce

Tengo un amigo a quien recuerdo especialmente, cuyo nombre me llena de respeto y admiración y de quien he aprendido más que de ninguna otra persona. Si me guía el Espíritu, os diré algunas de las grandes verdades que he aprendido de El.

El dio un sermón, que probablemente sea el más grande que jamás haya salido de labios mortales; lo dio hace mucho años, en una montaña cerca de Capernaum, la ciudad donde vivía.

El se dirigió a miles de sus amigos judíos, a quienes sus maravillosas palabras iluminaron el alma con la luz de los cielos y encendieron su ser con el fuego del testimonio. Nunca nadie habló como El lo hizo; y aún en la actualidad, al leer y meditar acerca de sus palabras, sentimos que nuestro corazón se enciende de emoción dentro de nosotros.

Como parte culminante de su Sermón del Monte, dio este consejo:

"Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.

Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.

Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena;

y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina." (Mateo 7:24-27.)

Toda persona que nace en este mundo edifica una casa, y la coloca sobre un cimiento que ella misma se encarga de seleccionar. Todas las casas que se edifican en esta esfera mortal están expuestas a las tormentas y contiendas de la vida. El propósito divino requiere que seamos probados en nuestra etapa mortal con lluvias, vientos e inundaciones; vivimos en medio de una turbulenta tormenta de pecado; las lluvias del mal y los vientos de falsa doctrina, así como las inundaciones de los vicios carnales, nos sacuden violentamente. Pero está dentro de nuestro poder y de nuestras posibilidades el edificar una casa de fe, una casa de justicia, una casa de salvación.

Todos podemos, si lo queremos, aun edificar una casa de Dios, un santuario, un templo del Dios viviente. De hecho, todo Santo de los Ultimos Días que es fiel y sincero ha edificado en sí mismo un "templo de Dios", en el cual "mora el Espíritu de Dios" (véase 1 Corintios 3:16); y como lo dice Pablo:

"Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es." (1 Corintios 3:17.)

Si edificamos nuestra casa sobre

Visitantes a la conferencia provenientes de las islas de la Polinesia.

una roca, con los ladrillos y el cemento de las buenas obras, ésta soportará las tormentas y los peligros de la vida y nos preservará para recibir una herencia eterna en el más allá. Pero si esa casa está edificada sobre las arenas de la maldad, con los materiales herrumbrados y el maderaje corrompido de los vicios carnales, las lluvias, los vientos, y las inundaciones la destruirán.

Entonces, aprendamos de nuestro Amigo eterno dónde y en qué forma quiere que edifiquemos esa casa que será morada de nuestro espíritu durante esta nuestra vida mortal.

Busquemos la respuesta en una tierna y candorosa escena que tuvo lugar en Cesarea de Filipo, al norte del Mar de Galilea y cerca del monte Hermón. Las multitudes que buscaban a Jesús para coronarle rey porque les había alimentado se habían alejado de El cuando en el sermón les habló del pan de vida. (Véase Juan 6:26-69.) Pero el pequeño grupo de sinceros y valientes creyentes que permaneció con El tenía necesidad de alimento espiritual. Mientras Jesús oraba, ellos permanecieron cerca. (Véase Lucas 9:18.) Después, El les testificó que era el Hijo de Dios, testimonio que repitió muchas veces durante su ministerio.

Jesús les preguntó quién decían los hombres que era el "Hijo del Hombre" (véase Mateo 16:13). La pregunta en sí testifica su divini-

Elder Benjamin Crosby Sampson-Davis, uno de los primeros misioneros regulares llamados de Africa Occidental.

dad, porque tanto El como sus discípulos sabían que el nombre de su Padre es "Varón (u Hombre) de Santidad", y que el nombre de su Unigénito es "Hijo del Hombre (o Varón) de Santidad" (véase Moisés 6:57; 7:24, 35).

Las respuestas de los Apóstoles expusieron las deducciones y falsas creencias de una gente apóstata. Ellos le dijeron que algunos aceptaban la creencia del malvado Herodes, quien había hecho matar a Juan el Bautista; y al oír hablar de Jesús, pensaba que era Juan que había resucitado de los muertos. También le dijeron que otros pensaban que era Elías, quien había de restaurar todas las cosas; o que se trataba de Elías el Profeta, quien habría de venir antes del grande y terrible día del Señor; o que era Jeremías, quien, de acuerdo con sus tontas tradiciones, había escondido el arca del convenio en una cueva en el Monte Nebo y prepararía el camino para el Mesías, volviéndola a colocar, conjuntamente con el Urim y Tumim, en el Lugar Santísimo.

Luego el Salvador hizo la pregunta que toda alma viviente que desee obtener la salvación debe responder apropiadamente: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Vosotros, Apóstoles del Señor Jesucristo, vosotros santos del Altísimo, vosotros, almas devotas que buscáis la salvación: ¿Qué pensáis? ¿Está la salvación en Cristo o habremos de buscarla en otro ser? ¡Dejemos que cada uno hable por

sí mismo!

En esta ocasión, primero Simón Pedro, y luego todos los demás clamaron: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (véase Mateo 16:13-16). ¡Tú eres el Mesías prometido; tú eres el Unigénito en la carne, tu Padre es Dios!

¡Qué declaración maravillosa e impresionante! Como dijo Pablo:

"E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria." (1 Timoteo 3:16.)

Y luego, al pie de la montaña en la cual habría de ser transfigurado, el Hijo del Hombre, cuyo Padre es Dios mismo, aceptó y aprobó los solemnes testimonios de sus amigos, diciendo a Pedro: ". . . Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás" (Mateo 16:17). ¡Cuán cuidadosamente aclara la diferencia entre El y los demás hombres! El es el Hijo de Dios; Pedro, el hijo de Jonás. El Padre de Jesús es el eterno Varón de Santidad; el padre de Pedro un hombre mortal.

Pero, ¿por qué le dijo a Pedro que era bienaventurado? Porque él supo, por el poder del Espíritu Santo, que Jesús es el Señor; el Espíritu Santo testificó al espíritu de Simón, el principal de los Apóstoles, que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios.

"Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás", dijo Jesús, "porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos." (Mateo 16:17.)

Con esas palabras ("mi Padre que está en los cielos") nuevamente Jesús hizo alusión a la diferencia entre su Padre y el de Pedro, y luego continuó con sus palabras de promesa y de doctrina, diciendo: "y sobre esta roca" —la roca de la revelación— "edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella". (Mateo 16:18.)

¿Cómo podría ser de otra manera? No existe otra base sobre la cual el Señor pueda construir su Iglesia y su reino. Todo lo referente a Dios solamente se conoce por medio del poder de su Espíritu; o aceptamos esta verdad, o nunca llegaremos a conocerle. No hay persona alguna que pueda llegar a saber que Jesús es el Cristo, sino por medio del Espíritu Santo.

Revelación. Revelación pura, perfecta y personal, ¡ésta es la roca!

Revelación de que Jesús es el Cristo. El sencillo y maravilloso testimonio que viene del Dios del cielo al hombre en la tierra, y que afirma que Jesús es el Hijo de Dios, ¡ésa es la roca!

La divinidad de nuestro Señor Jesucristo. La verdadera palabra que se recibe de los cielos de que Dios es el Padre de Cristo, y que El ha traído luz e inmortalidad por medio del Evangelio, ¡ésa es la roca!

El testimonio de nuestro Señor. El testimonio de Jesús, que es el espíritu de profecía, ¡ésa es la roca!

Todo esto es la roca y aún más. *Cristo mismo es la roca:* la roca de eternidad, la roca de Israel, la base sólida y segura. ¡El Señor es nuestra roca!

Nuevamente oímos la voz de Pablo que dice:

"Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo". (1 Corin-

tios 3:11.)

"Así que ya no sois extranjeros . . . sino . . . miembros de la familia de Dios,

edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo." (Efesios 2:19-20.)

Al meditar acerca de todas estas verdades y comprender su verdadero significado, oímos otra vez la exhortación de nuestro antiguo Apóstol amigo que dice:

"Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos . . ." (2 Corintios 13:5.)

Y así nos preguntamos: ¿Prevalecerán contra nosotros las puertas del infierno?

Si edificamos nuestra casa de salvación sobre la roca de la revelación personal, si la edificamos sobre la verdad revelada de que Jesús es el Cristo, si la edificamos poniéndolo a El como cimiento, puesto que es la roca eterna, nuestra casa prevalecerá para siempre.

Si nos dejamos guiar por el espíritu de revelación durante este período mortal, podremos sobrellevar todas las tormentas y vicisitudes que nos aquejen.

Si tenemos nuestros cimientos sobre la roca, podemos adorar al Padre, en el nombre del Hijo, y por el poder del Espíritu Santo.

Si tenemos nuestros cimientos sobre la roca, sabemos que la salvación llega por medio de la gracia de Dios a todos los que creen en el evangelio y obedecen los mandamientos.

Si tenemos nuestros cimientos sobre la roca, abandonamos las cosas del mundo, nos alejamos de todo lo carnal y llevamos una vida justa y recta; si tenemos nuestros cimientos en la roca, las puertas del infierno no prevalecerán contra nosotros; y mientras permanezcamos en nuestra casa de fe, seremos protegidos cuando caigan las lluvias del mal, soplen los vientos de las falsas doctrinas, e inunden los vicios carnales a nuestro alrededor.

Gracias le doy a Dios porque, como Santos de los Ultimos Días, tenemos nuestros cimientos sobre la roca. Por eso es que aquellos que son fieles entre nosotros oyen una dulce voz de serena certeza diciendo:

"De modo que si edificas mi iglesia sobre el fundamento de mi evangelio y mi roca, las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ti.

He aquí, tenéis mi evangelio ante vosotros, y mi roca y mi salvación." (D. y C. 18:5, 17.)

Junto con Pedro y los antiguos profetas, nosotros testificamos que sabemos, como ellos sabían, verdades que ni carne ni sangre podrán revelar nunca al hombre. Por medio del poder del Espíritu Santo, nosotros sabemos que Jesucristo es el Hijo de Dios y que fue crucificado por los pecados del mundo.

Dios nos conceda ser fieles a Aquel que es el único cuyo nombre nos trae la salvación. El es nuestro Amigo, nuestro Señor, nuestro Rey, nuestro Dios y nuestra Roca.

Y puedo agregar, incluyendo a mis hermanos del Consejo de los Doce, que, hablando como Apóstol del Señor Jesucristo, y al igual que como lo dieron los antiguos Apóstoles, damos testimonio de que Jesús ha vuelto a restaurar en estos, los últimos días, la plenitud de su evangelio eterno para la salvación de todos los hombres de la tierra que crean en El o lo obedezcan. Testificamos también que El llamó a José Smith, hijo, para que fuera el Profeta de los últimos días, el primer y principal Apóstol de la dispensación del cumplimiento de los tiempos, y le dio todas las llaves, el sacerdocio y el poder que poseían Pedro y los Apóstoles y los antiguos profetas en los días de su ministerio. Testificamos que estas llaves y el santo Apostolado se restauró en el siguiente orden: José Smith, Brigham Young, John Taylor, Wilford Woodruff, Lorenzo Snow, Joseph F. Smith, Heber J. Grant, George Albert Smith, David O. McKay, Joseph Fielding Smith, Harold B. Lee y Spencer W. Kimball. Este santo Apostolado y estas llaves continuarán de un apóstol a otro hasta que el Señor Jesucristo baje de los cielos para reinar personalmente sobre la tierra. Esto no lo digo por mí mismo, sino en el nombre del Señor, como su representante y diciendo lo que El diría si estuviera aquí personalmente. Testifico que Jesucristo es el único medio por el cual se logra la salvación, y que nosotros somos sus ministros. Lo testifico en su nombre. Amén.

El élder Gene R. Cook del Primer Quórum de los Setenta.

Autoridades Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

La Primera Presidencia

N. Eldon Tanner
Primer Consejero

Spencer W. Kimball, Presidente

Marion G. Romney
Segundo Consejero

El Consejo de los Doce Apóstoles

Ezra Taft Benson | Mark E. Petersen | LeGrand Richards | Howard W. Hunter | Gordon B. Hinckley | Thomas S. Monson

Boyd K. Packer | Marvin J. Ashton | Bruce R. McConkie | L. Tom Perry | David B. Haight | James E. Faust

Boyd K. Packer | Marvin J. Ashton | Bruce R. McConkie | L. Tom Perry | David B. Haight | James E. Faust

Franklin D. Richards | J. Thomas Fyans | Neal A. Maxwell | Carlos E. Asay | M. Russell Ballard | Dean L. Larsen | Royden G. Derrick

Miembros del Primer Quórum de los Setenta

Marion D. Hanks | A. Theodore Tuttle | Theodore M. Burton | Paul H. Dunn | Hartman Rector, Jr. | Loren C. Dunn | Robert L. Simpson | Rex D. Pinegar | W. Grant Bangerter | Robert D. Hales | Adney Y. Komatsu

Joseph B. Wirthlin | Gene R. Cook | Charles Didier | William R. Bradford | George P. Lee | John H. Groberg | Jacob de Jager | Vaughn J. Featherstone | Robert E. Wells | G. Homer Durham | James M. Paramore

Richard G. Scott | Hugh W. Pinnock | F. Enzio Busche | Yoshihiko Kikuchi | Ronald E. Poelman | Derek A. Cuthbert | Robert L. Backman | Rex C. Reeve, Sr. | F. Burton Howard | Teddy E. Brewerton | Jack H. Goaslind, Jr.

Angel Abrea

El Obispado Presidente

H. Burke Peterson
Primer Consejero

Victor L. Brown
Obispo Presidente

J. Richard Clarke
Segundo Consejero

Miembros eméritos de las Autoridades Generales

Patriarca emérito

Eldred G. Smith

Miembros eméritos del Primer Quórum de los Setenta

S. Dilworth Young | Sterling W. Sill | Henry D. Taylor | Bernard P. Brockbank

James A. Cullimore | Joseph Anderson | John H. Vandenberg | O. Leslie Stone

Estamos al servicio del Señor

por el presidente Spencer W. Kimball

Mis amados hermanos, ésta ha sido una gloriosa conferencia y estamos agradecidos a todos los que de una forma u otra tuvieron parte en ella. Me siento emocionado; me he regocijado y he sido inspirado al escuchar la hermosa música, al igual que los importantes mensajes de las Autoridades Generales.

Mucho nos alegra darle la bienvenida al élder Angel Abrea de Argentina como miembro del Primer Quórum de los Setenta. Por el momento, él regresará a Rosario, Argentina, para continuar con su presente asignación como presidente de esa misión. Como nuestro miembro más reciente de las Autoridades Generales, él habrá de dar mayor fortaleza y profundidad a la dirección de la Iglesia en Argentina.

En los viajes que mi esposa y yo hemos hecho a muchos lugares del mundo durante los últimos seis meses, me he sentido reconfortado al comprobar la vitalidad y el desarrollo de la Iglesia, al igual que la devoción y el generoso servicio de nuestros miembros en las estacas, barrios y misiones de todo el mundo.

En esta conferencia se nos aconsejó que conserváramos nuestros recursos y que no aquejáramos a los miembros de la Iglesia con grandes cargas económicas. Nuevamente os urgimos para que plantéis huertos y desarrolléis vuestro almacenamiento de alimentos para un año al igual que de ropa a fin de prevenir para tiempos de necesidad.

Urgimos a todos los Santos de los Ultimos Días a que sean buenos vecinos y buenos ciudadanos, leales a su bandera y su país. "Creemos en estar sujetos a los reyes, presidentes, gobernantes y magistrados; en obedecer, honrar y sostener la ley." (Artículo de Fe Nº 12.)

Todos los estadounidenses, y en realidad la gente en todo el mundo civilizado, se sintieron conmovidos y entristecidos la semana pasada cuando se realizó el atentado para asesinar al Presidente de los Estados Unidos, en el cual tanto él como otros tres hombres fueron heridos de gravedad. Deploramos profundamente tales actos de violencia, dondequiera que tengan lugar.

Durante esta conferencia nos hemos concentrado en la misión básica de la Iglesia; hemos oído que debemos dirigir con sabiduría y orden su desarrollo y adelanto. Se nos urgió a que hiciéramos lo necesario para estar en condiciones de merecer las ordenanzas y bendiciones del evangelio, guardando los mandamientos, cumpliendo con nuestra obligación y pagando el diezmo al igual que generosas ofrendas de ayuno. Al reunirnos en este tabernáculo, hemos contemplado varios aspec-

El élder Marion D. Hanks y el élder Paul H. Dunn del Primer Quórum de los Setenta.

tos de la vida relacionados con la eternidad, y parece como si el tiempo se hubiera detenido aun cuando el mundo siguió andando.

Me regocijo con vosotros por el anuncio de los planes de construir nueve templos en los Estados Unidos, América Latina, Asia, Africa y Europa. Cuando estos nuevos templos estén terminados y dedicados, dentro de aproximadamente dos años, habrá un total de 37 templos en el mundo. Nos complace mucho poder proveer más templos para más miembros, ya que actualmente muchos de éstos deben viajar largas distancias, a grandes costos de tiempo y dinero, para poder llegar al templo más cercano. Pero estos templos son sólo el comienzo. A medida que la obra progrese, se irán edificando más en todo el mundo.

Hace unos días tuvimos el placer de recibir la visita de algunos miembros de la Iglesia coreanos, que vinieron para asistir a la conferencia. Entre otras cosas estos hermanos expresaron el gran gozo que sienten ante el anuncio de la construcción de un templo en su país. También nos presentaron registros genealógicos que contienen los nombres de quince millones de personas.

Somos conscientes, mis hermanos y hermanas, de que el mundo se encuentra sumido en grandes problemas; continuamente se nos prueba en forma individual, y como Iglesia, y estaremos sujetos a más pruebas todavía en el futuro; pero no debemos desalentarnos ni desmayar. Recordad siempre

que si ésta no fuera la obra del Señor, el adversario no nos prestaría ninguna atención. Si esta Iglesia fuera sólo del hombre y enseñara únicamente doctrinas humanas, encontraríamos poca o ninguna crítica o resistencia; pero como se trata de la Iglesia de Cristo, no debe sorprendernos cuando surgen el vituperio o las dificultades. Con fe y buenas obras la verdad prevalecerá. Esta es la obra de Dios y no hay otra que sea similar. Esforcémonos entonces por progresar, alargando nuestro paso y regocijándonos y agradeciendo las bendiciones y oportunidades que se nos presenten.

Al aproximarnos al final de esta gran conferencia, quisiera deciros, mis hermanos, que os amamos de todo corazón y apreciamos todo lo que hacéis. Claro está que, como siempre, todavía nos queda mucho más para hacer. El campo está blanco, listo para la siega, pero hay muy poco tiempo y los obreros son sumamente escasos para compartir el evangelio con los demás hijos de nuestro Padre Celestial, en todas partes del mundo.

Pedimos a nuestro Padre Celestial que os dé el poder para esparcir vuestro conocimiento a la gente de vuestros vecindarios que lo necesite y para llevar el evangelio a las zonas del mundo que ahora, más que nunca, necesitan de sus bendiciones.

Estamos al servicio del Señor. Esta es su Iglesia, de la cual El es cabeza y piedra angular. Dios vive y Jesús es el Cristo, el Unigénito del Padre, el Salvador y Redentor de este mundo. Os dejo mi testimonio, junto con mi bendición y mi amor, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Sábado 4 de abril
Sesión de los Servicios de Bienestar

Sacrificio

por el presidente Spencer W. Kimball

Mis queridos hermanos y hermanas, al reflexionar acerca de las condiciones sociales y económicas que enfrentamos en la actualidad, me he puesto a recordar los tiempos de nuestros pioneros. La fe de nuestra gente siempre ha sido puesta a prueba a través de las penurias que ha tenido que soportar. Ha sido así desde el principio.

Durante el invierno de 1846-47*, cuando los santos estaban en Winter Quarters preparándose para la difícil travesía hacia el Oeste, mi abuelo, Heber C. Kimball, que fue consejero de Brigham Young por 21 años, se encontraba entre ellos. Ese invierno el Señor le dio una revelación al presidente Young:

"Los de mi pueblo deben ser *probados* en todas las cosas, a fin de que estén preparados para recibir la gloria que tengo para ellos, sí, la gloria de Sión; y el que no aguanta el castigo, no es digno de mi reino." (D. y C. 136:31; cursiva agregada.)

Pocos milagros en la historia de nuestra Iglesia sobrepasan al del establecimiento de colonias en una

** El invierno en los EE.UU. comienza en diciembre y termina en marzo.*

tierra desértica, que nadie quería, y al del hacerla florecer como una rosa. Nuestra gente no sólo sobrevivió, sino que progresó debido a su *fe* y a la *solidaridad de las familias*. El carácter de los pioneros fue moldeado por medio del trabajo arduo, los sacrificios, la cooperación y la dependencia de la ayuda del Señor.

Recuerdo claramente los años de mi niñez en Arizona. Nuestro sustento dependía de la tierra. El dinero escaseaba, y era común que tuviéramos que prescindir de muchas cosas y que aprovecháramos todo lo que teníamos. Allí aprendimos a compartir: compartíamos el trabajo, las alegrías y las tristezas, la comida y otros recursos; nos preocupábamos los unos por los otros. Nuestras oraciones diarias nos recordaban cuánto dependíamos de la ayuda del Señor; orábamos y trabajábamos constantemente por el pan de cada día.

Esas experiencias fortalecieron los lazos familiares. Ahora, una vez más, nuestros recursos están escaseando rápidamente; sin embargo, la disciplina que heredamos de nuestros predecesores pioneros podrá nuevamente sacarnos del paso, y no tengo dudas de que lo lograremos.

A pesar de que a través de los años hemos tenido sesiones de bienestar, nunca hemos tenido una más importante que la que estamos llevando a cabo en este momento. Para poder satisfacer las necesidades básicas de nuestra gente, debemos de nuevo aplicar principios básicos. Estoy agradecido por las lecciones que aprendimos del pasado pionero de la Iglesia en el cual la gente era rica

El presidente Spencer W. Kimball con su secretario, el hermano D. Arthur Haycock.

espiritualmente, a pesar de que tenía que privarse de muchas cosas materiales.

Nosotros, los que estamos al servicio de Dios, debemos reconocer que el trabajo es una necesidad espiritual además de ser una necesidad económica. Los pioneros entendieron este principio. Así como compartieron lo que tenían con los pobres que se encontraban entre ellos, también nosotros debemos hacerlo, aumentando la cantidad de nuestras ofrendas de ayuno sin limitarnos a dar únicamente el costo de dos comidas.

Los pioneros no esperaban que el gobierno mantuviera a sus familias, pues sabían que la familia era su tesoro y a la vez, su responsabilidad.

Hermanos y hermanas, planead y trabajad de tal forma que logréis ser felices aunque tengáis que privaros de ciertas cosas que podríais haber tenido en épocas mejores. No gastéis más de lo que ganáis. Si tenéis un pedazo de tierra, aunque sea pequeño, plantad un huerto; trabajar la tierra enriquece el

alma. Comprad los artículos esenciales con cordura. Tratad de ahorrar una parte de lo que ganáis. Tratad de distinguir cuáles son las necesidades y cuáles son los antojos.

Enseñad a vuestros hijos estos principios básicos durante los consejos de familia. Los pioneros acostumbraban a cantar una canción que decía: "Por sacrificios se dan bendiciones" (véase *Himnos de Sión*, 190). Todavía es así, mis hermanos. No olvidemos que la adversidad también tiene sus beneficios.

Tengamos serenidad, paz interior y amor aunque vivamos en un mundo que, desgraciadamente, está cada vez más lleno de crímenes y violencia. Recordemos y obecezcamos el mandamiento del Señor de amar a nuestros semejantes. Donde existen diferencias de opinión o malos entendimientos, busquemos la manera de resolverlos o de suavizar sus efectos por medio de la bondad, la ayuda y el afecto sincero.

Os damos estas palabras como un consejo y no con la intención de alarmaros. Empleemos nuevamente principios básicos y fundamentales, para que podamos aumentar en espiritualidad y así enfrentarnos a estos tiempos difíciles.

Estoy agradecido por las instrucciones de bienestar que hemos recibido en esta sesión de la conferencia. Son muy importantes y dignas de que les prestemos atención y las pongamos en práctica. Que el Señor nos bendiga para que podamos obedecer estos consejos y guiar a todos los miembros de la Iglesia en el camino que ha sido demarcado por nuestros líderes y por El, lo ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

El cuidado de los nuestros

por el obispo H. Burke Peterson
Primer Consejero en el Obispado Presidente

Se me ha pedido esta mañana que hable acerca de la responsabilidad que las familias tienen de proveer para los suyos, consejo que se aplica tanto a los familiares inmediatos como a los lejanos. Las Escrituras son bien claras con respecto a esta advertencia.

Sin embargo, antes de tocar este tema, me gustaría hacer una pequeña introducción al sagrado aspecto de la responsabilidad familiar. En el transcurso de nuestra vida, cada uno de nosotros tiene variedad de intereses y participa en diferentes actividades, a las cuales frecuentemente no les damos la importancia necesaria. Me temo que, desde el punto de vista eterno, algunas de nuestras actividades tengan muy poco valor; de hecho, es posible que algunos de nuestros intereses nos alejen de las cosas buenas que de otra forma podríamos lograr. Hay algunas actividades básicas y fundamentales de la vida que son mucho más efectivas para conducir a la exaltación que muchas otras con las que nos mantenemos ocupados. Algunos de nosotros nos hemos dejado absorber por cosas insigni-

El obispo H. Burke Peterson del Obispado Presidente conversando con el élder Paul H. Dunn del Primer Quórum de los Setenta.

ficantes. El Maestro habló muy claramente acerca de esto cuando nos enseñó por medio de la parábola de las diez vírgenes.

Podemos decir que eran diez miembros creyentes de la Iglesia, y tenían la suficiente fe para creer que iban a recibir al Esposo. Aparentemente no eran personas inicuas si consideramos el verdadero sentido de la palabra. Imagino que, hasta ese momento, habrían pasado toda su vida activas en la Iglesia; sin embargo, de acuerdo con la parábola, cinco de ellas se habían dedicado a tareas más importantes que las otras cinco. La mitad del grupo había dedicado su vida a participar de actividades que tenían consecuencias positivas, y eran más importantes, tales como preparar el aceite que necesitarían para las lámparas cuando llegara el Esposo.

Refiriéndose a las cinco insensatas que no se habían proveído de aceite, la parábola dice:

"Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta." (Mateo 25:10.)

Con este pasaje como advertencia y la palabra del Señor instruyéndonos a participar en cosas importantes, me gustaría recordaros las enseñanzas de Alma, uno de los profetas y misioneros más grandes de que se habla en el Libro de Mormón. En una de las declaraciones más importantes sobre lo que significa ser un verdadero discípulo del Maestro, Alma describe con claridad y simplicidad el con-

venio y la responsabilidad del que entra en las aguas bautismales. Todos hemos sido bautizados y hemos hecho ese convenio. En el capítulo 18 de Mosíah describe el proceder de un verdadero seguidor del Salvador, de un verdadero discípulo.

"Y ya que deseáis entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo, y estáis dispuestos a llevar las cargas de unos y otros para que sean ligeras;

sí, y estáis dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar a los que necesitan de consuelo, y a ser testigos de Dios a todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que estuvieseis, aun hasta la muerte . . ." (Mosíah 18:8-9.)

Alma dijo claramente que si vamos a ser discípulos del Salvador, si vamos a llegar a ser como El, entonces debemos servirnos los unos a los otros, asumir la responsabilidad de ayudar a nuestros semejantes en sus necesidades, y después debemos apoyarnos mutuamente a través de los espinosos senderos de la vida.

Otros pasajes de Escritura nos enseñan que no obstante cuán grandes o importantes sean nuestros logros morales, no obstante lo mucho que logremos, ya sea como obispos, secretarios, presidentes, maestros o padres, a menos que aprendamos a tener caridad o verdadero amor, no somos nada. (Véase 1 Corintios 13:1-3.) Todas nuestras buenas obras carecerán de valor si nos falta el amor cristiano, el cual se mide de varias maneras. Quizás el grado máximo de este amor pueda expresarlo aquel que se abstiene de abrir juicio ante la conducta o los actos de otro, recordando que hay solamente Uno que puede ver en el corazón de los hombres y saber la verdadera intención, o sea, el real motivo que llevó a la acción. Solamente hay Uno que tiene el derecho de juzgar el éxito en la vida de una persona. El abrir juicio y tener prejuicios injustificados impiden a muchas personas expresar una verdadera actitud de caridad y amor, o destruye el deseo de ayudar a los necesitados, aun a aquellos dentro de nuestro propio círculo familiar. El rey Benjamín nos amonesta diciendo:

"Y además, vosotros mismos socorreréis a los que necesiten vuestro socorro; impartiréis de vuestros bienes al necesitado; y no permitiréis que el mendigo os haga su petición en vano, y sea echado fuera para que perezca.

Tal vez dirás: El hombre ha traído sobre sí su miseria; por tanto, detendré mi mano y no le daré de mi alimento, ni le impartiré de mis bienes para evitar que perezca, porque sus castigos son justos.

Mas, ¡oh hombre!, yo te digo que quien esto hiciere tiene gran necesidad de arrepentirse; y a menos que se arrepienta de lo que ha hecho, perece para siempre, y no tiene parte en el reino de Dios." (Mosíah 4:16-18.)

¿Acaso no tienen los miembros de nuestra propia familia el derecho a la consideración expresada en este consejo? Con mucha frecuencia somos amables y caritativos hacia otras personas porque nos gusta su conducta; pero el demostrar amor hacia alguien no debe depender de la forma en que esa persona se comporta, sino de si somos o no seguidores de Cristo.

Ahora, teniendo presente esta

enseñanza, recordemos otra vez las palabras de Alma que describen la forma de actuar de un verdadero discípulo:

El que está dispuesto a llevar las cargas de otro.

A llorar con los que lloran.

A consolar a los que necesitan consuelo.

Mis hermanos, de todos los lugares donde podemos demostrar amor y ejercer obras de caridad y donde podemos, como discípulos de Cristo, elevarnos por encima de nuestras propias flaquezas, el más importante es el hogar. No existe otra institución que pueda compararse a la familia, y sin embargo, muchos, quizás demasiados, son más caritativos hacia otros que hacia los suyos.

Estoy seguro de que, por este mensaje, podréis daros cuenta de que estamos muy interesados en la manera en la cual las familias de la Iglesia estamos ayudándonos mutuamente a superar nuestras necesidades. Desde este púlpito se han dicho muchas cosas sobre la responsabilidad que tenemos por nuestra familia. Las palabras son claras, pero tememos que no se comprendan en toda su magnitud y que estos principios no se apliquen de la forma como lo ha prescrito el Señor.

En una ocasión el presidente Brigham Young dijo:

"La Iglesia jamás ha tenido que mantener a ninguno de los míos desde que soy miembro de ella; pero sé que algunas personas permiten que la Iglesia se haga cargo de sus hijos y familiares. Hay quienes tienen una hermana mayor que no puede mantenerse y permiten que la Iglesia la mantenga; lo mismo sucede con los padres ancianos. ¿Por qué? Es fácil decir: 'Que la Iglesia o el hermano Young se hagan cargo de ellos y los mantengan'. Es vergonzoso que cualquier persona que tenga el mínimo de sentido común no cuide de sus familiares necesitados y no vea la manera de que ellos también puedan hacer algo por sí mismos." (*Journal of Discourses*, vol. 8, pág. 145.)

Con el temor de que nos hayamos desviado del concepto original, me gustaría citar algunas palabras del manual de bienestar que se utilizó hace más de 20 años:

"Es obvio que ninguna persona debe convertirse en una carga pública, cuando sus familiares están en condiciones de ayudarle. Todo lo que tenga que ver con nuestros familiares, con la justicia, con el bienestar de todos y aun con la humanidad en sí, requiere que . . . cuando los miembros de la Iglesia que estén en condiciones económicas de cuidar a sus familiares rehusan a hacerlo, el caso debe informarse al obispo del barrio en el cual residan dichos miembros." (*Welfare Plan of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, Handbook of Instructions*, revisado el 10 de febrero de 1969, pág. 4.)

A continuación se citan las palabras de Pablo a Timoteo:

"Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo." (1 Timoteo 5:8.)

Quizás debamos aclarar lo que significa proveer para los suyos. ¿En qué manera lo hacemos? ¿Significa solamente dinero y bienes materiales? ¿No hay acaso necesidades que el dinero no puede solu-

El élder Jacob de Jager del Primer Quórum de los Setenta.

El élder Vaughn J. Featherstone y el élder Rex C. Reeve, del Primer Quórum de los Setenta.

cionar?

Cuando hablamos del bienestar familiar, a menudo pensamos mayormente en comodidades físicas; la comida, la ropa y el abrigo parecerían tener prioridad en nuestra mente. Pero existen otros aspectos; por ejemplo, está bien que muchos padres ayuden a sus hijos a administrar su limitado presupuesto en los primeros años de casados; de la misma manera, a menudo los hermanos se ayudan mutuamente; y hay muchas personas que ofrecen cosas materiales a sus padres o abuelos ancianos. Así debería ser siempre y para todos, y bendecidos serán aquellos que provean para los suyos.

Sin embargo, las necesidades de la familia no siempre son materiales. Con frecuencia, la fe, el perdón, el ánimo, el consuelo, el oído atento, el deseo de enseñar, el apoyo moral, el amor, etc. podrían ayudar a un ser querido a superar una crisis; estas necesidades quizás duren toda la vida. El tiempo que dediquemos a un miembro de la familia puede darnos a todos grandes dividendos.

Se cuenta de una familia cuya abuela tenía que vivir en un hogar para ancianos. Una vez al año sus familiares la iban a ver y le llevaban una manta nueva. Un día, mientras regresaban de visitarla, uno de los niños más pequeños preguntó:

—Papá, ¿por qué venimos a visitar a abuela todos los años?

El padre contestó:

—Para que sepa que la amamos.

Otra pregunta:

—Papá, ¿por qué le traemos una manta nueva cada vez que venimos?

—Para que recuerde que hemos venido y que no la hemos olvidado —contestó el padre.

Después de una pausa . . .

—Papá, ¿de qué color quieres que sea la manta que yo te lleve cuando vaya a visitarte?

No existe ninguna manera justa de pasar por alto el mandamiento "honra a tu padre y a tu madre . . ." (Exodo 20:12). Ninguna familia que espere perdurar eternamente puede excluir a los abuelos, a sus hermanos ni a ningún

familiar. Considerar una carga a un miembro de la familia, cualquiera sea su edad, está contra las leyes de los cielos. ¿No sería maravilloso que los integrantes de la familia se reunieran para ver la manera en que pueden ayudar a los necesitados?

Por medio de algunas experiencias personales, estoy convencido de que las familias que ayunan y oran juntas pueden lograr milagros; pueden orar por el cumplimiento de cosas justas. Sin embargo, para que sucedan éstos, a veces se requiere más tiempo del que creemos necesario.

A los que no son miembros de una "típica" familia mormona —de los cuales hay muchos— les recordamos que literalmente somos todos hermanos, miembros de una familia celestial. Estos principios se aplican a todos en general, y los fieles serán bendecidos por su obediencia.

En los tiempos antiguos, cuando las familias rehusaban ser responsables por los suyos, cuando trataban de justificarse al no acatar la ley, el Maestro dijo:

"Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo:

Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.

Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres." (Mateo 15:7-9.)

Mis hermanos, esta mañana os hemos dado lo que el Señor ha dicho. Que usemos nuestro libre albedrío para obedecer o desobedecer; pero si desobedecemos, debemos soportar el castigo.

Yo testifico de la verdad de estas enseñanzas y de la existencia de Aquel de quien provienen, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Esforzaos por alcanzar las estrellas

por la hermana Barbara B. Smith
Presidenta de la Mesa General de la Sociedad de Socorro

Presidente Kimball, presidente Romney, Autoridades Generales, y mis amados hermanos, en la actualidad son pocas las personas a las que no les afecta la situación económica; no solamente la encaramos dentro del mundo de las noticias, sino que la experimentamos con cada compra que hacemos.

Los sábados por la tarde mi esposo y yo compramos los alimentos de la semana y algunos artículos para almacenar. Hace poco, después de abastecernos y mientras esperábamos para pasar por la caja, observábamos las elevadas cantidades que pagaban los que estaban delante de nosotros. Comentamos entonces sobre el alto costo de la vida, especialmente para las familias numerosas y de bajos ingresos, los ancianos con sus pequeñas pensiones y los padres divorciados o viudos, a veces con escasos recursos; y llegamos a la conclusión de que en la mayoría de los casos, los dueños de casa deben administrar muy cuidadosamente los medios con que cuentan, para poder afrontar las necesida-

des actuales.

La situación económica en la actualidad es grave; por lo tanto, es necesario que pongamos a prueba nuestro ingenio si queremos tener la satisfacción de enfrentarnos bien a estas dificultades.

Una recién casada que fue a vivir con su esposo a un campamento militar situado en las afueras del desierto se encontró con que las viviendas eran pocas y caras; lo único que pudieron conseguir fue una pequeña cabaña cerca de un poblado de indios. Los 43 grados centígrados que hacía durante el día eran inaguantables, y el viento soplaba constantemente esparciendo polvo y arena por todas partes. A la joven los días le parecían interminables y angustiosamente solitarios. En una ocasión en que mandaron a su esposo por dos semanas al desierto para una serie de maniobras, ella le escribió una carta a su madre diciéndole que regresaba junto a ella porque no podía aguantar más esa vida. La madre le contestó inmediatamente, así:

"Dos hombres miraban por entre las mismas rejas de una prisión: uno vio lodo, el otro, estrellas."

Luego de releer la frase una y otra vez la joven esposa decidió buscar las estrellas. Se propuso hacerse amiga de sus vecinos indios. Admiraba el arte de éstos en los tejidos y alfarería, y les pidió que le enseñaran. Ellos, al comprobar que su interés era real, gustosamente lo hicieron. Las costumbres e historia de los indios comenzaron a fascinarla; de un lugar desolado y repugnante, el desierto pasó a ser un mundo maravilloso para ella.

¿Qué había cambiado? No era el desierto, ni el ambiente, sino su propia actitud que había transformado una experiencia desagradable en otra sumamente gratificadora.

¿En qué forma puede la Sociedad de Socorro ayudar a la mujer a hallar las estrellas que la encaminen? ¿Cómo puede ayudarle la Sociedad de Socorro a rodearse de optimismo y novedad y, al mismo tiempo, estirar su dinero poniendo en práctica los principios de la economía en el hogar?

Permitidme sugeriros algunos minicursos que se pueden enseñar en la Sociedad de Socorro para ayudar a las hermanas a afrontar esta dificultad:

Primero, el manejo del hogar y el dinero.

Las instrucciones sobre el manejo adecuado del hogar y del dinero ayudarán a las hermanas a aprender a ajustar los gastos al ingreso familiar. Se dice que en nuestra balanza los gastos deben pesar siempre menos que nuestros recursos. Ya no podemos darnos el lujo de no aplicar este principio.

La primera regla difícil para bajar los gastos en nuestra balanza es preparar un presupuesto en el que primero se aparta dinero para nuestras necesidades básicas y luego para otras cosas.

Debemos ayudar a todas las hermanas a obtener la tranquilidad que se logra planeando los gastos. Cuando éstos se mantienen por debajo de los ingresos, se tiene mayor tranquilidad en la vida.

Las hermanas deben aprender el arte de administrar el dinero y enseñarlo a sus hijos. Debemos aprender que no importa cuán necesario o valioso parezca ser un

artículo, si no podemos comprarlo, sería un gasto inútil. Tales gastos nos conducen a las deudas, y éstas a una inseguridad económica que con frecuencia causa congoja en la familia. Podrán hacer que la vida de vuestros hijos sea más fácil si siguen el consejo del élder Marvin J. Ashton, que dice:

"Decir 'ahorra dinero' a un niño no tiene valor para él. Es mejor decirle: 'Ahorra tu dinero para una misión, una bicicleta, tu ajuar, una muñeca, etc'." (*Ensign*, julio de 1975, pág. 73.)

Vivir ajustados a un presupuesto no necesita ser una privación. El planearlo es una experiencia instructiva.

Una joven recién casada, hija de una amiga mía, le escribió una vez a su madre contándole la forma en que ella y su esposo conseguían ahorrar aunque ganaban muy poco. Emocionada le explicaba: "He descubierto cómo cocinar mis alimentos en forma simple y nutritiva. La otra noche en una miniclase de la Sociedad de Socorro, aprendí la manera de preparar leche condensada, queso, mantequilla, yogur y crema agria. Me anima ver todo lo que puedo ahorrar cuando hago estas cosas yo misma".

Podemos enseñar a las hermanas a ser realistas en cuanto a la administración del dinero, y a la vez conservar un espíritu optimista e ingenioso.

Se puede también organizar una miniclase con el objeto de instruir a las hermanas sobre la forma de economizar energía. Por ejemplo: Caminar siempre que sea posible, apagar las luces cuando no se utilicen, aprovechar el horno para cocinar varios alimentos al mismo tiempo, correr las cortinas o persianas para dejar que el sol caliente la casa cuando hace frío y cerrarlas de noche, etc.

La hermana Barbara B. Smith

Otra miniclase interesante puede ser sobre cómo cuidar nuestros bienes y valorar las cosas usadas. La presidenta de la Sociedad de Socorro de una estaca informó que en una reunión de Administración del Hogar, las costureras más diestras de la estaca enseñaron a otras hermanas a fabricar patrones para remodelar ropa. Esto les ayudó a ahorrar dinero y también a disfrutar con sus nuevas prendas.

En una miniclase se podría enseñar la forma de cuidar mejor la ropa, cómo remendarla y mantenerla presentable; y dar consejos sobre cómo lavarla y hacer durar más las telas. En las clases se podría enseñar el arte de combinar un vestuario y de variar en el vestir para no vernos en la necesidad de comprar conjuntos completos.

En ésta y otras formas la Sociedad de Socorro puede ayudar a las hermanas a cuidar mejor sus perte-

nencias, alargando su existencia y servicio, y al mismo tiempo recibir satisfacción y placer.

Si nos arreglamos con lo que tenemos, no pasaremos necesidades; y podemos mejorar el nivel de vida de nuestra familia con muy poco dinero.

Otra miniclase podría tratar el tema de cómo llevar una vida saludable. Ayudad a las hermanas a planear formas de ahorrar dinero al lograr tener una buena salud. La Sociedad de Socorro podría proporcionar capacitación para obtener una buena salud física, pues esto no cuesta dinero. Evitar las enfermedades no cuesta nada; los hábitos de la buena salud nos ahorran dinero. Para estimular la buena salud, las hermanas necesitan planear comidas nutritivas. La mayoría de nosotras podría comer menos sin perder la salud, pero todos necesitamos comer regularmente comidas balanceadas.

La Sociedad de Socorro debe ayudar a las hermanas a comprender y a practicar los fundamentos de la buena nutrición. Debemos aprender a preparar comidas económicas que sean apetitosas y a la vez nutritivas. Al colaborar con la Iglesia en el afán de reducir gastos, me gustaría sugeriros que, aunque las reuniones de Administración del Hogar seguirán llevándose a cabo una vez por mes, el almuerzo o refrigerio para tales ocasiones debe hacerse únicamente seis veces al año, a menos que las circunstancias lo indiquen de otra forma. Recordamos a las presidentas de la Sociedad de Socorro que el motivo de estas reuniones no es juntarse para participar de algunos alimentos, sino para lograr una experiencia social que nos enseñe un mejor modo de vida y para mostrar un modelo de comida que sea económica, nutritiva y a la vez atractiva, a fin de que las hermanas puedan ponerla en práctica en sus propios hogares.

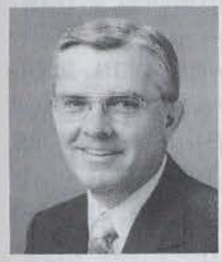
Un concepto básico del sistema de bienestar de la Iglesia es hacer planes cuidadosos para las emergencias. La Sociedad de Socorro puede ayudar a las hermanas a poner en práctica este concepto para convertir vuestro hogar en modelos de una vida providente que pueda encarar las necesidades presentes y las emergencias futuras.

He meditado en las preparaciones que hizo Noé al acomodar todo en el arca. El debe de haber logrado el mejor plan de bienestar en toda la historia de la humanidad cuando siguió el consejo del Señor y construyó el arca. Sin duda su esposa e hijos le ayudaron a trabajar y a hacer planes para que todos recibieran las bendiciones del Señor. ¡Imaginaos la preparación necesaria para acomodar, cuidar y alimentar los cientos de animales en el arca! Seguramente Noé y su familia pudieron planear todo en tal forma que se sintieron satisfechos de sus esfuerzos al cumplir el Señor su promesa.

¿Podemos ser igual de diligentes? ¿Podemos como mujeres ayudar y hacer frente a las dificultades económicas cuidando sabiamente las cosas con las que nos ha bendecido el Señor?

Espero que podamos alcanzar las estrellas y hallar el gozo en vivir de acuerdo con los consejos de aquellos que el Señor ha escogido para guiarnos; lo pido humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

Cómo satisfacer nuestras necesidades



por el élder M. Russell Ballard
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta

Mis hermanos y hermanas, en esta oportunidad se me ha pedido que os hable sobre asuntos que conciernen a la economía familiar.

En tiempos en que es muy fácil obtener crédito y por el continuo aumento de la inflación, mucha gente se encuentra con que tiene demasiados gastos y pocos ingresos. Un experto estima que un tercio de las familias estadounidenses están excesivamente endeudadas. El año pasado decenas de miles de familias se declararon en bancarrota.

Una encuesta hecha recientemente por los Servicios de Bienestar proporcionó la siguiente información: Menos de la mitad de los miembros que participaron en ella tiene recursos financieros para un año, y el 89% siente el peso del aumento de los impuestos y de la inflación. El 34% de las mujeres Santos de los Ultimos Días que participaron en la encuesta trabajan fuera del hogar, y un 57% de ellas están trabajando a fin de obtener dinero para satisfacer las necesidades básicas de la familia. El 31% de las familias se las arregla sin muchas cosas, y el 39% no gana lo suficiente para adquirir lo más básico de sus necesidades.

Estos resultados demuestran que hoy día, como líderes, necesitamos enseñar a los miembros a administrar con más eficiencia su tiempo y sus recursos.

Al empezar a hablar de este tema, hago hincapié en que el principio más importante que debemos vivir hoy día es el que Alma enseñó a su hijo Helamán:

"Mas he aquí, hijo mío, esto no es todo; porque tú debes saber, como yo sé, que al grado que guardes los mandamientos de Dios, prosperarás en la tierra; y debes saber también que al grado que no guardes los mandamientos de Dios, serás separado de su presencia . . ." (Alma 36:30.)

Mi experiencia en el mundo de los negocios me ha enseñado que algunas personas pueden perderse en la rutina del diario vivir y atrofiar en esa forma su iniciativa, valor y visión.

En la Biblia, el Maestro más grande de todos nos da el secreto una y otra vez. El dijo:

"Si puedes creer, al que cree todo le es posible." (Marcos 9:23.)

Mis hermanos, ¿qué podemos hacer para mejorar nuestra economía familiar? Permitidme sugerir tres claves importantes que nos ayudarán. Ellas son: *la actitud, el planeamiento y la disciplina personal.*

La primera clave es tener una actitud positiva hacia vosotros mismos; ésta es una parte importante de los cimientos sobre los cuales edificamos una vida productiva. Al evaluar nuestra actitud actual podríamos preguntarnos: "¿Estoy

tratando de llegar a ser mejor? ¿Me propongo metas de valor y posibles de realizar? ¿Busco lo positivo de la vida? ¿Estoy consciente de las formas en que puedo rendir un mejor servicio? ¿Estoy haciendo más de lo que se me requiere?"

Recordad que una buena actitud produce buenos resultados; con una actitud mediocre, éstos son también mediocres; y cuando la actitud es negativa, asimismo los resultados son negativos. Cada uno modela su propia vida, y el sendero por el que la encaminemos lo determina en su mayor parte nuestra actitud. El escritor George Bernard Shaw dijo:

"Las personas están siempre culpando a las circunstancias por lo que ellas son. Yo no creo en las circunstancias. Quienes progresan en este mundo son los que se levantan y *buscan* las circunstancias que desean; y si no las pueden encontrar, las crean." (*Plays by George Bernard Shaw*, Nueva York: New American Library, 1960, pág. 82.)

En nuestro país, muchas personas están empezando a actuar con el convencimiento de que el gobierno está obligado a cuidar de ellas y a satisfacer sus necesidades. El gobierno ha fomentado esta actitud en diversas formas, pero los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días saben que eso no es correcto.

Cuando el gobierno de los Estados Unidos ayudó a la gente durante la gran depresión y el período subsiguiente, algunos se formaron la idea de que el mundo tenía que mantenerlos. Fue debido a ese estado de ánimo que en 1936 la Primera Presidencia dijo:

"El propósito de la Iglesia es ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas. El trabajo debe ser nuevamente el principio imperante en la vida de los miembros de nuestra Iglesia." (*Manual de los Servicios de Bienestar*, PGWE0009SP, pág. 1.)

El amor al trabajo es una actitud que deben desarrollar los miembros de la Iglesia. En ciertas formas hemos pasado por una época de gran prosperidad que, con el correr de la historia y por los efectos producidos en la actitud de la gente, puede demostrarse que ha sido más devastadora que la gran depresión. El presidente Harold B. Lee dijo:

"En la actualidad estamos pasando por otra clase de prueba que se podría llamar 'la prueba del oro' —la prueba de la abundancia, la riqueza, las cosas fáciles— que es más de lo que quizás haya pasado la juventud de cualquier generación, por lo menos en esta Iglesia". (Speeches of the Year, Universidad Brigham Young, feb. 7 de 1962.)

El amor al trabajo se debe restablecer en nuestra vida. Toda familia debe tener un plan para trabajar que influya de tal forma en cada uno de sus integrantes, que ese principio eterno quede profundamente arraigado en su vida.

Quisiera compartir con vosotros un ejemplo de mi propia vida que demuestra la importancia de la actitud. Cuando regresé de mi primera misión, empecé a trabajar para mi padre como vendedor; asistía a la Universidad de Utah y trabajaba media jornada. En cierta ocasión tuve dos semanas muy malas de trabajo durante las cuales gané una suma muy modesta. Mi padre me entregó el cheque de mi comi-

sión durante una reunión, enfrente de todos los demás vendedores.

En ese momento pensé que él era demasiado duro conmigo, pero más tarde me di cuenta de que ésa había sido la forma de hacer que me detuviera y recapacitara un poco. Lo había pasado bien y no había puesto mucha atención a mi trabajo como vendedor. Ese día tomé la determinación de que jamás volvería a tener la comisión más baja como vendedor, y desde ese momento mi salario aumentó.

Ahora bien, ¡qué sucedió? Estaba vendiendo la misma mercancía, de la misma tienda y en la misma época del año. ¿Qué había cambiado? Mi nueva actitud había logrado toda la diferencia. William James (1842-1910, filósofo norteamericano) dijo:

"Los seres humanos pueden alterar su vida al cambiar su actitud mental" (véase *Vital Quotations*, comp. Emerson Roy West, Salt Lake City: Bookcraft, 1968, pág. 19).

Hermanos y hermanas, hablemos de la segunda clave: el *planeamiento*, que significa pensar con anticipación cómo intentamos alcanzar nuestras metas en la vida. ¿Tenemos todos el plan de aumentar nuestro valor donde estamos trabajando? ¿Nos hemos tomado el tiempo de escribir metas específicas y hemos diseñado un plan de acción para llegar a ser más eficaces y productivos?

Recientemente supe que el 75% de los administradores de hoteles y restaurantes de un importante corporación en los Estados Unidos empezaron en la compañía como simples empleados, camareros, lavaplatos o cajeros. Progresando y mejorando sus habilidades, estaban preparados cuando se presentaron las oportunidades de llegar a ser administradores. Para aumentar nuestros ingresos tal vez necesitemos educación adicional, asistir a una escuela nocturna o técnica, o tomar un curso por correspondencia. La educación adicional a menudo mejora nuestra capacidad y aumenta el valor de nuestros servicios.

Los padres necesitan enseñar a sus hijos desde temprana edad que una base económica sólida es un elemento importante para un hogar feliz. Podemos influir grandemente en nuestros jóvenes para que ellos encuentren trabajos satisfactorios y bien remunerados. Debemos aconsejarles que se esfuercen al máximo en sus deberes de la escuela y que aprendan a aprovechar las oportunidades que les ayudarán a trazarse un futuro seguro.

Los jóvenes deben explorar muchas oportunidades de trabajo al iniciar sus estudios secundarios, de manera que cuando se casen y establezcan un hogar, estén bien encaminados siguiendo una vocación o negocio que les proporcione el ingreso suficiente para satisfacer sus necesidades básicas.

Quizás nos sintamos como si ya hubiésemos escalado el peldaño más alto que se puede escalar en nuestro trabajo actual. Si es así, debemos trazar un plan de acción, ayunar y orar para recibir confirmación, y luego ver la forma de cambiar de empleo.

Un negocio propio tal vez sea la respuesta. Sin embargo, debemos ser sabios y analizar todos los factores y buscar el consejo de un abogado, un contador, un banquero, y lo que es más importante, de un hombre de negocios que esté

administrando con éxito su propia compañía. Después de desarrollar un plan, debemos orar para recibir la seguridad interna; y cuando lo hayamos hecho, podemos empezar nuestro negocio. Recordad el consejo del Señor:

"Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre", y yo agrego, un negocio, "no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla?" (Lucas 14:28.)

La tercera clave es la *autodisciplina*, tanto en nuestro trabajo como en el hogar, cuando tratamos de reducir nuestros gastos. De este último, los líderes de la Iglesia deben dar el ejemplo asegurándose de reducir a un mínimo las contribuciones monetarias que se piden a los barrios y a las estacas.

Los miembros deben:

1. Evitar deudas donde se cobren intereses exorbitantes. Quizás queramos consolidar todas las deudas en un préstamo del banco o de una organización que permita pagar con una tasa de interés bajo, en un período razonable de tiempo. Puede que sea necesario detener el uso de las tarjetas de crédito.

2. Ejercer la autodisciplina diciéndonos: "no puedo darme el lujo", y oponernos a entrar en futuras obligaciones de créditos.

Cierto día en una discusión, un cónyuge dijo, mientras regañaba al otro por los gastos extravagantes:

—¿Cuántas veces debo decirte que gastar el dinero antes de recibirlo es una economía falsa?

—Oh —dijo el otro— no sé si estoy de acuerdo contigo; en esta forma, si no consigues el dinero más tarde, por lo menos tienes algo para aparentar.

Visitante a la conferencia.

Visitante a la conferencia.

Tened paciencia y planead sabiamente cada compra para que de esa forma no seáis esclavos de vuestros acreedores.

3. Haced un presupuesto y ajustaos a él.

4. Disminuid los gastos, sabiendo diferenciar entre lo que se quie-

re y lo que se necesita. Economizad controlando el uso de productos, servicios, energía, etc.

5. Aprended a hacer más cosas en el hogar, y cuando sea posible, haced que los demás de la familia se ocupen de las reparaciones necesarias de la casa y los vehículos.

6. Invertid sabiamente. Evitad toda clase de planes engañosos para obtener riquezas rápidamente.

Mis hermanos, cada uno de nosotros tiene el potencial de mejorar y aumentar la capacidad de lograr mayores ingresos. Estaremos mucho mejor si podemos progresar y llegar a ser de más valor en nuestro trabajo regular, que si tratamos de mantener otro trabajo extra o hacemos que la madre salga a trabajar fuera del hogar para aumentar las entradas.

Cuando aprendemos a esperar más éxitos que fracasos en la vida, pronto desarrollaremos una actitud de éxito. "Nada es de más éxito que el éxito mismo."

Recordad que una actitud positiva, un plan bien organizado y la autodisciplina consistente pueden ayudar a mejorar las circunstancias que nos rodean. El aplicar estos puntos claves en nuestro trabajo diario nos ayudará a producir más ingresos, y el practicarlos en nuestro hogar nos ayudará a reducir los gastos. Cuando combinemos estos principios con los mandamientos de Dios, podremos aprender a ser mejores administradores de nuestro tiempo y de nuestros recursos y llegaremos a tener solvencia económica.

Que el Señor nos bendiga a todos en este objetivo, lo ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

La preparación personal y familiar

por el élder L. Tom Perry

El Señor enseñó una lección sobre la importancia de estar preparados, que se encuentra en el capítulo 25 de Mateo. Nos habla de diez vírgenes, listas para celebrar las bodas; cinco eran prudentes y se prepararon para recibir al Esposo; pero las otras cinco eran insensatas y no estaban preparadas. Al llegar el Esposo, las cinco vírgenes prudentes entraron a las bodas; mientras tanto las cinco insensatas se habían ido a comprar aceite y al volver encontraron la puerta cerrada. Su ruego para que él abriera la puerta sólo obtuvo como respuesta estas palabras: "No os conozco". (Véase Mateo 25:1-13.)

Mi asignación hoy día es tan básica para los Servicios de Bienestar como lo es el del sacerdocio para la Iglesia. Se me ha encomendado la tarea de hacer notar, tanto a los directores del sacerdocio como a las hermanas que dirigen la Sociedad de Socorro, la necesidad que existe de enseñar y capacitar en forma básica, por medio de un plan continuo y regular, en lo concerniente a la preparación personal y familiar.

Examinemos por un momento nuestra tarjeta de calificaciones como líderes, para ver la manera en que hemos cumplido con nuestra asignación de enseñar los principios de preparación personal y familiar a aquellos que están bajo nuestra responsabilidad.

El promedio e aumento anual en la asistencia que se dio por medio de las ofrendas de ayuno durante el período de 1970 a 1978 fue de un 15%. La economía sufrió sus altibajos y el promedio para 1979-1980 subió hasta alcanzar un 32.5%.

Este promedio es aún peor cuando examinamos la ayuda que se dio en artículos de primera necesidad. Para el período de 1970-1978 el promedio anual aumentó hasta un 3%, mientras que para el de 1979-1980 fue desastroso; llegó hasta el 53.5%. Las bajas en la economía encontraron a los miembros de la Iglesia sin el aceite en sus lámparas. Aquellos que no estaban preparados en una forma adecuada inmediatamente tuvieron que pedir ayuda a la Iglesia; esto indica que la capacitación de las familias en los principios básicos de autosuficiencia e independencia no ha sido tan eficaz en los últimos años como debería.

Con resultados tan alarmantes debemos recordar que el sistema de bienestar de la Iglesia no fue diseñado para velar por los miembros que gozan de buena salud, aquellos que como resultado de su pobre administración o falta de preparación se encuentran en dificultades, sino que fue organizado para ayudar a los miembros en caso de grandes desastres, tales como terremotos o inundaciones; para ayudar a los enfermos, a los lisiados e incapacitados y también para rehabilitarlos a fin de que puedan gozan de una vida productiva. En muchos casos hay miembros que deberían estar utilizando sus propias reservas, pero como se encuentran que no tienen nada, no les queda más recurso que pedir a la Iglesia.

Ya es tiempo de que nos preguntemos: ¿Por qué se piensa que la Iglesia debe llevar sobre sí la pesada carga de satisfacer nuestras necesidades de bienestar? Mi análisis de este problema me guía a creer que como líderes, hemos pasado demasiado tiempo suministrando ayuda y muy poco tratando de enseñar la previsión a fin de que nuestras familias estén preparadas para enfrentar y resolver sus propias necesidades. Ha llegado la hora de enseñar otra vez los principios básicos, de poner en primer lugar nuestros esfuerzos de bienestar en la preparación personal y familiar. Debemos prepararnos para que cuando lleguen tiempos difíciles, nuestros miembros estén listos para utilizar sus propios recursos en vez de tener que pedir ayuda a la Iglesia.

Me gusta la historia del anciano que vivió en el siglo XIX, en el Estado de New Hampshire, que atesoraba su independencia y autosuficiencia como lo de más valor en su vida; para él el verdadero cristianismo era poder sostenerse y también ayudar a otros, y tenazmente rechazaba la idea de tener que aceptar la ayuda de otra persona. Cuando su anciana esposa falleció, él mismo la enterró; después se cavó una tumba para sí y construyó su mismo féretro. Y dijo: "Cuando me sienta morir, me acostaré en la caja y cruzaré las manos sobre el pecho. No molestaré a

nadie. Lo único que tendrán que hacer es clavar la tapa del ataúd y cubrirlo con tierra".

Muy a menudo el presidente Romney nos ha dicho: "Ningún miembro de la Iglesia que se respete permitirá que la responsabilidad de su propio sostenimiento pase a otra persona. Además, un hombre no sólo tiene la responsabilidad de cuidar por sí mismo sino también la de velar por su familia". (*The Basics of Church Welfare;* discurso dado a los directores del sacerdocio el 6 de mayo de 1974, pág. 2.)

El hogar debe ser el corazón del programa de los Servicios de Bienestar. La organización familiar debe ser el objetivo primordial en nuestra capacitación para lograr la preparación personal y familiar.

Enseñemos que cada familia debe estar dirigida por un comité ejecutivo que se compone de ambos esposos, y que éstos se han de tomar el tiempo suficiente para planear de acuerdo con las necesidades familiares. Si la familia sólo cuenta con uno de los padres o se trata de una persona que vive sola, aún así existe la necesidad de organizar el tiempo para establecerse metas a fin de hacer frente a todas las necesidades.

Cada familia tiene necesidades diferentes. Me he dado cuenta de la gran diferencia que existe en mi propia familia ahora que mis hijos están casados y que los padres nos encontramos solos. Las necesidades de cada uno de nosotros han cambiado; tenemos una hija casada que ya tiene su propio hogar y su familia, un hijo que reside en un barrio universitario con su familia, y otra hija recién casada y su esposo que todavía son estudiantes universitarios; cada uno con necesidades diferentes que cambian todos los años. La preparación personal y familiar debe iniciarse en el comité ejecutivo familiar, y debe ajustarse a las circunstancias de cada familia. Debe darse especial consideración a los requisitos únicos que existen en el desarrollo profesional, en la administración de recursos económicos, en lo referente a la educación, la salud, la producción y el almacenamiento en el hogar, y la fortaleza social, emocional y espiritual.

Cada organización familiar debe incluir un consejo de familia, compuesto de todos sus miembros para enseñar a los niños las responsabilidades básicas en la organización familiar. Allí pueden aprender la manera de tomar decisiones y obrar de acuerdo con ellas. Muchos llegan a la edad de contraer matrimonio sin haberse preparado para esta responsabilidad. La ética del trabajo y la preparación personal se pueden enseñar en una forma más eficaz. El presidente J. Reuben Clark parafraseó un dicho muy conocido en inglés que dice: "Si todo es trabajo y no hay diversión ¡qué aburrida será la vida de Pedro!"; de la siguiente manera, "Si todo es diversión y no hay trabajo, ¡qué inútil será la vida de Pedro!"

¡Cuán agradecido estoy a mi padre, que tuvo la paciencia para enseñarme el arte de cuidar un huerto! Me imagino cómo se ha de haber sentido cuando después de enseñarme la manera correcta de hacer las cosas, se encontraba con unos surcos muy parejos de malezas todavía en la tierra a un costado de una pila de zanahorias marchitas. A mi familia no sólo se le

enseñó el arte de almacenar y utilizar alternativamente los víveres almacenados, sino también la forma de producir las frutas y legumbres necesarias para poder llenar y envasar en las botellas vacías otra vez.

El principal apoyo que las familias reciben en la Iglesia viene de la orientación familiar del sacerdocio y del programa de maestras visitantes de la Sociedad de Socorro. Estas organizaciones prestan dos servicios importantísimos: Primero, mantienen al obispo, al líder de quórum, y a la presidenta de la Sociedad de Socorro informados acerca de la condición física, emocional, temporal y espiritual de los miembros. También tienen oportunidades de enseñar y servir como fuente de información para brindar capacitación a las familias, conforme éstas se preparan para ser autosuficientes.

El líder de quórum del Sacerdocio de Melquisedec puede ayudar al jefe de la familia enseñándole los principios de bienestar, la forma de servir, de reconocer cuál es su mayordomía, de trabajar honesta y diligentemente, tanto para su familia como para otros, y de consagrar su tiempo y talentos a la edificación del reino de Dios. Puede capacitar a los maestros orientadores para que lleguen a conocer bien a las familias que visitan y ser susceptibles a sus necesidades. Cuando un miembro está en aprietos económicos, el presidente puede hablar con el obispo y otros miembros del quórum para tratar de satisfacer esas necesidades en una manera confidencial y con espíritu de amor.

Las reuniones de quórum comienzan a cumplir con su objetivo cuando satisfacen las necesidades de sus miembros. En ellas se puede enseñar la forma de desarrollar las habilidades en todos los aspectos de la preparación personal y familiar.

La presidenta de la Sociedad de Socorro da la misma clase de fortaleza y apoyo a las mujeres del barrio, conforme capacita a las maestras visitantes en lo concerniente al servicio compasivo, visita a las hermanas y satisface sus necesidades en una forma confidencial, con amor y sensibilidad.

Por lo general, las hermanas son más eficaces en la enseñanza de los principios del evangelio; ellas enseñan y practican el arte de la costura, la manera de envasar, de desecar alimento y otros métodos para almacenar víveres. También enseñan detalles acerca de la nutrición y la aptitud física y recalcan la importancia de la lectura y las bellas artes. Sobre todo, existe entre ellas un espíritu de amor, generosidad e industriosidad, y prestan seria atención a todo lo concerniente a la administración y el cuidado del hogar y a los principios del evangelio.

Así, pues, los líderes del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro, trabajando unidos, pueden hacer que la familia se dé cuenta de que prepararse en forma personal y familiar es vivir el evangelio.

En la revista *Ensign* (de junio de 1980, págs. 41 y 42) se publicó la historia de la familia Hibbert. El jefe de la familia, que era muy numerosa, contrajo cáncer. Después de la sorpresa y el miedo que enfrentaron al principio, él y su esposa se reunieron en consejo y decidieron que lo mejor que podían hacer para su propia satisfacción y

paz mental era prepararse y preparar a la familia para lo que pudiera pasar. Decidieron comenzar a crear recuerdos familiares por medio de experiencias inolvidables, completar la historia familiar y almacenar alimentos por un año, para cuando surgieran las emergencias económicas que pudieran presentarse.

Se preparó un testamento y se pusieron en orden todos los documentos legales concernientes al seguro de vida. A los niños se les enseñó a cuidar los unos de los otros y también a tener más responsabilidades en el hogar; todos reconocieron que su fortaleza espiritual y emocional iba a recibir una sacudida y oraron fervientemente a fin de estar preparados para cuando ese momento llegara.

Unas cuantas semanas antes del fallecimiento del hermano Hibbert, su casa fue destruida por el fuego; en el incendio se perdió casi todo el almacenamiento de alimentos, pero aun con toda esa tragedia, se podía ver la unidad de aquella familia que había aprendido a trabajar unida, a planear, y a encarar dificultades. Con el fallecimiento del hermano Hibbert hubo tristeza entre ellos pero no preocupación. Todos ellos habían desarrollado la fortaleza necesaria para permanecer unida con el espíritu de amor. Estaban preparados.

Como podéis ver, los quórumes del sacerdocio y las Sociedades de Socorro tienen grandes responsabilidades; es necesario que sus oficiales reciban una capacitación práctica y cuidadosa. Esto se puede lograr por medio de la organización de barrio presidida por un obispo.

Como director del comité de bienestar, el obispo dirige todos los servicios de bienestar en el barrio; suya es la responsabilidad de ver quiénes son los necesitados y quiénes tienen problemas; coordina la enseñanza de los principios del evangelio y de los programas fundamentales de los Servicios de Bienestar, y organiza la enseñanza de la ley del ayuno; vela para que los miembros con necesidades especiales reciban la ayuda con la dignidad y el amor que son tan importantes para ellos y dispone asistencia para aquellos que la necesitan, en una forma confidencial. Cuando es necesario, llama especialistas de recursos que estén calificados. (Véase el *Manual de Instrucciones de los Servicios de Bienestar*, pág. 9.)

El élder Marion D. Hanks del Primer Quórum de los Setenta conversa con personas que asistieron a la conferencia.

Para apoyar al obispo, existe la organización de la estaca; él puede solicitar ayuda del presidente de la estaca en lo concerniente a la capacitación de sus líderes. El presidente de la estaca tiene un sumo consejo y una organización de la Socie-

dad de Socorro para colaborar en esos esfuerzos de capacitación.

Fijémonos en el impacto que la organización del Señor puede tener sobre la ayuda que se da a los miembros en lo concerniente a la preparación personal y familiar, conforme se distribuye el trabajo, para que éste pueda llevarse a cabo en una forma eficaz. A nivel de estaca, el promedio es de un presidente de estaca para unas 1.180 familias; a nivel de barrio, es de un obispo para más o menos 108 familias; a nivel de quórum, el promedio es de un líder para unas 60 familias; a nivel de maestros orientadores, el promedio es un maestro orientador para cada tres familias.

La base del programa del Plan de Bienestar de la Iglesia es la preparación personal y familiar, y a su vez las organizaciones están para habilitar y preparar a los miembros en esta responsabilidad tan básica. Lo que se necesita es que todos los líderes del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro pongan en orden de prioridad todo lo relacionado con esta obra tan importante.

Ahora tal vez pensemos que el anciano de New Hampshire exageró en lo concerniente a la preparación personal y familiar, cavándose la tumba y haciéndose el féretro, pero me gustaría que nuestros miembros se sintieran impulsados por un deseo similar de preparación y autosuficiencia.

Que Dios nos bendiga para que podamos darnos cuenta de lo que es necesario hacer en nuestros barrios y en nuestras estacas para lograr este fin. Lo pido humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

Los principios básicos de los Servicios de Bienestar

por el presidente Marion G. Romney
de la Primera Presidencia

Hermanos y hermanas, con mucho interés he estado escuchando lo que se ha dicho esta mañana. Cada seis meses, por un período de cuarenta años, he estado asistiendo a este edificio para recibir instrucción con respecto a lo que hoy día conocemos como los Servicios de Bienestar de la Iglesia. Originalmente este programa se conocía con el nombre de *Plan de Seguridad de la Iglesia*. En el título que se le daba en esa época hay un significado que necesitamos comprender actualmente; ante todo, que la seguridad, la verdadera seguridad, se consigue solamente viviendo los principios del evangelio. *La seguridad es el fruto de una vida justa.*

El Libro de Mormón contiene la historia de pueblos en los que a través del curso de mil años se observaban los frutos de la rectitud y de la iniquidad. Cuando guardaron los mandamientos del Señor, prosperaron; y, en cambio, cuando fueron desobedientes cayeron en la iniquidad, tuvieron guerras, hambre y esclavitud. Una y

otra vez leemos acerca de familias, tribus y naciones completas que al guardar los mandamientos del Señor y hacer convenios con El, recibieron la bendición de su Espíritu. Por motivo de su rectitud prosperaron tanto en forma espiritual como temporal; pero cuando no guardaron los mandamientos, decayeron en ambos sentidos.

El Libro de Mormón contiene principios que pueden brindarnos verdadera seguridad en un mundo minado por la iniquidad y acosado por el temor y los problemas económicos. Pienso que nuestro pueblo quiere lograr esa seguridad; pero la mayoría no estamos siguiendo el curso que nos guía a ella. Actualmente, los pueblos y los gobiernos piensan que podemos lograr un estado económico próspero, a pesar de no actuar de acuerdo con su estado económico; gastan, hipotecan, acumulan deudas y obligaciones y a la larga pierden estabilidad, seguridad e independencia. Permitidme recalcar un punto que muy fácilmente olvidamos: que *el Señor está interesado en todo lo que se relaciona con nuestra vida;* nuestras familias, nuestro trabajo, y nuestro desarrollo personal. El nos ha dado verdades eternas para guiarnos en estos aspectos; aún más, nos ha dado su Espíritu para ayudarnos a aplicar estos principios, pero solamente si lo seguimos podremos tener seguridad.

Recientemente he vuelto a leer algunos de los discursos dados por las Autoridades Generales cuando por primera vez anunciaron el llamado Plan de Seguridad de la Iglesia. Me sentí conmovido por el poder y solemnidad de los pensamientos expresados por los hermanos. A continuación cito una declaración hecha por el presidente J. Reuben Clark en la conferencia de octubre de 1936, el día en que el presidente Heber J. Grant leyó una carta de la Primera Presidencia, en la cual se comunicaba el establecimiento del Plan de Seguridad de la Iglesia. Notad cómo recalca que este Plan de Seguridad es simplemente una expresión verdadera de los principios básicos del cristianismo contenidos en el evangelio:

El presidente Ezra Taft Benson y el élder Mark E. Petersen del Consejo de los Doce.

"Hemos proclamado al mundo, y declarado que sabemos que tenemos el plan del evangelio, el cual no sólo abarca las espirituales sino también nuestras necesidades temporales . . . Nos enseña cómo vivir en grupo y bajo una organización y principios que, si somos dignos, nos permitirán vivir juntos como hermanos, iguales en todas las cosas.

Este plan que se nos ha dado es una responsabilidad, ya que mediante él las reglas cristianas pueden llegar y llegarán a todas las naciones de la tierra."

El 4 de abril de 1943, desde este púlpito declaré que el Plan de Seguridad de la Iglesia o sistema de bienestar consistía de tres elementos básicos:

"Primero, cada persona debe dar valor a su independencia y trabajar con todas sus fuerzas, para conservarla siempre y ser autosuficiente. Este fue el mandamiento que nos dio el Señor cuando echó a nuestros primeros padres del Jardín de Edén bajo el firme mandamiento: 'Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra' (Génesis 3:19).

Segundo, la responsabilidad de sustentar a una persona descansa sobre la familia: los padres a sus hijos, los hijos a sus padres. Es un hijo desagradecido aquel que pudiendo, no ayuda a sus padres para que no tengan preocupaciones.

Después que la persona haya hecho todo lo que esté de su parte para mantenerse a sí misma, y los miembros de la familia hayan hecho lo posible por ayudarle, la Iglesia, a través del Plan de Bienestar, cuidará de que sus miembros —*aquellos que acepten el plan y trabajen en él hasta el máximo de su capacidad*— sean atendidos 'según su familia, conforme a sus circunstancias, carencias y necesidades' (D. y C. 51:3)." (Conference Report, págs. 27-28.)

Estoy seguro de que muchos de vosotros que pertenecéis a mi generación habéis escuchado esta doctrina repetidas veces de boca de las Autoridades Generales; sin embargo, me pregunto si parte de nuestra juventud o nuestros jóvenes obispos y presidentes de estaca se habrán tomado el tiempo para pensar en lo que esto significa. Más importante aún, me pregunto si nosotros como pueblo, como nación, y como comunidad mundial, comprendemos realmente el principio básico sobre el cual descansa todo esto: la *autosuficiencia*.

El principio de autosuficiencia nace de una doctrina fundamental de la Iglesia, *el albedrío*. Elohím, cuando creó al hombre y lo puso sobre esta tierra, le dio su albedrío para que actuara por sí mismo, y dijo:

"Porque conviene que yo, el Señor, haga a todo hombre responsable, como mayordomo de las bendiciones terrenales que he dispuesto y preparado para mis criaturas . . .

Porque la tierra está llena, y hay suficiente y de sobra; sí, yo preparé todas las cosas, y he concedido a los hijos de los hombres que sean sus *propios agentes*." (D. y C. 104:13, 17; cursiva agregada.)

De la misma manera en que cada persona es responsable por sus elecciones y acciones en los asuntos espirituales, también es responsable por los asuntos temporales. Es por medio de nuestros *propios* esfuerzos y decisiones que nos *abrimos camino* en esta vida. Aunque el Señor nos ayude, ya sea en maneras imperceptibles o espectaculares, sólo lo hace cuando nosotros mismos hacemos un esfuerzo de nuestra parte.

Por último, nuestras propias acciones determinarán las bendiciones que recibamos, lo cual es una consecuencia directa del uso que hagamos del albedrío y de la responsabilidad.

El principio de autosuficiencia también puede aplicarse a la unidad básica de la Iglesia, que es la

La Presidencia General de la Primaria, de izquierda a derecha: la hermana Dwan Jacobsen Young, primera consejera; la presidenta Virginia Beesley Cannon; y la hermana Michaelene Packer Grassli, segunda consejera.

El presidente Ezra Taft Benson del Consejo de los Doce hablando con su secretario, el hermano Gary Gillespie.

familia, y no tan sólo al individuo. En la Iglesia, el concepto de proveer para la propia familia y confiar en ella para el desarrollo, la ayuda y el cuidado mutuos son igualmente fundamentales para lograr la autosuficiencia. La familia es la organización básica de la Iglesia; ninguna agencia ni institución puede ni debe reemplazarla. La unidad familiar eterna se fundó por convenio sagrado y el gobierno eterno del sacerdocio; el mismo convenio que obliga a los padres a cuidar de sus hijos obliga a los hijos a cuidar de sus padres en tiempos de necesidad. El mandamiento "Honra a tu padre y a tu madre" (Exodo 20:12) se aplica también al Israel actual y es un requisito para todos los miembros fieles de la Iglesia.

Como consecuencia del principio de autosuficiencia familiar, debemos darnos cuenta de que, generalmente, no tenemos ningún derecho de acudir a los recursos de la Iglesia para resolver nuestros propios problemas y necesidades temporales, hasta que nuestra familia haya hecho todo lo que esté a su alcance por ayudarnos. Esta es la doctrina que el Señor estableció cuando dijo:

"Y después de eso, pueden pedirlo a la Iglesia, o en otras palabras, al depósito del Señor, si sus padres no tienen los medios para darles . . ." (D. y C. 83:5.)

Finalmente, supongo que podemos pensar en la *autosuficiencia de la Iglesia;* es decir, después de haber hecho todo, a nivel personal y familiar, entonces el Señor nos ha dado instrucciones de cómo debemos ayudarnos los unos a los otros como familia eclesiástica. La proporción de este cuidado y las bases sobre las cuales se da tienen sus raíces en un principio fundamental. Permitidme compartir con vosotros un pensamiento muy especial expresado por el presidente Joseph F. Smith en la Conferencia General de abril de 1898 (por supuesto, fue antes de establecerse el plan de bienestar):

"La gente no debería estar tan dispuesta a recibir caridad, a menos que se viera obligada a hacerlo para no sufrir. Todas las personas deberían poseer un espíritu de independencia y de autosuficiencia que les indicara cuando se encuentran en verdadera necesidad: 'Estoy dispuesto a trabajar a cambio de lo que se me quiera dar'. Ninguna persona debe estar satisfecha de recibir, y no hacer nada para compensar por lo que recibe." (Conference Report, pág. 48.)

Si todas las personas que buscan la ayuda de su obispo lo hicieran con el deseo de seguir esta regla de la caridad, sobreabundarían las bendiciones tanto sobre el que da como sobre el que recibe. Cualquiera se sentiría satisfecho de contribuir al plan de bienestar de la Iglesia cuando el necesitado está impulsado por este espíritu. Motivada de esta manera, la gente necesitada desea volver a ser autosuficiente y contribuir con todo lo que pueda al programa, luego de recuperarse de sus problemas y necesidades.

Mi deseo hoy día, mis hermanos, es que volvamos a poner nuestra atención en los principios básicos de los Servicios de Bienestar. Vuelvo a repetir que estos servicios no son tan sólo un programa; son el evangelio en acción; sus principios son los principios del evangelio; son la norma cristiana en los

El sostenimiento de oficiales de la Iglesia

De acuerdo con el procedimiento acostumbrado, en cada conferencia general de la Iglesia, se lleva a cabo el sostenimiento de oficiales. En esta oportunidad, sin embargo, se hizo en forma diferente. El presidente Marion G. Romney fue el encargado del sostenimiento de oficiales, que se llevó a cabo en la sesión del sábado por la mañana, como sigue:

Se propone que sostengamos al hermano Angel Abrea como miembro del Primer Quórum de los Setenta. Todos los que están de acuerdo hagan el favor de manifestarlo; los contrarios pueden indicarlo con la misma señal.

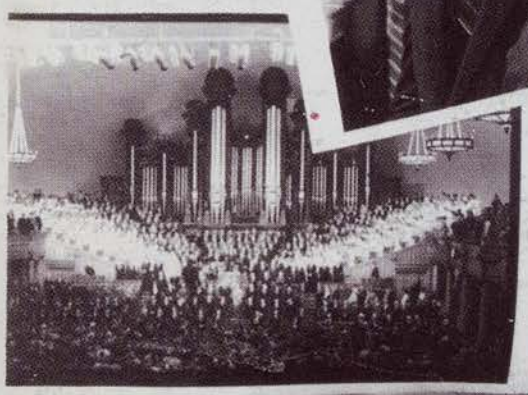
Con la excepción del hermano Abrea, que acabamos de sostener, no ha habido ningún cambio desde la última conferencia general. Se propone, por lo tanto, que sostengamos a todas las Autoridades Generales y oficiales generales de la Iglesia en sus cargos actuales. Todos los que están de acuerdo hagan el favor de manifestarlo; los contrarios sírvanse indicarlo con la misma señal.

asuntos temporales.

Es mi deseo que podamos aprender de las Escrituras y de los consejos que nos dan los profetas, y que hagamos lo que esté de nuestra parte para mantenernos a nosotros mismos, velar por nuestras familias, y contribuir generosa y humildemente con nuestra porción para ayudar a aquellos menos afortunados que nosotros. Permitidme citar, para concluir, algo que dijo el rey Benjamín, quien al término de su ministerio tuvo este sabio consejo para los miembros de la Iglesia que habían vivido bajo su inspirado liderazgo por muchos años:

"Y he aquí, os digo que si hacéis esto, siempre os regocijaréis, y seréis llenos del amor de Dios y siempre retendréis la remisión de vuestros pecados . . .

Y ahora por el bien de estas cosas que os he hablado, es decir, por el bien de retener la remisión de vuestros pecados de día en día, a fin de que andéis sin culpa ante Dios, quisiera que de vuestros bienes dieseis al pobre, cada cual según lo que tuviere, tal como alimentar al hambriento, vestir al desnudo, visitar al enfermo, y ministrar para su alivio, tanto espiritual como temporalmente, según sus necesidades.

Y mirad que se hagan todas estas cosas con prudencia y orden . . ." (Mosíah 4:12, 26-27.)

Que podamos tener disciplina y sabiduría y vivir para implantar estos grandes principios, es mi ruego en el nombre de Jesucristo, nuestro Redentor. Amén.